
FEDERICO
AXAT
MÁSCARA
DE
CORDURA
SERIE LUCA BRUZZO

Máscara de cordura

(Luca Bruzzo 4)

Federico Axat

Copyright © 2026 by Federico Axat

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por la Ley de la Propiedad Intelectual.
Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier método o procedimiento, salvo autorización expresa de su autor.

Versión 1.0: mayo 2026

Índice

Suscripción lista de correo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26

27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54

55
56
57
58
EPÍLOGO
Siguiente libro de la serie

Suscripción lista de correo

Ahora puedes unirte a mi lista de correo y recibir novedades y promociones exclusivas.

Además, podrás conseguir GRATIS El caso cero, una precuela de la serie de Luca Bruzzo.

Lista de correo de Federico Axat



A mi padre,
Raúl E. Axat

1

La noche más larga
1:03 AM

Luca Bruzzo despertó con la boca pastosa y una sensación de deshidratación que le recordó por qué, a sus cuarenta y seis años, beber más de la cuenta un martes por la noche era una pésima idea.

El móvil vibraba sobre la mesilla de noche como un insecto furioso.

A su lado, Sarah se removió bajo las sábanas, emitió un gemido suave de protesta pero no abrió los ojos. Luca se irguió en la cama con urgencia y deslizó el dedo por la pantalla, un reflejo que todavía conservaba de sus épocas de detective en la división de Wilshire, cuando su rutina de trabajo implicaba estar de guardia una o dos veces a la semana.

Desde que era miembro de la prestigiosa división de Robos y Homicidios de la ciudad de Los Ángeles, las llamadas en medio de la noche eran infrecuentes, pero no imposibles. De hecho, podía deberse a motivos mucho más graves que la necesidad de contar con su presencia en la escena de un crimen.

Luca se sorprendió al comprobar que se trataba de un número desconocido.

Dado que una emergencia familiar sería casi con seguridad canalizada a través de Sarah —con una familia muchísimo más numerosa que la suya—, intentó encontrar una explicación mientras se levantaba del colchón, recogía a la pasada las prendas que había llevado el día anterior y salía de la habitación.

No siguió por el pasillo porque eso hubiera supuesto responder justo frente al cuarto de su hija Lily, y lo que menos quería era despertarla.

Con el aparato zumbando en la palma de su mano consiguió llegar al rellano de la escalera. La cabeza le latía de forma

insoportable.

Atendió.

—No cuelgues, Luca —advirtió una voz masculina y grave, decididamente forzada—. Y no hagas preguntas estúpidas. Escucha con atención, porque no tenemos mucho tiempo.

—¿Quién habla?

—Llámame Mike. Estoy aquí para ayudarte, aunque ahora mismo no lo creas.

Luca cruzó el salón en penumbras en ropa interior, el teléfono en una mano y la bola de ropa en la otra.

—Está bien, *Mike*. Voy a cortar en dos segundos si no me dices…

—Richard Galloway está muerto.

La frase lo sacudió. Richard Galloway era el capitán de la división de Harbor, en la región Sur. Luca había colaborado en algunas intervenciones con él, pero principalmente lo conocía porque había sido el capitán de su compañera, Cynthia Santos. Era un hombre de la vieja escuela, con buena reputación en el departamento.

Cuando Luca abrió la boca para hacer la siguiente pregunta, Mike se adelantó:

—Le han disparado poco después de que tu compañera se marchara de su casa. Pero eso no es lo que te debe preocupar ahora.

—Voy a llamar a la central para confirmarlo.

—Si haces eso te arrepentirás —lo interrumpió Mike—. Tu compañera Santos estuvo ahí. Ella y Galloway discutieron.

Resultaba demasiado para procesar. Cinco minutos atrás su cerebro estaba en pleno descanso, recuperándose del efecto de varias cervezas, y ahora se suponía que debía evaluar la posibilidad de que su compañera hubiera asesinado a su excapitán.

Visto así, se parecía bastante a un mal sueño. Y que él estuviera en calzoncillos en medio del salón no le agregaba precisamente una capa de verosimilitud.

—Acabo de enviarte un vídeo a tu correo electrónico. Míralo y bórralo inmediatamente. Vuelvo a llamarte en dos minutos.

La comunicación se cortó.

Este era el momento propicio para despertarse, pero seguía en el salón de su casa en calzoncillos.

Luca operó el móvil con torpeza. Tenía un correo de mike1573 enviado hacía cinco minutos.

Se sentó en el sofá. No había encendido las luces y los ojos le dolieron a causa del brillo de la pantalla.

Abrió el archivo adjunto. El vídeo tenía muy mala calidad y duraba apenas veinte segundos. Había sido registrado en un salón espacioso con una cámara cenital, posiblemente oculta. El hombre que aparecía de espaldas se parecía bastante a Galloway. La mujer que estaba frente a él era indiscutiblemente Cynthia.

El vídeo no tenía sonido, pero la actitud de ambos era de confrontación. Él la increpaba con un dedo acusador y avanzaba invadiendo por completo su espacio, para finalmente agarrar a Cynthia del brazo. La reacción de ella fue inmediata: sacudió el brazo hasta soltarse y lo empujó con todas sus fuerzas. Aunque Galloway era un viejo rinoceronte de sesenta años y Cynthia una mujer de un metro sesenta de contextura delgada, el impacto fue tal que consiguió hacer retroceder al hombre hasta casi hacerlo perder el equilibrio. Con una mueca de odio, Cynthia cogió un adorno esférico de la mesa y lo amenazó. Galloway debió de percibir algo en ella, porque se cubrió el rostro con las dos manos.

El vídeo terminaba abruptamente. Luca lo reprodujo una vez más, esta vez ensayando una explicación en su cabeza. Por supuesto, aquello no constituía prueba de nada, salvo de que Cynthia había estado con Galloway en algún momento. Luca ni siquiera podía tener la certeza de que se hubiera grabado hoy.

¡¿Y por qué asumía siquiera que Galloway estaba muerto?!

¿Sólo porque una voz de ultratumba se lo acababa de soltar desde un número desconocido?

Empezaba a pensar con un poco de sensatez. Lo mejor sería hablar con la central y confirmar que se trataba de un engaño. En diez minutos podía estar de regreso en su cama, de donde nunca debería haber salido.

El móvil vibró otra vez.

—¿Has visto el vídeo?

—Vete a la mierda, Mike. Si quieres que te crea envíame la parte donde lo mata, de lo contrario me iré ya mismo a…

—¡¿Eres estúpido?! ¡Yo no te he dicho que Santos lo matara!

Era cierto. Mike le había revelado que Cynthia había estado con Galloway y que a él lo habían asesinado cuando ella ya se había ido.

Luca culpó a sus sentidos todavía aletargados.

—Le van a cargar el asesinato a tu compañera, Bruzzo. Os estoy haciendo un favor a ambos.

Luca guardó silencio. Volvió a sentarse en el sofá. Cambió por completo su tono de voz.

—Si quieres ayudarme, habla con tu propia voz.

—No puedo, Bruzzo. No tenemos mucho tiempo.

—Habla.

—A Galloway lo mataron de un balazo, pero lo remataron con ese adorno de cristal con el que Santos lo amenazó. ¿Sabes lo que eso significa?

—Las huellas de Cynthia están ahí.

—Exacto. Y también su gorra. La misma que lleva puesta en la grabación. La dejó en la escena del crimen.

—¿Por qué me llamas a mí?

—Estás cerca de la casa de Galloway. La patrulla ya va en camino, no puedes adelantarte a ella. Pero sí puedes llegar antes que los investigadores, deshacerte de la gorra y borrar las huellas de tu compañera.

—Y también las del verdadero asesino.

—El asesino usó guantes, Bruzzo. Te estoy diciendo que van a culpar a tu compañera. Son profesionales.

—¿Por qué alguien querría culpar a Cynthia?

—Haces demasiadas preguntas. El tiempo apremia. Ya has visto el vídeo. Eres detective y sabes sumar. El vídeo y las huellas en el arma homicida son un pase directo a prisión.

—Falta el móvil.

—Galloway y Cynthia se conocen desde hace años, Bruzzo. El móvil existe, de eso puedes estar seguro.

Luca contuvo la respiración. ¿A qué se refería Mike?

—Estás cerca, Luca. Si sales ahora, llegas a tiempo.

La llamada se interrumpió.

Luca se quedó mirando la pantalla del móvil, iluminando su rostro en la oscuridad. El corazón le golpeaba contra las costillas como un animal enjaulado.

Luego levantó la vista. La casa permanecía en penumbras. El silencio y la negrura contrastaban con la algarabía de la fiesta la noche anterior.

Se dirigió hasta el mueble del salón. Allí había dejado la tarjeta de cartulina de colores que Lily le había regalado unas horas antes. La abrió y observó el dibujo de ambos flotando en el mar, él con su bañador de peces y ella con uno de flores. Encima, escrito con letras grandes: «Te quiero, papá. Feliz cumpleaños». Incluso había trazado el número cuarenta y seis.

Parecía mentira que aquel retazo de cartulina perteneciera a la misma jornada que ahora le taladraba las sienes.

Luca cogió la tarjeta y fue a vestirse.

Galloway muerto. Cynthia incriminada. Sabía que era una trampa. Cada fibra de su instinto policial le gritaba que no fuera a casa de Galloway, que llamara al capitán y que siguiera el procedimiento.

2

La noche más larga
1:20 AM

Al girar en la calle de Galloway, las luces estroboscópicas azules y rojas rebotaban contra las fachadas y los árboles.

Brentwood era un barrio de clase alta; Luca se había mudado allí con Sarah en parte gracias a la herencia de su madre, pero aun así su casa resultaba modesta en comparación con otras viviendas impresionantes de la zona. La de Galloway pertenecía a este último grupo. Por supuesto, estaba muy por encima de las aspiraciones de un capitán de la policía. Todo el mundo sabía que Richard Galloway estaba casado con una actriz ya retirada que había tenido su época de gloria en los noventa.

Dos agentes uniformados custodiaban la cinta amarilla. Luca reconoció a uno de ellos y se sorprendió cuando su cabeza dolorida recordó su nombre al instante: el agente Kowalski, un veterano de la división Oeste.

—¿Detective Bruzzo? —Kowalski dio un paso al frente, con la mano cerca de la funda del arma, y se relajó al reconocerlo—. Joder, nos han dicho que vendría la detective Sanders.

Luca desconocía que su amiga Erica Sanders hubiera sido asignada al caso. Procuró actuar con naturalidad, pero aquello no suponía una buena noticia. Erica era inteligente y se daría cuenta al instante de que algo no encajaba si lo encontraba allí.

—Kowalski —saludó Luca con un gesto de cabeza—. El capitán Durham me ha pedido que me adelante. Vivo muy cerca de aquí. Sanders y el equipo llegarán de un momento a otro.

La advertencia iba más que nada dirigida a sí mismo. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Había perdido la razón por completo?

No había hecho más que pensar en eso durante los últimos minutos.

—Adelante, detective. Es un desastre ahí dentro.

Cruzó el vestíbulo de mármol sin poder evitar mirar hacia arriba —allí el techo era de doble altura— hacia una ostentosa araña de cristal que debía de pesar una tonelada.

El salón, decorado con un estilo opulento que rozaba la cursilería, era un canto a la vanidad. Las paredes estaban cubiertas de fotografías y pinturas de la esposa de Galloway —Luca no recordaba su nombre, si acaso alguna vez lo supo—. La mayoría no eran actuales. En una de ellas posaba con un premio junto al actor Jack Nicholson.

Luca se detuvo en el arco de entrada al salón.

Richard Galloway yacía boca arriba, con la mirada perdida en el techo. Las deformaciones en el cráneo y los hematomas resultaban compatibles con la hipótesis de un ataque con un objeto esférico; no se necesitaba ser un especialista para darse cuenta de ello. Lo que Luca se preguntó era si la fuerza del impacto sería compatible con la de una mujer.

La camisa blanca de Galloway estaba empapada de rojo en el lado izquierdo del pecho.

Luca inspeccionó la habitación buscando las piezas del rompecabezas que Mike había descrito por teléfono.

Allí estaban.

Sobre la mesa de centro, peligrosamente cerca del borde, descansaba el adorno esférico y macizo de cristal.

A simple vista, Luca pudo distinguir una mancha de sangre oscura en la superficie. Se acercó y lo cogió con los guantes. Al colocarlo en el ángulo correcto, advirtió un rastro de huellas dactilares.

Huellas pequeñas, observó.

En uno de los sofás de terciopelo reposaba la gorra azul marino de Cynthia.

Mierda, Cynthia.

Esa gorra sería lo primero que atraería la atención de cualquier investigador. Resultaba tan fuera de lugar que parecía casi una provocación.

Luca no disponía de mucho tiempo. En unos pocos minutos el salón de los Galloway se llenaría de personas. Pero antes de tomar la decisión final necesitaba comprobar la veracidad del vídeo de alguna forma.

Se situó justo donde en teoría había sucedido el enfrentamiento entre Cynthia y Galloway, ocupando el lugar de su compañera. Luego levantó la cabeza. En la esquina, debajo de la escalera, divisó una pequeña rejilla de ventilación. Luca acercó una silla y se subió a ella. No tenía herramientas a mano, pero los tornillos estaban flojos, señal de que habían sido manipulados hacía poco.

Antes incluso de quitar la tapa ya había visto la lente diminuta en el interior.

Sin dudarlo, arrancó la cámara en miniatura y se la metió en el bolsillo.

Ya estaba hecho. Acababa de alterar la escena de un crimen, aunque la cámara supusiera una intervención menor.

Recordó la advertencia de Mike:

Van a culpar a tu compañera. Son profesionales.

A continuación se abrían dos posibilidades: hacía rápido lo que debía o se quedaba atrapado en un bucle infinito de opciones.

Marcharse de inmediato por alguna razón no constituía una opción válida para él.

Quizás, que Erica estuviera al mando resultaba un punto a favor.

Tal vez más tarde, cuando quedara esclarecido que Cynthia no era la responsable de la muerte de Galloway, él podría decirle la verdad y explicarle por qué había actuado así. No sería sencillo —posiblemente dejarían de ser amigos— pero al menos ella entendería que sus intenciones habían sido buenas. Por otro lado, si Cynthia no era la asesina —y Luca estaba convencido de que no lo era—, ¿no le estaría haciendo un favor a Erica quitando de en medio pruebas que, sin duda, habían sido plantadas para confundir? Bien sabía Luca que muchas veces, cuando las investigaciones se centraban en un sospechoso que por alguna razón era descartado,

se perdía tiempo valioso y jamás se descubría al verdadero responsable.

Dio dos zancadas en dirección a la mesa. Sacó un pañuelo de tela del bolsillo trasero del pantalón y se envolvió la mano con él. Cogió la pesada esfera. Estimó que pesaba por lo menos un cuarto de kilo. Frotó la superficie con fuerza, borrando cualquier rastro de aceite y sudor, pero teniendo cuidado de no alterar la sangre seca en el punto de impacto. La dejó justo donde estaba.

Luego fue a por la gorra. La cogió por la visera, la dobló y se la metió en la cintura del pantalón, bajo la camisa.

Miró alrededor una última vez. Se preguntó dónde estaría la esposa de Galloway. ¿Habría más cadáveres en la casa?

No tenía tiempo para averiguarlo, pero su instinto de escudriñar la escena de un crimen no iba a dejarlo en paz, sin importar que aquella no fuera su escena.

—¿Luca?

La voz a sus espaldas lo hizo saltar.

Se giró. Erica Sanders se encontraba de pie en el umbral del salón, con la placa colgada al cuello y una expresión que oscilaba entre la confusión y la perplejidad.

—¿Qué rayos haces aquí?

Luca levantó las manos vacías, mostrando las palmas, rezando para que el bulto de la gorra en su cintura fuera invisible y para que su cara de resaca pasara por conmoción.

—Erica... —empezó con un tono entre profesional y casual—. Durham me pidió que viniera. Ya sabes que vivo cerca de aquí.

Erica hizo una mueca de fastidio.

—Acabo de hablar con él y no me ha dicho nada.

3

La noche más larga
1:44 AM

El compañero de Erica vivía en la otra punta de la ciudad, por lo que su llegada a la escena del crimen se demoraría bastante. Esto permitió a Luca quedarse bajo el pretexto de colaborar. En circunstancias normales, Erica no habría permitido que otro detective trabajara en su escena —no importaba que confiara plenamente en él e incluso lo considerara su amigo—; en materia de protocolos, Erica Sanders era la persona más rigurosa que Luca había conocido jamás.

El primero en llegar tras el coche patrulla fue el doctor Hasket.

Luca tuvo que hacer un esfuerzo para disimular su sorpresa al verlo cruzar el vestíbulo con su maletín de cuero gastado. Hasket era una eminencia, una leyenda dentro del departamento forense que ya casi no hacía trabajo de campo salvo para casos de altísimo perfil o favores políticos. Que estuviera allí a casi las dos de la madrugada significaba una cosa: el capitán Danny Durham estaba moviendo cielo y tierra y poniendo a sus mejores alfiles en el tablero.

Aquello le recordó a Luca que debía llamar a Danny cuanto antes. Que el capitán de la división fuera uno de sus mejores amigos, además del padrino de su hija, requería un equilibrio delicado. Sabía que su deber era llamarlo y explicarle qué demonios hacía allí, más cuando acababa de invocar su nombre ante Erica para justificar su presencia. Pero para eso necesitaba una excusa convincente, y todavía no la tenía.

En cuanto saliera de esa casa, lo primero que haría sería buscar una farmacia de guardia. ¿Por qué narices no se había tomado un ibuprofeno antes de salir? Si iba a tener que convivir con ese dolor martilleante para tomar decisiones esa noche, estaba perdido.

Hasket se arrodilló junto al cuerpo de Galloway. Luca se mantuvo a una distancia prudente, apoyado contra el marco de la puerta y procurando que la forma angulosa de la gorra que tenía escondida en el abdomen se notara lo menos posible.

—Veamos... El cuerpo está caliente —dijo, manipulando con delicadeza el brazo del cadáver—. La lividez es apenas visible, pero empieza a fijarse en la zona de los omóplatos. El rigor mortis está completamente ausente.

Hasket hizo una pausa y miró el reloj de su muñeca.

—Teniendo en cuenta la temperatura ambiente de la casa, que está climatizada... diría que esto ocurrió hace muy poco. Unas dos o tres horas. Cuando llegue el resto del equipo haremos una medición más precisa.

El horario encajaba a la perfección con la visita de Cynthia y con la versión que le había dado Mike por teléfono.

Hasket apartó la camisa ensangrentada con unas pinzas y expuso la herida en el pecho. Erica se inclinó ligeramente para ver mejor.

—Un único orificio de entrada en el hemitórax izquierdo —prosiguió el médico—. No veo orificio de salida; la bala debe de estar alojada en la columna o en los tejidos blandos de la espalda. Hay quemaduras de pólvora en la camisa y en la piel circundante. Fue un disparo a quemarropa, detective Sanders. A menos de medio metro.

El forense dejó caer la tela y señaló las palmas abiertas de Galloway, que descansaban hacia arriba sobre la alfombra, en un gesto casi de súplica.

—No presenta heridas defensivas ni marcas en los antebrazos. Yo diría que no esperaba el ataque.

Hasket examinaba ahora el cráneo.

—Contusión en la región parietal derecha con hundimiento óseo. Pero fíjese en la falta de hemorragia activa en comparación con el pecho. Este golpe fue posmortem o agónico. Galloway ya estaba muriendo o muerto cuando recibió el impacto. Quien lo hizo quería asegurarse de que no se levantaba, o estaba descargando una furia personal.

—Ese parece el candidato perfecto —dijo Erica señalando el adorno de cristal ensangrentado.

—Estoy de acuerdo: borde romo, pesado, consistente con el patrón de la herida.

Erica asintió, cerrando su libreta con un golpe seco.

—Gracias, doctor.

El equipo de criminalística liderado por Lisa Deschanel trabajaba en la escena desde hacía varios minutos. Uno de los técnicos bajaba en ese momento y confirmaba que el de Galloway era el único cadáver en la casa.

—Tendré que localizar a la esposa —se lamentó Erica mientras negaba con la cabeza.

—¿Quieres que me ocupe de eso? —preguntó Luca. Localizar a la esposa y darle la noticia no era algo que le entusiasmara especialmente, pero sería una manera de mantenerse cerca del caso.

Erica lo meditó. Consultó su reloj y finalmente estuvo de acuerdo.

—Excelente —estuvo de acuerdo Luca—. Entonces yo me ocupo de localizar a la esposa y de darle la noticia.

—Lo más probable es que esté de viaje. Quizás alguien de la comisaría lo sepa.

—Podría ser.

Erica seguía pensativa.

—Oye, Luca ¿Cynthia no viene de Harbor?

Luca había dado un paso en falso, y lo supo en cuanto Erica formuló la pregunta. Claro que Cynthia había trabajado con Galloway y mantenía una relación casi de mentoría con él; Luca debería haberlo mencionado él mismo y no esperar a que Erica hiciera la conexión. Tenía que empezar a pensar en cómo actuaría si no supiera todo lo que sabía, o sería cuestión de tiempo hasta que alguien lo advirtiera.

Bueno, Erica ya lo había hecho.

—Claro, estaba justamente pensando en empezar por ella —dijo Luca mientras se llevaba la mano instintivamente al abdomen—.

No sé si ha hablado con Galloway recientemente, pero seguro que sabrá quién del departamento podría saber dónde está su esposa.

—Sólo espero que esté con un amante en alguna parte del mundo, y con una coartada sólida —dijo Erica—. Lo que menos necesito es que ella le haya partido la cabeza y esto se convierta en un escándalo de celebridades.

—Celebridades y el LAPD. Un cóctel explosivo.

Erica puso los ojos en blanco y volvió a consultar su reloj con cara de fastidio.

Justo en ese momento llegó su compañero, un joven detective que había entrado hacía poco a Robos y Homicidios. Luca no pudo recordar si su apellido era Stravinsky o Stavinsky, así que se limitó a saludarlo con una inclinación de cabeza. Tenía los ojos hinchados y la chaqueta desencajada. Luca pensó que al menos alguien presentaba un aspecto peor que el suyo.

4

La noche más larga
2:06 AM

Con Cynthia mantenía una regla de oro: entre ellos no había secretos. Y Luca no estaba dispuesto a romperla esa noche.

Aunque él era el detective veterano, habían desarrollado una química de trabajo envidiable en muy poco tiempo, una sincronía que solía tardar años en forjarse, si es que llegaba a ocurrir. Luca bromeaba a menudo con que ella llegaría a capitana antes de que él se jubilara, si bien en su fuero interno creía que Cynthia apuntaba más alto: directora, o incluso un puesto federal fuera del departamento. Su compromiso resultaba inagotable y poseía un instinto que rozaba lo sobrenatural. Además, le sobraban agallas; jamás dudaba a la hora de meterse en la boca del lobo. Era intrépida…, quizás demasiado.

Pero había una cosa más: Cynthia era incapaz de asesinar a sangre fría sin un motivo de fuerza mayor.

Luca no hubiera borrado las huellas de ese adorno ni recuperado la gorra si albergara la más mínima duda sobre su inocencia. Si ella se encontraba en la casa del capitán Galloway esa noche, había sido por una razón que él desconocía, no para ejecutarlo. Ella se lo explicaría todo en cuanto llegara a su piso en Los Feliz y pudieran hablar cara a cara.

Lo más sensato habría sido llamarla por el móvil para adelantarle el motivo de su visita intempestiva, pero prefirió no hacerlo. La discusión con Galloway —que Mike le había confirmado y que las pruebas apoyaban— la alteraría independientemente de su grado de implicación. Decirle por teléfono que el capitán había muerto solo serviría para que entrara en pánico antes de tiempo.

Cynthia compartía piso con Jenna Wurth, una actriz que buscaba abrirse camino en Hollywood a quien conocía desde la

infancia. Su historia era de esas que parecían sacadas de una novela victoriana: habían crecido juntas, Jenna como la hija de un matrimonio acaudalado, criada en una mansión con el mundo a sus pies, y Cynthia como la hija de la cocinera. Sin embargo, la amistad infantil no entendió de clases sociales ni cuentas bancarias. Los Wurth, conscientes del vínculo inquebrantable entre las niñas, habían otorgado a Cynthia un trato especial, acogiéndola casi como a una segunda hija, aunque su madre siguiera sirviendo la cena. El piso en Los Feliz, un complejo que Cynthia difícilmente podría costearse con su sueldo de la policía, constituía la prueba de que ese lazo seguía vivo.

Luca aparcó y se acercó a la entrada independiente. El silencio de la calle era roto por un patrón rítmico amortiguado que provenía del interior. Llamarlo música quizás resultaba pretencioso; se trataba más bien de un latido grave, no lo suficientemente alto para que los vecinos llamaran a la policía, pero sí para saber que dentro nadie dormía.

Golpeó la puerta con los nudillos. Como esperaba, no obtuvo respuesta.

Lo intentó de nuevo, esta vez con la palma abierta y con autoridad. La respuesta resultó inmediata: las voces al otro lado se acallaron y, segundos después, la música cesó. La cortina de una de las ventanas se deslizó unos centímetros y el rostro pálido de Jenna Wurth se asomó.

La puerta se abrió apenas lo justo para dejar ver un ojo y parte de la nariz.

—¿Detective Bruzzo?

—Hola, Jenna. Necesito hablar con Cynthia.

—Ella… no está aquí.

El nerviosismo de Jenna era palpable. Se aferraba al borde de la puerta para conseguir una estabilidad que su cuerpo, a todas luces, no lograba por sí solo. El brillo vidrioso en sus ojos y la ligera dilatación de sus pupilas resultaban más que elocuentes.

—¿Todo bien ahí dentro? —preguntó Luca, intentando mirar por encima del hombro de la chica.

—Sí, sí, claro. Solo nos divertimos con unas amigas. Ya sabe, cosas de chicas.

Luca la estudió un segundo.

—Jenna, me da igual lo que estéis montando ahí dentro siempre y cuando tú estés bien.

—Estoy bien, detective —dijo ella, asintiendo con la cabeza más veces de las necesarias.

—¿Sabes dónde está Cynthia?

—Cyn se ha ido a casa de un amigo. Ella… bueno, ya sabe cómo es…

Luca le ahorró las explicaciones con un gesto de la mano. Si Jenna y sus amigas estaban montando una fiesta privada con sustancias, resultaba obvio que Cynthia, con su placa y su rectitud, habría preferido poner tierra de por medio.

—Vale. Gracias, Jenna. Cierra y tened cuidado.

Luca se alejó unos pasos hacia la acera y sacó el móvil. Marcó el número de Cynthia. Un tono. Dos. Tres. Saltó el buzón de voz.

Lo intentó una segunda vez, sintiendo cómo la inquietud empezaba a trepar por su garganta.

Nada.

—Cynthia, soy Luca —dijo al contestador, tratando de que su voz no sonara desesperada—. Necesito hablar contigo. Llámame en cuanto escuches esto. Da igual la hora.

Colgó y se quedó mirando la pantalla negra del móvil, sin saber muy bien cómo proceder. La música en el interior del piso había vuelto a empezar, ahora con un volumen todavía más bajo, casi imperceptible.

Una idea, o quizás una sospecha, lo hizo volver sobre sus pasos. Golpeó la puerta de nuevo, esta vez sin miramientos.

No fue Jenna quien abrió esta vez. Un hombre de unos treinta años, con el pelo largo, ojeras profundas y una mueca de hastío, abrió la puerta de par en par.

—Oye, tío, ¿qué pasa? —masculló el tipo arrastrando las palabras.

Con la puerta totalmente abierta, Luca obtuvo una vista panorámica del salón. Había otras tres personas desparramadas en

los sofás. Jenna apareció corriendo desde el fondo, con los ojos desorbitados.

—Patrick… Patrick, no… —suplicaba, intentando apartarlo.

Pero Luca ya no les prestaba atención. Ni a Jenna, ni a Patrick, que lo miraba fijamente con el rostro desencajado, debatiéndose entre la agresividad y el estupor.

La mirada de Luca se había clavado en el perchero de pie situado junto a la entrada. Levantó un dedo tembloroso y señaló hacia allí.

Jenna, que había logrado apartar a Patrick de un empujón, siguió la dirección del dedo de Luca, confundida.

—Es la gorra de Cyn —dijo la chica, frunciendo el ceño, sin entender por qué un objeto tan cotidiano había provocado que el detective palideciera de esa manera.

—¿Puedo verla?

Luca no esperó permiso. Dio un paso hacia el recibidor y cogió la prenda del gancho.

Se trataba de una gorra de color verde oscuro, desgastada por el uso, sin ninguna inscripción ni logotipo.

Luca sintió que el suelo se abría bajo sus pies.

La gorra que él guardaba escondida en el coche, la que había sustraído de la escena del crimen jugándose la carrera convencido de que pertenecía a su compañera… era de color azul.

5

La noche más larga
2:11 AM

Antes de atreverse a revisar de nuevo el vídeo en el que Cynthia aparecía con la gorra, Luca necesitaba con urgencia encontrar una farmacia abierta. La cabeza le palpitaba detrás de los ojos; una mezcla tóxica de resaca, falta de sueño y la tensión de haber cometido un delito grave. Debía estar fino para tomar buenas decisiones.

Condujo en un estado de semiinconsciencia, más pendiente de la espiral de sus pensamientos que del paisaje urbano que desfilaba tras el parabrisas. Pasó por un par de calles que le resultaron algo familiares, dando vueltas en círculos hasta que el neón rojo de un letrero perforó la bruma de su mente: CVS Pharmacy.

Aparcó el coche en el aparcamiento casi desierto. A esa hora, las puertas automáticas de cristal estaban bloqueadas. El sistema de venta de madrugada funcionaba a través de una ventanilla de seguridad blindada, similar al de algunas casas de empeños que hacían buena parte de su negocio gracias a la desesperación nocturna.

Luca se acercó a la ventanilla. Al otro lado del cristal, un empleado lo miró sin interés.

—Buenas noches. Ibuprofeno de seiscientos —pidió Luca—. Y dos botellines de agua.

El empleado desapareció por un pasillo y regresó un minuto después. Deslizó la caja de pastillas y el agua a través del torno giratorio de metal. Luca dejó los billetes en la bandeja y regresó al coche. Rasgó la caja con impaciencia, sacó el blíster y se metió dos pastillas en la boca, tragándolas con un largo sorbo de agua tibia. Cerró los ojos un instante, rogando que la química hiciera su trabajo rápido.

Cuando los abrió, su mirada cayó sin remedio sobre el asiento del copiloto.

Allí estaban las dos gorras. La que había recuperado de la escena del crimen, todavía impregnada con el olor invisible de la casa de Galloway, y la que acababa de coger del piso de Cynthia.

Las puso una al lado de la otra.

Bajo la luz de lectura del coche la diferencia era evidente. No sólo el color era distinto —azul marino la del crimen, verde bosque la de Cynthia—; también la forma. La azul tenía la visera más curva, la estructura más rígida. La verde estaba desgastada, con la tela más suave.

Luca sacó el móvil y reprodujo el vídeo que Mike le había enviado. La imagen era en blanco y negro, con un granulado propio de una cámara de seguridad de baja calidad. En esa escala de grises, el azul y el verde eran idénticos.

—Hijo de puta —susurró.

El resultado de la manipulación era devastador. Luca no sólo se había llevado una prueba vital de la escena del asesinato de un capitán de la policía de Los Ángeles, sino que lo había hecho pensando que protegía a Cynthia. Ahora que sabía que la gorra azul no era de ella, la situación cambiaba por completo. Esa prenda jamás habría incriminado a su compañera ante un análisis forense.

La gorra no había sido un descuido de Cynthia. La habían dejado allí para engañarlo a él.

Luca golpeó el volante con todas sus fuerzas. Necesitaba que su puta cabeza dejara de palpitar y empezara a pensar con claridad. Respiró hondo y hundió la mano derecha en el bolsillo de su chaqueta. Sus dedos rozaron el tacto rugoso de la cartulina doblada. La sacó un instante y contempló el dibujo de Lily. «Te quiero, papá».

Volvió a guardarse el dibujo junto al pecho y cogió el teléfono para llamar a Cynthia.

Un tono. Dos. Tres. Buzón de voz.

—Cynthia, escúchame —dijo, tratando de controlar la urgencia en su voz—. Galloway está muerto. Es vital que hablemos. Llámame en cuanto escuches esto. No hables con nadie más.

Colgó y, por si acaso, tecleó un mensaje rápido: Galloway está muerto. Llámame por favor.

Si no lograba hablar con ella, no podrían definir una estrategia conjunta ni entender qué narices estaba pasando. Estaban volando a ciegas en medio de una tormenta.

El móvil vibró en su mano.

¡Cynthia!

La esperanza lo embargó hasta que vio la pantalla del móvil:

DANNY DURHAM

El estómago se le encogió.

No es que la llamada del capitán supusiera una sorpresa demasiado grande. Iba a suceder en algún momento. Respiró hondo y descolgó.

—Hola, Danny.

—Luca… —dijo el capitán con voz firme y sin rastro de agotamiento—. ¿Está todo bien?

—Sí, todo bien.

—Acabo de hablar con Erica. Me ha dicho que has estado en casa de Galloway.

No era una pregunta, pero sí una invitación clara a que Luca explicara la situación. Si otro miembro del equipo se hubiera colado en la escena de un crimen que no le correspondía, Durham estaría hecho una furia. Y con razón. Dada la relación que los unía, resultaba evidente que estaba dispuesto a darle el beneficio de la duda y asumir que tenía buenas razones para hacer lo que había hecho.

—Cynthia me avisó de lo que había pasado con Galloway —mintió Luca, improvisando sobre la marcha—. Algunos de sus excompañeros de la otra división se lo dijeron. Estaba muy alterada.

Silencio al otro lado de la línea. Luca odiaba mentir a Danny. Era su amigo y la confianza entre ellos siempre había sido total. Traicionarlo de esta forma lo partía por dentro, pero al mismo tiempo sabía que no podía involucrarlo en algo tan grave.

—¿O sea que has podido hablar con Cynthia? —preguntó Durham, con un matiz de extrañeza.

—Sí. Antes. Ahora he intentado volver a contactar con ella y no he podido.

—Me pasa lo mismo. La he llamado un par de veces y salta el buzón. Pero si me dices que lo sabe, no tiene sentido que insista ahora. Tengo entendido que eran bastante unidos.

—Sí, bastante.

Hubo una pausa. Cuando Danny volvió a hablar, su tono había cambiado, volviéndose menos formal.

—¿Cómo está tu cabeza?

—No para de zumbar —admitió Luca, frotándose la sien.

—Estoy igual. Galloway tenía que ser asesinado justo hoy… Menudo desastre.

—Ni me lo digas.

Otro cambio de tono:

—Luca, Erica me dijo que fuiste a casa de Galloway porque yo te lo pedí.

Luca cerró los ojos y apoyó la nuca en el reposacabezas.

—Sí, Danny, iba a decírtelo —se apresuró a explicar—. No quise decirle a Erica que estaba allí a petición de Cynthia, se hubiera puesto frenética con el tema de los protocolos y las jurisdicciones. Ya la conoces.

—Y con razón.

—Te pido disculpas, Danny. No estaba pensando con claridad. Solo quería confirmar la noticia antes de que se filtrara.

Era la primera verdad a medias que salía de su boca en toda la noche.

—No te preocupes, lo entiendo —suspiró Durham—. Oye, me dijo Erica que te habías ofrecido a hablar con la esposa de Galloway.

—Sí.

—No va a hacer falta. Al parecer la mujer está de viaje por Italia.

—Ah, vale. En ese caso me iré a casa.

—No sabes cuánto te envidio. Esto de Galloway no pinta nada bien, Luca. Voy para allá ahora mismo. No parece ser un crimen pasional, a pesar del golpe en la cabeza. ¿Has visto algo que te haya llamado la atención?

Luca echó un vistazo a su lado, a las dos gorras que descansaban en el asiento del copiloto como dos testigos mudos de su delito. Danny no era estúpido; lo conocía demasiado bien. Sabía que la excusa de que Cynthia le había pedido ir a confirmar la muerte era endeble. Luca sintió el impulso de decirle la verdad, de confesar la llamada de Mike, el vídeo, la trampa.

Pero la verdad era demasiado grave. Alterar la escena de un asesinato de alto impacto, borrar huellas, sustraer pruebas… eso no sólo le costaría la placa a él, sino que arrastraría a Danny al fango si intentaba encubrirlo. Luca no iba a hacerle eso a su amigo.

—No parece un ajuste de cuentas típico, si a eso te refieres —dijo Luca, eligiendo sus palabras con cuidado—. El golpe con esa esfera denota cierta saña, algo personal.

—¿Esfera?

Por un instante, Luca sintió que el abismo se abría bajo sus pies. Luego recordó que había hablado con Erica de la hipótesis del golpe con la esfera de cristal.

—Erica te lo explicará mejor cuando llegues allí y veas el informe de Hasket. Es sólo una especulación.

—Vale. Por alguna razón siento que la muerte de Galloway se convertirá en una caja de Pandora. Mi teléfono no ha parado de sonar ni un minuto. Cuando cuelgue contigo seguro que tendré un mensaje del director adjunto.

—¿Para tanto? Entiendo que Galloway es uno de los históricos de la división, pero ¿por qué tanta conmoción inmediata?

—No lo sé bien. Hay muchas preguntas y un hermetismo sospechoso desde arriba. El director adjunto no quiere soltar prenda, pero tengo la sensación de que algo pasaba con Galloway. Algo que no nos habían contado.

—¿Podía estar metido en algo turbio?

—Podría ser. No lo sé. Pero cuando los de Asuntos Internos empiezan a llamar antes que la prensa, es mala señal.

Sin darse cuenta, Luca había aferrado el volante con las dos manos hasta que los nudillos se le pusieron blancos. La muerte de Richard Galloway podía ser la punta de un iceberg de corrupción y

secretos del que ahora él, por culpa de una llamada anónima y varios litros de cerveza, era una parte integral.

Se quedó en silencio.

—Luca… —dijo Danny por fin—. Si hay algo más que quieras decirme, o si necesitas algo… estaré despierto toda la noche.

—Claro, Danny. Gracias.

Cuando cortó la llamada, Luca sintió un ramalazo de ira incontrolable. Gritó, un sonido gutural y ahogado, y descargó un puñetazo brutal contra el salpicadero del coche.

Lo bueno era que el ibuprofeno empezaba a hacer efecto y el dolor de cabeza remitía.

Lo malo era que existía la posibilidad muy real de que esa noche hubiera cometido el peor error de su carrera, y quizás de su vida.

6

La noche más larga
2:30 AM

Cuando Luca era un niño y vivía solo con su madre en la casona de Wellington Heights, los días de vacaciones a veces se hacían eternos. A ella no le hacía ninguna gracia que él pasara mucho tiempo en la calle con sus amigos, de manera que la televisión, el ajedrez y los tebeos eran sus únicos aliados para matar las horas. Ella trabajaba casi todo el día, empalmando dos trabajos o incluso tres. Los fines de semana los dedicaba a cocinar pasteles y demás exquisiteces destinadas a la venta entre allegados y compañeros de trabajo.

Durante sus sesiones maratonianas en la cocina, la señora Bruzzo desplegaba un concierto de batidoras, a una o dos voces, que zumbaban sin pausa hasta el fin de los tiempos. No importaba si Luca se encerraba en su habitación o estaba tirado en el sofá del salón, ese sonido traspasaba cualquier barrera física y se las arreglaba para llegar hasta sus oídos y taladrarlos como un insecto mecánico. Estaba tan acostumbrado a ese ruido infernal que su cerebro había aprendido a convivir con él. En los años venideros funcionaría incluso como un disparador pavloviano: cada vez que escuchaba una batidora, su mente regresaba de golpe a su niñez y a las horas muertas de lectura o televisión.

Pero lo que Luca recordaba con más nitidez no era el ruido, sino el cese del mismo. Cuando su madre daba por concluida la faena y apagaba los aparatos, el silencio que inundaba la casa era tan profundo, tan absoluto, que Luca no dejaba de maravillarse. Era como salir a la superficie después de estar a punto de ahogarse.

Así se sintió en el coche, aparcado frente al local de CVS Pharmacy, cuando el ibuprofeno de seiscientos miligramos empezó a

hacer su magia y redujo el dolor de cabeza a un arrullo lejano, casi placentero.

La ira también empezaba a disiparse, dejando paso a una claridad fría y cortante. La llamada del capitán Durham había puesto negro sobre blanco su estupidez. En el asiento del acompañante estaban las dos gorras como prueba fehaciente de ello. Se preguntó si no sería prudente esconderlas en alguna parte —debajo del asiento, en la guantera— en vez de pasearse con ellas a la vista de cualquiera. Quizás era el primer pensamiento coherente que asomaba desde que había salido de su casa.

Lo único que le faltaba era un café. Eso lo terminaría de espabilar. Volvió a mirar hacia la farmacia a través de la ventanilla, esperando encontrarse con una de esas máquinas expendedoras en la entrada, pero no tuvo suerte. El café tendría que esperar.

A partir de ahora no podía cometer ni un solo error más. La conversación que acababa de mantener con Danny había añadido una nueva capa de complejidad a la situación. El capitán sabía que Luca le estaba ocultando algo. No se lo había dicho explícitamente, pero no hacía falta; su frase de despedida había sido una invitación a que hablara con él en cuanto pudiera. Luca sabía que no podía decirle nada a su amigo; por lo menos no hasta que tuviera un poco de claridad sobre por qué demonios Cynthia había visitado a Galloway esa noche.

Por otro lado, Durham había dejado entrever que el asesinato de Galloway había inquietado a más de uno dentro del cuerpo, y no sólo por la pérdida de un compañero. Su muerte escondía algo que Asuntos Internos ya estaba olfateando.

El paso siguiente era encontrar a Cynthia. Ya no tenía sentido seguir dejándole mensajes en el buzón de voz.

Tenía un solo hilo del que tirar. El único.

Antes de irse del piso que su compañera compartía con Jenna Wurth, Luca le había pedido a la chica que reconstruyera los últimos pasos de Cynthia. Siempre según el relato de su amiga —del que Luca no tenía por qué dudar, a pesar de que la chica arrastraba un poco las palabras al hablar—, Cynthia se había marchado del piso alrededor de las once. No dijo adónde iba. Lo hizo de manera

repentina, incluso antes de que llegaran los invitados a la fiesta. Por supuesto, Luca sabía que había ido a casa de Galloway.

Regresó menos de una hora después. Dejó la gorra verde y se metió en su habitación casi sin cruzar palabra con nadie. Salió un rato después, transformada: pantalones y chaqueta de cuero, maquillaje marcado y el cabello suelto. No era la primera vez que Jenna veía a Cynthia así. Era la vestimenta de su juventud y que de tanto en tanto repetía para salir. De vez en cuando, cuando la presión era demasiada, le gustaba volver a sus orígenes.

Cuando Jenna le preguntó hacia dónde se dirigía esta vez, Cynthia no esquivó la cuestión. Le dijo que iba a encontrarse con su amigo Ray en el Hollow Hole. Luca sabía que era un antro en el Arts District, cerca de las vías del tren, donde tocaban grupos. O, por lo menos, así había sido durante su juventud.

Era la única oportunidad que tenía de dar con ella rápido.

Claro que existía la posibilidad de que Cynthia le hubiera dicho a Jenna lo primero que se le pasó por la cabeza para no dar explicaciones. Después de haber discutido con su excapitán y mentor, ¿qué sentido tenía que Cynthia se cambiara de ropa y se fuera de copas con un amigo? Ninguno, por supuesto. Pero Luca debía aferrarse a la posibilidad de que la encontraría allí.

Luca puso en marcha el coche y se incorporó al tráfico escaso de Sunset Boulevard, girando hacia el este.

No había recorrido ni dos manzanas cuando el móvil vibró en el bolsillo de la chaqueta.

Lo sacó sin quitar la vista de la calle.

No era Cynthia. Tampoco Danny Durham.

NÚMERO DESCONOCIDO.

Luca no podía darse el lujo de detener el coche. Bajó la velocidad pero siguió conduciendo con una mano mientras ordenaba sus pensamientos. No le inquietaba que Mike tuviera que esperar un poco. Atendió la llamada con la mano libre y se llevó el móvil a la oreja.

—¿Qué te pasa, Bruzzo? —dijo Mike. Su voz mantenía ese tono gutural—. Si no me coges el teléfono no vamos a poder salvar a tu amiga.

—¿Qué quieres? —espetó Luca.

—¿Has seguido mi recomendación? ¿Está la escena limpia?

—¿Para qué me llamas?

—Son demasiadas preguntas, detective. No tenemos mucho tiempo. Contéstame.

—No voy a contestarte hasta que no me digas quién eres. Y qué quieres realmente.

—Ayudarte.

—¡Y una mierda!

—Cálmate, Luca. Estamos en el mismo barco.

—No, no lo estamos. Tú estás en la orilla, seco, y yo estoy con el agua al cuello. ¿Por qué la gorra era azul, Mike?

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—¿De qué hablas?

—La gorra que estaba en el sofá de Galloway. La que me hiciste recoger. Era azul marino. La de Cynthia es verde. Me has tendido una trampa, hijo de puta.

—Yo no sabía lo de la gorra —dijo Mike, y por primera vez su voz perdió esa calma robótica, sonando ligeramente a la defensiva—. Yo sólo vi lo que mostraba la cámara. Parecía la suya.

—Tú sabes perfectamente quién mató a Galloway. Estabas mirando. O me lo dices ahora mismo o nuestra *amistad* se termina aquí y voy directo a Asuntos Internos con la grabación.

Luca apenas era consciente de que le estaba gritando al móvil como un desquiciado, esquivando coches en piloto automático.

Serénate.

—Tienes que hacer lo que te digo —dijo Mike, recuperando algo de calma—. No tienes ni idea de con quién te estás metiendo. Esto es más grande que tú, que Galloway y que tu amiga. Si no sigues las instrucciones, ella caerá. Y tú con ella.

—¡Que te follen, hijo de puta! ¡Déjate de acertijos!

—Luca…

—Quiero nombres.

—¡No puedo darte nombres! Galloway estaba metido hasta el cuello en un asunto de drogas. Es todo lo que puedo decirte.

—No me has dicho nada. ¡Nombres!

—¡Joder! ¿Por qué tienes que hacer todo tan difícil?

—Las cosas hubieran sido más sencillas si no hubieras empezado esta relación con una puta mentira.

Luca cortó la llamada de golpe y lanzó el móvil al asiento del acompañante con rabia. El aparato rebotó contra el respaldo y cayó sobre las gorras.

Se pasó la mano por la cara. Estaba seguro de que Mike iba a volver a llamar. El tipo necesitaba controlar la situación, y Luca acababa de romperle el guion.

En efecto, el teléfono se iluminó apenas un minuto después. Otra vez el número desconocido.

Luca miró la pantalla con la mandíbula apretada.

—Vete a la mierda, Mike —murmuró, y dejó que sonara.

Se había terminado el rol de títere. Su único objetivo ahora era encontrar a Cynthia y enderezar este desastre antes de que amaneciera.

Y conseguir café. Mataría por un café.

Giró hacia una calle más oscura. Fue entonces cuando miró por el espejo retrovisor.

Unos faros se mantenían a una distancia constante detrás de él. Giró a la derecha.

Los faros también giraron.

7

La noche más larga
2:37 AM

Luca pisó el acelerador intentando ganar distancia, pero el vehículo que lo seguía rugió con una potencia inesperada. Era una masa oscura y pesada que se le echaba encima.

En cuestión de segundos la sombra lo adelantó por la izquierda. Luca vio de reojo el perfil de una furgoneta negra, alta, sin ventanas laterales ni logotipos. El vehículo dio un volantazo brusco hacia la derecha cortándole el paso.

Luca clavó los frenos. Los neumáticos chirriaron contra el asfalto y el coche se detuvo a escasos centímetros del parachoques reforzado de la furgoneta.

—¡Joder!

Evaluó la situación en milisegundos. Miró por el retrovisor para dar marcha atrás, pero intuyó que no llegaría lejos. Su mano derecha voló hacia el interior de la chaqueta, buscando la empuñadura de su Browning.

Las puertas traseras de la furgoneta se abrieron de golpe y dos figuras saltaron al asfalto. Iban vestidas de negro táctico, con chalecos antibalas pero sin insignias visibles a esa distancia. Lo que sí se distinguía con claridad eran los cañones de los fusiles de asalto apuntando directamente a su parabrisas.

—¡Manos! ¡Quiero ver esas manos! —bramó uno de ellos.

Luca se quedó inmóvil. Si sacaba el arma ahora, a lo sumo podría darle a uno de los dos…, el otro no tendría compasión. Levantó las manos con lentitud y las colocó sobre el salpicadero, con las palmas abiertas hacia el cristal.

—¡Soy policía! —gritó Luca—. ¡Detective Bruzzo, LAPD!

El hombre que había hablado se acercó por el lado del conductor, sin bajar el arma. Era un tipo corpulento, de unos

cuarenta años, con el pelo gris cortado al cepillo y una cicatriz que le cruzaba la ceja izquierda. Se movía con la seguridad de quien ha hecho esto mil veces. Su compañero, más joven y fibroso, se desplegó hacia el flanco derecho.

—Ya sabemos quién es usted, detective Bruzzo —dijo el hombre de la cicatriz, deteniéndose a dos metros de la ventanilla—. Somos de la DEA. Salga del vehículo. Ahora.

Luca miró de reojo al asiento del acompañante. Las dos gorras seguían allí, por supuesto. Si abría la puerta, la luz interior del coche se encendería y las iluminaría como si estuvieran en un escaparate. Si intentaba esconderlas, el movimiento podría ser interpretado como una amenaza.

Estaba jodido.

—He dicho que salga del coche —repitió el hombre, apuntando a la cabeza de Luca a través del cristal.

Luca no tenía opción. Con movimientos lentos abrió la puerta. La luz se encendió e hizo todo lo posible para bloquear la visión que el tipo tenía del interior. Luca salió, manteniendo las manos en alto, y cerró la puerta con la cadera lo más rápido que pudo, rezando para que la oscuridad de la noche y la atención de los dos hombres sobre él hubieran ocultado el contenido del asiento.

—Dese la vuelta. Manos en la cabeza.

Luca obedeció. Sintió cómo unas manos expertas lo cacheaban, retirándole el arma reglamentaria, la cartera y el móvil.

—Quiero ver una identificación —exigió Luca—. Esto es irregular de cojones.

El de la cicatriz lo giró con brusquedad. Con una mano sostenía el fusil y con la otra exhibió la placa dorada que llevaba colgada al cuello.

Agente Paul Thomas Thorne. DEA.

—¿Se puede saber por qué me interceptan como si fuera un terrorista? Tengo una emergencia familiar.

—Ahórrese el teatro, detective. Tenemos órdenes de llevarlo ahora mismo ante el agente especial Marcus Reed.

Marcus Reed. A Luca el nombre le resultó vagamente familiar.

—No conozco a ningún Reed. Y no voy a ir a ninguna parte sin una orden judicial o sin hablar con mi capitán. Esto es un secuestro.

—Llámelo como quiera —dijo Thorne, guardando la placa—. Pero va a venir.

—Me niego.

Thorne ni siquiera parpadeó. Hizo un gesto rápido a su compañero. Antes de que Luca pudiera reaccionar, lo agarraron del brazo derecho, se lo torcieron a la espalda y sintió el chasquido frío de las esposas cerrándose sobre sus muñecas.

—¡Eh! ¡Cuidado! —protestó Luca.

—No lo haga más difícil, Bruzzo. Camine.

Lo empujaron hacia la parte trasera de la furgoneta. El agente más joven abrió las puertas de doble hoja y reveló el interior. Había bancos metálicos corridos a ambos lados y anclajes en el suelo. Olía a metal, a aceite y a sudor rancio.

—Suba.

Luca trepó al interior con dificultad, sin poder usar las manos. Thorne subió detrás de él, mientras el otro agente se dirigía a la cabina del conductor.

Luca se dejó caer en uno de los bancos. Thorne se agachó y cogió algo que había dejado preparado sobre el asiento opuesto. Era una capucha de tela negra, densa y opaca.

—Póngasela.

Luca miró la capucha y luego a los ojos de Thorne.

—¿Es una broma? Soy un detective de homicidios, no un jodido miembro de Al Qaeda.

—Son las normas del agente Reed para las maniobras de nivel uno. Póngase la capucha o se la pongo yo.

Luca apretó la mandíbula. Más allá del atropello, todavía estaba conmocionado por la velocidad de la maniobra. Sabía que el FBI y la DEA llevaban a cabo operaciones de este tipo, fuera del radar y de una cuestionable legalidad. Maniobras de nivel uno, las había llamado Thorne. Pero ese no era el motivo de su sorpresa. No tenía ninguna duda de que todo esto estaba relacionado con Galloway. Thorne y su compañero podían estar siguiéndolo desde el mismo momento en que él había puesto un pie en la casa del

capitán. Si el tal Marcus Reed —¿por qué el nombre le resultaba familiar?— había estado vigilando la casa de Galloway, la presencia de un detective que no estaba asignado al caso habría despertado su interés de inmediato.

Luca contuvo el aliento. Si Reed y su equipo habían estado vigilando la casa de Galloway, habrían visto a Cynthia. ¿La habían detenido también a ella?

Mientras inclinaba la cabeza para que Thorne le colocara la capucha, lo miró por última vez a los ojos.

—¿Yo soy el único?

Thorne hizo una mueca de desconcierto y eso fue lo último que Luca vio antes de que lo envolviera la oscuridad.

—Vamos —gritó Thorne mientras daba un golpe en alguna parte.

El motor de la furgoneta rugió y el vehículo arrancó con una sacudida.

Durante algunos minutos Luca intentó mantener un mapa mental del trayecto. Contó los segundos. Giraron a la derecha. Aceleraron. Luego una frenada brusca y un giro a la izquierda. El conductor sabía lo que hacía. Tomaba las curvas con violencia, aceleraba y frenaba de manera errática, rompiendo cualquier intento de Luca por calcular distancias o direcciones. Podían estar yendo hacia el norte, hacia el desierto, o dando vueltas en círculos.

En la oscuridad de la capucha, con las manos esposadas a la espalda y el dolor de cabeza todavía reducido a un eco lejano, Luca comprendió que la noche más larga de su vida acababa de entrar en una fase mucho más oscura.

Mike le había dicho que Galloway estaba metido hasta el cuello en un tema de drogas; por lo menos en algo parecía que no había intentado engañarlo.

8

La noche más larga
3:02 AM

Veinte minutos.

Esa fue la estimación de Luca sobre la duración del trayecto en la furgoneta. Su brújula interna, aunque desorientada por las maniobras bruscas del conductor, le sugería que habían viajado hacia el oeste. Si su instinto no le fallaba, eso los situaba cerca del Arts District, el mismo lugar donde él creía que Cynthia se encontraba en ese momento con su amigo Ray. Quizás, en un giro irónico del destino, los de la DEA le estaban haciendo un favor acercándolo a ella.

Y a propósito de esto, ¿no había dado por sentado demasiado rápido que eran agentes de la DEA? ¿Sólo porque le habían mostrado una placa en la penumbra nocturna?

Que la DEA interceptara a un detective de homicidios del LAPD en plena calle y lo trasladara encapuchado como a un terrorista era un hecho de una gravedad extrema. El agente a cargo —Reed, según había dicho Thorne— debía de tener motivos muy poderosos, o estar muy desesperado, para dar semejante orden. Una acción así, sin una justificación de peso, podría desencadenar una guerra interdepartamental.

Luca sacudió la cabeza bajo la capucha.

—¡Quieto!

—¿Falta mucho?

No hizo falta respuesta. La furgoneta frenó y giró con violencia, y el sonido de los neumáticos cambió. Ya no era el zumbido constante del asfalto, sino el crujido inconfundible de la gravilla.

Segundos después, el motor se apagó. Las puertas traseras se abrieron con un chirrido metálico y una mano firme agarró a Luca

del brazo, guiándolo para bajar. Al pisar el suelo, las piedras crujieron bajo sus zapatos, confirmando su sospecha.

El silencio exterior era profundo, sólo roto por el viento. La brisa fresca en sus manos le indicó que estaban en un lugar abierto y aislado. Un ligero olor a aceite quemado y óxido le hizo pensar en un polígono industrial abandonado o un depósito de chatarra.

Se detuvo, esperando instrucciones.

—Vamos, Bruzzo. No va a pasarte nada —dijo Thorne.

Genial. Eso era justo lo que le dirían a alguien que estaba a punto de no pasarlo nada bien.

A estas alturas, Luca no tenía claro qué le convenía más. Su mente volvía una y otra vez a las dos gorras abandonadas en el asiento del acompañante de su coche. Si alguien de la DEA las había visto —y era imposible que no lo hubieran hecho—, tendrían preguntas. Una gorra era un objeto personal. Dos gorras, de colores diferentes, en el coche de un detective que huye de la escena de un crimen, era una señal de alerta roja.

Lo empujaron hacia el interior de un edificio. El cambio de temperatura fue inmediato; el aire estaba climatizado, seco y fresco. El sonido de sus pasos cambió a un eco metálico y luego a hormigón. Escuchó el zumbido constante y grave de servidores informáticos, superpuesto con uno menos estridente proveniente de los fluorescentes.

La mano de Thorne lo guió a través de varios giros hasta que le pidió que se sentara. Sintió cómo le quitaban las esposas. Luca se frotó las muñecas, agradeciendo el retorno de la circulación.

Una puerta se cerró con un golpe seco.

—¿Hola? —preguntó Luca al vacío.

Movió los brazos para desentumecerlos.

—Voy a quitarme la capucha —anunció antes de hacer un movimiento brusco que pudiera costarle la vida.

Nadie se opuso. Se arrancó la tela negra y parpadeó, cegado por una potente luz cenital.

Cuando sus ojos se acostumbraron, examinó su entorno. No era una sala de interrogatorios estándar. Era un búnker improvisado: una mesa de metal en el centro, dos sillas, paredes blancas

desnudas decoradas sólo por una pintura de un atardecer hecha con spray, obra de algún artista callejero. La pintura desentonaba por completo con la esterilidad del lugar. El techo era bajo y plano. No había espejo unidireccional ni cámaras visibles.

La puerta frente a él se abrió.

Un hombre entró. Parecía tener más o menos su edad, quizás un par de años más joven. Era completamente calvo, con la cabeza rapada al cero que brillaba bajo los focos. Sus ojos eran grandes, de un azul pálido, más claros incluso que los de Luca, y tenían una intensidad inquietante. Vestía pantalones tácticos de color caqui, botas de montaña y un polo negro que se ajustaba a un torso trabajado en el gimnasio. Llevaba una pistola en una funda de pernera y un chaleco antibalas de la DEA.

—Soy el agente Marcus Reed —dijo, todavía sin establecer contacto visual directo.

Se acercó a la mesa y vació una bolsa de plástico transparente sobre la superficie metálica. Los efectos personales de Luca, que Thorne le había confiscado en la calle, se desparramaron con un ruido sordo: la cartera, las llaves del coche, la placa, el móvil y la tarjeta de cartulina regalo de Lily abierta de par en par.

Los ojos de Reed se detuvieron de inmediato en el dibujo. Alargó una mano para cogerlo.

—Ni se te ocurra tocar eso —le advirtió Luca. Su voz sonó baja, pero cargada de una amenaza letal. Podía tolerar el secuestro, las emboscadas y las esposas, pero no iba a permitir que aquel tipo pusiera sus manos sobre el regalo de su hija.

Reed detuvo su mano a escasos centímetros de la cartulina. Retiró los dedos despacio y alzó la vista hacia Luca, esbozando una sonrisa suave, casi comprensiva.

—«Te quiero, papá. Feliz cumpleaños» —leyó Reed en voz alta —. Es un dibujo de Lily, ¿verdad?

Luca se quedó petrificado, con los músculos en tensión. ¿Cómo demonios sabía aquel agente federal el nombre de su hija?

—¿Y mi pistola? —preguntó Luca, ignorando el nudo en el estómago e intentando recuperar el control de la situación.

Reed se sentó en la silla opuesta, sin hacer caso a la pregunta sobre el arma. Parecía agotado. Dejó caer los hombros, echó la cabeza un poco hacia atrás y entrelazó las manos sobre la mesa, como si fuera a rezar.

—Luca… ¿Te molesta que te tutee? —Su voz era suave, casi cordial—. Perdón por todo esto. No es una noche fácil para ninguno de los dos.

—Agente Reed…

—Marcus, por favor. Te lo explicaré todo en unos minutos, te doy mi palabra. —Reed se llevó una mano a la nuca, frotándose la piel como si le doliera—. Tú a mí no me conoces, Luca, pero yo a ti sí.

Luca frunció el ceño, manteniéndose a la defensiva. Repasó en su cabeza sus casos conjuntos con federales, sus años en la academia, incluso sus detenciones antiguas.

—Mi hijo va al mismo colegio que tu hija Lily —continuó Reed, señalando la tarjeta de cartulina—. Está sólo un curso más adelantado que ella. Sé que es difícil de creer dadas las circunstancias, pero es así. Hace unos meses, cuando salió todo el revuelo mediático con lo del caso de Peyton Allen y se publicó la foto del héroe que la había atrapado, te reconocí al instante. El detective de homicidios que piensa como los malos.

La explicación consiguió aplacar parte de su furia, por lo menos en lo referente a la mención casual de su hija.

—Marcus, dime qué está sucediendo.

—Sí, claro. Para eso estamos aquí. De nuevo, te pido perdón por haberte traído así. Necesitaba que vinieras y no podía arriesgarme a que dijeras que no.

—Aquí estoy. Habla.

Reed se inclinó hacia delante, su expresión volviéndose profesional y dura.

—Luca, voy a necesitar que me digas qué hacías en casa de Richard Galloway esta noche.

Luca mantuvo la cara de póquer.

—Vivo cerca. El capitán Durham me llamó y me pidió que asegurara la escena hasta que llegara la detective Sanders.

Reed se frotó la barbilla, estudiándolo.

—Eso no es cierto.

Luca le sostuvo la mirada.

—¿Me estás llamando mentiroso?

—Llegaste a casa de Galloway poco después de la una de la madrugada. Sabemos que hablaste con Durham bastante después, cuando ya estabas saliendo de allí. Así que la pregunta sigue en pie: ¿por qué fuiste? ¿Cómo supiste antes que nadie que Galloway estaba muerto?

Luca apretó los dientes. No iba a confiar en Reed, no todavía. Daba igual que su hijo fuera a la misma escuela de Lily.

—Veo que ya tienes una teoría montada, Marcus. ¿Por qué no me la dices tú? Yo ya te he dicho mi versión. Quizás no has rastreado la llamada correcta o tus tiempos están mal. De hecho, dudo que hayas tenido tiempo de verificar los registros telefónicos en tan poco tiempo, o que sepas que me une una relación personal con el capitán. De hecho, es el padrino de mi hija.

Reed se levantó y paseó por la habitación con las manos en los bolsillos, dándole la espalda a Luca para mirar el mural del atardecer. Parecía buscar paciencia en esos colores vivaces.

El móvil de Luca, que estaba sobre la mesa entre sus pertenencias, empezó a vibrar. El zumbido resonó contra el metal.

Reed se giró de inmediato, tenso.

Luca miró la pantalla. Si era Cynthia, tenía que responder. Si era Mike…

NÚMERO DESCONOCIDO.

—¿Necesitas contestar esa llamada? —preguntó Reed, observando su reacción.

La última vez Luca le había colgado a Mike. Pero ahora la situación había cambiado. Mike le había dicho que Galloway estaba metido en drogas, y la presencia de la DEA confirmaba esa parte de la historia. Quizás Mike era más confiable de lo que él pensaba.

—La verdad es que sí —dijo Luca—. Es mi esposa. Cuando me fui estaba dormida.

Reed lo miró con los ojos entrecerrados, como si no creyera una sola palabra de lo que acababa de decirle.

—¿Sabes qué, Luca? Para que entiendas que tú y yo estamos del mismo lado —dijo Reed—, voy a dejarte diez minutos para que le respondas a *tu esposa*. Veo en tu cara que es importante. Pero no intentes nada estúpido.

Sin esperar respuesta, Reed salió de la habitación y cerró la puerta.

Luca no estaba seguro de si era una trampa. Que no hubiera visto cámaras no significaba que no hubiera micrófonos. Pero necesitaba información.

Contestó.

—Al fin —dijo la voz de Mike, con ese tono de ultratumba—. Veo que has recapacitado. ¿Ya encontraste a tu compañera?

—No puedo hablar mucho —susurró Luca.

—¿Por qué no?

—Estoy en medio de una… situación.

—Quizás pueda ayudarte.

—Lo dudo. Lo único que sé de ti es que eres un mentiroso y un manipulador.

—Oye… tu compañera no está fuera de peligro, Bruzzo. Encuéntrala y te diré qué hacer a continuación.

Luca se inclinó sobre la mesa, bajando la voz al mínimo audible.

—Me has dicho que Galloway estaba metido en un tema de drogas. Digamos que te creo en eso. Pero necesito algo más. Dime algo que me ayude a confiar en ti.

—Ya te dije que van a usar a Cynthia Santos como chivo expiatorio. Has hecho un buen trabajo borrando las pruebas físicas, pero ella estuvo allí. Hay que desenmascarar al verdadero culpable. ¿Dónde estás?

—No puedo decirte dónde estoy. Ni yo mismo lo sé con seguridad.

Mike guardó silencio un instante. Luca creyó oír voces amortiguadas al otro lado de la puerta del búnker.

—¿Crees que puedes ayudarme de verdad? —preguntó Luca.

—Ponme a prueba.

—La DEA me tiene retenido. Una maniobra de nivel uno. Estoy en un sitio sin ventanas.

Hubo una pausa al otro lado de la línea. Luca contuvo el aliento.

—Déjame ver qué puedo hacer —dijo Mike.

La llamada se cortó.

Luca se quedó mirando el teléfono, atónito. De todos los desenlaces posibles, ese era el más improbable. Lo que menos esperaba era que Mike pudiera hacer algo para cambiar su presente. Si de verdad podía influir en una operación federal de ese nivel, entonces Luca no estaba hablando con un simple criminal o un policía corrupto; estaba hablando con alguien de un perfil altísimo. Un director. Un político. O alguien con un poder que Luca ni siquiera alcanzaba a imaginar.

La puerta de la sala se abrió de golpe.

9

La noche más larga
3:13 AM

El calor empezaba a acumularse en la pequeña sala.

—¿Juegas al póker, Luca?

—De forma aficionada.

—Pues voy a mostrarte todas mis cartas —dijo Reed, inclinándose hacia delante—. No tenemos tiempo para jugar al gato y al ratón y necesito que confíes en mí. Te pido que me escuches con atención.

Luca se limitó a asentir. Después de escucharlo juzgaría hasta qué punto podía fiarse de un tipo que lo había secuestrado en plena calle.

Reed había traído consigo una carpeta manila, no demasiado gruesa. Del interior extrajo una fotografía y la deslizó sobre la mesa metálica. Mostraba a un hombre de unos sesenta y cinco años, bien conservado, con el pelo plateado y sonrisa de tiburón.

—Su nombre era Mateo Pesci, conocido por sus amigos como *Fish*. Un empresario muy reconocido en el sector de la alimentación. Dirigía una empresa importadora de mariscos que operaba desde hacía más de treinta años. Un hombre muy respetado, intachable, con contactos por todas partes: políticos, actores, otros empresarios... Lo que tú quieras. ¿Has oído hablar de él?

Luca estudió la foto.

—No lo creo. ¿Cuándo murió?

—Hace un par de meses. Pero ya llegaremos a eso.

Reed señaló la foto con un dedo largo y delgado como una baqueta.

—Pesci era el tipo que menos esperarías encontrar en algo turbio. He hablado con muchas personas que lo conocían. Un hombre de palabra, siempre medido, amable, filántropo. Si

escucharas a sus amigos y a su familia pensarías que era el mismísimo Jesucristo reencarnado en un importador de gambas. Regentaba un negocio próspero, aunque quizás no tanto como su ritmo de vida sugería. Esposa, cinco hijos criados en el sistema privado, viajes a Europa, yate, dos mansiones en la costa.

—La fachada perfecta —murmuró Luca.

—Exacto. Pesci operaba en el puerto de San Pedro. Allí desembarcaban los cargamentos de mariscos congelados que su empresa distribuía por casi todo el país. La clave residía en la entrada al puerto y en la cadena de frío. Con los mariscos entraba la cocaína, y la función de Pesci consistía en recibirla, camuflarla y distribuirla sin levantar sospechas.

Reed hizo una pausa dramática.

—Como bien sabes, el puerto de San Pedro está bajo la jurisdicción de la División Harbor del LAPD. En definitiva, de Richard Galloway. Galloway era el nexo directo con Pesci. Si en algo acertó Mateo Pesci para conseguir mantenerse invisible durante tanto tiempo, fue al crear una cadena de corrupción extremadamente corta, donde cada eslabón sólo conocía al siguiente. Pesci sólo interactuaba con Galloway.

Reed se dejó caer contra el respaldo de la silla, negando con la cabeza mientras esbozaba una sonrisa cínica.

—Tú has estado en su casa esta noche, Luca. Has visto el mármol, los techos, las obras de arte. ¿Crees que las regalías de una o dos películas con un éxito moderado de hace más de diez años podrían sostener ese nivel de vida hoy en día? Quizás sí, no lo sé. La realidad es que Galloway también mantenía la fachada perfecta; estaba casado con una actriz con dinero y eso le permitía inyectar sus propios ingresos. Tú conoces mejor que nadie la reputación de la que gozaba dentro del departamento.

En efecto, Luca conocía bastantes detalles sobre Galloway; sin embargo, la mayor parte de esa información la había obtenido a través de Cynthia. De hecho, la imagen que ella tenía de su excapitán era diametralmente opuesta a la del funcionario corrupto que Reed estaba describiendo. Para Cynthia, Galloway representaba

un modelo a seguir, un mentor, un policía de la vieja escuela con un código de honor inquebrantable.

Si Cynthia se había enterado de alguna forma de las actividades ilícitas de su ídolo, ese podía ser el motivo de la discusión de aquella noche.

Luca optó por revelar lo que todo el mundo sabía de Galloway:

—En el departamento lo consideran un bicho raro, un apasionado de su trabajo. Todos saben que carece de la necesidad económica para trabajar y que, sin embargo, lleva veinte años liderando con orgullo la división Harbor, rechazando ascensos y oportunidades, incluso cargos políticos. Entiendo que es amigo personal del director adjunto de la región Sur y del jefe de policía. Alguien con muchos contactos y sumamente protegido.

—Todo lo que dices es cierto —asintió Reed—. Ahora entenderás que esa devoción por su trabajo en la división de campo era en realidad una necesidad. Galloway necesitaba seguir en Harbor para supervisar el lucrativo negocio de Pesci. Su misión consistía en velar por que los contenedores marcados resultaran intocables. Para eso, él también contaba con una cadena muy corta de personas de confianza.

—Hay un detalle que se me escapa —lo interrumpió Luca—. ¿La seguridad del puerto de San Pedro no está gestionada también por la policía portuaria? El LAPD tiene jurisdicción en tierra, pero los muelles son cosa suya.

Reed esbozó una sonrisa de satisfacción y extrajo otra fotografía de la carpeta.

—Anthony Dalton. Jefe de la Policía Portuaria de Los Ángeles. El siguiente eslabón de la cadena.

Reed alineó las fotografías sobre la mesa: Pesci a la izquierda, Dalton a la derecha, dejando un hueco en el medio.

—Pesci… Galloway… Dalton. Esa es la cadena de la que te hablo.

—Entonces Dalton era el que se manchaba las manos de barro —dedujo Luca.

—Podría decirse que sí. Él controlaba los turnos, las inspecciones sorpresa, las cámaras de seguridad. Galloway le

proporcionaba cobertura política y policial desde fuera.

—¿Qué salió mal, Reed? Porque si tú y yo nos encontramos aquí hablando de esto en un búnker a las tres de la mañana es porque algo se jodió.

—Hace más o menos dos meses, Pesci cayó por la borda de un yate de lujo.

Luca estableció la conexión de inmediato con un artículo que había leído sobre la muerte de un millonario borracho. Posiblemente sólo había leído el titular.

—El yate pertenecía a un empresario tecnológico —continuó Reed—. Asistieron unas pocas celebridades, pero principalmente empresarios y políticos de primera línea, entre ellos el gobernador y varios senadores.

—¿El gobernador?

—Y más nombres…

—El periódico no mencionaba nada de eso.

—No. La historia se vendió como un empresario que había bebido de más y se precipitó por accidente al océano. Se trató de enmascarar como algo doméstico. Ningún nombre de un político trascendió a la prensa. La seguridad del yate pudo dar con el cuerpo con rapidez y Pesci ya se había ahogado. Parecía un claro accidente.

—¿Y no ocurrió así?

—Bueno, es verdad que Pesci había bebido mucho esa noche. En determinado momento le comentó a su esposa que se iría a recostar en algún sitio porque no se encontraba bien. Tres testigos afirmaron que vieron a Pesci caminando hacia la popa del yate, lejos de la aglomeración de gente. Quizás se tumbó en alguna zona peligrosa, no lo sabemos. La cuestión es que su muerte fue clasificada como *accidental*.

—Pero tú piensas que a Pesci lo mataron.

—No importa lo que yo piense. La única realidad es que en el expediente no hay ningún indicio de que Pesci pudiera haber sido asesinado, y mucho menos de que se haya quitado la vida.

—Y dices que eso ocurrió hace dos meses…

—Así es. Y las cosas podrían haberse quedado así para siempre, supongo. Dos de los hijos de Mateo Pesci asumieron el

control de la empresa familiar. Con él muerto, el contacto con el cartel se había roto. Sin embargo, alguien habló.

—¿Un informante?

Reed asintió con suficiencia.

—La DEA tiene oídos en todas partes, Luca. Incluso donde no te imaginas.

Luca miró por instinto hacia las esquinas de la habitación.

—Aquí no —dijo Reed, interpretando su gesto—. No te preocupes. Lo que hablemos tú y yo no sale de estas cuatro paredes.

—Te escucho.

—Nuestro informante nos proporcionó pruebas sólidas de las actividades ilegales de Pesci y su conexión con el puerto. Con eso nos pusimos a trabajar. Asumimos que para Pesci habría resultado imposible operar durante tanto tiempo sin la colaboración de alguien de peso en Harbor. Y no nos equivocamos. Una vez que sabes dónde mirar, las piezas encajan solas. Tú lo sabes mejor que nadie.

Luca asintió en silencio.

—En tiempo récord —dijo Reed con un brillo de orgullo en los ojos—, obtuvimos pruebas suficientes para detener a Galloway y a Dalton. Yo dirijo esa operación. Es el caso de mi vida, Luca.

—¿Por qué no los detuvisteis?

El rostro de Reed se ensombreció. Luca adivinó la razón:

—¿Las detenciones iban a llevarse a cabo hoy?

—A las seis de la mañana. Lo teníamos todo listo para detener a los dos de manera coordinada y simultánea. Equipos tácticos, órdenes federales, todo.

Reed golpeó la mesa con el puño, sin demasiada fuerza, pero sí con furia contenida.

—Alguien se nos adelantó y mató a Galloway.

—¿Dalton?

Reed se encogió de hombros.

—No lo creo. No parece tener la menor idea de lo que se le viene encima.

Luca se quedó pensativo. No tenía por qué dudar de la historia de Reed. Encajaba con los hechos. Si lo que decía era cierto, Cynthia

había elegido el peor día posible para acudir a la casa de Galloway. No podía tratarse de una casualidad que se presentara allí horas antes de su detención. Debía de existir una conexión.

—¿A Galloway lo teníais vigilado? —preguntó Luca.

—No las veinticuatro horas. Pero sí lo seguíamos de cerca.

Luca sabía que en la casa de Galloway había oculta una cámara, que él mismo había arrancado de su escondite. Pero la DEA no habría llegado a tanto; colocar sin autorización una cámara en el salón de un capitán de la policía resultaba demasiado arriesgado.

Reed interrumpió sus pensamientos:

—He jugado mis cartas, Luca. Ahora sabes por qué íbamos a detener a Galloway esta madrugada y por qué su muerte supone un desastre para mí. Es hora de que me cuentes la verdad. ¿Cómo llegaste a la escena del crimen tan pronto? ¿Quién te avisó?

Luca guardó silencio. Resultaba obvio que Reed sabía demasiado, pero no lo sabía todo.

Como si le leyera la mente, Reed se inclinó sobre la mesa y soltó la pregunta que Luca tanto temía:

—¿A quién pertenece la gorra que llevas en el asiento de tu coche?

10

La noche más larga
3:35 AM

Luca se quedó pensando tanto tiempo la respuesta que de su boca no podía salir otra cosa más que una mentira.

«¿A quién pertenece la gorra que llevas en el asiento de tu coche?»

Pero no podía responder de forma precipitada. Revelar que la gorra que guardaba en el coche pertenecía a Cynthia era empezar a transitar un camino peligroso. Uno que lo llevaría a admitir que había alterado la escena de un crimen que ahora sabía que poseía ramificaciones que llegaban muy alto.

El asesinato de Galloway probaba una cosa: el o los responsables estaban dispuestos a todo. Además, le daba verosimilitud a la hipótesis de que Mateo Pesci no se había caído al mar a causa de una borrachera, sino que había sido empujado de manera deliberada. Según el agente Reed, en ese barco había personas influyentes, entre ellos políticos de primera línea. ¡Hasta el gobernador estaba allí!

Quizás lo que Luca necesitaba era un aliado. ¿Podía confiar en Reed?

Los unía un lazo frágil: ser padres en el mismo colegio y cruzarse en los pasillos de las reuniones escolares. ¿Era suficiente para confiar en él?

La respuesta era que no. O por lo menos no de un modo concluyente. No cuando la mayor parte de la historia la había escuchado de su boca. Él podía asegurarle una y mil veces que estaba jugando todas sus cartas, pero bien podía estar guardándose un as en la manga.

La prioridad para él debía ser encontrar a Cynthia y conocer su versión de los hechos. Era muy probable que ella tuviera en su

poder una parte fundamental del rompecabezas.

Quizás ella *era* la pieza fundamental del rompecabezas.

Marcus Reed esperaba una respuesta. Sus ojos eran una contradicción viva entre autoridad y súplica.

—¿A quién pertenece la gorra que tienes en el asiento de tu coche? —repitió Reed, marcando cada sílaba.

—Marcus… —empezó Luca, eligiendo sus palabras con cuidado —. Me detienes de una forma inaceptable, me colocas una capucha y me traes a… este lugar. Me cuentas una historia incomprobable y me pides que colabore contigo. ¿Te das cuenta de que así no funcionan las cosas, verdad?

—Vamos, Luca, creí que ya habíamos superado esa parte. Te traje así porque no hay tiempo. La detención de Dalton está prevista para la madrugada.

—Si Dalton forma parte de la cadena de cómplices, puedes detenerlo igual.

—No lo entiendes…, ahora es diferente. Si Dalton no es responsable de la muerte de Galloway, significa que alguien más tiene fuertes intereses en todo esto. Alguien que ha matado a Galloway para protegerse. Eso desmorona mi hipótesis de trabajo.

—¿Por qué asumes que Dalton no tiene nada que ver con la muerte? Quizás quiso eliminar a Galloway para negar todo y salvar su propio pellejo.

—Dalton está ahora mismo en su casa durmiendo como un bebé. ¿Conoces a Anthony Dalton?

Luca negó con la cabeza.

—Si lo conocieras un poco, sabrías que no es capaz de organizar ni la compra del supermercado sin ayuda. Es un brazo ejecutor, un bruto que ha llegado alto porque estaba metido hasta el cuello en la mierda y sabía obedecer órdenes. Créeme, Dalton es el último eslabón, y es el más endeble de todos.

—Mi argumento sigue en pie.

El rostro de Reed enrojeció. Era de esas personas que no pueden ocultar la ira con facilidad, y la frustración le hervía bajo la piel.

Se levantó de la silla y buscó serenarse de nuevo al contemplar el cuadro del atardecer.

—No sabes lo duro que he trabajado para que esto suceda, Luca —masculló, controlando el tono de voz con esfuerzo—. He dejado la vida en atrapar a estos hijos de puta.

—Todavía estás a tiempo de hacerlo.

—¡Para eso necesito conseguir todas las respuestas!

—Me temo que de eso se encargará el departamento de policía.

Reed se dio la vuelta y estalló.

Luca se echó hacia atrás en la silla porque creyó que el agente le saltaría encima.

—¡Basta de hacerme perder el tiempo!

Reed golpeó la mesa metálica con los dos puños, un estruendo que resonó en toda la estancia. Se inclinó hacia delante, con el cuerpo sobre la mesa, su cara encendida como una brasa a pocos centímetros de la de Luca.

Se quedó así unos segundos, fulminando a Luca con la mirada, respirando con fuerza.

Al final retrocedió y caminó por la habitación como un animal enjaulado.

—No vas a irte de aquí hasta que me digas a quién pertenece esa gorra —dijo elevando el tono de voz—. No hasta que me digas qué hacías en casa de Galloway, ¿me has oído?

En ese momento se abrió la puerta de la sala y los dos se volvieron al unísono.

Allí estaba el agente Thorne, el mismo que había llevado a cabo el operativo de detención de Luca. Parecía aterrorizado, como si hubiera visto un fantasma. En la mano sostenía un móvil satelital.

Se acercó a Reed y le susurró algo al oído.

El rostro de Reed se contrajo en una mueca de extrañeza y pánico. Luca adivinó las palabras que pronunció muy cerca de su subalterno.

—¿Estás seguro?

Thorne asintió, pálido.

Reed cogió el móvil como si temiera romperlo.

—Agente Reed.

Cinco segundos de silencio absoluto.

—Buenas noches, señor. Eso es correcto. Sí, está aquí en este preciso instante.

La mirada de Reed se desvió hacia Luca, como si él fuera el responsable de la voz que salía por el aparato gracias a alguna capacidad paranormal.

El rostro de Reed se transformaba por segundos. Era evidente que no le gustaba en absoluto lo que estaba oyendo.

—Señor, con el debido respeto, necesitamos que el detective Bruzzo colabore con…

Se detuvo en seco, como si le hubieran dado una bofetada a través de la línea.

—Claro que sí. No quise insinuar eso, señor. Por supuesto.

Tres segundos de silencio. Thorne se había quedado de pie detrás de Reed, rígido como una estatua. Mantenía la vista clavada en Luca con el único fin de pulverizarlo.

—Entendido, señor. Así será. Claro que sí. Gra…

Reed dejó de hablar y miró el móvil con incredulidad. Su mirada vagó por la mesa, donde todavía estaban la carpeta y las fotografías de Mateo Pesci y Anthony Dalton. No parecía dar crédito a lo que acababa de suceder.

—Era el director de la DEA —dijo como si buscara convencerse a sí mismo, todavía sin mirar a Luca a los ojos.

Sólo cuando estableció contacto visual con él le reveló lo que el director le había ordenado:

—Me ha dado la orden de que te deje ir —dijo con una cadencia hipnótica—. Me ha dicho literalmente que, si en cinco minutos no estás fuera de aquí, tomará medidas disciplinarias inmediatas.

Sin dejar de mirar a Luca como si fuera un demonio o alguna entidad maléfica con superpoderes, le entregó el móvil a Thorne y le hizo un gesto para que esperara fuera.

Cuando se quedaron solos, Reed empezó a guardar las fotografías en la carpeta con movimientos mecánicos.

—Es la segunda vez en mi vida que hablo con el director —dijo más para sí mismo que para Luca—. La primera vez fue en una conferencia de prensa donde yo era parte del decorado. Me dijo «buenos días». Ni siquiera sabía mi nombre.

Luca tampoco salía de su asombro, pero procuró mantener la compostura.

Mike estaba detrás de esa descomunal demostración de poder. No había mentido.

—Antes… ¿Con quién hablaste por teléfono, Luca? —preguntó Reed, cerrando la carpeta.

«Ponme a prueba…»

—Con mi esposa… —balbuceó Luca.

Reed negó con la cabeza.

—Es evidente que estás mucho más conectado de lo que yo pensaba —dijo Reed con una mezcla de respeto y recelo—. No sé quién te protege, pero tiene línea directa con Dios.

Le hizo un gesto con la cabeza para que se levantara. Luca obedeció y recogió sus cosas de la mesa: cartera, llaves, placa, móvil. Y la cartulina de Lily.

Reed abrió la puerta y la sostuvo para que Luca pasara.

—Vamos. No quiero que tu ángel de la guarda se enfade. Quienquiera que sea, ha demostrado de lo que es capaz.

Salieron al pasillo. Ahora que no llevaba la capucha, Luca pudo ver dónde estaba. Era una antigua fábrica o almacén industrial reconvertido. Las paredes eran de ladrillo visto pintado de blanco, con tuberías expuestas y suelos de hormigón pulido. Había varias puertas blindadas y cámaras de seguridad en cada esquina.

En el camino se cruzaron con Thorne y el otro agente de la detención, que no hicieron nada por ocultar su descontento.

Salieron del edificio a un descampado. El aire fresco de la noche golpeó a Luca en la cara. El aspecto exterior de la propiedad era de total abandono: ventanas rotas, grafitis, maleza que crecía entre las grietas del asfalto. Nada sugería que allí hubiera un centro de operaciones de la DEA.

En un aparcamiento adyacente estaba la furgoneta sin marcas. Junto a ella, el Crown Victoria de Luca.

—No pensabas que ibas a tener que coger el autobús, ¿verdad? —dijo Reed con una sonrisa cansada—. Yo sí he pensado en ti, Luca.

—Gracias, Marcus —dijo él con una leve inclinación de cabeza.

Empezó a alejarse, sintiendo el peso de la noche sobre sus hombros.

—Luca, espera…

Se volvió.

—Lo que te dije allí dentro respecto a la importancia que tiene este caso para mí… Es absolutamente cierto. Si necesitas algo, no dudes en llamarme.

Reed recitó su número de teléfono.

Luca se tomó unos segundos para sacar el móvil y guardarlo en la agenda. Reed, al menos, se merecía eso.

Cuando Luca llegó al coche y abrió la puerta, se sorprendió al ver que las dos gorras seguían justo donde él las había dejado, en el asiento del acompañante.

Se sentó al volante y respiró hondo. Todavía no daba crédito a lo que acababa de suceder. Mike había resultado no ser un charlatán. Pero eso no significaba que fuera confiable.

11

La noche más larga
3:50 AM

Resultó que el centro de operaciones de la DEA se encontraba en Vernon, por lo que Luca tenía un trayecto relativamente corto hacia el norte para llegar al Arts District; quizá unos diez o doce minutos por la avenida Santa Fe.

A medida que cruzaba la frontera invisible hacia el Arts District, la atmósfera cambió. Los almacenes funcionales y grises dieron paso a edificios de ladrillo visto reconvertidos en lofts caros, galerías de arte y bares. Luca notó el cambio en el ritmo de la noche antes de ver la causa. El tráfico se densificó de golpe. Dos coches patrulla del LAPD lo adelantaron a toda velocidad por el carril izquierdo, con las sirenas aullando y las luces estroboscópicas rebotando contra los murales y grafitis característicos de la zona.

Al girar hacia la calle donde se ubicaba el Hollow Hole, el caos se materializó.

La calle estaba cortada. Un camión de bomberos, enorme y rojo, ocupaba el centro de la calzada, con sus luces giratorias barriendo las fachadas de los edificios. El despliegue policial sugería algo mucho peor que un incendio menor.

Luca no podía acercarse más con el coche. Frenó en seco y lo dejó a una manzana de distancia, bloqueando parcialmente la entrada de un callejón.

Se bajó corriendo. El dolor de cabeza, que había remitido, asomó por primera vez.

¡¿Qué ha sucedido?!

En la esquina, un grupo de jóvenes miraba hacia el foco del incendio con expresiones de estupor. Algunos grababan con sus móviles.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Luca, agarrando a uno de ellos por el brazo, quizá con demasiada fuerza.

El chico, de unos veinte años, se giró sobresaltado.

—¡Joder, tío, no te lo creerías! —exclamó, señalando hacia el cordón policial—. Una explosión. ¡Bum! El suelo ha temblado y todo.

—¿Una explosión?

—Un coche.

Luca no esperó un segundo. Echó a correr hacia la línea de cinta amarilla que los agentes terminaban de colocar.

—¡Atrás! ¡Nadie puede pasar! —gritó un agente uniformado levantando la mano para detenerlo.

Luca no frenó. Metió la mano en el bolsillo —recordando con alivio que Reed le había devuelto sus cosas— y sacó la placa, manteniéndola en alto mientras cruzaba la cinta.

—¡Detective Bruzzo, Robos y Homicidios! —bramó sin detenerse.

El agente bajó la mano, dudando un segundo, pero Luca ya lo había rebasado.

Los bomberos rociaban espuma sobre el esqueleto humeante de un coche en el costado de la calzada, a unos metros de la entrada del Hollow Hole. El agua y la espuma corrían por el asfalto.

Luca se acercó, con el corazón golpeándole las costillas como un martillo.

El vehículo presentaba daños graves, especialmente en el lado del conductor. Los cristales habían estallado y la pintura se había ampollado y desprendido, dejando ver el metal desnudo y ennegrecido.

Pero Luca igualmente lo reconoció al instante.

Era el Prius de Cynthia.

Se acercó a uno de los bomberos.

—¡¿Había alguien en el coche?! —preguntó una y otra vez.

El bombero no le respondió con palabras, pero su rostro lo dijo todo.

A Luca se le aflojaron las piernas.

12

Dos semanas antes de La noche más larga

Alyssa Paget llevaba casi quince años de carrera en el FBI. Había ejercido como agente de campo en Nueva York, donde cursó sus estudios de psicología forense, para luego instalarse en Virginia y convertirse en miembro destacado de la Unidad de Ciencias del Comportamiento, bajo la dirección de George Allen, una eminencia en materia de crímenes violentos.

Fue durante ese período, trabajando en conjunto con la policía de Los Ángeles, cuando conoció al detective Luca Bruzzo. La prensa bautizó el caso como Los crímenes de Hollywood, una compleja serie de muertes que terminó en tragedia, pero que marcó el comienzo de una sólida amistad entre ambos que perduraría en el tiempo.

Ocho años después, con Alyssa ya como responsable de la unidad, llegaría la oportunidad de volver a trabajar juntos. Lo que se suponía que sería una colaboración para poner un cierre definitivo a los horrores desatados durante los crímenes de Hollywood, desembocó en una situación inesperada. Alyssa, que recientemente había roto con su novio de hacía años, anunció un sorpresivo embarazo de riesgo que la alejó de sus tareas en el FBI. El agente Hoyle ocupó su lugar y la situación con Luca se tensó de inmediato. Lo que iba a ser el reencuentro de una dupla laboral exitosa —de dos amigos que se cuidaban las espaldas incondicionalmente— derivó en una disputa de poder entre Luca y el agente Hoyle, que puso todo en riesgo.

A diferencia de lo sucedido hacía más de una década, consiguieron poner fin al horror. El éxito fue rotundo y todos los implicados recibieron su reconocimiento, incluido Ryan Hoyle, que de buenas a primeras se convirtió en un serio rival para suceder a Alyssa en su puesto.

La situación fue crítica para ella. Con el pequeño Elliot recién nacido, no estaba en condiciones de regresar a Virginia. Su deseo era permanecer en Los Ángeles y mudarse con su prima Joane, el único miembro de su familia dispuesto a ayudarla. Luca y Sarah también habían manifestado su apoyo, pero ¿cómo podrían ayudarla si ella se mudaba a la otra punta del país?

Su regreso al trabajo no fue inmediato. La recuperación del parto prematuro y los primeros meses de vida de Elliot absorbieron toda su atención y energía. La Unidad de Cuidados Intensivos Neonatales se había convertido en un entorno familiar para ella, un lugar donde cada gramo ganado por su hijo se celebraba como una victoria, y cada respiración autónoma como un motivo de profunda gratitud. Alyssa pasó incontables horas junto a la incubadora de Elliot, observando su frágil existencia, sintiendo cómo el vínculo con su hijo crecía con cada contacto piel con piel.

Cuando Elliot cumplió su primer año, un hito que Alyssa celebró con una mezcla de alegría desbordante y la quietud de la gratitud, supo que era el momento de retomar su carrera. Había superado los desafíos de la maternidad prematura y Elliot, aunque aún bajo un seguimiento médico riguroso, prosperaba. No obstante, su situación ahora era diferente. La maternidad había redefinido sus prioridades, ligándola a Los Ángeles de una forma que nunca había imaginado. La idea de volver a los viajes constantes, a las misiones que la alejaban de su hijo por semanas, resultaba ahora impensable.

Fue en ese contexto cuando Alyssa presentó al director Richard Duncan una propuesta de reestructuración que podía ser la solución a todos los problemas, propios y ajenos. Propuso la creación de dos divisiones de la BAU: una con sede en el este del país y otra en el oeste, con base en Los Ángeles.

La propuesta de Alyssa no sólo resolvía su dilema personal, permitiéndole permanecer en Los Ángeles con Elliot, sino que también ofrecía una solución estratégica para el FBI y un merecido ascenso para Ryan Hoyle. Además, era una realidad que los casos con criminales violentos se estaban acumulando, y los departamentos de todo el país requerían cada vez más apoyo.

Duncan, tras una larga deliberación que se prolongó durante varios días, dio finalmente su visto bueno. La nueva estructura de la BAU se implementaría en los meses siguientes, lo que marcaría el inicio de una nueva era para la unidad.

Con la aprobación de la nueva división, Alyssa estableció su residencia con su prima Joane en un piso en Pasadena, un barrio tranquilo y arbolado al noreste de Los Ángeles. Había elegido Pasadena por su ambiente sereno, sus colegios y su relativa cercanía a las oficinas del FBI, evitando las zonas más frenéticas de la ciudad. No era una zona ostentosa, pero ofrecía la dignidad y la comodidad que ambas necesitaban. El piso, de dos habitaciones y con un pequeño balcón que daba a un jardín comunitario, era luminoso y acogedor. Joane —que en realidad era prima de su madre, pero a quien siempre se había referido como su prima mayor—, con su cabello cano y su eterna sonrisa, se había convertido en un pilar fundamental en la vida de Alyssa.

La tarea que afrontó entonces Alyssa fue construir y liderar el equipo de la nueva división. Sabía que contaría con la agente Victoria Cowsill, su leal mano derecha, y con el técnico Ross Turpin, ambos asiduos colaboradores de la oficina local.

Fue entonces, cuando examinaba posibles candidatos para la oficina, cuando pensó en Sarah Tripplehorn, la esposa de Luca, a la que también la unía una estrecha amistad.

Sarah había trabajado muchos años como detective en la división de Hollywood para pasar luego a la de delitos informáticos. Se había alejado de la policía con la intención de iniciar una carrera como escritora que le estaba resultando esquiva. Alyssa sabía que, por momentos, Sarah no estaba del todo segura de la decisión que había tomado, por lo que se atrevió a proponerle unirse al equipo. No tenía nada que perder, y no quería poner a Sarah en un aprieto; mucho menos interferir con un sueño que era importante para ella. Alyssa le aseguró que los horarios serían flexibles, que podía probar cómo se sentía los primeros meses y luego decidir.

A Sarah le gustó la idea desde el principio. Una parte de ella añoraba la rutina de trabajo, la relación con sus compañeros e incluso la burocracia —que pensó que ni en un millón de años

echaría de menos—. Lo cierto era que también creía que se había precipitado con la decisión de dejar su trabajo. No dudaba de la pasión que sentía por escribir ni de que ser una escritora profesional era un anhelo que albergaba desde pequeña. Pero saltar al vacío no era la solución. Que hubiera tenido uno o dos guiños favorables con su primer manuscrito no significaba que estuviera lista para hacer un cambio tan radical en su vida.

Quizás, si lo intentaba de manera paulatina, podría disfrutar más del proceso, algo que últimamente no lograba.

Y así fue como Sarah Tripplehorn se unió al equipo de la BAU — División Oeste.

La decisión, en vista de lo que sucedería después, resultaría una de las más trascendentales de su vida.

El equipo contaba apenas con dos espacios en la sexta planta del imponente edificio federal situado en Wilshire Boulevard. Uno de ellos funcionaba como despacho privado de Alyssa y también como sala de reuniones. El restante era un área comunitaria equipada con cuatro escritorios y unos pocos archivadores de metal. No había espacio para nada más. El archivo principal de la unidad había sido desterrado a un cuarto en el segundo sótano del edificio.

Sarah bajó en el ascensor. Al abrirse las puertas la recibió el aire frío y viciado del subsuelo. Más de la mitad de ese nivel estaba destinado a las inmensas plazas de aparcamiento para los vehículos oficiales, mientras que en el resto se distribuían las habitaciones de servicio, los ruidosos equipos de calefacción y ventilación y algunos cuartos con múltiples propósitos. A fuerza de insistencia, Alyssa había conseguido que se le asignara uno de esos habitáculos para guardar las cajas de casos pendientes de revisión; algunos respondían a peticiones expresas de los departamentos involucrados, y otros eran posibles conexiones entre episodios en apariencia inconexos detectadas por la propia unidad.

Sarah recorrió aquellos pasillos que nada tenían que ver con la pulcritud de las plantas superiores, hasta detenerse frente a la puerta asignada. Era una hoja de madera anticuada, con la pintura

descascarillada en los bordes, pero que ostentaba un mecanismo de seguridad electrónico tan moderno que parecía totalmente fuera de lugar. Sarah tecleó el código de apertura en el panel numérico y un clic seco le dio acceso.

Empujó la puerta y encendió la luz. El cuarto era dolorosamente claustrofóbico. Las cajas de cartón se apilaban desde el suelo hasta rozar el techo, formando muros inestables de tragedias no resueltas. Apenas quedaba un pasadizo estrecho; un desfiladero por el que Sarah tuvo que caminar casi de lado para poder avanzar. Los tubos fluorescentes parpadearon un par de veces antes de encenderse por completo, emitiendo un zumbido eléctrico y constante que se clavaba en los oídos. Al final del angosto pasillo, encajonado contra la pared del fondo, había un viejo escritorio flanqueado por una única silla giratoria.

Sobre la superficie desgastada del escritorio descansaban tres cajas preseleccionadas por Alyssa. Cada una de ellas contenía un caso diferente. La directriz de su jefa había sido clara: la idea era que Sarah tomara la decisión final sobre cuál investigar primero, puesto que sería ella la que llevaría las riendas. Eran tres expedientes que requerían atención más o menos inmediata, pero el plan que habían trazado consistía en centrarse de inicio en uno de ellos para mostrar resultados.

A Sarah le resultaba profundamente triste tener que decidir de esa forma. Le encogía el estómago saber que estaba priorizando la tragedia de una persona por encima de las otras dos, obligando a algunas víctimas a seguir esperando una justicia que ya llegaba con retraso. Sin embargo, sabía que los recursos eran limitados y, en la medida en que pudieran resolver casos y cerrar expedientes con rapidez, Alyssa tendría los argumentos necesarios en los despachos de arriba para pelear por más presupuesto y ampliar el equipo. Era un mal necesario.

Cada una de las cajas tenía una etiqueta blanca con una referencia. Por lo demás, eran idénticas. La elección de por cuál empezar resultaba completamente arbitraria.

Se mordió el labio inferior. ¿Qué habría pensado Alyssa al colocarlas allí, en esa disposición exacta? Con toda seguridad, su

jefa tendría un favorito; su propia elección íntima de por cuál deberían empezar. A Sarah le gustaría coincidir con ella.

Suspiró, dejando que el zumbido de los fluorescentes llenara el silencio de la sala. Extendió las manos y eligió la caja del centro.

En cuanto esparció el contenido de la caja sobre el escritorio, Sarah perdió por completo la noción del tiempo. El expediente principal llevaba un sello rojo de clasificación prioritaria y un apodo extraoficial garabateado en el margen de la primera página, seguramente obra de los analistas de Quantico que intentaron buscarle un sentido a la locura: El Coleccionista de Lazos.

Sarah se sumergió en la lectura. Se trataba de una serie de asesinatos repartidos a lo largo de varios años, pero unidos por una firma criminal inconfundible. Las víctimas eran cinco mujeres, todas ellas de edades comprendidas entre los veinte y los treinta años. La distribución geográfica mostraba un coto de caza predominantemente situado en el oeste del país —con cadáveres hallados en los estados de California, Oregón y Nevada—, pero el expediente presentaba una anomalía: un caso completamente aislado en la costa este, en Carolina del Norte.

El denominador común que conectaba estos crímenes a miles de kilómetros de distancia resultaba desconcertante. Todas y cada una de las mujeres habían sido encontradas en la escena del crimen con el cabello cuidadosamente recogido en una coleta atada con un lazo de tela.

Al repasar los resúmenes de las entrevistas realizadas a familiares, parejas y compañeras de piso de las fallecidas, Sarah confirmó que ninguna de esas mujeres solía utilizar lazos para atarse el pelo en su vida diaria.

Los informes del laboratorio confirmaban que no eran baratijas corrientes compradas en un supermercado de paso. Los lazos eran artículos de mercería fina, fabricados en seda pura e indiscutiblemente antiguos; los expertos en textiles los databan en las décadas de los años veinte y treinta. Dos de ellos, en particular, presentaban un diseño muy específico y artesanal, con unas diminutas florecillas bordadas a mano a lo largo del ribete. Aquello sugería que el sujeto no los conseguía al azar, sino que los

seleccionaba meticulosamente. Quizás incluso los coleccionaba y fantaseaba con la idea de colocárselos a sus víctimas.

En cuanto a la causa de la muerte, a todas las víctimas les habían disparado con un arma de fuego de pequeño calibre directamente en la cabeza o en el pecho. Salvo en dos de los expedientes, donde se apreciaban leves heridas defensivas en los antebrazos y piel bajo las uñas —señal de un breve forcejeo inicial—, las mujeres no presentaban signos de maltrato prolongado, tortura o ensañamiento.

Tampoco había el más mínimo rastro de agresión sexual en ninguno de los cinco cuerpos. El asesino no buscaba satisfacción física en el sentido tradicional. Para Sarah, estaba claro que la fijación del sujeto era puramente visual y ritualista; ejecutaba a sus víctimas rápidamente para luego poder manipularlas sin resistencia.

Tras asimilar el patrón general, Sarah apartó los cuatro primeros expedientes y deslizó hacia sí la carpeta de la última víctima. El caso que había hecho saltar todas las alarmas en el FBI.

El crimen había ocurrido hacía exactamente siete meses en Oskaloosa, un pueblo pequeño en el estado de Kansas. Dada la escasez de recursos locales, la investigación inicial la había liderado la oficina del sheriff del condado de Jefferson en colaboración directa con el KBI, el *Kansas Bureau of Investigation*, hasta que el FBI terminó por absorber la jurisdicción del caso.

La víctima se llamaba Chloe Alves. Tenía veinticuatro años, trabajaba como maestra de educación primaria y, según todos los testimonios, llevaba una vida perfectamente rutinaria, tranquila y carente de enemigos. Su cuerpo fue hallado en el sofá del salón de su casa con un único y certero disparo y una coleta perfecta.

Sarah examinó de cerca las fotografías de la escena del crimen. Todo en la composición de las imágenes parecía encajar a la perfección con la firma, pero al sumergirse en las notas de los forenses de Kansas, los ojos de la detective se abrieron de par en par.

Había un hecho sumamente llamativo e intrigante en esta última muerte. Un detalle forense que indicaba una peligrosísima escalada en la psicopatía del asesino.

En las cuatro primeras víctimas, el sujeto había asesinado a mujeres de cabello naturalmente oscuro —morenas o castañas—. Sin embargo, al revisar la fotografía del carné de conducir de Chloe Alves, Sarah comprobó que la joven maestra era rubia natural, de un tono casi ceniza.

Sarah leyó el informe toxicológico. El análisis confirmaba que el asesino no se había limitado a pegarle un tiro y atarle el lazo. El sujeto había llevado consigo guantes de látex, toallas y un tinte comercial de supermercado.

Aquel detalle lo cambiaba todo. El asesino no había podido esperar a su víctima perfecta y había necesitado fabricarla.

Si el último asesinato había sucedido siete meses atrás, el próximo podía estar al caer.

Sarah pasó casi toda la jornada encerrada en el sótano. Cuando por fin salió al pasillo, con los ojos hinchados a causa de la pésima iluminación de los tubos fluorescentes, ya había tomado una decisión.

Subió en el ascensor hasta la sexta planta y se dirigió al despacho de Alyssa. Esperó atenta detrás de la cristalera hasta que su jefa levantó la vista y, al verla, le indicó con un gesto de la mano que pasara. Se hallaba en medio de una llamada telefónica.

Sarah tomó asiento frente a la mesa y permaneció en silencio. Mientras la observaba hablar, reflexionó sobre su nueva situación. Si bien albergaba muy buenas sensaciones respecto a lo que sería su labor en la Unidad de Análisis de Conducta del FBI, no debía perder de vista una regla fundamental: a veces, mezclar el trabajo con las relaciones afectivas no era buena idea. La línea invisible que dividía el trato correcto y profesional hacia una jefa podía tornarse difusa en extremo si una se dejaba llevar por el exceso de confianza. Debía mostrarse cautelosa y separar ambos mundos.

—Perdón —se disculpó Alyssa en cuanto colgó el auricular. Apoyó los antebrazos sobre la mesa y la miró, expectante—. ¿Y bien?

—El Coleccionista de Lazos —respondió Sarah sin titubear.

Alyssa procuró mantener una expresión neutra en todo momento, pero Sarah creyó advertir un destello de satisfacción en sus ojos; la confirmación muda de que había elegido justo la caja que ella esperaba.

—Me parece una gran elección.

Dedicaron un rato a hablar del caso, pero no demasiado. Era la hora de irse y Sarah sabía que Alyssa tenía consulta con el médico y no quería quitarle tiempo.

Se levantó para salir del despacho pero se detuvo en el umbral.

—Alyssa… estamos organizando una fiesta para el cumpleaños de Luca. Nos gustaría muchísimo que vinieras.

La expresión de Alyssa se transformó de inmediato al fruncir el entrecejo.

—¿Una fiesta sorpresa?

Sarah no pudo evitar reír.

—Oh, no, no. ¿Te imaginas a Luca en una fiesta sorpresa?

Alyssa sonrió. Conocía a Luca desde hacía varios años y sabía de sobra que su amigo no era en absoluto adepto a las sorpresas, y mucho menos a aquellas que lo colocaran a él como el centro de atención. De hecho, que ella recordara, Luca jamás había celebrado su cumpleaños.

—La verdad es que me asombra que haya accedido —admitió Sarah—. Siempre le insisto y nunca quiere, pero este año ha accedido. Lo celebraremos el martes por la noche, en casa. Al principio él quería posponerlo y organizarlo un día que resultara más conveniente para todos, ¿puedes creerlo?

—Típico de Luca…

—Pero le he insistido para llevarlo a cabo el mismo martes, como corresponde. Al final dio su brazo a torcer y ahora se muestra bastante entusiasmado. Será una velada muy sencilla, una cena tranquila con mi familia. Nos encantaría tenerte con nosotros.

Alyssa asintió con una calidez genuina.

—Por supuesto, Sarah. Será un verdadero placer.

13

La noche más larga
3:55 AM

A Cynthia se la acababan de llevar al hospital.

La ambulancia había salido disparada hacia el USC Medical Center hacía apenas cinco minutos. Si Luca hubiera llegado un poco antes, al menos habría podido verla, comprobar si estaba consciente y cómo era su estado general. Pero el destino, esa noche, parecía empeñado en llevarle la contraria.

Por lo que pudo reconstruir entre el caos de luces azules y rojas, la explosión había sucedido hacía menos de media hora. Los paramédicos y los bomberos habían acudido en tiempo récord.

Luca identificó pronto al hombre que daba órdenes junto al camión cisterna. Se acercó a él, sorteando charcos de agua negra y espuma.

—Soy el detective Bruzzo —dijo enseñando la placa—. ¿Quién está al mando?

—Soy el jefe de dotación —respondió el bombero—. Si busca el cuerpo, no hay cuerpo. La chica estaba viva cuando se la llevaron.

—¿Cómo de grave?

—Contusiones por la onda expansiva... No parecía tener fracturas. La encontramos tendida allí —señaló una zona de la acera, lejos del chasis humeante—, gracias a esos chavales. Ellos llegaron primero.

El bombero señaló a un grupo de jóvenes que permanecían al otro lado de la cinta amarilla. Sin dudarlo, Luca se dirigió hacia ellos. Eran tres: dos chicas y un chico de unos veinticinco años con estética grunge.

—Soy el detective Bruzzo. ¿Vosotros habéis llegado primero?

Los tres se miraron entre sí, pasándose la pelota con la mirada. En otra circunstancia, la coreografía habría resultado hasta

graciosa.

—Podéis hablar, no voy a llevaros a comisaría ni me importa lo que estuvierais haciendo antes. Sólo quiero saber qué pasó con el coche.

—El coche explotó cuando la chica abrió la puerta —dijo una de las chicas.

—No, Sandy, así no fueron las cosas, tía —la corrigió la otra.

Sandy la miró, entre indignada y sorprendida.

—¿Ah, no?

—Yo estaba mirando justo en esa dirección —insistió la amiga —. Ella se metió en el coche, no llegó ni a sentarse y salió para darle una cosa al otro tío y ¡bum!, el coche voló por los aires. Por eso ella cayó boca abajo… porque la onda la empujó por la espalda.

Luca frunció el ceño y levantó una mano para detener el flujo de información.

—Espera un momento. Necesito aclarar una cosa…

La amiga de Sandy puso los ojos en blanco.

—¿De verdad eres policía?

—Empieza de nuevo. La mujer entró al coche y dices que volvió a salir casi de inmediato.

—Sí. El chico que la acompañaba estaba a unos metros, en la acera. Justo ahí reventó todo. Él después se acercó y ella le dio algo.

Luca sintió una inyección de adrenalina.

—¿Dónde está ese chico?

El dedo de la amiga de Sandy apuntó hacia la entrada del Hollow Hole.

Todavía había varias personas observando el trabajo de los bomberos. Un poco apartado, sentado en el bordillo de la acera con la cabeza entre las manos, había un muchacho aturdido, con la vista desencajada fija en el asfalto.

Tenía que ser Ray, el amigo de Cynthia que había mencionado Jenna.

—¿Y dices que el coche explotó cuando ella estaba fuera? —insistió Luca.

—Sí, claro. Si hubiera estado dentro…

Luca no era un experto en explosivos —en toda su carrera jamás se había topado con un coche bomba en Los Ángeles—, pero la lógica sugería un detonador por presión en el asiento o un temporizador activado al abrir la puerta. Esos segundos le habían salvado a Cynthia la vida.

Luca miró una última vez el esqueleto calcinado del Prius.

—Una última pregunta —dijo antes de alejarse—. ¿La puerta del coche estaba cerrada en el momento de la explosión?

La amiga de Sandy, que hasta ese momento parecía tener todas las respuestas, dudó.

—Creo que sí... No sé, tío, todo fue muy rápido.

Luca les dio las gracias y se marchó a toda velocidad.

Fue directo hacia donde estaba el joven. Se sentó a su lado en el bordillo, ignorando la suciedad.

—¿Ray?

El chico se giró lentamente. Podía ser Ray, o podía ser cualquier otra persona a juzgar por su reacción. Miró a Luca con ojos aterrorizados, como si un zombi hubiera surgido de las alcantarillas para pedirle fuego.

—¿Ray? —repitió Luca.

Luca había visto todo tipo de víctimas bajo estrés postraumático. Esto era algo distinto. Las pupilas de Ray estaban tan dilatadas que apenas se le veía el iris.

—Soy el detective Luca Bruzzo —dijo, poniéndole la placa delante de la cara—. Soy el compañero de Cynthia. Ella y yo trabajamos juntos.

Una luz de comprensión, lenta y perezosa, atravesó el rostro de Ray —si es que era Ray, aunque por lo menos no lo había negado —. Tendría unos treinta años y llevaba la cabeza completamente rapada, lo que hacía resaltar aún más sus ojos de búho. Vestía una gabardina larga, tipo militar, que parecía ocultar un cuerpo desgarbado a juzgar por el filo de sus facciones.

—¿Entiendes lo que acabo de decirte, Ray?

Él asintió con suma lentitud.

—Soy Luca. Amigo de Cynthia. Detective.

—Lo entiendo. Detective Luca Abruzzo.

—Bruzzo. Pero sí. ¿Qué has consumido, Ray?

—Ese es un secreto del artillero.

—¿El artillero? Oye, Ray, mírame. Es importante. Dime qué acaba de suceder con el coche.

—Esa es la cuestión —dijo Ray, agitando un dedo huesudo frente a la nariz de Luca. Su atención oscilaba entre el rostro del detective y los restos humeantes del Prius—. Estoy tratando de dilucidar si eso acaba de suceder de verdad, porque francamente tengo serias dudas.

—¡Por supuesto que acaba de suceder! Es el coche de Cynthia Santos, tu amiga. Ray, necesito que te centres. ¡Joder, céntrate!

—Estoy centrado, amigo. Muuuuuy centrado. Es que… el ruido fue tan fuerte. Tan jodidamente fuerte. Cynthia voló hacia mí. Literalmente voló, como Supergirl.

—¿Por qué salió del coche, Ray?

—Vivo cerca de aquí. Íbamos a ir caminando a mi casa. El artillero sabe lo que hace, necesitaba bajar.

Luca chasqueó los dedos delante de los ojos del chico.

—Basta de hablar del artillero. Cynthia, Ray. ¿Por qué vino a verte a estas horas?

—Necesitaba mi ayuda. Íbamos a ir a mi casa. Tengo el equipo allí.

—¿Qué equipo?

Ray se desconectó de la realidad. Se quedó mirando fijamente la luz giratoria de una patrulla, hipnotizado por el azul y el rojo. Luca le concedió tres segundos. Si volvía a preguntarle si aquello era real, o a mencionar al artillero, iba a agarrarlo del cuello y sacudirlo hasta que se le reiniciara el cerebro.

Mientras tanto, Luca aprovechó para echar un vistazo rápido al perímetro. Los policías de la zona estaban ocupados conteniendo a los curiosos, pero pronto llegaría el detective a cargo, los de la científica y los de explosivos. Luca no quería lidiar con ellos ahora. Necesitaba sacar la información antes de que se llevaran a Ray para interrogarlo.

—¿De verdad ha explotado el coche? —preguntó Ray, volviendo a la tierra.

A Luca le hervía la sangre. El tiempo corría y ahora tenía demasiados frentes abiertos. Tenía que saber cómo estaba Cynthia, hablar con Jenna para que fuera al hospital, lidiar con Mike, si se dignaba a llamarlo de nuevo. También hablar con Danny.

Apretó el brazo de Ray con fuerza, clavándole los dedos en la gabardina.

—Es hora de que le digas a tu cerebro que se encienda, chaval —dijo mascullando cada palabra—. Voy a preguntarte esto sólo una vez más: ¿qué necesitaba Cynthia de ti?

Otra vez la cara de incredulidad, como si Luca le hubiera hablado en arameo.

Ray movió los dedos en el aire, tecleando sobre una superficie invisible.

—Mi magia.

—¿Eso es un teclado? ¿Eres bueno con los ordenadores?

Ray asintió.

—Soy el mejor. Ella me dijo que tenía unos archivos que estaban cifrados.

Luca miró instintivamente hacia el coche calcinado. Si Cynthia había tenido en el coche un disco duro o un portátil, ahora era historia. Si Galloway le había dado a Cynthia alguna prueba de su conexión con Pesci…

Entonces recordó lo que la amiga de Sandy acababa de decirle.

—Después de la explosión, Ray… o justo antes… ¿Cynthia te dio algo?

Ray negó con la cabeza, confundido. Pero de repente se detuvo. Su mano derecha se deslizó lentamente hacia el bolsillo profundo de su abrigo. Su expresión de desconcierto era genuina; no parecía recordar qué había puesto allí hacía menos de media hora.

Sacó un puño cerrado.

Luca contuvo el aliento.

Ray abrió la mano. En la palma sucia descansaba un pendrive diminuto, de color plateado.

—Ah, sí —dijo Ray, mirándolo como si fuera una pepita de oro —. Esto.

14

La noche más larga
4:10 AM

Número desconocido.

Luca contestó de inmediato.

—Hola, Luca —dijo Mike. Su voz, metálica y forzada, sonó con una claridad irritante en medio del caos de sirenas—. ¿Disfrutando de tu libertad?

Luca se apartó un par de pasos de Ray, que seguía sentado en el bordillo con el pendrive apretado en el puño, mirando el asfalto como si fuera la superficie de Marte. No quería alejarse demasiado; en su estado, el tipo era capaz de levantarse y perseguir una polilla nocturna hasta meterse debajo de un camión de bomberos.

—Estoy sorprendido —admitió Luca, manteniendo la voz baja —. Veo que estás conectado. No se me ocurren muchas personas que puedan llamar al director de la DEA a las tres de la madrugada y darle una orden.

Mike soltó una risa corta, seca.

—No te lo creas tanto. Tengo poder, sí. Pero hay otros que tienen más que yo.

Luca levantó la vista y vio movimiento al otro lado del cordón policial. Un hombre con traje acababa de llegar a la escena. Luca no lo conocía, pero podía oler a un detective de guardia a kilómetros de distancia. El tipo se ajustó la corbata y se dirigió hacia el jefe de dotación de los bomberos.

En cuestión de minutos, el bombero señalaría al grupo de jóvenes testigos. Y estos apuntarían a Luca y a Ray.

El tiempo se acababa.

—¿Qué es lo que quieres, Mike?

—Ve a ver a Cynthia. Ahora mismo.

A Luca no le pasó desapercibido el detalle. Mike no le había preguntado si la había encontrado, ni si estaba viva. De alguna forma, el muy cabrón sabía que Cynthia había sobrevivido a la explosión y que la habían llevado al hospital.

—Escúchame bien, pedazo de mierda —siseó Luca, dándole la espalda a la escena del crimen—. Si tú estás detrás de esto… No me importa si eres el gobernador o el presidente, voy a buscarte y te voy a…

—¡Puedes callarte la boca un minuto! —lo cortó Mike—. Si no fuera por mí, estarías en una celda federal o durmiendo en tu casa, ajeno a que la vida de tu compañera está a punto de irse al carajo. Ya tuve que sacarte una vez del lío en el que te metiste con la DEA. No me obligues a soltarte la mano.

Luca miró de reojo. El detective de traje ya estaba hablando con Sandy y sus amigos. Era cuestión de segundos hasta que…

—¿Me estás escuchando, Luca? —insistió Mike—. Ve ahora mismo a ver a Cynthia. Intenta hablar con ella antes de que la seden o la interroguen.

—No sé dónde está Cynthia.

—No juegues conmigo. Ve a buscarla. Si no lo haces, mañana la esposarán a la cama y la detendrán por el asesinato de un capitán.

—Ya he eliminado las pruebas.

—Y ese ha sido un gran primer paso. Pero no es suficiente. Ya has visto el vídeo. Ella estuvo en su casa, discutieron, hubo violencia. Eso es motivo para acabar con su carrera.

—¿Es una amenaza? Tú tienes ese vídeo.

—Ya te lo he dicho mil veces. Estamos del mismo lado. Yo quiero lo mismo que tú: que la verdad no destruya a la gente equivocada.

Luca meditó un segundo. El detective del traje sacaba una libreta. En el bordillo, Ray se balanceaba con suavidad, con el puño cerrado sobre la rodilla. Dentro de ese puño podía estar la clave de toda esa noche de locura.

—¿Sabes qué, Mike? Yo creo que estás lleno de mierda.

—Galloway le dio algo —dijo Mike ignorándolo por completo—. Necesito saber qué es y dónde está. Y ella es la única que tiene la respuesta.

Luca sintió fuego en el pecho. No quería terminar de asumirlo, pero era obvio que Mike había estado detrás de la explosión. Si Mike creía que Cynthia era la única que tenía la respuesta que él quería —como acababa de afirmar—, entonces eliminarla era el camino más rápido para librarse de la amenaza.

—Escúchame bien lo que te voy a decir, *Mike*. Galloway le dio a Cynthia un pendrive. ¿Sabes cómo lo sé? Porque lo tengo conmigo en este momento.

Silencio.

—No te creo. Voy a volver a llamarte en media hora…

—Me da igual si me crees o no. Cynthia se lo dio a alguien antes de que su coche volara por los aires. Así que aquí tienes un nuevo trato entre nosotros: dejas en paz a Cynthia y tú y yo nos vemos las caras y resolvemos esto.

—Te equivocas conmigo, Luca. Estás poniendo en riesgo la carrera de Cynthia.

—A ti eso no te importa. Lo único que te importa es lo que yo tengo en mi poder.

—Luca, estás cometiendo…

Luca cortó la comunicación. El corazón le latía a mil por hora.

Había tomado una decisión rápida. Necesitaba mantener a ese cabrón lejos de Cynthia, aunque él se convirtiera en el nuevo foco de interés.

El móvil volvió a sonar, pero Luca se lo guardó en el bolsillo sin responder.

Al alzar la vista vio que Sandy levantaba el brazo y señalaba directamente hacia donde estaban ellos. El detective siguió la dirección del dedo y sus ojos se cruzaron con los de Luca.

—Mierda.

Luca se agachó, ocultándose tras un grupo de curiosos, y agarró a Ray del brazo con fuerza.

—¡Eh! ¿Qué pasa, tío? —protestó Ray.

—Se acabó el espectáculo. Tú sígueme y dame eso que tienes allí.

—¿El qué?

Lo arrastró en dirección contraria a la del detective, mezclándose entre los curiosos, en su mayoría jóvenes ebrios. Si tenían suerte, podrían llegar al coche antes de que el detective diera la orden de pararlos.

Debían darse prisa.

Mientras empujaba a Ray, la mente de Luca trabajaba a toda velocidad. Hasta ahora, Mike siempre había ido un paso por delante. El crimen de Galloway, la intervención de la DEA, la explosión del coche… Mike parecía omnisciente.

Pero ahora, por primera vez en toda la noche, Luca tenía una ventaja.

El principal problema era que eran las cuatro de la madrugada y su única oportunidad era un hacker que en ese momento se sentía como Lucy en el cielo con diamantes.

15

La noche más larga
4:25 AM

Ray vivía en un edificio antiguo de ladrillo visto en la periferia del Arts District, de esos que habían sobrevivido a terremotos y que se mantenían en pie a duras penas. El ascensor, una jaula de hierro con un cartel de «Fuera de Servicio» que parecía llevar allí desde la administración Reagan, los obligó a tomar las escaleras.

Para llegar al cuarto piso, Luca y Ray subieron por unas escaleras que olían a humedad y a productos de limpieza baratos. El ejercicio forzado, sin embargo, no le vino mal a Ray, que conforme pasaban los minutos parecía desprenderse de las telarañas mentales que lo habían atrapado en el Hollow Hole.

Durante el trayecto en coche, Luca había bajado la ventanilla del acompañante, dejando que el aire fresco de la madrugada le golpeara a Ray en la cara. Algo había cambiado en los últimos minutos. La mirada perdida y la sonrisa torcida se habían desvanecido.

Luca subía detrás, con la mano cerca de la cintura por costumbre. La gabardina larga de Ray le impedía ver sus manos, lo que mantenía a Luca en un estado de alerta constante.

—¿Qué estás haciendo?

Ray se detuvo en el descansillo del tercer piso y se giró.

—Es mi móvil —dijo, exhibiendo las dos manos para demostrar que no había amenaza—. Voy a comprobar que eres quien dices ser.

Era un razonamiento perfectamente lógico, un gran avance para alguien que hacía veinte minutos hablaba de artilleros y magia. Luca se alegró. Iba a necesitar que Ray estuviera lúcido —y que confiara en él— si querían tener alguna oportunidad de descubrir qué demonios había en ese pendrive.

Luca estaba convencido de que no sería tan sencillo como enchufarlo y leer un archivo de texto llamado «Confesión de Galloway». Hasta él, que en materia tecnológica siempre había ido un paso por detrás del resto y seguía prefiriendo las libretas de papel, sabía que la información sensible no se guardaba a la vista. Si Cynthia, que era mucho más avezada que él, había acudido a Ray en mitad de la noche, era porque allí dentro había algo cifrado o protegido de alguna manera.

Ray siguió operando el móvil mientras reanudaban la marcha. Se volvió fugazmente antes de llegar al último tramo.

—Así que tú eres el que atrapó a esa asesina…

Luca hizo un gesto seco con la cabeza.

—Joder. Saliste en todos los foros. «El detective que piensa como los malos».

Sus cinco minutos de fama habían dejado una huella digital profunda. Luca no terminaba de convencerse de si eso era bueno o malo.

Llegaron al final del pasillo. Ray se detuvo frente a la puerta 4B, sacó una única llave del bolsillo del pantalón y la abrió. Entró primero.

Luca se quedó en el umbral un segundo, esperando lo peor. Se imaginaba un antro: cajas de pizza acumuladas, latas de bebida energética por el suelo, cables enmarañados como nidos de serpientes y ese olor rancio a habitación cerrada.

Lo que vio lo dejó descolocado.

Se encontró frente a un loft reformado de manera minimalista. El suelo era de hormigón pulido, brillante y limpio. Las paredes, de un blanco inmaculado, estaban desnudas salvo por un par de cuadros con figuras geométricas. No había desorden. No había suciedad.

En una esquina estaba la zona de trabajo: un escritorio negro en forma de L con tres monitores y un teclado. No había ni una mota de polvo sobre los equipos. Los cables estaban organizados.

Ray desapareció por una puerta en el otro extremo del salón, presumiblemente el baño o el dormitorio. Luca escuchó el ruido del agua correr. Temía que el chico se echara a dormir, se diera una

ducha larga o simplemente se olvidara de que tenía a un detective de homicidios en su salón esperando para salvarle la vida a su amiga.

Pero Ray apareció al cabo de cinco minutos.

La transformación era asombrosa. Se había quitado la gabardina y la ropa de calle. Ahora llevaba unos pantalones de chándal grises y una camiseta blanca impoluta. Se había mojado la cara y el pelo. Sus ojos mantenían las pupilas algo dilatadas, pero ahora parecía ubicado en tiempo y espacio.

—¿Quieres café? —preguntó Ray.

Luca se lo quedó mirando con expresión perdida, como si Ray le hubiera hablado en otro idioma.

—Café —dijo Luca—. Sí. Por favor. En el recipiente más grande que tengas.

Ray se marchó a la cocina. Al cabo de unos segundos, Luca escuchó el sonido celestial de una máquina de café.

Se habría quedado escuchando de muy buena gana, disfrutando del aroma a café molido que llegaba desde la cocina. Pero tenía que hacer una llamada de forma urgente. Tenía que asegurarse de que Cynthia no estuviera sola cuando despertara, si es que no lo había hecho ya.

Marcó el número de Jenna.

Supuso que la chica debería estar despierta; la fiesta en su piso estaba en pleno apogeo cuando él se fue, y ese tipo de reuniones no solían acabar a las cuatro de la mañana. Le preocupaba su estado —si estaba muy colocada no serviría de nada —, pero no tenía más remedio que recurrir a ella. Cynthia no tenía familia en la ciudad. Jenna era como su hermana.

Un tono. Dos. Tres.

Saltó el buzón de voz.

—Mierda.

Luca colgó y miró la pantalla. Pensó en llamar a Sarah. Su esposa sabría qué hacer, cómo manejar la situación en el hospital y cómo proteger a Cynthia. Pero la idea de despertarla a ella, y por consiguiente a Lily, le revolvió el estómago.

Volvió a marcar el número de Jenna.

—Vamos, coge el teléfono…

Al cuarto tono, hubo un clic y un ruido de fondo, música y risas lejanas.

—¿Sí? —La voz de Jenna sonaba pastosa, confundida.

—Jenna, soy Luca otra vez. No cuelgues.

—¿Luca? ¿Qué pasa? ¿Has encontrado a Cyn? —Su tono cambió al instante, la preocupación perforando la niebla del alcohol.

—Escúchame bien, Jenna. Cynthia ha tenido un accidente pero se encuentra bien.

—¿Qué? ¡Oh, Dios mío! ¿Qué tipo de…?

—Se la han llevado al USC Medical Center —se apresuró a decir Luca—.Necesito que vayas allí ahora mismo.

—Por supuesto. ¿Qué le ha pasado?

A continuación, Jenna les gritó a sus invitados para que guardaran silencio y bajaran la música.

—No hay tiempo para entrar en detalles —dijo Luca—. Lo importante es que ella necesita a alguien allí. Yo estoy en medio de una investigación relacionada con esto.

—Salgo ya mismo.

—Espera. No conduzcas. No me sirve de nada que te estrelles por el camino. ¿Hay alguien ahí que esté sobrio?

—Sí, sí… Mark. Mark no ha bebido casi nada. Él me llevará.

—Bien. Hazlo. Ve a urgencias, pregunta por ella y no te muevas de su lado. Y dile que no hable con nadie hasta que yo llegue, ¿entendido?

—Entendido. Luca… ¿debo preocuparme?

—Yo iré en cuanto pueda. Mantén el teléfono encendido.

—Vale.

Luca colgó y soltó un suspiro largo, sintiendo cómo una pequeña parte de la tensión se liberaba de sus hombros. Al menos Cynthia no estaría sola.

Se giró hacia la cocina.

Ray estaba de pie en el umbral, con dos tazas de café en las manos. Su rostro, que minutos antes había recuperado el color, estaba ahora lívido, blanco como la camiseta que llevaba puesta. Las

tazas tintineaban suavemente contra los platillos debido al temblor de sus manos.

—¿Cynthia está en el hospital? —preguntó Ray con la voz quebrada.

Luca miró al chico y vio el miedo en sus ojos.

Suspiró, acercándose para coger una de las tazas antes de que Ray la dejara caer.

—Siéntate, Ray —dijo Luca, tomando un sorbo que le quemó la lengua—. Vas a tener que teclear muy rápido, porque se nos acaba el tiempo.

16

La noche más larga
4:30 AM

—¿Cómo que no hay nada?

Ray ya se lo había explicado una vez.

—Sólo hay un archivo de texto muy pequeño —dijo Ray—, de apenas unos kilobytes: caracteres basura.

Luca se pasó la mano por el pelo, intentando buscar una explicación lógica. Cynthia había ido a casa de Galloway, se había jugado el cuello discutiendo con él, luego había buscado a Ray en plena madrugada y le había entregado ese pendrive segundos antes de que su coche volara por los aires.

—¿No puede estar cifrado? —insistió Luca.

—Mira, tío, entiendo tu frustración, pero es muy poca información, ¿ves?

Ray señaló una cadena alfanumérica sin sentido en uno de los monitores centrales. Era una línea corta, apenas un párrafo de símbolos y letras desordenadas.

—Aunque fuera información cifrada, algo que no creo porque carece de la estructura típica de un contenedor de ese tipo, serían como mucho unas pocas frases cortas. No hay documentos, ni vídeos, ni audios.

Luca lo estudiaba. El café también parecía haberle sentado bien a Ray. Desde que habían llegado al piso, el chico se expresaba con coherencia, un comportamiento que contrastaba bastante con el de hacía tan sólo una hora.

—Entonces alguien borró la información antes de dárselo.

—No. Es lo primero que revisé. Para nosotros es muy sencillo recuperar información borrada, o al menos ver el rastro magnético que deja. Este pendrive está limpio.

—Cynthia arriesgó su vida por ese pendrive. Fue a buscarte al Hollow Hole para que tú le echaras una mano.

Ray estaba sentado en un sillón ergonómico. Se giró hacia Luca, que había arrastrado una silla de la mesa del comedor y se había acomodado a su lado.

—Vale, escúchame —dijo Ray, frotándose los ojos—. Puedo intentar encontrarle algún significado a esa cadena de texto. Pero será difícil romperlo a fuerza bruta si no tenemos una semilla, una clave, alguna palabra que pueda estar contenida en el texto que sirva como punto de partida.

—¿Puedo darte una lista?

—Claro. —Ray acercó el sillón al escritorio, listo para tomar nota—. Dispara.

Luca cerró los ojos un segundo, recuperando la conversación con Reed en el búnker.

—Mateo. Pesci. Fish. El Pez. San Pedro. Puerto. Galloway. Dalton. Marisco.

Ray apuntó las palabras en un documento de texto.

—¿Cuánto tiempo crees que tardará? —preguntó Luca.

—Si alguna de esas palabras está en el texto y el texto tiene sentido... quizá una media hora.

Media hora. Exactamente el tiempo que Mike le había dado para llamarlo. Era como si el destino, o ese cabrón que parecía tener un ojo en el cielo, estuviera cronometrando sus movimientos.

—Tú ocúpate de eso. Yo me encargaré de preparar más café.

Luca recogió las dos tazas vacías y se dirigió a la cocina como si estuviera en su propia casa. Desde el salón le llegaba el repiqueteo constante y rítmico del teclado.

Dejó las tazas en el fregadero y sacó el frasco de ibuprofeno del bolsillo de la chaqueta. Se metió otra pastilla de seiscientos en la boca y abrió el grifo, tragándosela con un sorbo de agua fría. El dolor de cabeza no había regresado con fuerza, pero no iba a darle la oportunidad de hacerlo. En las últimas tres horas había sustraído pruebas de la escena de un crimen, había sido secuestrado por la DEA y había sustraído a un testigo de un coche bomba.

No se fiaba de nadie, salvo de Cynthia y de Danny, por supuesto. Pero su compañera estaba en una cama de hospital y a Danny lo había mantenido en las sombras para protegerlo.

Si Ray no descubría nada en ese pendrive, tendría que buscar otro ángulo para mantener la ventaja sobre Mike. Necesitaba información externa.

Sacó el móvil. Una idea empezó a gestarse mientras se enfrentaba a la cafetera de Ray. Era una máquina italiana de alta gama, de esas que muelen el grano al instante. Luca llenó el depósito de agua, comprobó la tolva de café y colocó el portafiltros bajo el molinillo. El ruido del motor triturando los granos rompió el silencio de la cocina, un zumbido que le recordó a las batidoras de su madre. Un hilo de líquido negro y espeso empezó a caer en la taza.

Mientras el café goteaba, Luca buscó en la agenda de su teléfono a Charles Buckley. Se quedó mirando el nombre en la lista de contactos.

Buckley era un periodista de sucesos del L.A. Times al que había conocido hacía un par de años, pero cuya relación se había consolidado hacía poco a raíz de una serie de exclusivas que Luca le dio por el caso de Peyton Allen. Los artículos ayudaron a limpiar la imagen del departamento cuando las cosas se pusieron feas y a Buckley le había valido el reconocimiento de sus colegas.

«Si alguna vez necesitas algo, llámame. Lo que sea, a la hora que sea», le había dicho el periodista la última vez que se vieron.

Luca nunca había tenido intención de cobrarse el favor. Sin embargo, ahora la oferta resultaba demasiado tentadora, en especial la parte de «a la hora que sea».

Acercó el dedo a la pantalla.

Pulsó llamar.

Al tercer tono, una voz ronca y pastosa respondió.

—¿Luca?

—Sí, soy yo, Charles.

Se oyó un ruido de sábanas y un carraspeo.

—¿Luca? Joder... ¿qué hora es? —La voz de Buckley cambió de tono, pasando del sueño a la alerta en un segundo—. ¿Estás bien?

—Estoy bien, Charles. Siento llamarte a estas horas.

—Olvídalo. Espera un segundo, voy al salón para no despertar a mi mujer.

Luca esperó, escuchando los pasos descalzos sobre la madera y el cierre de una puerta. Mientras tanto, el aroma de la bebida recién hecha inundaba la cocina. Aprovechó para abrir la nevera y buscar un poco de leche para cortarla. Salvo por unas botellas de agua, el interior de la nevera estaba prácticamente vacío. Ray debía de alimentarse a base de comida a domicilio.

—Vale, ya estoy —dijo Buckley—. ¿Qué ha pasado?

—Necesito información sobre un incidente que ocurrió hace algunos días: la muerte de Mateo Pesci.

—¿El rey de los mariscos? —Buckley soltó un silbido bajo—. Se cayó de un yate y se ahogó. Iba bastante borracho.

—Tengo dudas de que haya sido accidental, Charles.

Unos segundos de silencio.

—Te escucho.

—Tengo información fiable de que en ese barco había celebridades, empresarios y políticos de primera línea.

—Yo te confirmo que eso fue así —dijo Buckley—. Mi colega Dave Miller cubrió la noticia; estaba furioso. Tenía fuentes que le hablaban de una lista de invitados VIP, pero el editor le cortó las alas. Lo obligaron a publicar la versión más anodina: empresario muere en un accidente de navegación.

—Necesito saber quiénes eran esos invitados, Charles. Y, sobre todo, quién presionó para que sus nombres no salieran.

—Joder, Luca... estás tocando cables de alta tensión.

—Lo sé. Pero es vital. Mira, seré franco contigo. Estoy investigando un caso contrarreloj y no te imaginas los hilos que están moviendo para mantenerme lejos de la verdad. Tengo razones para pensar que quien está entorpeciendo mi caso estuvo en ese yate, y que además pudo tener que ver con la muerte de Pesci.

—Lo que te puedo decir es que la orden de matar la historia no vino de los abogados del periódico, que hoy en día son los principales aguafiestas. —Buckley guardó silencio unos segundos.

Desde el salón, el tecleo de Ray se detuvo un momento y luego se reanudó con más furia—. Hubo llamadas directas al director.

—¿De quién?

—Una vino de la oficina del senador Julian Vane. Al parecer, se suponía que estaba en un retiro, no de fiesta en un yate en la costa.

—¿Y la otra?

—La otra es la que te va a gustar menos, Luca... Vino directamente del director del LADP.

Luca sintió un frío en la nuca que nada tenía que ver con la temperatura de la cocina.

—¿Arson?

—El mismo. Arson llamó para pedir que la noticia se refiriera a los hechos probados y no se mencionara ningún nombre más.

—¿A título de qué?

—No lo sé. Seguro que dijo que había una investigación en curso o algo así.

—Mierda.

—Por supuesto. Al fin y al cabo, llamó para pedir un favor, y el director del Times por alguna razón decidió concedérselo. Ya se lo cobrará, si es que todavía no lo ha hecho.

—Gracias, Charles.

—Luca, espera. Si Arson está metido en esto... ten cuidado. Dada tu historia con él…

—Lo tendré.

—Escucha, voy a llamar a Dave en un rato. A las seis de la mañana suele estar en la piscina, así que a las cinco debería estar levantado. Si lo que tú sospechas es cierto y a Pesci lo mataron, no podremos ignorarlo, al margen de las presiones. Tendremos que publicarlo. Dave será el principal interesado en ello. Le pediré que me mande lo que tiene. Por las dudas dame un correo electrónico personal.

Luca le dijo su dirección de correo electrónico.

—Anotado. Detrás de todo esto puede haber algo muy jugoso, Luca. Si esto te permite probar que fue un homicidio…

Luca no iba a prometer nada.

—Ya veremos. Ojalá que sí. Gracias de nuevo, Charles.

Luca colgó y se quedó mirando el vapor que subía de la taza de café.

Arson.

Luca tenía una historia larga y complicada con el actual director del LAPD. Arson había sido su capitán en Robos y Homicidios antes que Durham; era un animal político, un burócrata obsesionado con las estadísticas y la imagen pública, un hombre que odiaba los escándalos más que al crimen mismo.

Si Arson había intervenido directamente para encubrir la muerte de Pesci, podía significar que la corrupción no se detenía en el capitán Galloway.

17

La noche más larga
4:35 AM

Luca regresó al salón con la segunda taza de café en la mano. Dejó la de Ray sobre el escritorio y se dispuso a arrastrar su silla de vuelta.

Fue entonces cuando vio lo que había en el monitor central:

TRAGEDIA EN ALTA MAR: EL MAGNATE MATEO PESCI
FALLECE EN UN ACCIDENTE DE NAVEGACIÓN

—No estaba escuchando a propósito —se defendió Ray—. Quiero ayudar a Cynthia, tío.

Luca no iba a perder el tiempo en sutilezas. Si Cynthia confiaba en Ray, él tendría que confiar en él.

—¿Puedes imprimirlo?

—Por supuesto.

Ray pulsó un par de teclas y una impresora oculta en un armario cobró vida con un zumbido suave. Segundos después, escupió una hoja de papel.

Luca leyó algunos párrafos completos y otros en diagonal.

LOS ÁNGELES TIMES
Por David Miller | 22 de septiembre

TRAGEDIA EN ALTA MAR: EL MAGNATE MATEO PESCI
FALLECE EN UN ACCIDENTE DE NAVEGACIÓN

Los Ángeles. El cuerpo sin vida de Mateo Pesci (62), fundador y CEO de Pesci Seafoods, fue recuperado ayer por la noche en aguas del Pacífico tras caer por la borda de una embarcación privada frente a la costa de Malibú.

Según los informes preliminares de la Guardia Costera, el incidente se produjo alrededor de las 23:00 horas. Las autoridades han calificado el suceso como un «lamentable accidente». Fuentes cercanas a la investigación sugieren que el empresario podría haber resbalado en la cubierta superior debido a la humedad nocturna, cayendo al agua sin que nadie se percatara de inmediato. A pesar de la rápida respuesta de los equipos de seguridad de la embarcación y de los servicios de emergencia, Pesci fue recuperado del agua sin vida.

[...]

Hijo de inmigrantes italianos que llegaron a San Pedro con poco más que la ropa puesta, Mateo Pesci comenzó trabajando en los muelles descargando cajas de pescado a los doce años. Con una ética de trabajo inquebrantable y una visión clara, transformó un pequeño puesto de venta local en Pesci Seafoods, uno de los mayores imperios de importación y distribución de alimentos de la Costa Oeste.

Conocido por su filantropía y su carácter afable, Pesci era un pilar de la comunidad italoamericana y un donante habitual de diversas causas benéficas en la ciudad. «Mateo nunca olvidó de dónde venía», declaró ayer un portavoz de la familia. «Su legado vivirá en cada empleado y en cada vida que tocó con su generosidad».

[...]

El empresario deja esposa, cinco hijos y un vacío irremplazable en la industria. La familia ha pedido respeto y privacidad en estos momentos difíciles. Los servicios funerarios se anunciarán en los próximos días.

El artículo era una formalidad; una mera descripción de los hechos según un único punto de vista. Cuadraba perfectamente con lo que Charles Buckley le acababa de decir por teléfono. No había mención al dueño del yate, ni a la lista de invitados, ni a las circunstancias exactas de la caída. Ni una sola pregunta incómoda.

Ray interrumpió la línea de pensamiento de Luca al girar la silla.

—Estoy bastante seguro de que el yate es el Antonia, propiedad de un tal Joseph Leonardi.

Luca ladeó la cabeza lentamente y se quedó mirando a Ray con una ceja en alto.

—¿Cómo lo sabes?

—No vas a creer que lo único que hice mientras hablabas con tu contacto fue buscar este artículo en Google.

—Ya veo que no.

—Fue realmente sencillo, Luca. Los barcos de cierto porte tienen que reportar su posición de manera automática a través del sistema AIS. Lo sé porque los padres de mi mejor amigo en el instituto tenían uno y nos pasábamos el día rastreándolo. Es información pública si sabes dónde mirar. El artículo incluye la fecha y dice que el hecho ocurrió en la costa de Malibú.

—¿Y había un solo yate esa noche?

—No, había más de veinte —admitió Ray, tecleando para mostrar un mapa lleno de puntos—. Pero sólo uno regresó a puerto a toda velocidad de madrugada ese día: el Antonia.

A Luca se le ocurrían decenas de preguntas adicionales respecto a la embarcación y su dueño, pero decidió dejarlas de lado un segundo. Algo no encajaba.

—¿Qué es lo que haces exactamente, Ray?

—No te entiendo.

—¿A qué te dedicas? ¿Qué haces con tu vida?

Luca dio un sorbo a su café. Pero, a diferencia de las veces anteriores, cogió la taza con la mano izquierda. Su pistola estaba al alcance de la mano derecha.

—Trabajo para empresas —respondió Ray—. Hago asesoramiento informático f*reelance*.

—¿Qué tipo de asesoramiento?

—Depende. Algunos trabajos tienen que ver con la protección de sus servidores, pruebas de penetración, seguridad de redes... ¿A qué vienen todas esas preguntas?

—Tú has comprobado que yo soy quien digo ser.

Ray parecía indignado.

—¿Qué estás insinuando?

—No estoy insinuando nada, Ray. Sólo quiero conocerte un poco más, en vista de que, en los años que llevo de compañero con Cynthia, nunca me ha hablado de ti ni de tus capacidades extraordinarias con los ordenadores.

—No nos conocemos desde hace mucho.

—Eso es muy conveniente.

—Lo que tú digas, tío. Cynthia me cae bien y quiero ayudarla. Eso es todo.

Ray señaló el monitor que estaba a su izquierda, donde una serie de textos se desplazaban hacia arriba a velocidades supersónicas, buscando el significado del contenido del pendrive.

Mientras el hombre hablaba, Luca repasaba en su cabeza la secuencia de la noche: primero había hablado con esos jóvenes que supuestamente habían estado allí en el momento de la explosión y lo habían visto todo. Ellos lo guiaron hacia el hombre que estaba sentado en el bordillo, aturdido, aparentemente bajo los efectos de alguna sustancia alucinógena, balbuceando sobre «artilleros», y que ahora, de buenas a primeras, se había convertido en Bill Gates.

¿Podía ser una forma demencialmente sofisticada de hacerle perder el tiempo? Mientras Cynthia estaba indefensa en el hospital, él estaba en este piso esperando a que un algoritmo arrojase un resultado que probablemente nunca llegaría.

—Cuando me acerqué a ti en el Hollow Hole —dijo Luca—, parecías incapaz de atarte los zapatos.

El comentario provocó en Ray una risa nerviosa.

—Realmente eres un paranoico, tío. Había consumido un poco de 2C-B. El viaje es intenso pero corto si sabes cómo bajarlo. ¿Quieres que te muestre mi identificación?

Luca se levantó despacio y caminó por la habitación. Se detuvo frente a un armario empotrado de diseño moderno, con cuatro puertas pequeñas en la parte superior.

Señaló la segunda desde la derecha.

—¿Qué guardas ahí, Ray?

—Vamos, Luca, ¿de verdad vamos a entrar en ese juego? Acabo de decirte que puedo darte mi identificación.

—Tengo la sospecha de que tu identificación dirá exactamente lo que debe decir. En cambio, este compartimento de aquí arriba… Dime qué contiene.

Hubo un segundo de vacilación. Ray continuaba sentado en el sillón, con los brazos caídos uno a cada lado en señal de abatimiento, pero sus ojos se movieron rápido hacia la puerta. Luca seguía sus movimientos con atención.

Considerar que Ray fuese un impostor resultaba descabellado, pero no imposible. Jenna le había dicho a Luca que Cynthia había ido a ver a su amigo Ray, así que esa parte era cierta. Resultaba casi imposible que, quienquiera que estuviese detrás de la muerte de Galloway, hubiese montado esta fachada en tiempo récord, con un falso Ray y un piso equipado. No tenía sentido.

Y, sin embargo, Luca percibió el terror en los ojos de Ray.

—¿Qué hay ahí? —repitió Luca.

—Luca, escucha… me mudé hace poco. Mi hermana se ocupó de la mudanza y de organizar las cosas. Soy una persona muy ocupada...

—A mí me pareces un tipo bastante obsesivo con el orden. Resulta increíble que no sepas qué hay en tu propio armario. Ah… y tu nevera está vacía. Ni un poco de leche o huevos…, sólo agua.

Ray lo fulminó con la mirada.

—Ya he recordado lo que hay en el armario: copas. Unas copas de cristal que eran de mi madre.

Sin darle completamente la espalda, Luca se estiró y abrió la puerta del armario de un tirón.

El interior estaba vacío. Ni copas, ni ninguna otra cosa.

Ray maldijo por lo bajo.

—Deben de estar en…

Luca sacó el arma en un movimiento rápido y apuntó directamente a su pecho.

—¡Quieto!

El joven levantó las manos por instinto, pegándose al respaldo del sillón, pero no protestó.

—Lo siento, Ray, pero no has pasado la prueba. ¿Quién eres y dónde está el verdadero Ray?

La mirada de Ray se desvió ligeramente a la izquierda, ignorando el cañón de la pistola.

—Ha terminado —dijo con una serenidad que heló la sangre de Luca.

Luca comprobó que en el monitor donde antes había visto el texto desplazarse a toda velocidad, ahora se mostraba una ventana estática con un mensaje que no alcanzaba a leer desde donde estaba.

Luca empezó a acercarse, sin bajar el arma.

Cuando estaba a menos de dos metros de Ray, el móvil vibró con violencia en el bolsillo de su pantalón y el sobresalto fue tal que su dedo se tensó en el gatillo.

18

La noche más larga
4:45 AM

La cabeza de Ray seguía en su sitio. Luca no se la había volado de un balazo.

Pero había faltado poco.

Mantuvo el cañón apuntando al pecho del joven, cuyos ojos oscilaban entre la pistola y la pantalla del ordenador.

—¿Qué has encontrado en el pendrive?

El algoritmo había terminado hacía unos pocos segundos. En el monitor central, la ventana de terminal había dejado de escupir líneas y ahora mostraba un recuadro estático que Luca no podía leer desde su posición.

Ray se inclinó hacia la pantalla con un movimiento suave, sin dejar de mirar el arma por el rabillo del ojo. Estaba aterrado, sí, pero no lo suficiente para alguien que se enfrentaba por primera vez a la muerte.

El rostro de Ray se transformó al leer el resultado. Los hombros se le hundieron.

—No ha encontrado nada.

Luca sintió una punzada de incredulidad que enseguida se convirtió en furia.

—¿Cómo que nada?

—Lo siento —dijo Ray—. Ha cruzado la cadena de caracteres con todas las palabras clave que me diste.

—¿Y?

—Y nada. Si esa secuencia de texto tiene algún significado oculto, no contiene esas palabras —dijo Ray con voz temblorosa, levantando las manos en señal de impotencia—. Te lo dije al principio, Luca. Parece código basura.

El móvil seguía vibrando en el bolsillo de manera implacable.

Luca lo sacó con la mano izquierda sin quitarle el ojo de encima a Ray. Si intentaba cualquier cosa, si echaba a correr hacia la puerta o sacaba un arma de ese escritorio tan sospechosamente ordenado, Luca no dudaría.

Miró la pantalla.

Jenna.

Experimentó una sensación de tragedia anticipada. Si bien era del todo lógico recibir una llamada suya —hacía menos de media hora le había pedido que fuera a ver a su amiga al hospital—, el instinto le gritaba que no eran buenas noticias. Jenna no llamaría tan pronto a menos que hubiera pasado algo.

Deslizó el dedo para contestar y se llevó el teléfono a la oreja.

—Hola, Jenna.

Le llegó un llanto desconsolado del otro lado de la línea.

—Luca... —sollozó la chica, apenas capaz de articular palabra —. Luca, gracias a Dios me respondes.

—Jenna, cálmate. ¿Qué pasa? ¿Estás en el hospital?

—¡Sí, acabo de llegar! ¡Necesito que vengas ya mismo!

Luca sintió que el suelo se abría bajo sus pies.

19

La noche más larga
5:03 AM

El Crown Victoria no respetaba límites de velocidad ni semáforos. La sirena portátil que Luca había colocado en el techo reducía las posibilidades de una colisión, pero no las eliminaba por completo.

En el asiento del acompañante, Ray se aferraba al asidero de la portezuela y al salpicadero con ahínco, moviendo las piernas de manera descontrolada contra la alfombrilla como si estuviera pisando un freno imaginario. Con cada volantazo y cada frenada brusca dejaba escapar alguna maldición entre dientes.

—¡Joder! ¡Cuidado!

—¿Puedes dejar de quejarte? —dijo Luca sin quitar los ojos de la avenida.

Todavía no confiaba en Ray. Antes de salir lo había cacheado y no llevaba armas ni nada peligroso, pero durante los minutos que había permanecido solo podría haber hecho una copia de la información del pendrive.

—¿Vas a decirme qué le ha pasado a Cynthia? —insistió Ray.

Luca giró la cabeza un instante, apenas un segundo, y se lo quedó mirando.

—¡Cuidado! —gritó el joven.

Luca devolvió la vista al frente y esquivó con un golpe de volante seco un contenedor de basura que sobresalía en la calzada.

—Ya lo he visto… no te alteres, Ray. Vamos a llegar al hospital en cinco minutos.

—Me gustaría no ir directo a la morgue.

Luca condujo en silencio durante los siguientes minutos. No iba a decirle a Ray nada más que lo estrictamente necesario.

Revelarle lo que Jenna le había dicho por teléfono no estaba en sus planes. Si el chico entraba en pánico, sería un estorbo.

—Vamos, tío —suplicó Ray—, entiendo tus dudas, pero déjalas por un momento de lado. ¿Cynthia está…?

—No —dijo Luca con sequedad—. No está muerta. Cállate y déjame conducir.

Llegaron al USC Medical Center en tiempo récord. El edificio principal se alzaba como una fortaleza de hormigón iluminada contra el cielo negro. Luca ignoró la entrada principal y se dirigió al aparcamiento lateral, reservado para el personal y urgencias, que a esa hora estaba casi vacío.

Antes de bajarse del coche se inclinó sobre la consola central y abrió la guantera. Sacó otro par de esposas.

—Dame tu mano.

—¿En serio?

—¿Tú qué crees?

Ray negó con la cabeza, resoplando, pero extendió el brazo izquierdo. Luca le colocó el grillete en la muñeca y pasó el otro extremo a través del volante, cerrándolo con un clic metálico.

—Esto es ridículo —protestó Ray—. No soy un delincuente.

—Probablemente no. Quédate aquí y no toques nada.

Luca salió del coche y fue hasta la puerta de urgencias apurando el paso. Antes de entrar al edificio echó un último vistazo atrás, a Ray, que lo miraba desde la ventanilla con cara de fastidio.

El aire acondicionado del hospital lo golpeó al entrar.

Encontró a Jenna en la sala de espera de urgencias, de pie junto a un hombre unos cuantos años mayor que ella. Debía de ser Mark, el amigo que se había comprometido a llevarla. El tipo lucía el aspecto de un director de cine extravagante: llevaba una chaqueta de terciopelo granate, una bufanda de lino enrollada al cuello y unas gafas de montura gruesa.

Al lado de ellos había un agente de policía uniformado.

Jenna se acercó a toda velocidad en cuanto lo vio. Llevaba el maquillaje corrido y los ojos hinchados de llorar.

—¡Oh, Luca! —Se lanzó a abrazarlo—. No sé cómo ha sucedido.

—Tranquilízate, Jenna —dijo Luca separándola con suavidad—. ¿Dónde está?

—No lo sé…

Luca miró alrededor. La recepción del hospital estaba desierta, salvo por una enfermera de triaje que tecleaba tras el mostrador y una mujer de la limpieza que pasaba una mopa con movimientos lentos y rítmicos, observando la escena con curiosidad.

Luca desvió su atención hacia el policía.

—Soy el detective Bruzzo, Robos y Homicidios.

—Sé quién es usted, detective Bruzzo —dijo el agente—. Soy el oficial Fiorentino. He venido en la ambulancia con la detective Santos desde el lugar de la explosión.

—Dígame qué pasó.

—La detective Santos estuvo consciente durante todo el trayecto; sabía con exactitud lo que le había ocurrido, aunque estaba aturdida. Cuando llegamos al hospital, los médicos le hicieron un chequeo rápido. Al parecer no presentaba lesiones, pero iban a hacerle las pruebas correspondientes. La llevaron a una habitación en la primera planta para mantenerla en observación.

El oficial Fiorentino miró a Jenna de reojo.

—Su amiga llegó en ese momento e insistió mucho para verla. Le dije que eso no era posible, que los médicos estaban trabajando. Hubo… un poco de alboroto.

—¿Y el atacante? —preguntó Luca, bajando la voz—. Jenna me dijo por teléfono que alguien intentó entrar en la habitación.

Fiorentino frunció el ceño, confundido.

—¿Atacante? No, señor. Hubo una confusión. Una enfermera vio a alguien con bata salir de la habitación de la detective Santos a toda prisa, pero no hubo ningún ataque.

—¿Entonces?

—Cuando el médico titular llegó para revisarla, la cama estaba vacía.

Luca sintió una mezcla de alivio y desconcierto.

—¿Cuándo os disteis cuenta de que ya no estaba?

—Hace diez minutos. Yo estaba en el pasillo, frente a la puerta, vigilando que nadie más entrara.

—¿Y cómo salió?

—Esa es la cuestión, detective. No salió por la puerta.

Luca se frotó la cara.

—Jenna, Mark, quedaos aquí. No os mováis. Fiorentino, lléveme a la habitación.

Subieron juntos por las escaleras de servicio para evitar la espera del ascensor. El hospital estaba en ese estado de suspensión propio de la madrugada, donde sólo se oyen los pitidos de las máquinas y los pasos de las enfermeras de guardia.

Llegaron a la habitación 104. La puerta estaba abierta.

—No hemos tocado nada —dijo Fiorentino.

Luca entró. La cama estaba revuelta. En el suelo, hecha un ovillo, estaba la bata de hospital con el logo del USC Medical Center.

—¿Tenía sus efectos personales? —preguntó Luca—. Cartera, móvil, placa…

—Sí, los sanitarios trajeron una bolsa con sus cosas. La dejamos en esa mesa auxiliar.

Luca miró la mesa de metal. Estaba vacía. Cynthia se lo había llevado todo.

Se dirigió a la ventana. Las persianas estaban subidas. Justo debajo de la ventana había un saliente de hormigón que corría a lo largo de la fachada, y un metro más abajo, el techo de los contenedores de basura del patio trasero.

—No es una caída difícil —murmuró Luca.

Se quedó observando la noche. ¿Por qué Cynthia se escaparía del hospital si no estaba en peligro inmediato? ¿Por qué no esperó a que él llegara?

Incluso más: si tenía su teléfono encima, ¿por qué no lo llamó?

Sacó su propio móvil y comprobó que no tenía mensajes ni llamadas perdidas.

Luca cerró la ventana y se giró para salir. Cuando vio la habitación desde el ángulo opuesto, advirtió de inmediato que junto a la puerta había una lámina genérica de un paisaje de playa. Estaba torcida. Muy torcida.

Luca se acercó.

—Oficial, vigile la puerta un segundo.

Fiorentino se dirigió hacia el pasillo.

Luca descolgó el cuadro.

En la parte trasera del marco había algo escrito a bolígrafo con la letra apresurada de Cynthia.

Nos vemos donde sirven el mejor café

(Teléfono apagado)

20

La noche más larga
5:15 AM

Luca apretó el paso. Jenna y Mark iban detrás, casi trotando para mantener el ritmo de sus zancadas largas.

—Perdón por hacer esta pregunta ahora, Jenna —dijo Luca sin girarse—, pero ¿qué tanto conoces a Mark?

El propio Mark lo escuchó, por supuesto, pero no había tiempo para preocuparse por las formas.

—Es uno de mis mejores amigos —respondió ella—. Lo conozco desde que decidí ser actriz.

—¿O sea que confías en él? —insistió Luca.

—Por supuesto. ¿Por qué tanta desconfianza? ¿Qué sucede, Luca?

Habían llegado al Crown Victoria. Jenna se había quedado petrificada mirando a través de la ventanilla del copiloto.

—Oh, sí. Él —dijo Luca—. Voy a tener que hacerte la misma pregunta respecto a Ray.

El aludido saludó con una sola mano desde el otro lado del cristal. Se encogió de hombros con una mueca de resignación.

Mark, que se había mantenido en un discreto segundo plano, se acercó a la luz de una farola y Luca pudo advertir una emoción desbordante en su rostro que lo descolocó, como si de pronto se hubiera despertado dentro de una película de Bruce Willis.

Jenna seguía nerviosa, retorciéndose las manos.

—¿Por qué Ray está esposado? —susurró Jenna.

—¿Confías en él? ¿Lo has visto antes?

Jenna no entendía nada. Luca la miró por encima del techo del coche, impaciente.

—Por supuesto que lo he visto antes —dijo ella, bajando el tono de voz—. Él y Cynthia… bueno, ya sabes.

—¿Son novios?

Jenna abrió mucho los ojos, como si Luca acabara de pronunciar una palabra prohibida.

—No sé si son *novios* —dijo, dibujando las comillas con los dedos—. Ellos… están saliendo. Se ven. Es complicado.

Luca resopló. Nunca iba a entender por qué los más jóvenes tenían esa necesidad de mantener todo en un limbo de indefinición.

—Entrad. Rápido.

Mark entró primero, acomodándose la bufanda, en el asiento trasero detrás del conductor. Jenna hizo lo propio desde el otro lado.

Luca se quedó un segundo fuera, sopesando la situación. Luego subió al coche.

—¿Segura que confías en este de aquí? —volvió a preguntar.

—Claro —dijo Jenna—. Ray es de confianza.

Luca sacó la llave de las esposas, se inclinó sobre la consola central y lo liberó.

—Gracias, Jenna. ¿Dónde está Cynthia?

—No lo sabemos —dijo Jenna con la voz temblorosa—. Se fue. La cama estaba vacía.

—¿Cómo que se fue? ¿Estaba herida?

Luca puso en marcha el motor y los acalló con un gesto tajante de la mano.

—Quiero que cada uno de vosotros apague su móvil ahora mismo y me lo entreguéis.

Hubo un momento de vacilación. En el mundo moderno, pedirle a alguien su móvil era como pedirle un riñón. Pero la gravedad en la voz de Luca no admitía réplicas. Los tres cumplieron con la petición sin objeciones.

Luca apagó el suyo y metió los cuatro aparatos en la guantera, cerrándola con un golpe seco.

Salió del aparcamiento y se unió al tráfico.

—¿No vas a usar la sirena? —preguntó Mark desde el asiento de atrás—. La he visto en el techo.

Luca no respondió.

—Tú sabes dónde encontrarla, ¿verdad? —preguntó Jenna, asomando la cabeza entre los asientos delanteros.

Luca se preguntó si no sería prudente dejar a Jenna y a su amigo en alguna parte, lejos de este lío. Se dijo que lo evaluaría más tarde; ahora la prioridad era encontrar a Cynthia.

Nos vemos donde sirven el mejor café.

La frase era una broma interna que sólo Cynthia y él compartían. Quizás se lo habían dicho alguna vez a Erica Sanders o al capitán Durham en la sala de descanso, entre risas, pero probablemente ninguno de ellos lo recordaba.

Una noche, tras una jornada larguísima de trabajo, Luca y Cynthia habían conseguido saciar su necesidad de cafeína en la máquina expendedora de una gasolinera de North Mission Road. Luca estaba tan feliz que pronunció la frase que se volvería recurrente entre ellos.

Se había convertido en un ritual para ellos ir a esa máquina expendedora cada vez que tenían que trabajar fuera de horario en el centro de la ciudad. Recordar aquel primer encuentro y los que vinieron después le infundió la esperanza de que pronto se reuniría con Cynthia y podrían al fin poner un poco de perspectiva sobre lo que estaba pasando.

Hasta ese momento, Luca había ido detrás de un reguero de migas de pan que lo había llevado de un lado para otro, en esencia reaccionando a los movimientos de Mike. Con Cynthia podrían empezar a enderezar las cosas.

Luca se llevó por instinto la mano al bolsillo de su chaqueta, palpando el contorno del pendrive.

Llegaron a la gasolinera en poco más de cinco minutos. Luca no se detuvo en los surtidores. Condujo por el aparcamiento hacia el lateral derecho, donde la sombra del edificio ocultaba las máquinas expendedoras.

Dejó el coche en marcha, con las luces de posición encendidas, el motor ronroneando con suavidad.

Ninguno de los demás ocupantes tenía idea de por qué se detenían allí, junto a los baños exteriores y los contenedores de reciclaje. Nadie preguntó nada.

Esperaron.

Unos veinte o treinta segundos después, una figura surgió de la parte de atrás del edificio, separándose de las sombras de los contenedores. Llevaba unos pantalones de pijama de hospital de color verde pálido y una sudadera gris demasiado grande. Caminaba con la cabeza alta, escrutando el entorno.

Luca desbloqueó los seguros.

Cynthia abrió la puerta trasera derecha y se deslizó en el interior. Jenna y Mark se apretaron contra la puerta contraria para dejarle espacio.

—¡Cyn! ¡Oh, Dios mío, Cyn! —Jenna se lanzó sobre ella, abrazándola con fuerza, sollozando—. Estaba tan preocupada.

Cynthia se dejó abrazar un instante, cerrando los ojos, pero enseguida se tensó. Le susurró algo al oído a Jenna, unas palabras rápidas que nadie más escuchó; luego ella le respondió y mantuvieron un breve intercambio.

Los ojos de Cynthia se encontraron con los de Luca en el retrovisor. Hubo un breve pero preciso gesto de reconocimiento.

—¿Todos los móviles están apagados? —preguntó Cynthia.

—Sí —dijo Luca.

Ray se giró desde el asiento del copiloto, mirándola con una mezcla de felicidad y espanto.

—¿De verdad estás bien?

Cynthia le dedicó una media sonrisa, cansada pero genuina, y le apretó el hombro con la mano.

—Estoy viva, Ray. Eso es lo que cuenta.

Luego miró a Luca.

—Sácanos de aquí.

—¿A dónde vamos? —preguntó Mark, que parecía estar a punto de sufrir un ataque de ansiedad.

Luca metió primera y el coche salió de la gasolinera, incorporándose al tráfico escaso.

—Vamos hacia el norte —dijo Cynthia—. A Bradbury. Necesitamos un lugar donde nadie nos busque.

21

La noche más larga
5:54 AM

Los padres de Jenna habían adquirido la propiedad en las cercanías de las montañas de San Gabriel, una zona agreste y aislada donde las parcelas se medían en hectáreas de bosque y no en metros cuadrados de jardín cuidado. La idea original había sido buscar un refugio lejos del bullicio de la ciudad, pero lo suficientemente cerca de Jenna para poder pasar tiempo con ella, que seguía firme en su idea de conquistar Hollywood.

Cynthia sabía que los Wurth no estaban en casa. Lo único que les había dicho a los otros cuatro integrantes del Crown Victoria era que necesitarían un sitio seguro para permanecer hasta que amaneciera. Las razones de esto no las explicó y nadie se las cuestionó. Se aseguró tres veces de que los móviles estuvieran apagados y guardados en la guantera.

Luca confiaba en Cynthia y prefirió no formular preguntas delante de los otros. La situación era crítica y delicada: Cynthia podía ser acusada de asesinato en las próximas horas y quién sabía cómo reaccionaría Jenna o Mark ante semejante revelación.

El acceso a la finca era a través de una carretera secundaria serpenteante y oscura, flanqueada por árboles altos que formaban un túnel vegetal sobre el asfalto. No había farolas; la única iluminación provenía de los faros del coche cortando la negrura de la montaña.

Luca no conocía el camino, por lo que iba muy por debajo del límite de velocidad. No obstante, al girar hacia la derecha en una curva cerrada, un coche patrulla surgió de la nada y encendió las luces.

—¿Cómo quieres manejar esto, Cynthia?

—Ray, enciende la radio —dijo Cynthia desde el asiento de atrás—. Pon algo de música. Somos un grupo de amigos que vuelve de una fiesta en una casa de la zona. Nada más.

Era una patrulla del sheriff, con jurisdicción en esa zona. Se detuvo justo detrás y un agente se acercó por el lado del conductor con una linterna en la mano. Lo más probable era que se tratara de un control rutinario para cazar conductores ebrios; no tenían de qué preocuparse.

Luca bajó la ventanilla y saludó al agente con una inclinación de cabeza mientras la linterna le barría la cara, cegándolo un instante.

—Buenas noches, agente —dijo Luca con voz tranquila.

El policía, un hombre joven con el uniforme impecable, iluminó el interior del vehículo. El haz de luz pasó por Ray, que se quedó rígido, saltó a Cynthia —que le dedicó una sonrisa cansada pero amable— y se detuvo en Jenna y Mark.

—Buenas noches —dijo el agente—. ¿Se dirigen a alguna parte?

—¡Hola! Soy Jenna Wurth —dijo Jenna asomándose por detrás de Mark y exhibiendo su carnet de conducir—. Vamos a la casa de mis padres, la finca que está justo al final de este camino.

El agente bajó la linterna para mirar el plástico un momento.

—De acuerdo, señorita Wurth. Tengan cuidado, la carretera está húmeda y hay animales sueltos a estas horas.

—Tendremos cuidado —dijo Luca.

—Y tengan cuidado con esa sirena magnética pegada al techo, podría caerse.

El policía le guiñó un ojo a Luca y sonrió.

—Mi amigo es policía —dijo Jenna con suma seriedad.

Hubo unos segundos de expectación, y entonces Cynthia no aguantó más y rompió a reír. Fue una risa que empezó como un resoplido nasal y explotó en una carcajada, sin duda fruto de la tensión extrema a la que había sido sometida ese día. Cuanto más intentaba parar, lo absurdo de la situación se imponía y era peor. La frase de Jenna, dicha con esa solemnidad de velatorio, la azuzaba cada vez que intentaba recomponerse: *Mi amigo es policía.*

Ray se sumó con una risita nerviosa que también iba in crescendo.

Mark, que tenía al agente justo al otro lado de la ventanilla, miraba a sus compañeros con la boca abierta, como un niño que no termina de entender la broma del todo.

El agente del sheriff se dirigió a Luca, que parecía el único que conservaba un poco de cordura.

Luca sacó su placa del bolsillo interior de la chaqueta y se la mostró, manteniendo el rostro impasible mientras el coche temblaba por las carcajadas de atrás.

—Detective Bruzzo. Robos y Homicidios del LAPD —dijo en voz baja—. No estoy de servicio, agente. Sólo llevaba a casa a unos amigos. Ha sido una noche larga.

El agente examinó la placa bajo la luz de su linterna.

—Entendido, detective.

—Gracias. Buen trabajo vigilando la zona.

—Que tengan buena noche.

El agente se apartó y les hizo un gesto para que continuaran.

22

La noche más larga
5:54 AM

El Crown Victoria avanzaba por un camino privado de grava. El aislamiento era absoluto: sólo pinos, rocas y silencio.

En el interior del coche la atmósfera cambió de golpe. Las carcajadas dieron paso a un silencio casi vergonzoso. Ray observaba pasar los árboles por la ventanilla con la boca entreabierta; Mark se ajustaba la bufanda sin cesar, y Cynthia mantenía la vista clavada en la nuca de Luca, perdida en sus propios pensamientos. Sólo la voz de Jenna rompía la quietud de vez en cuando, dando indicaciones desde el asiento trasero: «A la izquierda en la siguiente bifurcación», «Sigue recto hasta el final del camino».

—Es esa de ahí —dijo por fin Jenna.

Luca detuvo el coche frente a la verja de hierro. La mansión de los Wurth era una imponente construcción de estilo colonial español, con tejados de teja roja y paredes de estuco blanco que parecían brillar en la penumbra.

Jenna bajó del vehículo. El aire frío de la mañana se coló en el habitáculo antes de que ella cerrara la puerta. Los cuatro observaron cómo se dirigía a un pilar de piedra junto al acceso peatonal y buscaba algo en una maceta ornamental gigante.

—El viejo truco de la llave bajo el felpudo, versión millonaria —murmuró Ray.

Jenna encontró lo que buscaba, abrió la puerta peatonal y desapareció corriendo hacia la casa.

Los minutos siguientes parecieron no acabar nunca. Luca tamborileaba con los dedos sobre el volante, vigilando los retrovisores; sin saber por qué, la premura de Cynthia por llevarlos a un sitio seguro se había apoderado también de él.

Finalmente, tras cinco largos minutos, el portón se abrió y pudieron avanzar por el camino interno hasta el garaje. Al llegar allí la puerta automática empezó a abrirse con un zumbido mecánico.

Luca metió el coche sin problemas. Había espacio para seis o siete vehículos y lo único a la vista era un jeep antiguo que parecía más un artículo de colección que otra cosa.

Bajaron del coche estirando las piernas.

—La alarma ya está activa —anunció Jenna—. Bienvenidos a la casa de mis padres.

El grupo la siguió hacia el interior. El salón principal estaba decorado con buen gusto; quizás un poco impersonal. Contaba con una chimenea de piedra para asar un buey entero y sofás de lino blanco que parecían no haber sido usados jamás. Las paredes lucían algunas fotografías familiares, pero todo se hallaba dispuesto con una premeditación tan evidente, sin el desorden natural de la vida diaria, que lejos estaban de dotar al hogar de verdadera calidez.

—Mis padres no vienen a menudo —dijo Jenna casi en tono de disculpa—. Hay bebidas en la cocina.

Luca no estaba para visitas guiadas. Se giró hacia Cynthia. Su compañera mostraba mal aspecto bajo la luz de las lámparas de araña. Aunque no tenía ni un rasguño fruto de la explosión que había ocurrido a metros de ella, se la veía extenuada.

—Tenemos que hablar, Cynthia. Ahora mismo.

—Sí. Vamos.

Cynthia hizo un gesto a Luca para que la siguiera. Se alejaron por un pasillo dejando atrás al resto en el salón.

Cuando estaban cerca del final y antes de abrir la puerta, Cynthia le lanzó una advertencia:

—Es el santuario de Lynette. Prepárate —murmuró.

Abrió las puertas y tanteó la pared buscando el interruptor. Un chasquido seco y la habitación se inundó de luz.

A Luca se le escapó un silbido bajo.

—Joder.

La habitación albergaba a más de doscientas inquilinas silenciosas. Las paredes estaban cubiertas con estanterías de madera repletas de figuras sentadas. El resto del espacio lo

dominaba un laberinto de vitrinas de cristal. Cientos de ojos fijos e inertes los observaban.

—Es una colección de muñecas antiguas —aclaró Cynthia, como si fuera necesario.

Se alineaban filas enteras de muñecas con vestidos de época, encajes, lazos de raso desteñidos y cabello natural. Pero lo que robaba el aliento estaba en el centro de la estancia: una vitrina hexagonal de gran tamaño que resguardaba a cuatro niñas de tamaño natural. Medían casi un metro y medio de altura. Eran muñecas de compañía europeas, que las familias acaudaladas encargaban a medida como réplicas de sus propias hijas o como maniquíes de salón. El efecto conjunto de todos esos rostros pálidos, bocas entreabiertas y ojos de cristal mirándolos con fijeza era, desde luego, en extremo inquietante.

—Quería ver tu cara cuando entraras —dijo Cynthia, cerrando la puerta tras de sí y apoyándose en ella. Esbozó una media sonrisa —. Yo ya estoy acostumbrada, me he criado viéndolas, pero admito que la primera impresión es fuerte.

—Es… intenso —admitió Luca, acercándose a la vitrina central para devolverle la mirada a una de las niñas gigantes, que sostenía un abanico de encaje—. ¿La señora Wurth colecciona esto?

—Es su pasión absoluta. Rastrea subastas de antigüedades por todo el mundo. Si la escuchas hablar del proceso de restauración y de lo que estas muñecas significan para ella, es contagioso; casi consigues olvidar lo tétricas que son.

Cynthia se separó de la puerta y caminó hacia un par de sillones de orejas situados a un lado de la sala, justo bajo la atenta mirada de las cuatro figuras de tamaño natural.

—A Aaron no le gustan nada —continuó Cynthia—. Yo creo que Lynette eligió esta casa inmensa en la montaña, en parte, para tener el espacio suficiente para montar su propio museo privado, lejos de su marido.

Cynthia se dejó caer en el sillón. Luca se sentó frente a ella.

—Vale, Cynthia —dijo Luca—. Estamos solos. Dime en qué problema estamos metidos.

Ella se frotó la cara con las manos.

—Galloway me llamó a casa cerca de las diez y de inmediato supe que algo iba mal. Me pidió que fuera a su casa lo antes posible. Le pregunté si corría algún tipo de peligro inminente y me dijo que cuanto menos supiera de la situación, mejor. Cuando llegué a su casa lo noté muy nervioso; nunca lo había visto así. Me dijo que estaba metido en un problema serio, que necesitaba de mi ayuda. No me lo dijo de forma directa, pero intuí que era algo turbio. Algo ilegal.

Luca seguía el relato con atención. Cynthia ponía en palabras lo que él ya había visto en el vídeo enviado por Mike. Se sentía un poco incómodo por no haber revelado esa parte de la historia, pero necesitaba escuchar a Cynthia primero.

—Eso generó mucha tensión entre nosotros. Le dije que fuera a Asuntos Internos pero él insistía en que yo no tenía idea de la magnitud del problema. Fue entonces cuando me dijo que su vida corría peligro, que, si no lo ayudaba, lo matarían.

—¿Quién?

—No me lo dijo. Pero no tuve dudas de que lo que me decía era cierto. Al final… acepté ayudarlo.

Luca se reclinó en el sillón. Era difícil concentrarse con decenas de ojos de cristal fijos en ellos. Justo detrás de Cynthia se erguía una de las niñas de metro y medio, ataviada con un recargado vestido de luto y con una expresión desencajada que resultaba particularmente inquietante.

—Cynthia, te conozco. Eres leal, sí, pero también eres recta en tu trabajo. Si un superior, por muy amigo que sea, te dice que está sucio y que necesita ayuda porque está metido en algo ilegal, tú no dices "sí, señor".

—Nunca me reconoció que fuera algo ilegal.

—Pero es obvio que así era.

Cynthia desvió la mirada hacia una bailarina de porcelana que descansaba a su derecha.

—No me dejó opción, Luca.

—Siempre hay opción.

—No cuando te tienen agarrada por el cuello.

Cynthia volvió a mirarlo, no con lágrimas en los ojos, pero casi.

—Me amenazó sin tapujos.

Luca pensó que era una broma.

—¿Galloway? ¿Con qué?

Cynthia resopló. Miró al techo e hizo un visible esfuerzo para traer al presente recuerdos que no le resultaban nada placenteros.

—Hace seis años, cuando yo todavía trabajaba en la división de Harbor, atrapamos a un tipo que había violado a tres mujeres. Yo tenía la certeza de que lo había hecho; testimonios de otras mujeres que no querían hablar y otros indicios que el fiscal no podía llevar a juicio. El tipo iba a salir, y lo sabía. Fui a verlo a prisión, más por impotencia que por otra cosa, y el cabrón hasta me lo reconoció. Se rio de mí. Me dijo que tuviera cuidado al salir, que yo podía ser la siguiente. Por supuesto eso no me importaba; nunca le tuve miedo y sabía que eran amenazas vacías. Pero me mortificaba que el muy cabrón estuviera tan seguro de que iba a quedar libre…

Luca no sabía nada de esta historia, por supuesto. Podía imaginarse lo que había sucedido a continuación, y no dejaba de ser una revelación considerando cómo Cynthia se desempeñaba en su trabajo.

—Plantaste una prueba.

Cynthia asintió.

—Me aseguré de que no saliera. Planté una prenda en su casa que lo vinculaba con uno de los crímenes. No es algo de lo que me arrepienta. La cuestión es que Galloway se dio cuenta. Me llamó a su despacho, cerró la puerta y me dijo que me apoyaba, que nadie se enteraría jamás de lo que había hecho. Nunca volvimos a hablar de ello… hasta esta noche.

—Te chantajeó.

—Estaba desesperado, Luca. Me dijo que, si no lo ayudaba, ese expediente saldría a la luz. Que perdería mi placa y acabaría en la cárcel. No lo culpo del todo… el miedo empuja a la gente a cometer actos terribles.

Luca empezaba a entender lo que había visto en el vídeo grabado por la cámara oculta en casa de Galloway: la reacción violenta de Cynthia con su excomisario.

—¿Y qué quería que hicieras?

—Me dio el pendrive. Me dijo que era una llave digital.

—¿Una llave qué?

—Una llave para abrir una caja fuerte de manera digital. La caja está en una empresa de seguridad privada en el centro: IFD - Iron Fence Data. Se especializan en la custodia y manejo de información digital sensible. Galloway me dijo que necesitaba que alguien de su confianza guardara esa llave…, como seguro.

—¿Te dijo de qué son esos archivos?

—No. Sólo dijo que era su salvoconducto. Que si él moría, eso hundiría a mucha gente importante. Y que necesitaba usar esa carta ante los que lo estaban amenazando.

Faltaban dos horas para las ocho de la mañana.

Luca se levantó y caminó hasta la vitrina hexagonal, deteniéndose frente a otra de las inmensas muñecas articuladas. Esta sostenía una pequeña jaula de pájaro vacía entre sus dedos de porcelana.

—Hay algo que no me cuadra, Cynthia.

—¿Qué cosa?

—Si el pendrive es sólo una llave digital para una empresa que abre a las ocho de la mañana… ¿para qué fuiste a buscar a Ray al Hollow Hole a las tres de la madrugada?

Luca se volvió de golpe. Conocía a Cynthia y lo que vio en su rostro no le gustó.

23

La noche más larga
6:12 AM

—¿De verdad crees que te estoy mintiendo?

Con Luca nunca habían llegado al punto de dudar el uno del otro.

—Lo siento, Cynthia, no quise dar a entender eso.

—Si dudas de mí…

—Vamos —insistió él, pasándose la mano por la nuca—. No hemos dormido prácticamente nada..., intentemos no perder el foco.

—Necesito que confíes en mí.

—Es una pregunta, Cynthia. Una cuestión de lógica. Si sabías que el pendrive era una llave que sólo podías utilizar a partir de las ocho de la mañana en esa empresa de seguridad..., ¿por qué fuiste a buscar a Ray de madrugada? ¿Por qué la urgencia?

Cynthia suspiró y se levantó del sillón. Empezó a caminar entre las vitrinas, sus pasos amortiguados por la alfombra.

—Estaba en casa —dijo dándole la espalda a Luca—. Jenna había organizado esa estúpida fiesta entre semana y yo estaba en mi habitación dándole vueltas a la amenaza de Galloway. Entonces me llamó un detective de la División Harbor, un antiguo compañero.

—¿Quién?

—No importa. Alguien que me debía un favor. Me llamó para decirme que habían encontrado a Galloway muerto en su casa de un disparo.

Luca se tensó, aunque intentó que no se notara.

—La muerte de Galloway me dejó en shock —continuó ella—. Yo acababa de estar allí, Luca. El asesino debe de haber entrado minutos después de que yo saliera. Lo primero que se me ocurrió fue que ese pendrive era la causa y tenía que confirmar si lo que me

había dicho Galloway era cierto. Si me estaban tendiendo una trampa, quería saberlo. Por eso fui a buscar a Ray.

—Tiene todo el sentido del mundo —admitió Luca.

—Fui al Hollow Hole a buscar a Ray. Y entonces esa explosión casi me mata.

—Bueno, te confirmo que hemos analizado el contenido del pendrive con él y no contiene información legible, así que al parecer Galloway te dijo la verdad.

Cynthia se detuvo frente a la vitrina de las muñecas de compañía, observando su reflejo fantasmagórico en el cristal. Parecía buscar orden en el caos de su propia mente.

—¿Y tú? —preguntó de repente—. ¿Cómo llegaste a Ray? ¿Cómo sabías dónde buscarme?

—Es una historia larga.

Lo cual era completamente cierto. Lo que Luca no iba a hacer bajo ningún concepto era revelarle a su compañera la primera parte de esa historia. La parte de Mike, la llamada anónima, la limpieza de la escena del crimen. Alterar el escenario de un asesinato era un delito gravísimo, el fin de una carrera y el inicio de una condena. Si se lo decía a Cynthia, la convertía en cómplice. No importaba que lo hubiera hecho para salvarla; la ignorancia era su mejor defensa.

—El capitán Durham me pidió que fuera a casa de Galloway en cuanto se enteró —mintió Luca—. Fui el primero en llegar, antes incluso que la científica.

Cynthia se giró y se lo quedó mirando con expresión escrutadora. Sus ojos oscuros parecían taladrarle el cráneo. Por un momento, Luca tuvo la certeza absoluta de que ella sabía, o intuía, que él le ocultaba algo.

—¿Quién se hizo cargo del caso?

—Erica.

Cynthia parpadeó rápido. Una mueca de preocupación cruzó su rostro. Sabía lo que eso significaba: Erica no dejaría una sola piedra sin levantar.

—¿Cómo lo mataron?

—Un disparo en el pecho a quemarropa —dijo Luca—. Y un golpe en la cabeza post mórtem. Alguien quería asegurarse.

Cynthia volvió a sentarse en el sillón, encogiéndose. Cerró los ojos unos segundos, con la cabeza ladeada, como si le pesara demasiado.

—Tengo la sensación de que tú sabías que yo fui a ver a Galloway… —murmuró.

—Asumí que era una posibilidad cuando Ray me mostró el pendrive. Ni Erica ni el capitán lo saben. Por lo menos, no de mi boca. No iba a decirle nada a nadie hasta que pudiera hablar contigo.

—¿Llegaste al Hollow Hole después de la explosión?

—Sí. Los bomberos estaban terminando de apagar las llamas. Pensé que estabas dentro.

—No recuerdo nada del estallido —dijo ella, tocándose el cuello—. Ray me dijo que prefería que fuéramos andando a su casa para despejarse. Fui al coche a buscar mis cosas y cuando me alejaba… el mundo se volvió blanco. Fue el susto de mi vida.

Los dos se quedaron en silencio unos segundos. Todavía no habían tomado consciencia de la gravedad de los acontecimientos. Cynthia podría haber muerto esa noche.

Cynthia *debería* estar muerta.

—Escúchame —dijo Luca—. Es cierto que Galloway estaba metido en algo muy turbio.

Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—Déjame que te cuente lo que sé.

Durante los siguientes cinco minutos, Luca le hizo un resumen de la pesadilla en la que estaban metidos. Le habló de Mateo Pesci, *El Pez*, y de su imperio de mariscos que servía de fachada para el cártel. Le explicó cómo Galloway y Anthony Dalton, el jefe del puerto, eran los engranajes que permitían que la droga fluyera.

A medida que escuchaba, la expresión de incredulidad de Cynthia se hacía más profunda. En dos ocasiones dijo que no podía creerlo, que si el propio Galloway no se lo hubiera dado a entender antes de que lo mataran, tendría serios problemas para aceptar una cosa así.

Para ella, Richard Galloway siempre había sido un modelo a seguir, un hombre recto y ejemplar de vocación verdadera. Todos

sabían de su vida de lujos junto a su famosa esposa. ¿Qué necesidad tenía de lidiar con las responsabilidades de su trabajo, los horarios y los horrores que veía a diario? ¿Por qué no refugiarse en el glamur de una vida de película? Y, sin embargo, él seguía en su puesto año tras año, contra todo pronóstico.

—¿Cómo sabes todo esto? —preguntó finalmente.

—Porque la DEA me detuvo esta noche.

Luca le relató el encuentro con el agente Marcus Reed en el búnker de Vernon, omitiendo algunos detalles, como el hallazgo de las gorras que tanto interesó a Reed, o la llamada de Mike en pleno interrogatorio que hizo que pudiera largarse de allí.

—Reed lleva meses detrás de ellos. Iban a detener a Galloway y a Dalton esta misma mañana. Alguien se les adelantó.

—¿Reed sabe que yo estuve en casa de Galloway? —preguntó Cynthia.

—No lo creo.

Era una verdad a medias. Reed no sabía su nombre, pero sabía que Luca protegía a alguien. Y Mike… Mike lo sabía todo. Pero mencionar a Mike era una puerta que Luca no abriría bajo ningún concepto.

—Reed cree que el asesinato de Galloway ha sido para silenciarlo —dijo Luca—. Y si han intentado matarte a ti, es porque creen que Galloway te dio algo que los incrimina: ese pendrive.

Cynthia asintió.

—Entonces, lo que hay en esa caja de seguridad…

—Es la póliza de seguro de Galloway. Y ahora es la nuestra.

Cynthia iba a decir algo más, quizás preguntar por qué la DEA había soltado a Luca tan fácilmente, cuando la puerta de la sala se abrió de golpe, rompiendo la atmósfera de conspiración.

Allí apareció Ray, con el pecho agitado y prácticamente con la lengua fuera, como si hubiera corrido un maratón por los pasillos de la mansión. Tenía los ojos desorbitados y apenas se detuvo en la colección de figuras de porcelana que lo observaban.

—¡Tenéis que venir a ver esto!

En cinco minutos todo estaba a punto de cambiar.

24

Una semana antes de La noche más larga

Luca nunca conoció a su padre.

La historia oficial fue mutando a medida que Luca crecía, con su madre ajustando las tuercas del relato de acuerdo con su edad, pero la cuestión de fondo nunca cambió demasiado.

Luca no albergaba recuerdos de cuándo empezó a formularse preguntas del tipo «¿Por qué los otros niños tiene padre y yo no?». De hecho, es muy probable que esa instancia de duda inicial nunca existiera. Para él, la ausencia de una figura paterna fue algo perfectamente razonable y natural. Simplemente, nunca la había tenido. En su casa no había fotografías enmarcadas, ni anécdotas de sobremesa, ni el rastro de una misteriosa abuela paterna a la que visitar los domingos.

La explicación más simple le sirvió durante algunos años: «Algunos niños tienen un papá y una mamá, y otros tienen sólo un papá o sólo una mamá». Y con eso se zanjaba el asunto. Unos años más tarde, la señora Bruzzo seguramente habría añadido otras opciones a la lista, como la mujer de mentalidad abierta que era, pero por aquel entonces procuraba mantener la cuestión lo más sencilla posible para que la mente de su hijo la procesara sin traumas.

Quizás fue la historia de su amigo Timothy Clive —que vivía con su padre pero cuya madre había muerto de una enfermedad cuando él era un bebé—, o el simple sentido común, lo que impulsó al pequeño Luca a empezar a hacer preguntas más concretas.

Tenía siete años cuando recibió la «explicación». Fue uno de esos momentos que se graban a fuego en la memoria, y uno de los pocos de aquella época que Luca llegaría a evocar con nitidez en su edad adulta. Su madre lo sentó en el sofá del salón, lo miró a los ojos y le anunció que iba a contarle la verdad sobre su padre.

¡Por fin!

Para entonces, Luca ya sabía que su mera existencia implicaba la participación de un padre. Ese hombre podía estar muerto, como la madre de Timothy Clive, o viviendo en alguna otra parte. Y resultó ser lo primero. El padre de Luca había sido reclutado y enviado a combatir a Vietnam a finales de 1965, cuando Lori Bruzzo estaba embarazada de su primer hijo y apenas tenía diecinueve años. Se llamaba Francesco Bianchi y era hijo de inmigrantes italianos, al igual que Lori. Se habían conocido en Los Ángeles, durante un baile de primavera organizado en los salones de la iglesia de la comunidad italoamericana en San Pedro; un entorno modesto y bullicioso donde las familias vinculadas al puerto solían reunirse para mantener vivas sus raíces y sus tradiciones.

A ojos de un niño de siete años, ser el hijo de un soldado caído en la guerra era algo fascinante, por supuesto. Luca creció repitiendo la historia que le había contado su madre, un relato que, por otro lado, funcionaba a la perfección para cortar de raíz cualquier atisbo de interrogatorio incómodo en el patio del colegio. Bastaba con que Luca mencionara a su padre soldado para que cualquier niño dejara las burlas a un lado y se sintiera cautivado de inmediato.

En más de una ocasión, Luca se permitió el lujo de adornar la caída en combate de su progenitor con algún detalle ficticio y épico. De hecho, por aquel entonces desarrolló un genuino interés por leer todo lo que caía en sus manos sobre el conflicto de Vietnam. Cuando fantaseaba en voz alta y le confesaba a su madre que de mayor quería ser soldado como su padre, Lori le acariciaba el pelo y le aseguraba que para cuando él fuera un adulto ya no habría más guerras en el mundo. Mejor que pensara en ser policía; de esa forma también podría llevar un arma y dedicarse a cuidar de las personas.

Sin embargo, el relato de Lori empezó a sufrir las primeras fisuras a medida que Luca crecía y su curiosidad daba paso a preguntas más incómodas.

El vacío más evidente era la ausencia total de parientes. Supuestamente, en Estados Unidos no quedaba absolutamente nadie de la familia de su padre. Por el lado materno, el panorama

era igual de desolador: la familia de Lori era ínfima; no tenía hermanos, su propio padre había muerto cuando ella era apenas una adolescente, y su madre llevaba años internada en una institución, consumida por los estragos del alzhéimer.

Luca, como cualquier niño solitario, fantaseaba a menudo con la idea de tener tíos, abuelos y primos por parte de su padre. ¿Acaso no se suponía que las familias italianas eran famosas por ser numerosas y muy alegres? Y, sin embargo, allí estaban él y su madre, solos en una casa silenciosa, conformando la familia más pequeña posible.

Cuando Luca cumplió trece años, exigió saber por qué los padres de Francesco nunca lo habían buscado. Su madre le explicó que la familia de su padre, en realidad, no era tan grande y que ella apenas había llegado a conocerlos antes de que enviaran a Francesco al frente. Según su versión, tras recibir la trágica noticia, los Bianchi habían hecho las maletas y regresado a Italia. El país que en un primer momento les había dado cobijo y la promesa de un futuro próspero, se lo había cobrado de la forma más cruel: con la sangre de su hijo. Lori Bruzzo no se lo explicó a Luca en esos términos tan crudos y poéticos —aunque, a sus trece años, el chaval lo habría entendido a la perfección—, sino que se limitó a decirle que se largaron muy enfadados, bajo la firme promesa de no regresar jamás.

El verdadero punto de inflexión llegó dos años después. Corría el año 1981 y Luca, con quince años recién cumplidos, sentía una necesidad imperiosa de saber más sobre el paso de su padre por la guerra. Quería conocer su unidad, su regimiento, el lugar exacto donde había caído. En aquella época, por supuesto, no existía una manera sencilla de consultar información; no bastaba con teclear un nombre en un buscador desde la comodidad de casa.

Armado de paciencia, Luca cogió un autobús hasta la Biblioteca Pública Central de Los Ángeles, en el centro. Logró acceder a los inmensos archivos de microfilmes que contenían las listas oficiales de bajas del Departamento de Defensa y los obituarios militares publicados por los grandes periódicos durante la década de los sesenta. Pasó horas enteras girando la manivela del

lector, dejándose la vista en la pantalla iluminada, escrutando columna tras columna, nombre tras nombre.

Pero no encontró nada. Ni un solo «Francesco Bianchi» originario de California figuraba en los registros de soldados fallecidos entre 1965 y 1970.

Esa misma tarde, al llegar a casa, confrontó a su madre con el hallazgo. Ella lo relativizó, le dijo que esos registros nunca eran completos, que en una guerra era muy difícil establecer exactamente qué había sido de cada soldado. Y que muchas veces el ejército prefería esconder ciertos asuntos.

A los quince años, la excusa de la burocracia del ejército funcionó, pero en lo más profundo de su mente la semilla de la desconfianza ya había sido plantada.

Esa semilla germinó y Luca nunca dejó de hacerse preguntas.

Cuando cumplió los dieciocho, casi como si acatara una regla no escrita sobre el deber de una madre, Lori le confesó que no era cierto que su padre fuera un soldado caído en la guerra. Se justificó explicando que no había querido que él creciera sabiendo que, en alguna parte del mundo, había un hombre que simplemente no lo quería. Luca no la culpó, ni en ese instante ni nunca. No sólo entendió las razones de su madre, sino que en el fondo se lo agradeció. Crecer cobijado por la sombra de un padre erigido como héroe de guerra había sido, en efecto, un salvavidas emocional que le había hecho la infancia mucho más sencilla.

Con dieciocho años y a las puertas de la edad adulta, le resultaba mucho más fácil lidiar con la figura de un padre hijo de puta que se había desentendido de su hijo, y que había dejado a su suerte a una muchacha de diecinueve años.

Lo único que sobrevivió de aquella figura admirable que Luca había construido durante su niñez, fue el deseo de ser policía. Su interés histórico por la guerra, en cambio, desapareció por completo y fue sustituido por un rechazo visceral hacia todo lo que estuviera relacionado con ella: evitaba las películas bélicas, apartaba los libros de historia militar e incluso rehuía cualquier conversación casual sobre el tema.

La historia real con la que su madre reemplazó a la fantasía anterior sí involucraba a Francesco Bianchi, al que ciertamente había conocido en aquella fiesta de la comunidad italoamericana. Sin embargo, Francesco no era un ciudadano estadounidense llamado a filas, sino un ingeniero italiano de veintitrés años —cuatro mayor que Lori— que había viajado a Los Ángeles para cursar un posgrado en una universidad local. No eran novios ni mantenían ningún tipo de relación formal. Cuando Lori descubrió que estaba embarazada y se lo comunicó, la situación se volvió muy tensa. Apenas se conocían y los planes de Francesco eran regresar a Italia en cuanto finalizara sus estudios. Convinieron en que ninguno de los dos estaba preparado para asumir la paternidad. Pero con el paso de los días Lori cambió de opinión.

Con esa nueva verdad a cuestas, Luca maduró hasta convertirse en un hombre hecho y derecho. Se graduó en la academia de policía y ascendió a base de tenacidad hasta llegar a ser detective de la prestigiosa división de Robos y Homicidios. Tenía veintiséis años y todavía vivía en la casa familiar cuando su madre falleció de forma repentina a la edad de cuarenta y seis.

La tragedia se desencadenó una noche cualquiera. Lori se sentía indispuesta y bajó a la cocina a prepararse un té. Cuando llegó a la planta baja, se desvaneció. Al regresar a casa tras su turno, Luca se encontró la taza sobre la encimera, con la infusión todavía en el colador, y a su madre tendida inconsciente en el suelo. Llamó a una ambulancia y la trasladaron a urgencias a toda velocidad.

Llegó con vida al hospital. Tras una batería de pruebas y escáneres, los médicos determinaron que la causa del colapso era un tumor cerebral. Desde una perspectiva clínica, la situación tenía una lógica aplastante: la masa había crecido en silencio a lo largo de los meses hasta presionar una zona crítica del cerebro y provocar el desmayo. Lori se había quejado últimamente de algunas migrañas, pero habían sido tan esporádicas y leves que ninguno de los dos les había dado mayor importancia. La buena noticia dentro de aquel mazazo era que el tumor estaba encapsulado y resultaba operable.

Pero Lori no superó la intervención. Una hemorragia masiva e imprevista en la mesa de operaciones acabó con su vida.

Y así, de un plumazo en la sala de espera de un hospital, la familia de dos se convirtió en una familia de uno.

Técnicamente, su madre nunca le mintió. Al menos, no con la última versión de los hechos.

Francesco Bianchi era, en efecto, un estudiante de ingeniería que se encontraba en el país cursando sus estudios de posgrado, y Lori Bruzzo se había topado con él en aquella fiesta. La noticia del embarazo cayó como un auténtico jarro de agua fría, y era cierto que ambos pensaron que convertirse en padres en aquel momento era la peor idea del universo.

También era cierto que Lori cambió de idea.

Y aquí era donde la historia se volvía incierta, porque Francesco Bianchi aseguraba no saber nada de esa decisión tomada en silencio. Según él, no se enteró de la existencia de Luca hasta muchos años después.

La manera en la que Luca descubrió todo esto fue de boca del propio Francesco. Luca tenía ya cuarenta y cinco años —casi la misma edad de su madre al perder la vida—, y Francesco, sesenta y siete.

Una tarde, Luca recibió una llamada urgente del director del colegio de su hija. Había sucedido un episodio peculiar durante uno de los actos escolares. La seguridad del centro había descubierto a un hombre de aspecto mayor tomando fotografías de Lily a escondidas. Se habían percatado del incidente al revisar las cámaras de seguridad, poco después de que el individuo se marchara. Antes de dar aviso oficial a la policía, desde la dirección decidieron hablar primero con Luca, conscientes de su cargo como detective.

Luca jamás había visto a aquel hombre en su vida. Sin embargo, dado que contaban con las grabaciones del aparcamiento y la matrícula del coche, le llevó poquísimo tiempo dar con el sujeto.

Cuando el nombre de Francesco Bianchi parpadeó en la pantalla de la base de datos, su primer y primitivo instinto fue ir a

buscarlo para matarlo con sus propias manos.

De camino a su casa —y flanqueado en el coche por su compañera Cynthia Santos, tras una petición expresa y rotunda de Sarah—, Luca ya se había tranquilizado un poco. Entendía que aquellas fotografías y la incursión en el acto escolar de Lily podían no esconder necesariamente ninguna actividad ilícita ni perturbadora, como había llegado a temer cuando el acosador aún no tenía nombre ni apellido.

Su padre biológico no dejaba de ser un fantasma en el que no había pensado en absoluto durante los últimos años, pero el rencor punzante por haber abandonado a su madre, dejándole la titánica tarea de criar a un hijo sola, nunca se había disipado del todo.

Tocó el timbre de la vivienda —una casa modesta y de una sola planta en San Pedro, curiosamente el mismo barrio donde sus padres se habían conocido— con Cynthia a su lado.

La sensación que lo asaltó cuando la puerta por fin se abrió fue la de mirarse en un espejo que le devolvía un reflejo del futuro.

Los ojos. Los ojos de Francesco Bianchi eran de un azul profundo, penetrante, idénticos a los suyos. Y no sólo compartían el color, sino también la forma, la inclinación de los párpados y la intensidad de la mirada.

Todo el discurso que Luca había ensayado en su cabeza durante el trayecto se evaporó en el aire. No supo qué decir. Se quedó mudo hasta que el hombre rompió el hielo, refiriéndose a él por su nombre de pila y saludándolo con naturalidad como si se conocieran de toda la vida.

Seis meses después de aquel primer y tenso encuentro en el umbral de la casa de San Pedro, Luca aguardaba sentado en el modesto salón de Francesco Bianchi. Afirmar que se sentía cómodo sería una exageración, pero había hecho progresos.

Francesco le había contado su versión de los hechos poco después de conocerse.

Según su relato, nunca supo de la decisión de Lori de seguir adelante con el embarazo. Para él, la conclusión de ambos de no

estar preparados para criar un hijo había sido consensuada y categórica, sin medias tintas. Sin embargo, siempre se reprochó el haberse marchado sin acompañarla en aquel duro proceso. Tenía el billete de vuelta y justificó su decisión convenciéndose de que su presencia haría todo más doloroso. Por supuesto, fue una gran equivocación que sólo podía atribuir a su juventud e inmadurez. Con el tiempo, la culpa de haberla dejado sola caló hasta el punto de obligarlo a tomar una decisión.

Casi seis años después, Francesco había forjado una carrera próspera como ingeniero en Italia y se había casado. Pero todo ese bienestar contrastaba con la decisión tomada en el pasado, y la necesidad de saber si Lori estaba bien se impuso. Organizó un viaje con su esposa a los Estados Unidos. Un sábado por la mañana, mientras su mujer visitaba Disneyland, decidió buscar a Lori. Su única intención, según su relato, consistía en presentarse en su casa para pedirle perdón cara a cara por haberse marchado de aquella forma cobarde. Pero jamás imaginó lo que hallaría al llamar a la puerta.

Luca, que por aquel momento era apenas un niño de cinco años, se encontraba ese día en casa.

Al ver a Francesco, Lori entró en pánico. Agarró a su hijo, se lo llevó a empujones a una habitación de la planta superior y lo sentó frente al televisor. La conversación que se desató a continuación en la planta baja no resultó en absoluto amigable. Lori le espetó a Francesco que el niño no tenía padre, que estaban muy bien así, y le prohibió de forma tajante que volviera a acercarse a esa casa o a sus vidas.

Según Francesco, intentó contactar con Lori más tarde mediante cartas y llamadas, pero nunca pudo acceder a ella. Con los años, y a medida que Luca dejaba atrás la adolescencia, Francesco se fue convenciendo de una realidad atroz; lo que Lori le había dicho era cierto: Luca no tenía un padre. Él nunca había estado junto a su hijo. Era un completo extraño.

En circunstancias normales, Luca jamás hubiera creído las palabras de aquel hombre por encima de las de su propia madre, y muchísimo menos viniendo de un individuo que lo había

abandonado. Sin embargo, algo en el relato de Francesco actuó como un resorte en su memoria, despertando recuerdos que llevaban décadas enterrados. De pronto, Luca pudo escuchar los gritos de su madre resonando desde la planta baja mientras él veía los dibujos animados en el televisor de la planta superior. Muchas veces, a lo largo de su vida, había vuelto a esas imágenes fragmentadas, pero siempre las había descartado, persuadiéndose de que formaban parte de un sueño extraño.

Luca nunca le confesó a Francesco que creía recordar de forma difusa aquella primera visita. Se guardó ese detalle para sí, pero el simple hecho de que no le diera la espalda tras la confesión ya significaba bastante.

Francesco era un hombre en busca de redención. Había enviudado. Era padre de dos hijos fruto de su matrimonio, quienes ya habían crecido y forjado sus propias vidas en Italia. Luca había descubierto así la existencia de dos medios hermanos, un hombre y una mujer, mellizos, nueve años menores que él. Con su vida ya resuelta, jubilado y sin su compañera a su lado, Francesco había tomado la firme decisión de viajar a Estados Unidos para tratar de corregir el mayor error de su juventud.

Su llegada a la ciudad trajo consigo dos descubrimientos. El primero, la amarga realidad de que Lori había muerto hacía años siendo una mujer muy joven. Y el segundo, que se había convertido en abuelo primerizo de una niña increíble llamada Lily.

La ironía de todo el asunto radicaba en que Francesco no había reunido el valor suficiente para enfrentarse a Luca y confesarle su identidad, cuando la seguridad del colegio lo descubrió merodeando y tomando fotografías de Lily a escondidas.

—¿Café? —ofreció Francesco.

—Sí, claro.

Otra de las cosas que Luca no le había confesado a Francesco —y que posiblemente no le dijera nunca— era que a su lado sentía una cercanía y una tranquilidad difíciles de explicar. Intuía que iba más allá de conocer el vínculo que los unía; existía un reconocimiento más profundo. Luca era la fiel imagen de Francesco; no sólo en los ojos, también en la postura y en ciertas expresiones.

Cuando Sarah lo conoció, tuvo que disimular su sorpresa. Si bien él la había alertado del parecido, su caso era el de uno de esos hijos que parecen clones de alguno de sus progenitores.

En estos meses habían adoptado la costumbre de reunirse dos o tres veces al mes, sólo ellos dos. Luca no le guardaba rencor; el hombre parecía sincero en sus palabras. ¿Había cometido errores? Por supuesto. También resultaba innegable que en aquel entonces contaba con poco más de veinte años e intentó arreglarlo como pudo.

Francesco también compartía la afición por el ajedrez. No alcanzaba el nivel de Luca, pero se defendía bien. El tablero les brindaba la posibilidad de camuflar los silencios incómodos.

Pero hubo una razón fundamental por la cual Luca dejó que Francesco entrara en su vida. La más importante de todas: Lily. No era justo que su hija no conociera a su abuelo paterno. Tanto Francesco como Lori habían privado a Luca de un padre… Él no podía cometer el mismo error con la niña. Para Lily supuso algo del todo natural conocer a su abuelo; lo entendió en un abrir y cerrar de ojos. «Él es tu abuelo Francesco, que ha estado viviendo en Italia». «¡¿Por qué nunca me lo habíais dicho?!». «Porque nosotros tampoco lo sabíamos, Lily». Y eso fue todo… asunto zanjado. Los niños son mucho más sabios en infinidad de cosas.

—Voy a celebrar mi cumpleaños en casa —dijo Luca de repente.

Francesco se lo quedó mirando, con la taza de café recién preparada suspendida a medio camino hacia la mesa baja.

—Me gustaría que vinieras, Francesco.

Lily se refería a Francesco Bianchi como su «abuelo» desde el primer día en que lo conoció. En cambio, Luca creía que nunca podría llamarlo «padre» en toda su vida.

Lo dicho, los niños son mucho más sabios.

—Allí estaré, Luca, por supuesto.

25

La noche más larga
6:27 AM

Cynthia y Luca fueron tras Ray, que los guio a través de la mansión Wurth con paso decidido, ignorando el salón principal y adentrándose en el extremo del ala este.

Luca fue el último en entrar en una estancia amplia, tan impersonal como el resto de la casa. Era un despacho de techos altos, dominado por una mesa de caoba inmensa y vacía. Al fondo, un ventanal de suelo a techo estaba cubierto por pesadas cortinas de terciopelo; Luca imaginó que durante el día ofrecería una vista magnífica de las colinas y el valle, pero en ese momento, bajo la luz artificial, el cristal negro sólo devolvía sus propios reflejos.

Sobre el escritorio había un monitor —casi tan grande como los que Ray tenía en su piso— conectado a un ordenador portátil.

Lo primero que sintió Luca fue una oleada de indignación. Se suponía que debían permanecer incomunicados, fuera del radar, y allí Ray había montado un jodido centro de mando conectado al mundo exterior.

Pero el enfado se desvaneció al ver la expresión de Jenna y de Mark. Estaban de pie, pegados a la pared más lejana, como si el ordenador fuera un animal salvaje a punto de atacar. Luca trató de descifrar sus rostros; estaban aterrorizados, sí, pero había algo más.

—Tenéis que ver esto —dijo Ray, señalando algo en el monitor.

Mientras se acercaban, Ray les explicó con la voz acelerada que se había conectado a la red escondiendo su dirección IP y que así había iniciado sesión en la intranet del LAPD utilizando las credenciales de acceso remoto de Cynthia.

—Sabía que bloquearían tu acceso pronto, así que me di prisa —murmuró.

En algún momento Luca dejó de escuchar la jerga técnica de Ray y se quedó mirando la pantalla, paralizado.

Reconoció de inmediato el formato. Era una alerta BOLO, el boletín digital que parpadeaba en rojo en todas las terminales móviles de los coches patrulla de la ciudad.

ALERTA CRÍTICA: CÓDIGO 187 (HOMICIDIO)
SOSPECHOSOS: DET. LUCA BRUZZO / DET. CYNTHIA SANTOS
ESTADO: ARMADOS Y PELIGROSOS. NO INTENTAR APROXIMACIÓN. SOLICITAR SWAT.

Luca se llevó la mano a la cabeza, sintiendo que el suelo se movía. Empezó a dar vueltas por el despacho, maldiciendo entre dientes.

—¡Joder! ¡Joder!

Al principio parecía un disparate, pero en realidad tenía todo el sentido del mundo. Si Erica y el resto del equipo habían averiguado de alguna forma que Cynthia había estado en casa de Galloway minutos antes de que lo encontraran muerto, era lógico que quisieran interrogarla. Pero claro, ella no se lo había puesto fácil fugándose del hospital. ¿Qué pensaría cualquier investigador con dos dedos de frente? Luca, por su parte, había desaparecido junto con ella, convirtiéndose en cómplice.

—Los móviles —dijo Luca—. Estoy seguro de que nos han intentado llamar un millón de veces. Ni Erica ni el capitán Durham emitirían una orden así sin antes avisarnos.

Cynthia se masajeaba el mentón, buscando una respuesta en las vigas de madera del techo.

—No lo sé, Luca. No emiten una alerta crítica de «armados y peligrosos» sólo porque tienes el teléfono apagado. Deben de tener algo más. Algo sólido.

—Quizás saben que estuviste allí.

—¿Cómo?

—No lo sé. De alguna forma. Quizás te vio algún vecino entrar o salir. Erica es buena, es metódica. Seguro que peinó el vecindario de inmediato.

—Supongamos que saben que estuve allí —concedió Cynthia —. ¿Emiten una alerta por un 187? ¿Y por qué te meten a ti en el mismo saco?

—Yo fui a buscarte al hospital. Somos compañeros. No pueden hablar con ninguno de los dos. ¡Tiene lógica! —Luca intentaba racionalizar el desastre, convencerse a sí mismo—. Saben que lo veremos, que tendremos esta conversación. Es una táctica de presión típica, lo sabes bien.

Cynthia dudaba, negando con la cabeza.

Una voz masculina, cargada de una indignación temblorosa, rompió el diálogo:

—Exijo saber qué cojones está pasando aquí.

Los dos detectives se giraron a la vez. Mark, que se había quitado la bufanda pero no por eso había perdido su aura de esnob del mundillo del cine, los observaba con recelo desde la esquina. Era evidente que había tenido que armarse de valor para alzar la voz.

El primer instinto de Luca fue ignorarlo, pero la realidad era que había sido arrastrado a esa situación sin ser responsable de nada. Tanto él como Jenna merecían una explicación.

—Todo está bajo control —dijo Luca en modo pacificador, levantando las palmas—. Eso que habéis leído es un error, un malentendido administrativo. Cynthia y yo sabemos cómo probar que no tenemos nada que ver.

—Ahí dice asesinato —dijo Mark, señalando el ordenador con un dedo acusador—. Y dice «armados y peligrosos». ¿Eso nos hace a todos cómplices?

—Mark, por favor... —intervino Jenna, poniéndole una mano en el brazo—. Cynthia no ha matado a nadie. Ya te dije que ella nos lo iba a explicar. Son los buenos.

—Como ha dicho Luca —añadió Cynthia con voz firme—, esto es una trampa. Tenemos las pruebas para demostrar que no hemos tenido nada que ver con ningún asesinato.

—¿Y qué hacemos aquí escondidos entonces? —replicó Mark —. Si sois inocentes, ¿por qué nos escondemos como fugitivos?

Mark tenía un buen punto. Luca lamentó profundamente haber arrastrado a esos dos a esta locura. Se inclinó hacia Cynthia,

bajando la voz.

—Quizás deberíamos permitir que se vayan.

Ella negó con la cabeza en un gesto apenas perceptible.

—Luca y yo nos iremos de aquí a las ocho de la mañana. Necesitamos esperar hasta esa hora para tener acceso a las pruebas. Faltan menos de dos horas.

—Tú puedes irte a dormir un rato, Mark... —sugirió Jenna—. Hay habitaciones de sobra.

—¿Dormir? —Mark soltó una risa histérica—. ¿Estás de broma?

Pero en medio de la frase, su expresión cambió. El miedo físico dio paso a un terror más pragmático.

—Jenna, escúchame. Si mi nombre queda vinculado a esto, si salgo en las noticias relacionado con un asesinato... se me vendrá todo abajo. Tengo a los productores mirando cada detalle de mi vida para el piloto de la serie. Cualquier excusa les servirá para echarse atrás. Sólo necesitan una duda para echarse atrás.

—Mark —dijo Luca—, entiendo que estés preocupado por tu carrera y tus películas, pero aquí están sucediendo cosas muchísimo más graves que un casting.

—¿Casting? Por favor, llevo invertidos cinco años de mi vida y todos mis ahorros en los guiones y la producción de una miniserie. Si este piloto se cancela, pierdo mi acuerdo con la cadena, no un papelito secundario.

—Da igual. Lo importante es que aquí hay vidas en juego. Cynthia y yo estamos a cargo de esta situación. Te pido que mantengas la calma y que hagas lo que te decimos.

—¿Me está dando una orden, detective? —Mark se irguió.

—¿Tú qué crees?

La tensión en la sala se disparó.

Jenna, viendo que la situación iba a estallar, cogió a Mark del brazo y le susurró algo al oído con urgencia. Tiró de él hacia la puerta.

—Ven, vamos a la cocina. Necesitas un té. O un whisky.

Cuando estaban a punto de salir, Jenna se volvió un instante y le hizo un gesto a Cynthia, un asentimiento rápido para darle a entender que ella se encargaría de contenerlo. A Luca ni lo miró.

Se quedaron solos en el despacho con Ray, que estaba tecleando algo en el portátil.

—¿Qué es todo esto, Ray? —preguntó Cynthia, acercándose al escritorio.

A Ray no le pasó inadvertido el tono de reproche.

—Le pedí a Jenna que me dijera dónde había un ordenador —dijo a la defensiva, sin levantar la vista—. Me imaginé que lo necesitaríamos. No podíamos estar ciegos. Y pensé que querríais averiguar más sobre lo que pasó en ese barco con Pesci.

Cynthia se giró hacia Luca con expresión de alarma. No sabía que Ray estaba al tanto de la operación.

Luca se encogió de hombros, restándole importancia.

—Me ayudó a averiguar algunas cosas del barco donde murió Mateo Pesci.

Ray intervino:

—Y podemos averiguar más cosas de aquí a las ocho. Por cierto, ¿qué sucede a las ocho?

Ray no se parecía en nada al individuo aletargado y divagante que Luca había sacado del Hollow Hole. El café y la adrenalina lo habían transformado. Ahora parecía en alerta máxima.

—A las ocho nos iremos de aquí —dijo Cynthia—. Creemos que el pendrive es una llave para acceder a una caja de seguridad física.

Apenas escuchó a su compañera, Luca tuvo una idea. Recordó la conversación que había mantenido con Charles Buckley, del Times. El periodista se había comprometido a hablar con su colega Dave después de las cinco de la madrugada, que era cuando el tipo solía levantarse para ir a nadar.

Miró el reloj del ordenador. Eran las 6:35.

—Déjame revisar mi correo.

Ray se levantó de la silla.

—Utiliza este navegador de incógnito —dijo antes de apartarse.

Luca se sentó y abrió su correo personal.

La bandeja de entrada tenía un mensaje nuevo de Charles Buckley, enviado a las 5:47 AM.

Asunto: Lectura ligera para el desayuno (y para que no me despidan)

Luca,

He convencido a Dave de que me envíe la información que ha recopilado de los incidentes de esa noche. Lo ha hecho con una condición innegociable: si esto se convierte en un caso de asesinato, el L.A. Times tiene la exclusiva antes de que la policía lo haga público. Si no estás de acuerdo, borra el mensaje sin leerlo.

Saludos,
R.B.

26

La noche más larga
6:40 AM

La impresora terminó de imprimir las más de veinte páginas que Charles Buckley le había enviado a Luca pasadas las 6:30 de la madrugada.

Luca y Cynthia distribuyeron las hojas sobre la mesa de caoba, formando un mosaico, y las analizaron de pie, hombro con hombro.

Las primeras cuatro páginas constituían la lista de invitados que habían estado a bordo del Antonia —el yate propiedad del magnate tecnológico Joseph Leonardi— la noche en que Mateo Pesci cayó al mar.

La calidad de las copias era más que decente. Algunos nombres estaban resaltados en amarillo: Joseph Leonardi, el anfitrión; Mateo Pesci; Richard Galloway y el senador Julian Vane.

Cuatro nombres.

Lo curioso de la lista era su origen: la empresa de catering de lujo contratada para el evento, Blue Horizon Events. El periodista del Times había sido ingenioso al sortear el hermetismo oficial recurriendo a una fuente logística. En la lista no sólo aparecían los nombres, sino notas detalladas sobre alergias, preferencias de bebida y restricciones dietéticas.

Al final de la lista había un resumen de condiciones especiales para la cocina. Cynthia recorrió el texto con la mirada hasta detenerse en una línea.

—¿Galactosemia?

Luca, que seguía concentrado en los nombres de los políticos, respondió casi en piloto automático:

—Es una intolerancia severa a un componente de la leche. Básicamente, si la pruebas te puedes morir. Es mucho peor que la intolerancia a la lactosa.

—Veo que conoces del tema.

—Un niño de la escuela de mi hija la padece —dijo Luca mientras seguía repasando la lista—. Al parecer ninguno de nuestros hombres de interés sufre de esa condición.

—Hubiese sido más sencillo darle de beber un poco de leche —murmuró Cynthia.

El senador Julian Vane no era el único político a bordo —había concejales, un par de jueces y hasta el propio gobernador—, pero había una razón por la cual su nombre era peculiar. Las páginas siguientes eran un laberinto de transacciones: Pesci y Leonardi eran donantes masivos de su campaña. Había una docena de aportaciones, todas al parecer de carácter público pero realizadas a través de Comités de Acción Política con nombres patrióticos. Ninguno de los dos nombres figuraba directamente, pero sí el de sociedades pantalla vinculadas a ellos a juzgar por las notas a mano del periodista.

—Ray —dijo Luca sin levantar la vista—. ¿Podrías decirnos algo de Joseph Leonardi, el dueño del barco? Tiene muchísimo dinero, eso seguro. O bien lo utiliza para figurar o para desaparecer del mapa.

—Figurar, pero a su manera —dijo Ray antes siquiera de que Luca pudiera terminar la frase—. Por lo menos tiene página en Wikipedia.

Ray giró su silla y leyó en voz alta:

—Joseph Anthony Leonardi, nacido en San José, California, el 14 de marzo de 1977. Ingeniero de software, empresario, filántropo. Fundador y actual CEO de Stratum Analytics… —Ray hizo una pausa dramática—. Stratum es una bestia, Luca. Son pioneros en el procesamiento de Big Data y seguridad en la nube.

Luca hizo un rápido cálculo mental. Leonardi tenía treinta y seis años.

—El año pasado la revista Forbes estimó su fortuna personal en 2.400 millones de dólares… Estudió criptografía en el MIT. Es muy reservado con su vida privada; casi no se le conocen fotografías recientes. No está casado ni tiene hijos. Es un ávido navegante y miembro del California Yacht Club. En 2010 encargó la construcción

del Antonia, un superyate de 55 metros de eslora fabricado por Benetti. La embarcación fue bautizada en honor a su madre fallecida…

—Vale, queda claro —lo interrumpió Luca con amabilidad—. Fíjate si es cierto que no hay fotografías en la red. Necesitamos una cara.

Ray se puso a ello.

—Estos documentos son un poco confusos —dijo Cynthia, señalando los registros financieros—. Si no fuera por las notas al margen de Buckley, podrían significar cualquier cosa.

—Por el momento vamos a darle a Buckley el beneficio de la duda. Asumamos que ha hecho bien su trabajo y que estas sociedades pertenecen a Pesci y Leonardi.

—Dejemos de lado a Leonardi por un momento —sugirió Cynthia—. El tipo es multimillonario; probablemente hace aportaciones a todos los candidatos del partido republicano.

Luca cogió un folio en blanco y un bolígrafo del escritorio. Escribió la palabra PUERTO y debajo el nombre de Anthony Dalton.

—La droga llega al puerto de San Pedro, donde Dalton hace la vista gorda con los contenedores de marisco congelado. Dalton no estaba en el barco, así que podemos asumir que es un eslabón menor en la organización. A continuación, Pesci se encarga de la distribución logística con sus camiones.

Luca trazó una línea uniendo a Dalton con Pesci.

—Galloway, por su parte, se ocupa de que los camiones de Pesci no tengan sorpresas durante los traslados por la ciudad.

—Todavía no puedo creerlo —susurró Cynthia negando con la cabeza.

—Por otro lado —continuó Luca—, Pesci inyecta dinero negro blanqueado para el proyecto político de Vane. ¿Eso significa que Vane podría ser parte de esta cadena?

Luca escribió VANE junto a un signo de interrogación.

Galloway — Pesci — Vane?

Cynthia se había quedado pensativa.

—¿Quién es el contacto con el cártel, Luca?

—¿Pesci? Tiene sentido cortar por el eslabón más directo.

Ray levantó la cabeza por encima del monitor.

—Creo que he encontrado algo.

Los dos detectives se giraron al unísono.

—Efectivamente, no hay fotografías claras de Leonardi, salvo algunas borrosas de eventos benéficos. Lo que sí he encontrado es un listado de sus otras empresas subsidiarias. Una de ellas es una compañía de seguridad digital y física en Los Ángeles.

—Déjame adivinar: Iron Fence Data.

Luca y Cynthia intercambiaron una mirada eléctrica. Era la empresa donde Galloway había resguardado la información. Adonde debían dirigirse en poco más de una hora.

—Creo que es momento de agregar otra flecha a tu cadena —dijo Cynthia, señalando el papel.

Luca trazó una línea gruesa que salía de Galloway y terminaba en el nombre de Leonardi.

—Una cadena con personas muy influyentes —observó Luca—. Un magnate tecnológico, un senador, un capitán de policía y el rey del marisco.

—Demasiado influyentes —coincidió Cynthia—. Quizás por eso se deshicieron de uno de ellos en alta mar.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Supongamos que Leonardi, Vane o cualquiera de estos tipos decide cortar la cadena. ¿Por qué lo harían ellos mismos en un yate lleno de gente? Estas personas no se manchan las manos. Pagan a otros para que lo hagan. Para mí no tiene sentido. Leonardi organiza esta superfiesta, reúne a la élite de California… ¿para eliminar a Pesci delante de todos?

—Entiendo tu lógica. Pero no se puede subestimar la sensación de impunidad de estas personas. Podría haber sido una conspiración para matar a Pesci y hacerlo parecer un accidente.

Cynthia negó con la cabeza.

—¿Y por qué no mataron a Galloway entonces? ¿Por qué esperar?

Luca esbozó un gesto elocuente hacia la nada.

—Galloway también está muerto, Cynthia.

—Me refiero a ese momento. La muerte de Galloway tiene mucho más sentido en su ejecución. Un tipo entra en su casa, le pega un tiro y se va. Limpio, profesional. Seguramente sea un sicario que ahora debe de estar volando a otro continente. Pero lo de Pesci… huele a improvisación.

—En eso tienes razón. Quizás matar a Pesci no estaba en los planes. Quizás Pesci había bebido de más, se puso pesado, amenazó con hablar… y algo salió mal.

—La muerte de Pesci fue un accidente provocado, estoy convencida de ello. Uno de sus socios actuó bajo un impulso, lo empujó y lo hizo caer.

Los dos llegaron a la misma conclusión: ¿Y si había sido Galloway?

Ni siquiera necesitaron decirlo en voz alta.

—El asesinato de Galloway podría ser una represalia —dijo Luca.

—O una limpieza de cabos sueltos —completó Cynthia—. Quizás el resto vio a Galloway como una amenaza. Dices que la DEA estaba detrás de ellos… ¿Y si Galloway quería retirarse y pactar?

—¿Después de todo este tiempo? ¿Por qué razón? Lo siento, Cynthia. Entiendo que te cueste aceptar que Galloway estaba sucio, pero llevaba demasiado tiempo viviendo una vida de lujos. No podría haberlo dejado nunca sin ir a la cárcel.

Cynthia suspiró. Luca tenía razón.

Ray se había quedado en silencio, siguiendo la conversación como si fuera un partido de tenis.

—Galloway nunca quiso dejar el negocio —dijo Luca—. Pero quizás alguien en ese barco sí deseaba hacerlo. La muerte de Pesci, premeditada o como un arrebato del momento, fue el primer paso. A partir de ahí, Galloway entró en pánico; él podía ser el siguiente. Por eso se cubrió almacenando pruebas de todo en Iron Fence Data.

—E igual lo mataron.

—Sabemos de al menos dos personas que tenían un vínculo específico con Pesci y el poder para encubrirlo: Leonardi y el senador Vane.

Ray los sorprendió con una aguda observación desde su silla:

—¿Por qué Galloway guardaría información incriminatoria sobre Leonardi en los servidores de una empresa propiedad del propio Leonardi?

Luca y Cynthia se miraron. Ray tenía razón.

—Entonces la información no es sobre Leonardi —dijo Luca—. Es sobre el senador Vane.

Luca sacó el pendrive que había mantenido en todo momento en el bolsillo interior de la chaqueta.

—O sea que este pequeño amigo podría darnos acceso a pruebas en contra de un senador de los Estados Unidos.

Lo sostuvo delante de sus ojos, girándolo bajo la luz. El impacto que podría desencadenar ese trozo insignificante de metal resultaría devastador: ramificaciones políticas, escándalo nacional y un terremoto en el departamento de policía.

En un giro inesperado, Cynthia se lo quitó de las manos con un movimiento rápido.

—La prueba de dos crímenes —dijo ella con la misma expresión de fascinación—: Pesci y Galloway, y nuestro billete de salida de esta mierda.

Acto seguido, se lo guardó en su propio bolsillo con determinación.

27

La noche más larga
6:55 AM

¿Podía ser el senador Julian Vane el titiritero que había estado manejando a Luca desde las sombras?

Mike había dado muestras de un poder asombroso al ordenar su liberación casi inmediata del bunker de la DEA.

La confirmación, en todo caso, llegaría cuando tuvieran las pruebas concretas en su contra; esas que al parecer descansaban en una caja de seguridad en el centro de la ciudad. Por el momento, lo único que tenían era una motivación; y era una de las más antiguas del mundo: la ambición desmedida financiada por el crimen.

Si lo que sospechaban era cierto, entonces Vane había estado recibiendo dinero proveniente del narcotráfico a través de las empresas pantalla de Pesci. La muerte de este, a bordo del Antonia, podría haber sido un intento desesperado de cortar ese lazo antes de que la soga apretara demasiado. Para un político con la proyección de Vane, un escándalo de semejante magnitud, si alguien se atrevía a levantar la alfombra, sería catastrófico. El dinero de la droga le había servido para despegar, para financiar los anuncios televisivos y los mítines multitudinarios, pero ahora, con la DEA husmeando, ese mismo dinero se había convertido en un lastre.

A diferencia de Galloway, que estaba en el ocaso de su carrera y sólo buscaba un retiro dorado en su mansión de Brentwood, Vane era un depredador en ascenso. Luca desconocía los entresijos de la política, pero sabía que Vane era un tipo con hambre, con proyección nacional; quizás un futuro gobernador.

Julian Vane era el prototipo del político ideal. Con apenas treinta y cuatro años, una sonrisa perfecta y un vozarrón capaz de cautivar multitudes, contaba con todo para comerse el mundo. Durante los últimos cinco años, Vane había pasado de ser un

concejal desconocido a una estrella mediática ganando una notoriedad masiva gracias a dos factores que había sabido explotar a su favor. El primero era su postura de «mano dura». Vane se había convertido en el rostro de la tolerancia cero contra la delincuencia, en concreto contra los inmigrantes indocumentados acusados de crímenes violentos. Su salto a la fama se produjo tras el asesinato de una familia en el Valle de San Fernando a manos de un pandillero reincidente que había eludido la deportación. Vane había capitalizado la tragedia con oportunismo, liderando un proyecto polémico que buscaba endurecer las penas y facilitar las expulsiones exprés. Sus discursos incendiarios en los telediarios, clamando por «limpiar nuestras calles de depredadores extranjeros», le habían granjeado el fervor de una parte importante del electorado.

Por supuesto, gran parte de esos delitos que tanto escandalizaban a Vane estaban vinculados de manera directa o indirecta con el narcotráfico. Si llegara a salir a la luz que él se beneficiaba de una organización ilícita que distribuía miles de kilos de droga por las calles de la ciudad, su carrera se desintegraría en un segundo.

El segundo factor de su éxito era más frívolo: Sienna Brooks, su novia exmodelo, portada de Sports Illustrated y rostro de varias campañas de cosméticos de lujo antes de retirarse para convertirse en «la esposa perfecta». La prensa del corazón los adoraba. Se dejaban fotografiar en galas benéficas, estrenos de películas, paseos por la playa con sus perros. De vez en cuando, en alguna de esas fotografías, Sienna se cubría a propósito el abdomen y los rumores de embarazo estaban a la orden del día.

Luca se había quedado solo con Ray en el despacho de los Wurth. Cynthia había ido a ver cómo estaban Jenna y Mark, que habían subido a la segunda planta.

—Ray, ¿podrías buscar en YouTube algún discurso de Vane?

—Claro.

Reprodujo uno de los tantos debates acalorados del senador. Luca lo escuchó durante algunos minutos, sin prestar atención a las palabras —o por lo menos no al contenido—. Se enfocó en su cadencia, el arrastre de algunas sílabas.

¿Podía ser Mike?

Lo lógico era suponer que Vane no haría el trabajo sucio, que Mike estaba trabajando para él. Sin embargo, había algo en su voz…

Luca le agradeció a Ray y se apartó de la pantalla. Tenía que tomar una decisión: faltaba poco más de una hora para tener acceso a la caja de seguridad; sin embargo, la policía los buscaba con intensidad. Danny debía estar sufriendo en ese momento fuertes presiones internas con dos de sus hombres a la fuga, por no mencionar su propia incertidumbre. Luca no podía dejarlo ciego; tenía que hablar con él.

Se volvió una vez más hacia Ray.

—¿Tú entiendes de telefonía móvil?

—Algo.

—¿Podrías hacer que mi móvil no sea localizable?

La expresión de Ray reflejó una total confusión.

—¿Te refieres a si lo enciendes? ¿Que no puedan localizarlo?

—Exacto —se ilusionó Luca.

—No, tío, eso es imposible. Pero si necesitas hablar con alguien, puedes utilizar el teléfono fijo.

Ray señaló hacia un rincón, donde en efecto había un teléfono inalámbrico.

Sintiéndose un estúpido, Luca fue directo al aparato. El único número que sabía de memoria era el de Sarah. Consultó el reloj y concluyó que ella no estaría despierta todavía, pero no era un mal momento para ponerla al corriente de la situación.

Salió del despacho y se metió en la habitación contigua, que era un dormitorio pequeño para visitas. Extendió la antena del teléfono. Hacía años que no utilizaba un teléfono fijo.

Cuando presionó el botón de encendido se dio cuenta de que no había probado el teléfono antes. Por fortuna, el sonido continuo de la línea surgió del auricular.

Marcó al móvil de Sarah. No esperaba una respuesta en el primer intento, y en efecto así sucedió. La llamada saltó directo al buzón. Pero Luca sabía que Sarah tenía el sueño ligero y se despertaría; no importaba que se tratara de un número desconocido, al no encontrarlo a él en la cama contestaría de inmediato.

—¿Hola?

—Hola, cariño —dijo Luca con total naturalidad.

Pasaron unos segundos en los que Luca imaginó que Sarah estaría mirando el reloj y ajustando su cerebro a la realidad.

—¿Te han llamado de emergencia? —dijo ella.

—De madrugada. Un 187.

—No te he escuchado. ¿Está todo bien? No reconocí el número.

—Sí, te lo explicaré todo más tarde. Oye, no puedo utilizar el móvil. Te llamo desde un fijo.

No había forma de decir lo anterior sin que el instinto de Sarah se disparara.

—¿Estás bien?

—¿Por qué tienes un autógrafo de Randy Jackson en una espada samurái? —dijo Luca.

Al otro lado de la línea pudo escuchar una risa sutil. La frase pertenecía a la película *Step Brothers*, una de las comedias favoritas de ambos.

—Era lo único que tenía a mano —completó Sarah—. No iba a no conseguir el autógrafo de Randy Jackson.

La tensión se disipó un poco. Siempre bromeaban con esa frase; se había convertido en la representación de lo que aquella película significaba para ellos.

Ahora también había funcionado como la prueba definitiva de que Luca estaba actuando con total libertad, y esto liberó a Sarah de cualquier inquietud.

—Dime qué necesitas.

—Por ahora, el móvil de Danny.

Sarah se lo dio y él lo apuntó en la esquina de un libro.

La ventaja de estar casada con una expolicía y actual miembro del FBI era que no hacía preguntas innecesarias y entendía su trabajo a la perfección.

—Estaré pendiente por si necesitas algo más —dijo Sarah—. Cuídate.

Se despidieron y Luca dudó un segundo. Estrujó su memoria y a continuación escribió también el número de móvil que le había

dado el agente de la DEA Marcus Reed. Dudó con un dígito, pero no sería un problema.

Marcó el número del móvil de Danny.

Al igual que con Sarah, Danny no respondió al primer intento.

—¿Hola?

—Danny, soy Luca.

Durante los siguientes segundos sólo se escucharon voces de fondo. Quizás Danny seguía en casa de Galloway. Lo que estaba claro era que había otras personas a su alrededor y estaba alejándose para hablar con privacidad.

—¡Mierda, Luca! ¡¿Dónde diablos estás?!

—Te lo explicaré en un momento.

—¡Luca, he tenido que emitir una alerta!

—Lo sé. Y lo entiendo.

—¿De verdad lo entiendes? Desapareces con Santos. ¡No puedo comunicarme con ninguno de vosotros!

Danny estaba enfadado como nunca antes.

—Por eso te estoy llamando, tan rápido como he podido.

Luca entendió que, si quería tranquilizar a su amigo, debía proporcionarle una razón de peso que justificara su comportamiento.

—La DEA me ha mantenido encerrado…

—¡¿La DEA?! ¿De qué hablas? ¿Qué diablos está pasando? Tengo a Arson encima por el asesinato de Galloway. No me ha quedado más remedio que emitir una alerta. ¡La cámara de seguridad de un vecino captó a Cynthia entrando y saliendo de la casa!

—Cynthia no lo mató.

—¡¿Tú estás con ella ahora?!

—Sí.

—Os quiero ya mismo aquí, Luca. Es una orden.

—Iremos en dos horas.

—Luca… Si Cynthia no tiene nada que ver con la muerte de Galloway, de lo cual no dudo en absoluto, lo probaremos. Escaparse del hospital y desaparecer no le hace ningún favor a la causa. Por cierto, ¿qué demonios fue esa explosión? Nada tiene sentido.

—Danny, por favor, sólo te pido dos horas. Galloway estaba metido en algo muy turbio, una red de distribución de drogas y tal vez el asesinato de un empresario. La DEA lo tenía en el punto de mira. ¿Han hablado con ellos?

—No —dijo Durham en tono perplejo—. ¿Estás seguro de lo que dices?

—Bastante. Hay alguien más arriba que también está metido. Tengo un nombre, pero prefiero no decírtelo todavía hasta tener las pruebas. Es un político de primera línea, Danny.

—Mierda, Luca. Si es como tú dices, es algo demasiado grande. Ya tengo suficiente con la muerte de un capitán y una detective prófuga. Arson va a ponerse frenético cuando se entere…

—Danny —dijo Luca con total seriedad—. No le digas nada a Arson.

—¡¿Por qué?!

—Puede que conozca a los implicados.

Por supuesto, Luca pensaba en que el propio Arson había llamado al Times para frenar matizar la noticia de la muerte de Pesci.

—Voy a darte una hora de gracia, amigo. No me pidas más.

Luca consultó el reloj. En una hora podrían contar con las pruebas necesarias.

—Cuenta con ello.

Luca interrumpió la comunicación.

Cuando regresó al despacho con el teléfono inalámbrico en la mano, Ray ya no estaba allí.

28

La noche más larga
6:32 AM

Jenna se sentó en el borde de la cama, apoyando la espalda contra el cabecero de capitoné tapizado en terciopelo color crema. El dormitorio era amplio, con ventanales que daban a la parte trasera de la finca, donde la oscuridad mostraba los primeros indicios de empezar a ceder.

Nunca llegó a sentirse a gusto en esa habitación. Su madre la había decorado para que ella la utilizara cuando decidiera quedarse con ellos; una fantasía que nunca cuajó. Sus padres pasaban más tiempo en la residencia principal, y Jenna, en las raras ocasiones en las que los visitaba, prefería regresar a dormir a su piso de Los Feliz, por pequeño y ruidoso que fuera.

Jenna cogió un oso de peluche que descansaba sobre la colcha. Era el Señor Puffles, un superviviente de su infancia que su madre había rescatado de alguna caja del trastero y colocado allí en un esfuerzo por dar calidez al ambiente. El muñeco se hubiera ido de buena gana de haber tenido voluntad.

Mark Vestergaard estaba de pie junto al escritorio de estilo francés, calmando la ansiedad con un cubo de Rubik que manipulaba sin prestarle atención. Era evidente que estaba sopesando la situación y Jenna se lo permitió. Hacía cinco minutos que su amigo había tenido el cruce con Luca en la planta baja y supuso que necesitaría poner sus pensamientos en orden.

Por fin, Mark soltó el cubo sobre la mesa y se dejó caer en una butaca de lectura, manteniendo una distancia prudencial con la cama.

Jenna lo observó en silencio. En cualquier otra circunstancia, estar en un dormitorio a solas con un hombre tras una noche tan larga podría haber generado una tensión incómoda. Pero con Mark

eso nunca había estado sobre la mesa. Mark Vestergaard no era gay —aunque Jenna había creído que sí lo era la noche que se conocieron—, pero era un hombre cuya libido había sido devorada hacía tiempo por una ambición que no dejaba espacio para nada más.

Mark se ajustó las gafas de pasta gruesa y se pasó una mano por el pelo. A sus cuarenta y dos años, cargaba sobre los hombros el peso aplastante de un apellido que abría todas las puertas de la industria, pero que también amenazaba con sepultarlo en vida.

Era hijo de Henrik Vestergaard, el legendario director danés que había conmocionado al mundo a finales de los ochenta con *El último invierno*, una obra maestra del cine europeo, un drama existencialista y crudo que se estudiaba en todas las facultades de cine del planeta. Mark había crecido en sets de rodaje entre Copenhague y Los Ángeles, aprendiendo a leer guiones antes que cuentos infantiles.

Durante un tiempo pareció que la dinastía estaba asegurada. Con apenas veintidós años, Mark había escrito y dirigido *Ecos*, un cortometraje visceral sobre la pérdida de la inocencia que arrasó en Sundance y puso a la crítica internacional a sus pies. Lo llamaron «el niño prodigio», el digno sucesor, el nuevo visionario. Pero Hollywood es una máquina experta en triturar promesas. Mark vendió guiones, produjo películas de presupuesto medio que funcionaron bien en taquilla pero fueron ignoradas por los premios, y trabajó arreglando desastres narrativos de otros. Se mantuvo en la industria con una solvencia envidiable, sí, pero el gran éxito, la obra maestra que lo definiera a él y borrara la sombra alargada de su padre, nunca llegó.

Jenna sabía cuánto le dolía eso. Había visto cómo esa frustración se filtraba en su carácter a lo largo de los años. Las mujeres en su vida eran compañeras circunstanciales mientras él buscaba el «proyecto perfecto».

Con Jenna fue distinto desde el principio. Quizás porque ella, una actriz peleando por salir del anonimato, lo miraba con una admiración genuina. Mark la había apadrinado. Le había conseguido audiciones para papeles con frases y presentado a agentes que no eran unos estafadores. Que esa noche se hubiera prestado a llevarla

al hospital a las cuatro de la madrugada para buscar a Cynthia era sólo una muestra más de esa lealtad extraña y paternalista que le profesaba, aunque sólo era diez años mayor que ella.

—Mark… —susurró Jenna, acariciando la oreja gastada del Señor Puffles—. Por favor, deja de preocuparte. Aquí estamos seguros.

Mark levantó la vista. Sus ojos, por lo general analíticos y fríos, estaban inyectados en sangre por la falta de sueño y el miedo.

—¿Tú eres consciente de lo que acabamos de ver ahí abajo, Jenna?

—Lo he visto.

—No, no creo que lo hayas procesado. —Mark se levantó de la butaca, incapaz de quedarse quieto, se acercó a la ventana y descorrió un poco la cortina para espiar el jardín—. Al principio… joder, voy a ser honesto contigo. Cuando nos subimos al coche en el hospital, con el detective Bruzzo conduciendo como si fuera Steve McQueen y el chaval ese esposado al volante… una parte de mí estaba fascinada.

Se giró hacia ella con una sonrisa amarga.

—Son este tipo de vivencias fuera de lo común lo que más tarde procesas para escribir.

—Lo siento, Mark. No debería haberte pedido que me acompañaras.

—Espera. —Mark señaló con un dedo tembloroso hacia la puerta—. La película se acabó en el momento en que ese tipo se conectó a la intranet de la policía y nos mostró eso que vimos. Homicidio. Armados y Peligrosos.

Mark avanzó un paso hacia la cama.

—Esto es la vida real, Jenna. Esa gente está buscada por *a-se-si-na-to*. Y nosotros estamos aquí, encubriéndolos. Somos cómplices de un delito grave.

—Cynthia no ha matado a nadie —dijo Jenna con firmeza—. La conozco desde que éramos unas crías. Sé de lo que es capaz y de lo que no. Cynthia puede ser dura, sí, pero es incapaz de matar a sangre fría.

—Supongamos que te concedo eso. ¿Y Bruzzo? ¿También te has criado con él?

—Es su compañero. Cynthia confía muchísimo en él.

—Sí, un compañero que te confisca el móvil, que te encierra en un coche sin dar explicaciones y que lleva una pistola al cinto con la que apunta a chavales informáticos. ¿Sabes de qué más es capaz?

—Es un policía con una gran trayectoria, Mark. Salió en las noticias.

—¡Exacto! Salió en las noticias porque es un tipo que se mueve en los límites. ¿Y si esta vez se le fue la mano? ¿Y si Bruzzo se cargó a alguien y Cynthia es incapaz de verlo?

—Mark, te estás dejando llevar por el pánico. Ellos ya nos han dicho que es una trampa. Que tienen pruebas para demostrar su inocencia.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde están esas pruebas? ¿Por qué tanto secretismo? Piénsalo con frialdad, por favor. Si eres inocente, si no tienes nada que ocultar… vas a comisaría. Te entregas con tu abogado y con las pruebas, llamas a Asuntos Internos y pones las cartas sobre la mesa. No secuestras a dos civiles, les quitas los móviles y te escondes en una mansión en medio de la nada a esperar a que salga el sol. La gente inocente no huye, Jenna. Los culpables huyen.

Mark empezó a caminar de un lado a otro de la habitación como un animal enjaulado.

—Tengo cuarenta y dos años, Jenna. Llevo cinco dejándome la piel en *La Candidata*. Cinco años de reescrituras, de reuniones con ejecutivos de la cadena que no tienen ni puta idea de narrativa, de lamer culos en cócteles que detesto con toda mi alma.

Se detuvo frente a ella, con una expresión que mezclaba la súplica con la furia.

—Están a punto de dar luz verde al piloto. Julianne Moore ha leído el guion y su agente dice que le encanta el papel de la senadora. ¿Entiendes lo que eso significa? Estoy a un paso de entrar en la liga de los mayores, de dejar de ser «el hijo de Henrik» para ser Mark Vestergaard.

Jenna sintió deseos de levantarse de la cama y abrazarlo.

—Lo sé, Mark. Sé lo importante que es para ti. Y te mereces ese éxito más que nadie.

—Si mi nombre aparece mañana vinculado a un asesinato, se acabó. Todo. Nadie en absoluto va a querer trabajar con un productor que se va de juerga con asesinos. Me cancelarán antes de que pueda siquiera rodar el primer plano.

—Luca dijo que nos iríamos a las ocho. En cuanto ellos se vayan con sus pruebas, nosotros volvemos a la ciudad y hacemos como que nada ha pasado.

—¿Y si vienen a por nosotros? La policía o el FBI podría llegar de un momento a otro.

—Imposible. Nadie sabe dónde estamos. No tienen manera de rastrearnos.

—¿No? Porque yo no vi a Cynthia dejar su móvil en la guantera del coche… Somos nosotros los que estamos incomunicados. Tenemos que irnos, Jenna. Ya mismo. En el garaje está ese Jeep aparcado al fondo.

—Mark, no podemos irnos. Luca nos pidió de forma explícita que esperáramos aquí. Es por nuestra seguridad.

—¡Es por su seguridad, no por la nuestra!

Mark se alejó de la ventana y se dirigió hacia la puerta de la habitación con paso decidido.

—Dime dónde están las llaves de ese Jeep o voy a buscarlas yo mismo por todas partes.

—No tengo idea de dónde están las llaves.

—Pero seguro sabes mejor que yo dónde buscarlas. ¿Me ayudas o voy solo?

Jenna se levantó de un salto y se interpuso en su camino.

Mark intentó rodearla, pero Jenna le puso una mano en el pecho, deteniéndolo.

—Si te vas ahora levantarás sospechas. Esa patrulla del sheriff nos vio entrar a todos juntos en el coche hace un rato. Si te cruzas con ellos saliendo solo, conduciendo otro coche y nervioso como estás… vas a llamar la atención. Van a detenerte.

—No si vienes conmigo. Tú eres la dueña de la casa. La dueña de ese coche.

—Yo no voy a abandonar a Cynthia.

—¡Mierda, Jenna! ¡Vas a hundir mi carrera! ¡Mi vida entera!

Ella lo cogió de los hombros con suavidad. Lo miró directo a los ojos.

—Nada de esto dañará tu futuro —le dijo con la convicción de un hipnotizador—. Te propongo algo. Una solución para dejarnos a los dos conformes: vamos a hablar con Cynthia ahora mismo.

Mark se tranquilizó. Le gustaba lo que estaba escuchando.

—Hablamos con Cynthia —repitió Jenna—, y ella nos explicará un poco más de lo que está pasando. Estoy segura de que entonces te sentirás más calmado.

Jenna supo que lo había convencido. Lo vio en sus ojos.

Mark extendió un dedo.

—Una mentira de tu amiga, algo que no pueda explicar de todo esto, y nos vamos ya mismo.

—Me parece justo.

Mark empezó a asentir con la cabeza. Ella lo fue soltando poco a poco.

—Vamos a buscar a Cynthia.

29

La noche más larga
6:50 AM

Mientras Luca permanecía encerrado en el despacho del ala este con Ray, convencido de que había llegado el momento de llamar al capitán Durham, Jenna y Mark bajaban la escalinata principal de la mansión. El acuerdo entre ellos había sido claro: buscarían a Cynthia y le exigirían una explicación que justificara el riesgo que estaban corriendo. Si la respuesta no era satisfactoria o detectaban la más mínima mentira, Mark cogería las llaves del Jeep y se marcharía de allí sin mirar atrás. Jenna podía acompañarlo o no, sería su decisión.

Al llegar al vestíbulo, el silencio era demasiado profundo.

—¿Dónde crees que están? —susurró Mark.

Jenna señaló hacia el pasillo que conectaba con el ala oeste. Justo en ese instante, vieron una figura cruzar la estancia del fondo con paso rápido. Era Cynthia. No iba hacia el despacho donde se habían quedado Luca y Ray; se dirigía en dirección contraria, hacia el salón de las muñecas.

Jenna aceleró el paso y Mark la siguió de cerca. Cruzaron el salón principal, sorteando los sofás, y se adentraron en el pasillo lateral.

La puerta de la sala de la colección de muñecas estaba entreabierta. Una franja de luz artificial se derramaba sobre el suelo de madera.

Al acercarse, escucharon un murmullo. Cynthia estaba hablando.

Jenna iba a llamarla, pero Mark la agarró del brazo y se llevó un dedo a los labios. Se pegaron a la pared, justo al lado del marco de la puerta.

Cynthia hablaba en un tono bajo, pero la acústica de la casa no jugaba a su favor.

—Ya te he dicho que lo tengo conmigo —decía Cynthia con voz tensa.

Hubo una pausa, un silencio denso en el que Mark miró a Jenna con los ojos desorbitados: Te lo dije.

Cynthia volvió a hablar:

—Voy a salir yo sola. Nadie más que yo saldrá de la casa.

Aquello fue demasiado para Mark. Tiró del brazo de Jenna, intentando arrastrarla hacia atrás para esconderse en una habitación cercana. Debían largarse de allí antes de que…

Pero Jenna se resistió. Clavó los pies en el suelo, negándose a moverse.

El ruido del forcejeo, aunque leve, fue suficiente. La voz de Cynthia cesó de golpe. Jenna y Mark habían retrocedido apenas hasta la mitad del pasillo.

—¿Jenna? —dijo Cynthia sonó desde el umbral.

Jenna se compuso lo mejor que pudo, alisándose la sudadera y forzando una sonrisa que no le llegaba a los ojos.

—Oh… ahí estás —dijo intentando que su voz sonara casual—. Te estábamos buscando.

Mark se quedó en silencio, rígido como una estaca, observando a la detective con una mezcla de miedo y acusación.

Cynthia salió al pasillo. Parecía nerviosa. Sus ojos barrieron a ambos, buscando indicios de cuánto habían escuchado.

—Aquí estoy —dijo ella cruzándose de brazos.

—Pensamos que estarías en el despacho…

—Pensé que me había olvidado la gorra aquí… —interrumpió Cynthia, señalando vagamente hacia la habitación a su espalda—. Pero no la he traído. Mi cabeza está en cualquier parte.

Ambas se conocían demasiado; habían compartido miles de conversaciones, secretos. Jenna sabía leer los microgestos de Cynthia mejor que nadie.

—¿Está todo bien, Cyn? —preguntó Jenna dándole una última oportunidad para sincerarse.

Cynthia soltó un suspiro largo, bajando los hombros como si se quitara un peso de encima.

—Sí, de verdad, chicos. Vamos a aclarar todo esto. Es un gran malentendido. Pero se va a acabar pronto. A las ocho nos iremos de aquí.

Mark, que se había mantenido callado a un par de metros de distancia, dio un paso al frente.

—¿Por qué a las ocho? ¿Qué pasa a esa hora mágica?

Cynthia lo miró fijamente unos segundos. Finalmente, metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta de cuero y sacó el pequeño dispositivo plateado.

—Lo sé, debéis tener un millón de preguntas —dijo exhibiendo el objeto—. Este pendrive es la razón por la que debemos esperar a que sea de día. Funciona como una llave física para acceder a una caja de seguridad de una empresa privada. Ahí dentro están las pruebas que necesitamos para demostrar nuestra inocencia y destapar a los verdaderos responsables.

—¿Quién ha muerto?

—Un capitán de la policía. Mi exjefe. Quieren acusarme de haberlo matado, pero no tengo nada que ver. Puedo probarlo.

—Y las pruebas están en ese sitio que abre a las ocho —dijo Jenna con ilusión, aferrándose a esa explicación lógica—. ¿Lo ves, Mark?

—Exacto —confirmó Cynthia—. No falta mucho. Poco más de una hora. Pero hasta entonces, necesito que permanezcáis en la habitación de arriba.

Mark no parecía convencido.

—¿Por qué? Si ya está todo aclarado y sólo estamos esperando…

—Porque es el sitio más seguro de la casa —dijo ella con sequedad.

Mark soltó una risa nerviosa y miró a Jenna, buscando apoyo, pero ella estaba concentrada en el pendrive que Cynthia volvía a guardar.

Jenna cogió a Mark del brazo, notando la tensión en sus músculos, pero este se soltó con suavidad y se dirigió a la detective.

—Cynthia —dijo Mark en un tono que pretendía ser conciliador, aunque la voz le temblaba un poco—. Mira, entiendo la situación. De verdad. Pero necesito avisar a una persona y decirle que me encuentro bien. ¿Podría ir al coche a buscar el móvil? Será sólo una llamada corta, lo prometo. Ni siquiera diré dónde estoy, sólo que estoy bien.

La expresión de Cynthia se endureció.

—Lo siento, Mark. No podemos encender ningún móvil en esta casa. Nadie debe conocer nuestra ubicación hasta que vayamos a por esas pruebas.

—Pero…

Sin esperar respuesta, Cynthia se giró de inmediato hacia Jenna, ignorando al productor.

—Jen, necesito que me prometas que os quedaréis arriba. No bajéis bajo ningún concepto hasta que yo os avise.

Había algo en la mirada de Cynthia… ¿le estaba intentando decir algo más allá de sus palabras?

—No entiendo, Cyn. ¿Corremos algún tipo de peligro?

—No. Pero mi trabajo es pensar en el peor escenario posible. Y necesito saber que estáis a salvo y fuera de peligro. ¿Me lo prometes?

Jenna tragó saliva. Miró a Mark, que parecía a punto de estallar, y luego a su amiga de la infancia, a quien amaba como a una hermana.

—Sí —susurró.

Cynthia se dio la vuelta y se marchó por el pasillo hacia el vestíbulo, sin siquiera mirar a Mark.

30

La noche más larga
7:02 AM

—¿Dónde están las llaves del coche, Jenna?

Mark hablaba con total decisión. Estaban en la cocina, bajo la luz fría de los fluorescentes de los armarios, y su postura no admitía réplica. Había dejado muy claro que se iría de la casa en ese instante, en coche o a pie, costara lo que costara.

Y la realidad era que Jenna carecía de un argumento sólido para detenerlo. El acuerdo había sido buscar a Cynthia y que ella les explicara qué sucedía. Ella lo había hecho, pero también la habían escuchado hablando por teléfono, violando sus propias normas de seguridad, y negándose a que Mark pudiera encender su propio móvil un mísero minuto para hacer una llamada.

—No puedes pedirme que me quede aquí —dijo Mark—. Tú sigues confiando en ella, pero sabes que nos ha mentido a la cara.

—Debe de tener sus razones.

—Jenna, por el amor de Dios, ha dicho por teléfono que nadie saldría de la casa. Ha estado hablando por teléfono con alguien cuando tú y yo hemos tenido que dejar el móvil apagado en la guantera del coche de ese detective. ¡Nos están utilizando!

Jenna se mordió el labio inferior. Mark tenía razón. La mentira de Cynthia había abierto una grieta imposible de ignorar.

Mark interpretó su silencio como una concesión.

—En el sótano hay un sitio seguro donde podemos quedarnos. Una habitación del pánico.

—Jenna, te lo he explicado. No sólo que tema por mi vida, y la tuya, es que no puedo estar ligado a esto. Si mi nombre es mencionado, será suficiente para verme involucrado.

Jenna suspiró.

—¿Vas a decirme de una vez dónde están esas llaves?

—De verdad que no lo sé —admitió ella—, pero creo que puedo encontrarlas.

—Debemos largarnos de aquí cuanto antes.

Ella se detuvo antes de salir de la cocina, apoyando una mano en el marco de la puerta.

—Yo no me iré de aquí, Mark.

Mark se quitó las gafas un segundo para limpiarlas con el borde de su jersey.

—¿Cómo que no te irás? Tienes que venir conmigo. Escúchame: incluso si, como tú dices, Cynthia tiene las mejores intenciones y no es culpable de nada, es policía. Lo que sea que esté tramando puede ser peligroso.

Jenna dudó. El argumento de Mark era válido. Pero la imagen de Cynthia en el hospital, vulnerable y decidida, pesaba más.

—Empecemos por encontrar esas llaves —dijo Jenna—. Y veremos después.

Salieron de la cocina con sigilo. El primer lugar lógico era el vestíbulo. Jenna se dirigió a una consola de madera oscura donde su padre solía vaciar sus bolsillos nada más llegar. Había correo antiguo, un par de bolígrafos promocionales pero ni rastro de llaves.

Mark, impaciente, revisó una repisa en el salón principal, levantando figuras de porcelana y libros de arte. Nada.

—El garaje —susurró Jenna—. A veces las dejan puestas o en algún mueble de allí.

Cruzaron el pasillo de servicio. Antes de abrir la puerta interna del garaje, Jenna desactivó la alarma de la casa. Una vez entraron, tanteó la pared hasta encontrar el interruptor.

Al fondo se adivinaba la silueta cuadrada y robusta del Jeep.

Mientras Jenna se dirigía hacia un armario metálico de herramientas en la pared del fondo, Mark fue directo hacia el coche de Luca. Intentó abrir la puerta del copiloto con suavidad.

Estaba cerrada.

—Mierda —susurró Mark, tirando de la manilla con frustración. Miró a través del cristal. La guantera estaba cerrada. Sus móviles estaban allí dentro, a menos de un metro.

Jenna abrió los cajones del mueble de herramientas. Entre destornilladores, cintas métricas y manuales de usuario, sus dedos rozaron un juego de llaves con un llavero de cuero viejo.

—¡Mark!

Él se giró de inmediato, olvidando el Crown Victoria. Jenna se acercó al vehículo, un Jeep Grand Wagoneer de los ochenta, con los paneles de madera laterales impecables y la carrocería de color granate. Era una reliquia que probablemente no se arrancaba desde hacía meses.

Jenna le lanzó las llaves a Mark. Él las atrapó en el aire y abrió la puerta del conductor. El chirrido de las bisagras resonó peligrosamente alto. Se sentó, metió la llave en el contacto y giró sólo hasta la posición de batería. El cuadro de mandos se iluminó. Tenía medio depósito.

Jenna no entró. Se abrazó a sí misma, dudando.

—Vamos, entra.

—No sé qué hacer, Mark. Tienes razón en que aquí no puedo ayudar en nada. Soy una actriz, no una policía. Pero no puedo irme sin hablar con Cyn una última vez.

Mark salió del coche y la aferró de los hombros con suavidad, mirándola a los ojos con urgencia.

—No, Jenna, no puedes hacer eso. Si hablas con ella nos impedirá salir de aquí, ya la has escuchado por teléfono. «Nadie saldrá de la casa». Por favor, ya te he dicho todo lo que hay en juego; mi futuro depende de lo que suceda en las próximas horas. Si te quedas y esto explota, te arrastrarán con ellos.

—No pretendo que tú te quedes —dijo ella con tristeza.

Mark vio la determinación en sus ojos, pero no se dio por vencido.

—Abre el portón.

Jenna pulsó el botón en la pared. El motor del portón automático cobró vida con un zumbido grave y la hoja empezó a elevarse lentamente. El sistema era bastante silencioso, pero en la quietud absoluta de la montaña, a Jenna le pareció el estruendo de un avión despegando. Mark miraba hacia la puerta de la casa con

pánico, esperando que Luca irrumpiera en cualquier momento con el arma desenfundada.

—¿Qué haces? —preguntó Jenna al ver que Mark soltaba el freno de mano y ponía la palanca de cambios en punto muerto.

—No voy a arrancarlo todavía —susurró él—. Este motor hace un ruido infernal. No voy a arriesgarme a que escuchen el arranque aquí dentro.

Jenna se colocó junto al marco de la puerta del conductor abierta, mientras Mark empujaba del otro lado, controlando el volante con una mano.

—A la de tres. Uno, dos… ¡tres!

Empujaron. El Jeep era pesado como un tanque, pero el suelo de hormigón pulido ayudó. Las ruedas giraron lentamente y el vehículo comenzó a deslizarse hacia la rampa de salida.

Se alejaron unos cuantos metros por el camino de grava.

—Vale, es suficiente —dijo Mark.

El coche estaba fuera, a unos diez metros de la casa, ligeramente cuesta abajo en el camino de acceso.

—Vamos, Jenna. No tenemos mucho tiempo.

Ella se metió en el coche pero no cerró la puerta.

—Estás haciendo lo correcto —la animó Mark mientras giraba las llaves.

El motor del Wagoneer tosió una vez, dos veces, y finalmente cobró vida con un rugido profundo que rompió la paz del bosque.

Empezaba a amanecer y el cielo estaba teñido de un gris oscuro.

31

La noche más larga
7:02 AM

Luca estuvo a punto de desenfundar su arma cuando una sombra se recortó en el umbral del pasillo. Ray, al ver la mano del detective volar hacia la cintura, levantó las palmas de inmediato en una actitud defensiva exagerada.

—¡Eh, tranquilo! Soy yo.

—¿Dónde estabas? —ladró Luca, bajando la mano pero sin relajar los hombros.

—Fui al baño.

Claro, el baño. De hecho, era una idea excelente. Luca no había ido en varias horas, y bastó que Ray lo mencionara para que su vejiga empezara a enviar señales de alerta urgentes a su cerebro.

Ray entró al despacho.

—Has tardado una eternidad, tío. ¿Has podido hablar con tu capitán?

La idea de utilizar la línea fija había sido del propio Ray, pero Luca no recordaba haberle dicho de forma explícita que llamaría a Durham.

—He hablado con mi esposa —corrigió Luca.

Ray lo observó un instante con el ceño fruncido. A continuación, se sentó en la silla y señaló el monitor con la cabeza.

—Mientras estabas hablando con tu *esposa* —dijo Ray—, me dio por buscar a nuestro amigo Mark en la red.

Señaló con el pulgar hacia el techo, en dirección a la segunda planta.

Luca perdió de inmediato el interés. La prioridad absoluta era encontrar a Cynthia —¿dónde demonios se había metido?— y salir de allí para llegar a las oficinas de Iron Fence Data antes de las ocho. La prioridad era abrir esa caja de seguridad con el pendrive.

A propósito del pendrive, no le había gustado nada el modo en que Cynthia se lo había arrebatado de las manos un rato antes. Es cierto que confiaban el uno en el otro, pero él era el detective veterano y era su responsabilidad velar por la cadena de custodia de esa información. Sin duda tendría que…

—¿Te interesa lo que he encontrado o no? —insistió Ray.

—Sí, sí, disculpa… ¿Sabes dónde se ha metido Cynthia?

Ray se pasó la mano por el rostro, resoplando.

—No tengo ni la más puñetera idea de dónde se ha metido Cynthia. Se fue a ver a Jenna y a su amigo el productor y todavía no ha regresado. A lo mejor tiene que ver con el hecho de que Mark conoce bastante a Belinda Galloway.

Luca, que ya estaba escrutando el pasillo con la mirada, se detuvo en seco. El apellido Galloway funcionó como un anzuelo.

—¿Belinda Galloway?

—Es lo que estoy tratando de decirte, Luca. Mira lo que he encontrado.

Luca rodeó el escritorio y se quedó de pie mirando la pantalla. En el navegador estaba abierta la página de IMDb.

—¿Qué es eso?

Ray lo observó como si Luca fuera un marciano que acabara de aterrizar en la Tierra.

—Es como una enciclopedia de cine, tío. Esta es la entrada de Mark Vestergaard.

—¿Ese es su apellido?

Ray volvió a mirarlo por encima del hombro con la misma expresión de extrañeza.

—¿No fuiste tú uno de los que trabajó en el caso de la asesina que emulaba películas?

—El cine no es mi fuerte.

—Ya veo. Mark es el hijo de Henrik Vestergaard. Pensé que lo sabías.

—No lo sabía. Pero sí conozco a Henrik Vestergaard. Es el de… El último invierno, ¿verdad?

—Ese mismo. La cuestión es que es cierto que Mark tiene un proyecto entre manos. Se llama *La candidata* y todavía se encuentra

en fase de preproducción. Pero fíjate aquí quién es una de las actrices que figura como «involucrada» en el proyecto.

Ray señaló un nombre en la lista del reparto provisional.

—Belinda Galloway —leyó Luca sin poder creerlo.

Ray se reclinó contra el respaldo de la silla, cruzando los brazos tras la nuca.

—Podría ser una casualidad. En Hollywood todos están relacionados de alguna forma. Seis grados de separación y todo eso.

Luca se sentó en una esquina del escritorio.

—Podría ser. Creo que nunca hemos mencionado a Galloway delante de él.

—¿No?

—Por lo menos yo no lo hice —Luca giró el cuello para mirar a Ray—. Supongo que tú tampoco.

Él negó con la cabeza.

Luca se quedó pensativo, sopesando posibilidades. Muchas veces el trabajo policial era un juego especulativo.

—Cuando le pedí a Jenna que fuera a buscar a Cynthia al hospital, Mark era el único que no había bebido. Por eso la acompañó.

—Suena un poco conveniente.

Luca dudaba. Era mucho más lógico pensar que Mark simplemente no había bebido por las razones habituales que ver conspiraciones donde no las había. Ray acababa de decirlo: todos en Hollywood estaban relacionados.

Pero esto lo cambiaba todo. Explicaba el pánico de Mark. No se trataba sólo de un escándalo policial genérico en el que podía estar metido, también era un escándalo que involucraba el asesinato del marido de su actriz principal. Si el nombre de Mark aparecía ligado a la muerte de Richard Galloway, *La candidata* estaba muerta antes de nacer.

—Tenemos que irnos —dijo Luca poniéndose de pie y haciendo la misma pregunta por enésima vez—. ¿Dónde se ha metido Cynthia?

Ray se encogió de hombros.

Los dos salieron del despacho a paso rápido. Ninguno conocía bien la distribución de la casa, así que se dirigieron por instinto hacia el salón principal y las escaleras. Justo en ese momento, vieron a Cynthia bajando los últimos peldaños. Parecía agitada.

—¡Oh, ahí estás! —exclamó Luca.

Ella pasó a su lado como una exhalación.

—No hay tiempo —dijo al pasar—. Venid conmigo.

Luca y Ray se miraron sin comprender, pero la siguieron. Cynthia los aventajaba en dirección a la cocina.

Luca fue el primero en intentar darle alcance, agarrándola con suavidad del brazo.

—¿Ha pasado algo con Jenna y Mark?

—No —respondió ella sin detenerse.

—Espera —Luca dio un par de zancadas largas para volver a ponerse a su altura e interponerse en su camino—. ¿Sabías que Mark y Belinda Galloway van a trabajar juntos en una película?

Cynthia se quedó perpleja.

—No…, no lo sabía.

—¿No te parece llamativo?

Cynthia pareció dudar un instante, mordiéndose el labio inferior.

—No demasiado. Ahora no, Luca.

—¿Cynthia, te encuentras bien? Te conozco y…

—Necesito que veáis algo.

Señaló una puerta de madera maciza en la esquina opuesta de la cocina, junto a la despensa.

—¿Qué hay allí?

—El sótano.

Luca se la quedó mirando como si hubiera perdido la cabeza.

—¿El sótano? Tenemos que irnos ya. Falta poco tiempo para las ocho.

Al ver que ella no decía nada y mantenía la mano señalando la puerta, Luca miró a Ray, que recurrió a lo que a esas alturas se había convertido en su reacción por defecto: encogerse de hombros con cara de incredulidad.

—¿Para qué quieres que vayamos al sótano? —insistió Luca—. ¿Tienes el pendrive en tu poder?

—Sí, sí, lo tengo aquí mismo —dijo Cynthia, palmeándose el bolsillo de la chaqueta—. Pero necesito que bajemos un momento. Es importante.

—¿Y no puedes explicarnos la razón aquí arriba?

—Mejor que lo veáis vosotros mismos.

Luca se rascó la cabeza. Con un gesto de resignación, se apartó.

—Está bien. Un minuto.

Cynthia avanzó hasta la puerta, la abrió y encendió la luz. Empezó a bajar por una escalera amplia y bien iluminada. Los dos hombres la siguieron.

Luca esperaba encontrarse un sótano convencional, pero lo que vieron al llegar abajo los dejó sin habla. Era un espacio espectacular, acorde con el lujo desmedido del resto de la mansión, pero con un aire mucho más funcional. El suelo era de pizarra negra pulida. A un lado, tras unas puertas de cristal, se veía una bodega impresionante con cientos de botellas acomodadas en estanterías de madera. Al otro, una despensa organizada con una precisión militar, con filas de conservas y suministros que podrían alimentar a un regimiento durante un asedio. La iluminación era suave, cálida, activada por sensores de movimiento a su paso.

—Por aquí —indicó Cynthia.

Los guio a través de la estancia hasta un pasillo más estrecho al fondo. Al final había otra puerta, esta vez de metal reforzado, que desentonaba con la decoración rústica del resto del sótano.

Cynthia puso la mano en el pomo, la abrió y se hizo a un lado, indicándoles que pasaran primero.

Luca entró, seguido de Ray.

Era una habitación bastante grande, sin ventanas. Las paredes estaban insonorizadas con paneles acústicos grises. En el centro había una mesa y en los laterales colgaban dos pantallas apagadas. Empotrados al fondo, una serie de armarios para servidores zumbaban con suavidad, con luces LED parpadeando en verde y azul.

—¿Qué es esto? —preguntó Ray, fascinado, acercándose a los servidores—. ¿El señor Wurth tiene un centro de datos en casa?

Luca, sin embargo, sintió un pinchazo en la nuca. Su instinto policial se despertó de golpe gritando peligro. Se giró hacia la puerta.

Justo en ese momento, Cynthia desaparecía detrás de la puerta al cerrarse.

—Perdón —alcanzó a susurrar ella.

—¡Cynthia, no!

Luca se lanzó hacia la puerta, pero fue demasiado lento. La hoja de metal se cerró con un golpe seco y contundente. Segundos después, se oyó el chasquido metálico de los cerrojos de seguridad al encajar en su sitio.

—¡Cynthia! —gritó Luca, aporreando el metal con el puño—. ¡Abre la puerta! ¡¿Qué cojones estás haciendo?!

El silencio del otro lado fue absoluto. Ray se quedó paralizado junto a los servidores, mirando a Luca con la boca abierta.

32

La noche más larga
7:12 AM

Cynthia cruzó la estancia principal del sótano. A su espalda, los golpes de Luca resonaban contra el metal reforzado de la puerta de seguridad.

Escuchó sus gritos exigiendo que los dejara salir. Necesitó un esfuerzo sobrehumano para no detenerse y contener las lágrimas que le quemaban los ojos. No era la primera vez en su vida que cometía una estupidez —su carrera estaba salpicada de decisiones impulsivas—, pero nunca había actuado de un modo que se sintiera tan definitivamente estúpido. La persona que acababa de dejar encerrada no sólo era su amigo y su compañero, era un detective respetado del LAPD que se había jugado el cuello por ella esa noche.

Lo que estaba haciendo era caminar voluntariamente hacia el final de su carrera en la policía.

Cynthia negó con la cabeza una y otra vez. Estaba cansada, exhausta tras haber pasado por una montaña rusa de emociones en las últimas cinco horas: el miedo, la explosión, la huida del hospital, la revelación de la corrupción de Galloway.

¿Por qué no hablar con Luca? ¿Por qué no explicarle la situación?

Se había formulado la pregunta mil veces esa noche, y todas esas veces la respuesta había sido la misma: Luca jamás accedería a lo que ella estaba a punto de llevar a cabo.

Cynthia subió la escalera hacia la planta baja. Al llegar arriba, abrió la puerta de madera maciza que daba a la cocina, salió y la cerró con suavidad tras de sí.

Los gritos de Luca habían cesado, o bien el aislamiento acústico del sótano y la puerta de roble cumplían su función a la perfección.

En ese instante, justo cuando intentaba aguzar el oído para comprobar que el silencio era real, escuchó otro sonido procedente del exterior: el rugido grave de un motor que se alejaba. Fue directa a la ventana que daba al camino de acceso lateral, descorrió la cortina y alcanzó a ver la silueta inconfundible del Jeep perdiéndose antes de desaparecer tras la curva de los pinos.

Cynthia soltó el aire retenido. Suspiró con resignación, pero también sintió una oleada de alivio. Al hablar con Jenna y con Mark en el pasillo había notado el pánico en los ojos del productor y su urgencia por huir. Supuso que era posible que decidieran marcharse, y una parte de ella lo deseaba. No los culpaba. En especial después de lo que Luca le había revelado minutos antes sobre el vínculo entre Mark y Belinda Galloway. La realidad era que estarían mejor lejos que en aquella casa.

Sólo ahora, en la soledad absoluta de la cocina de los Wurth, Cynthia empezó a sentirse más centrada. No satisfecha con lo que estaba haciendo —porque la traición a Luca le escocería para siempre—, pero sí con la suficiente entereza y frialdad para llevar adelante el resto del plan.

Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta de cuero y sacó el móvil. La pantalla negra reflejó su rostro demacrado. Consultó el reloj digital en la esquina superior.

Faltaban treinta segundos exactos para la hora acordada.

Cynthia se quedó mirando los dígitos cambiar, contando los segundos en su cabeza mientras su pulso se estabilizaba.

Veinte segundos. Diez.

El móvil empezó a vibrar. La pantalla se iluminó.

Cynthia deslizó el dedo y se llevó el aparato a la oreja.

—Te has adelantado diez segundos, Mike.

33

Un día antes de La noche más larga

El mundo se divide entre los que aman celebrar su cumpleaños y los que no. No hay medias tintas.

Luca nunca se había puesto a pensar en el origen de su desinterés, si tenía que ver con un rasgo innato de su personalidad o con el hecho de que su madre no siempre había tenido el dinero y el tiempo para festejos. Lo cierto es que él nunca los había echado de menos.

La llegada de Sarah a su vida constituyó un punto de inflexión en muchos aspectos, incluida su indiferencia ante el aniversario de su nacimiento. En contraposición, los Tripplehorn, además de ser una familia numerosa —Sarah tenía tres hermanas y un trillón de primos—, habrían celebrado de buena gana la salida del sol; cualquier excusa era válida para una reunión familiar. Sarah se horrorizó cuando Luca le dijo, casi vanagloriándose, que en su vida no había celebrado más de cinco veces su cumpleaños.

Zanjada la cuestión de que una fiesta sorpresa no sería bien recibida en absoluto, Luca aceptó prestarse a una celebración. En realidad no tenía nada en contra de los cumpleaños, simplemente nunca habían sido lo suyo.

Cuando Lily tuvo edad suficiente para ser consciente de su propio cumpleaños y de los del resto, la costumbre ya se había instalado. En la casa de los Bruzzo se celebraban los cumpleaños, y además se organizaban el día en que correspondía.

Por eso hoy, martes, iba a celebrarse el cumpleaños número cuarenta y seis de Luca.

Como correspondía.

Todo estaba más o menos preparado: dos mesas, una en el salón para los niños y otra en el jardín para los adultos. Ya todos conocían la dinámica. Habían probado a la inversa en años anteriores, pero no había funcionado; el jardín no era demasiado

grande y los niños no permanecían allí por demasiado tiempo, invadiendo el resto de la casa. La estrategia adoptada desde entonces había sido ceder el territorio de la casa a los juegos de los primos y conservar el jardín para los adultos.

Los invitados llegarían en una media hora. Las únicas que habían venido antes para ayudar en la organización y en la comida eran las hermanas de Sarah —Jennifer, Helen y Lisa—, que se movían por el espacio de la cocina con la sincronización de una brigada culinaria profesional. La comida no era nada ostentosa: unas miniquiches de puerro y queso gruyere, brochetas de mozzarella y unas tablas de embutidos. Habían estado trabajando sin tregua desde hacía dos horas, turnándose para ducharse y vestirse para la ocasión.

Lisa fue la última en bajar, ya maquillada y con un vestido deslumbrante. Era la menor de las hermanas y la única soltera.

Jennifer fue la primera en darse la vuelta, con ese sexto sentido de hermana mayor. Era ocho años mayor que Lisa y la referencia indiscutible entre las hermanas, no sólo por una cuestión de veteranía, sino por haber sido punta de lanza en muchas cosas: la primera en ser madre, nada menos que de tres niños; Jennifer era una persona positiva y de una fortaleza a prueba de balas. Las veces que Luca y Sarah habían transitado por situaciones críticas en sus trabajos, incluso en ocasiones que pusieron en riesgo sus propias vidas, Jennifer había estado allí para hacer lo que fuera necesario sin que le temblara el pulso ni desmoronarse. Era el tipo de persona que quieres a tu lado en una situación límite.

—Vaya, hermanita. Una lástima que Danny siga con esa chica… ¿Cómo se llama? ¿Stephanie? La que da clases de pilates…

Sarah, que estaba en la esquina opuesta de la cocina doblando servilletas, hizo oídos sordos al comentario. Sabía cuando sus hermanas se ponían en plan de celestinas y prefería no involucrarse cuando nada menos que el jefe de su marido estaba en el medio.

Helen, por el contrario, recogió el guante de inmediato. Era la siguiente después de Jennifer, apenas dos años menor, y entre las dos habían desarrollado capacidades telepáticas que utilizaban en detrimento del resto.

—Se llama Nicole. Pero Danny viene solo.

La palabra «solo» flotó en la cocina durante unos segundos.

—¿Viene solo? ¿Qué ha pasado con Nicole?

—Según me dijo Sarah, Nicole lo dejó.

Era gracioso que se refirieran a Sarah como si no estuviera presente, cuando claramente era la fuente de esa información.

Lisa seguía en el umbral observando la pequeña escena cómica.

Helen se dio por fin la vuelta para observar a su hermana.

—Es cierto, hermanita, ¡estás preciosa! ¿Has oído lo que he dicho de Danny?

Lisa la miró con fingido hastío. Trazó un círculo imaginario con la punta del dedo.

—¿Te refieres a la pequeña puesta en escena entre Jen y tú?

Entró en la cocina y caminó en dirección a Sarah.

—No ha sido ninguna puesta en escena —se quejó Jennifer—. No tenía ni idea de que…

El intento de sostener que el diálogo había sido espontáneo provocó que Jennifer se quebrara y que el resto la siguiera en una cascada de risas.

Cuando recuperaron la calma, Helen volvió a la carga:

—Como Sarah no iba a decírtelo, porque ya sabes que ella es la señorita corrección, es mi deber contártelo para ver qué haces con esa información.

—No haré nada con esa información —dijo Lisa.

—Vamos, Lisa. Danny es guapísimo; capitán de policía, nada menos. Sin exmujeres locas ni niños a la vista.

—Helen, por favor —suplicó Lisa poniendo los ojos en blanco —. No necesito que me leas el currículum de Danny Durham. Lo conozco a la perfección, ha venido a la mitad de las barbacoas de esta familia.

—Y por eso mismo deberías prestarle más atención —insistió Jennifer, acercándose a ella y pasándole un brazo por los hombros—. Lisa, tienes un trabajo increíble, eres divertida… Vas a tener a un hombre como Danny literalmente sirviéndote cerveza en el jardín.

Sarah observaba la escena intentando reprimir una carcajada, debatiéndose entre rescatar a su hermana menor o dejar que las otras dos siguieran con su implacable operativo. El clima entre ellas era distendido, plagado de un humor mordaz, pero Sarah sabía de sobra que, en el fondo, Jennifer y Helen hablaban muy en serio. Llevaban años intentando emparejar a Lisa con cualquiera que consideraran un «candidato digno», y Danny Durham llevaba tiempo ocupando el puesto número uno en su ranking.

—No voy a tontear con el jefe de mi cuñado, Jen —dijo Lisa—. Sería incomodísimo para Luca.

—A Luca le daría igual —rebatió Helen al instante—. Luca adora a Danny. Seguro que sería el tipo más feliz del mundo si os casarais.

—¡Que no me voy a casar con él! —protestó Lisa—. Por el amor de Dios, chicas, parad. Además, al pobre hombre lo acaba de dejar su novia. Lo último que necesita es que las hermanas de la anfitriona le tiendan una emboscada matrimonial.

—Nadie habla de emboscadas —insistió Jennifer—. Sólo déjate ver…

Jennifer le guiñó un ojo.

—Me voy al jardín —anunció Lisa, cogiendo una de las bandejas de brochetas como excusa para huir—. Sois insoportables.

—¡Ponte más brillo en los labios! —le gritó Helen a su espalda.

Cuando se quedaron las tres solas, Sarah se acercó. Dio un sorbo a la copa de vino que estaba tomando Jennifer.

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo Helen dirigiéndose a Sarah— No deberíamos insistirle tanto…

—Yo no he dicho nada, pero sí, creo justo eso. Más allá de las bromas, Lisa ya es mayorcita para saber lo que hace.

—Bueno, esa es la cuestión —dijo Jennifer—. Ya tiene una edad y a veces se comporta como si tuviera veinte. Y tiene treinta y siete.

—No empecemos con eso de nuevo —dijo Sarah, y dio una palmada para poner un punto final a la cuestión—. La comida está casi lista y ahora lo único que resta es esperar a que lleguen todos y

que vuestros hijos no confundan los cojines blancos del salón con una cama elástica.

—Mis hijos serán unos santos —dijo Jennifer.

—Sí, claro.

—No, de verdad, están sobre aviso. Ayer tuve una conversación larga con ellos. Un solo adorno que vuele por el aire…, una mota de polvo fuera de lugar y no hay videojuegos durante un mes.

—¿Un mes? —dijo Helen—. Sería el apocalipsis.

—Ellos saben que cumplo mi palabra, así que mejor que se comporten como si estuvieran en el palacio de Versalles.

El jardín de los Bruzzo era el sitio predilecto de la familia, y la razón principal por la que Luca y Sarah se habían enamorado de esa casa. No era demasiado grande, pero estaba cercado por cuatro muros que le daban total privacidad, con un ligero desnivel en el centro. En una de las mitades había una mesa con capacidad para diez personas, y en la otra, un espacio acogedor con amplios sillones de exterior y una extensa mesa baja.

Las enormes puertas correderas de cristal que conectaban el salón con el patio permanecían abiertas de par en par, permitiendo que el murmullo ahogado de las hermanas y la música suave que Sarah había puesto en la cadena fluyeran hacia afuera.

En una esquina aguardaba la vajilla que Luca estaba distribuyendo sobre el mantel. A su lado, moviéndose como un duendecillo laborioso, estaba Lily. Su hija, con el pelo recogido en una coleta y vestida con una camisa vaquera que ya empezaba a quedarle corta, lo estaba ayudando con la logística de la mesa. Lily sostenía un taco de posavasos de corcho y los iba colocando frente a cada plato con una concentración que le arrugaba el entrecejo, imitando sin darse cuenta los gestos de su padre.

—Papá —dijo tras un silencio inusitadamente largo—. ¿El abuelo Francesco va a venir esta noche?

Luca sintió un ligero vuelco en el estómago. A pesar de los meses transcurridos desde que Francesco Bianchi había entrado en

sus vidas, escuchar la palabra «abuelo» asociada al nombre de aquel hombre todavía le producía una extraña disonancia cognitiva. Se giró hacia ella, apoyando una mano en el respaldo de una de las sillas de metal.

—Sí, cariño. Claro que va a venir.

Lily asintió, colocando el último posavasos con sumo cuidado.

—¿Y por qué no había venido antes?

Luca ya había hablado del tema con Lily. De hecho, se lo había explicado en repetidas ocasiones. Entendía a la perfección que las dudas de la niña respecto a la ausencia de Francesco encerraban, en realidad, los miedos lógicos sobre la relación que la propia Lily tenía con él. ¿Acaso a ellos iba a pasarles lo mismo alguna vez?

Luca se agachó frente a ella, apoyando una rodilla sobre el césped para quedar a su altura. Por supuesto, a Lily le había contado una versión edulcorada de la realidad. De nada servía decirle: «Porque tu abuelo dejó embarazada a mi madre cuando era una adolescente asustada y huyó a Italia, borrándose del mapa durante cuarenta años, mientras a mí me criaban con la mentira de que era un héroe de guerra». Aquella era su carga, su dolor, y se negaba rotundamente a depositar ese peso tóxico sobre los hombros inocentes de su hija.

—Bueno, la verdad es que el abuelo Francesco y yo estuvimos mucho tiempo sin vernos. Él vivía en Italia, donde tiene otros hijos que eran más pequeños que yo y que lo necesitaban allí.

—Sí, eso ya me lo has dicho —replicó la niña—. Pero los aviones existen, papá. ¿Es que él no quería estar contigo?

Sintió la tentación de desviar la mirada, pero se obligó a sostener los ojos brillantes y escrutadores de su hija. Lily apenas tenía siete años. Luca tomó una decisión impulsiva, de esas que, en ocasiones, resultan ser las mejores de todas.

—A veces, Lily… a veces las personas adultas cometemos. Tomamos decisiones de las que luego nos arrepentimos profundamente. Cuando Francesco era muy joven, antes de que yo naciera, sintió miedo. Se asustó porque no sabía cómo ser un buen padre, y pensó que lo mejor era marcharse lejos. Fue un error muy

grande. Y por culpa de ese error nos perdimos la oportunidad de estar juntos durante muchos años.

—¿Y ya no tiene miedo?

Luca sonrió.

—No, ya no lo tiene. Se dio cuenta de que haberse alejado fue una equivocación terrible, y tuvo la valentía de regresar para intentar arreglarlo. Volver y pedir perdón cuando te has equivocado tanto es algo muy difícil de hacer, Lily. Requiere mucho valor. Y ahora está aquí, esforzándose todos los días por conocernos y por ser el mejor abuelo del mundo para ti.

Lily pareció sopesar la respuesta durante unos largos segundos. El viento movió con suavidad las guirnaldas de luces sobre sus cabezas, haciendo bailar las sombras de ambos sobre el mantel.

—A mí me gusta que esté aquí —sentenció Lily al fin—. Aunque sus trucos de magia no sean muy buenos.

Luca ensanchó su sonrisa. Cuando levantó la mirada, aún arrodillado en el césped, vio la figura de Lisa al otro lado de la cristalera. Se había quedado allí en silencio para no interrumpirlos.

Luca le hizo un suave gesto con la cabeza para indicarle que ya habían terminado.

—A mí también me gusta que esté aquí, cariño —concedió Luca. Se puso en pie y le rodeó los hombros con el brazo, atrayéndola hacia sí—. Venga, vamos a terminar de poner la mesa.

Lisa atravesó la cristalera y salió al patio.

—¡Qué bonito está quedando todo! Vengo a ayudar, así me escapo de mis hermanas durante un rato…

Lily se volvió de inmediato al escucharla.

—¡Tía Lisa! ¡Ese es el mejor vestido del mundo! ¿Por qué tienes que escaparte de las tías?

Luca había tomado la decisión de no invitar a nadie de la policía a excepción de Danny. Al ser el padrino de Lily, Danny era técnicamente parte de la familia, por lo que no constituía una violación a la regla. Así había sido desde su primer cumpleaños y lo

cierto era que no había una sola razón concreta para ello. Tenía buenos amigos en el cuerpo; Erica Sanders y Cynthia eran sólo dos de ellos. Pero establecer una criba, además de arbitraria, podía herir algunas susceptibilidades y convertir su cumpleaños en una logia de secretismos, algo que Luca detestaba en el ámbito laboral. Además, existía una realidad innegable: el espacio en su casa era limitado. Con sus compañeros de Robos y Homicidios bromeaba diciendo que, si sus suegros no hubieran sido tan prolíficos, podría invitar a todo el departamento de policía.

Los primeros en llegar fueron los maridos de las hermanas de Sarah con sus cuatro hijos: tres de Jennifer y uno de Helen. Las edades iban de los siete a los diez años. En cuanto cruzaron el umbral, la casa se llenó de gritos y algarabía.

Los siguientes en aparecer fueron Danny y Francesco Bianchi. Cuando Luca abrió la puerta de la calle y se los encontró a los dos en el portal conversando de manera amigable, experimentó una sensación extraña. No era la primera vez que ellos dos se veían, pero Luca no dejaba de sentirse raro en presencia de su padre biológico, mucho más cuando este interactuaba con su círculo cercano.

Atenta a todo, Jennifer salió de la cocina y fue a saludar a los recién llegados. Como todas las hermanas Tripplehorn, poseía la asombrosa capacidad de pulverizar cualquier incomodidad a base de puro carisma. Le dio un beso a Danny y un abrazo a Francesco, dirigiéndole un comentario ingenioso que de inmediato lo hizo sentir cómodo.

Luca todavía no había cerrado la puerta cuando el coche de su amigo Peter Hibbert aparcó en la acera de enfrente. A Peter lo conocía desde el instituto —era el gracioso del curso, y con el tiempo se había convertido en abogado, algo que, en su caso, no constituía una gran contradicción. Peter salió del coche mientras Samantha hacía lo propio del lado del acompañante. De los asientos traseros bajó Tina, una niña de nueve años a la que Lily idolatraba. Los Hibbert tenían otra hija de dieciséis o diecisiete años; Luca nunca lograba acertar su edad.

—¡Feliz cumpleaños! —gritó Peter desde el otro lado de la calle. A continuación, volvió a meterse en el coche y amagó con ponerlo en marcha para largarse de allí.

Samantha negaba con la cabeza, resignada, mientras cruzaba la calle sosteniendo una caja inmensa con las dos manos.

Luca se adelantó para saludarla y se ofreció a llevar la caja.

—No te preocupes, la llevo directo a la cocina —dijo ella— ¡Feliz cumpleaños, Luca!

—Gracias. ¡Hola, Tina! Lily está arriba con sus primos.

Al escuchar la palabra «primos», el rostro de Tina se iluminó. Podía tener nueve años, pero ya había dictaminado que algún día se casaría con Ronnie, el hijo del medio de Jennifer. Entró en la casa a la velocidad del rayo y fue directa a las escaleras.

—¡Feliz cumpleaños, amigo querido! —lo saludó por fin Peter, acercándose para darle un efusivo abrazo—. Y te ahorras un comensal… porque nuestra hija mayor se ha quedado en casa con su novio para hacernos abuelos.

—¡Peter! —lo reprendió la voz de Samantha antes de entrar a la cocina.

Luca se asomó al exterior antes de cerrar la puerta. Todavía esperaban a más invitados, pero no había ninguno a la vista.

En el interior, Jennifer y Helen salieron al encuentro de los recién llegados. Sarah se les unió un momento después. Ella y Samantha se habían vuelto amigas íntimas a raíz del vínculo de sus maridos y se fundieron en un abrazo nada más verse.

Luca, por su parte, acompañó a Peter hasta el jardín. Allí estaban ya sentados Danny y Francesco; a este último Peter lo veía por primera vez. A pesar de haber visto fotografías previas, el parecido asombroso con Luca lo impresionó a tal punto que ninguna broma brotó de sus labios.

—Soy Peter Hibbert —se presentó—. Un viejo amigo de Luca.

—Francesco Bianchi. Un placer.

Durante la siguiente media hora llegó el resto de los invitados. Alyssa apareció en el jardín acompañada por Sarah. La flamante

directora de la unidad oeste de la BAU saludó a todos, despojada por fin de sus habituales y estrictos trajes de chaqueta. Llevaba unos vaqueros oscuros, botines y una blusa de seda.

Luca, que estaba situado estratégicamente cerca de la cristalera, se levantó de inmediato.

—¡Feliz cumpleaños, Luca! —lo saludó ella con un abrazo, entregándole una bolsa de regalo estrecha y alargada que delataba la silueta de una botella de vino.

—Gracias por venir, Alyssa —respondió él, cogiendo el obsequio—. ¿Y Elliot? Pensé que intentarías traerlo un rato.

Alyssa sonrió y sacudió la cabeza.

—Era la idea. Pero luego lo pensé y no tenía mucho sentido. Se hubiera dormido pronto. Está muy bien en casa con Joane. ¡Qué bonito está todo!

—Ya conoces a la brigada Tripplehorn cuando se propone algo.

Alyssa rio y se sentó en la mesa junto a Lisa.

Casi pisándole los talones a Alyssa apareció Fiona con su novio. Fiona era una amiga de Luca de su antiguo barrio; la madre de la chica se había encargado durante años de la limpieza de la casa de Lori Bruzzo, y ella siempre la acompañaba. Era diez años más joven que Luca y él había adoptado con ella la figura de un hermano mayor. Fiona no frecuentaba a ninguno de los presentes; sin embargo, su carácter extrovertido le permitía relacionarse de inmediato con cualquiera. De hecho, el diálogo que mantuvo con Francesco al verlo por primera vez despertó risas en toda la mesa.

«Es como haber viajado en el tiempo y saludar al Luca del futuro. Un auténtico placer, señor Bianchi».

En menos de cinco minutos, Fiona ya hablaba con Francesco como si fueran viejos amigos. Ella era la única de la mesa que había conocido en persona a Lori Bruzzo.

Luca fue a la cocina a dejar la botella de vino obsequio de Alyssa y, al regresar, advirtió que Fiona lo señalaba desde su lugar en la mesa.

—Ese hombre es un genio, se lo digo yo, señor Bianchi.

Luca se quedó de pie en el umbral. No tenía ni la más remota idea de a qué se refería Fiona. El resto de los comensales, por

alguna razón atraídos por el comentario, se habían vuelto hacia ella y aguardaban en silencio.

—Oh… veo que tengo la atención de todos —dijo Fiona—. No sé si la anécdota es para tanto.

La risa nerviosa de Fiona se contagió al resto.

—Ahora tienes que estar a la altura —dijo Peter mientras se llevaba un canapé a la boca.

—Lo intentaré —comenzó Fiona, dirigiéndose a su improvisada audiencia sin el menor rastro de timidez—. Yo tenía un novio con el que me peleaba bastante. No todo el tiempo, pero sí de vez en cuando. Mi madre, que también tenía con mi padre pequeñas discusiones cotidianas, me decía que las discusiones eran como los platos que se colocan debajo de las macetas.

Hasta ese momento Luca no había tenido idea hacia dónde iba Fiona, pero la mención del plato debajo de las macetas le hizo recordarlo de golpe.

—Lo recuerdas, ¿verdad, Luca?

Él asintió. Los invitados estaban cada vez más intrigados.

—¿Y por qué como los platos de las macetas? —preguntó Lisa —. Siento que voy a enterarme de algo que debería saber.

—Mi madre decía que esos platos se van llenando de agua poco a poco, y que de tanto en tanto hay que vaciarlos. Para ella, las discusiones de pareja eran como vaciar esos platos; una forma de no guardarse todo dentro y evitar que el agua rebose.

La explicación suscitó todo tipo de comentarios en la mesa, casi todos a favor de la sabiduría materna.

—El caso es que yo estaba feliz con mi exnovio y nuestras discusiones —prosiguió Fiona—, amparada por la teoría de mi madre. Hasta que un día lo hablé con Luca.

Todas las miradas se volvieron hacia él, que seguía de pie a un lado de la mesa, con las manos en los bolsillos.

—Dime lo que me dijiste, Luca —lo animó Fiona.

—No lo recuerdo exactamente —se excusó él, rojo como un tomate al verse en el centro de atención.

Sarah sentía especial interés. Lo observaba desde la cabecera de la mesa. Él se dio cuenta y se produjo entre ellos un sordo y

cómplice diálogo de miradas.

—Lo diré yo —intervino Fiona para evitar incomodar más al agasajado—. Me dijo que él no estaba para nada de acuerdo con la teoría de mi madre, que para él, las parejas eran como las señales de tráfico en la carretera, y que cada vez que discutes es como pegarles un tiro. Al principio no lo notas, apenas un rasguño, pero con el tiempo, la señal está tan agujereada que es imposible de leer.

La mesa se sumió en un inesperado silencio. Sarah observaba a Luca con una sonrisa. Cuando él la miró, ella le dedicó un silencioso «Te quiero».

—¡Bruzzo, no sabía que eras tan profundo! —exclamó Peter como un cavernícola.

—Eso es precioso —dijeron Jennifer y Helen, prácticamente a coro.

—Y gracias a esa conversación pude ver que lo de mi exnovio no tenía futuro. Y así conocí a Parker, un hombre de verdad que me ama —concluyó Fiona. Se giró, le dio un beso en la boca a su novio y levantó su copa hacia el detective—. ¡Gracias, Luca!

—Sí, gracias, Luca —se sumó Parker y provocó más risas.

Peter animó al resto a levantar sus copas.

—¡Por el Doctor Amor!

El timbre de la casa volvió a sonar. ¡Salvado por la campana! Luca aprovechó la excusa para huir hacia la puerta de la calle. En el pasillo se cruzó con Lily y Tina, que se escondían detrás de un sofá y le hacían gestos frenéticos para que dejara de fijarse en ellas y no delatara su posición.

Los recién llegados eran los últimos invitados: Greg Lachman y su esposa, Martha. Greg era, junto con Peter Hibbert, el otro gran amigo que Luca conservaba de su época en el instituto. A diferencia del extravagante y ruidoso abogado, Greg era un arquitecto de perfil bajo, metódico y de sonrisa fácil. Se saludaron en el recibidor y Luca aceptó unas disculpas totalmente innecesarias por la demora. Los condujo hasta el jardín, donde Peter recibió a su viejo amigo vociferando desde la mesa.

El patio trasero no tardó en cobrar vida propia. Con la llegada de todos los invitados, los grupos se fueron haciendo y deshaciendo

con naturalidad; esa era una de las razones por las que Luca y Sarah no habían querido asignar sitios fijos, permitiendo que cada uno pudiera moverse con libertad, probando de cada bandeja.

Peter y Greg se interesaron de inmediato por Francesco, que hablaba con un inglés más que decente a pesar de haber vivido tan pocos años en el país. En la zona de los sillones de exterior se había formado un núcleo duro de mujeres que incluía a las esposas de Peter y Greg, a Alyssa y a las hermanas Tripplehorn. Se mantenían dos conversaciones a la vez en una coreografía perfecta y bulliciosa.

Danny, sin embargo, se había alejado momentáneamente del ruido. No quería que nadie lo advirtiera, pero verse rodeado de tantas parejas, niños correteando por la casa y dinámicas familiares consolidadas le había hecho pensar en Nicole. Convivir con una relación fallida era posible, dos también… pero él sentía que llevaba demasiadas a sus espaldas. Claramente, el problema no eran las mujeres con las que salía, sino él. ¿Cuándo terminaría de hacer daño a personas valiosas? Cada vez que iniciaba una nueva relación se convencía a sí mismo de que esta vez sería diferente, como si cada una de ellas fuera una cura milagrosa para sus propios fantasmas.

Justo Lisa, que acababa de salir de la cocina haciendo equilibrios con una bandeja de canapés de jamón ibérico, lo divisó de pie en un rincón, mirando el cielo estrellado.

A pesar de las advertencias y el acoso sin cuartel de sus hermanas, Lisa no tenía ninguna intención de ejercer de cazadora esa noche. Le irritaba la insistencia de Jennifer y Helen en verla emparejada a toda costa, como si la soltería a su edad fuera una enfermedad terminal que requiriera un trasplante urgente de marido. Le daba rabia tener que reprimir su instinto natural de acercarse a hablar con Danny, a quien ciertamente consideraba un hombre interesante y apuesto. Acercarse a él y ofrecerle un canapé no tenía nada de malo; era simple educación hacia un invitado que mostraba una expresión de melancolía mal disimulada.

—¿Quieres uno?

Danny parpadeó y regresó a la realidad. Se quedó mirando a Lisa un momento, un poco descolocado por su aparición silenciosa.

—Sí, claro. Muchas gracias.

Después de que Danny cogiera con dos dedos uno de los aperitivos, ella dio dos pasos hacia un lado y dejó la bandeja en una de las mesas auxiliares. A continuación, se agachó, abrió la nevera portátil y sacó un botellín de cerveza.

—¿Prefieres estar solo? —preguntó ella.

Danny sonrió y negó con la cabeza.

—Las mujeres Tripplehorn no se andan con rodeos, ¿eh?

—No —dijo Lisa, dándole un golpecito a la chapa del botellín para abrirlo—. Sinceridad ante todo. Herencia de nuestra madre.

Danny se ofreció a abrir la cerveza con el abridor y Lisa se lo entregó.

—Tiene sus ventajas y sus desventajas —dijo ella, para después dar un trago largo y refrescante.

—Pues a mí me parece una gran virtud. Yo vengo de una familia donde no se decía casi nada.

—Los extremos nunca son buenos. Quizás en mi familia se opina demasiado. Mira por encima de mi hombro, pero hazlo con disimulo. Apuesto lo que quieras a que Jennifer y Helen me están mirando fijamente en este preciso momento.

Danny desvió apenas la mirada hacia la zona de los sillones.

—Sí… totalmente pendientes.

—Te lo dije.

Lisa se llevó la mano libre a la espalda y levantó el dedo corazón en dirección a sus hermanas.

Como un truco de magia perfectamente sincronizado, un volcán de carcajadas estalló en el grupo de mujeres.

—Ven, Danny, vamos a enloquecer a mis hermanas un poco más y a ver en qué anda el resto —propuso Lisa. Dobló el codo formando una cuña y le ofreció el brazo para que Danny se agarrara.

Juntos fueron caminando hacia la mesa principal, donde se unieron al grupo ecléctico del que participaban los amigos de Luca, Francesco y ahora también Fiona.

—¡Muy bien, todo el mundo, atención! —La voz de Sarah resonó por encima del murmullo, cortando la música de golpe.

Se había colocado en el centro del umbral de las puertas correderas, aplaudiendo un par de veces para pedir silencio. En el interior de la casa, las luces principales se habían apagado, sumiendo el salón en penumbras.

Los niños llegaron en tropel desde la planta de arriba. Tina y la pequeña Lily irrumpieron en la estancia derrapando en calcetines, gritando y empujándose para ganar el mejor sitio frente a la mesa del comedor.

Los adultos empezaron a converger hacia las cristaleras, formando un semicírculo expectante.

Sarah desapareció un instante por el pasillo y, segundos después, emergió desde la oscuridad de la cocina caminando con pasos lentos y ceremoniosos. En sus manos sostenía una imponente tarta casera de chocolate. En el centro del pastel, dos velas doradas con los números cuatro y seis ardían con fuerza, proyectando un resplandor tembloroso y cálido que iluminaba el rostro sonriente de su mujer.

—¡Papi, ven aquí! —le gritó Lily, saltando de impaciencia.

Luca, sintiendo un nudo de pura emoción en la garganta, se acercó entre aplausos y palmadas en la espalda de Peter y de Danny. Se detuvo frente a la mesa, rodeado por el ejército de sobrinos y su hija.

Un coro descoordinado pero entusiasta estalló al unísono, llenando la casa con los acordes del «Cumpleaños feliz».

Luca paseó la mirada por los rostros iluminados por la luz de las velas.

—¡Pide un deseo, papá! —lo urgió Lily en cuanto terminó la canción, tirándole de la manga de la camisa.

El deseo era sumamente sencillo: tenía todo lo que quería, así que su único anhelo en esta vida era no perderlo.

Tomó aire, llenando sus pulmones, y de un solo soplido potente apagó las velas.

Los aplausos y los vítores se desataron en la oscuridad.

—¡Papi! ¡Papi!

Lily se había subido a una silla para quedar a su altura y le extendía algo. Luca lo cogió con cuidado. Era una cartulina de

colores doblada por la mitad. En el interior había un dibujo de ellos dos nadando en el mar, acompañado de unas letras grandes y bastante regulares: «Te quiero, papá. Feliz cumpleaños».

Faltaban apenas unas horas para que una voz desconocida destrozara aquel mundo perfecto y diera comienzo a la noche más larga y oscura de toda su vida.

34

La noche más larga
7:12 AM

¿Qué es lo primero que piensas cuando te dejan encerrado?

Que te mueres de ganas de mear, por supuesto.

El cerebro, que para infinidad de tareas es una máquina prodigiosa y eficiente, para otras es un jodido rey de la ironía. En el caso de Luca, la adrenalina había mantenido la urgencia a raya, hasta que Ray le había dicho unos minutos atrás que él mismo había sentido la necesidad de ir al baño.

—¡¿Qué haces?! —protestó Ray, espantado cuando Luca se puso de cara a uno de los rincones.

—Lo siento… No puedo más.

Un poderoso chorro de orina golpeó el panel acústico de la pared. El alivio que experimentó Luca fue tan grande que por un momento ni siquiera fue consciente del charco inmenso y burbujeante que se estaba formando a sus pies.

—Genial —bufó Ray, tapándose la nariz con la manga—. Si algo le faltaba a estar encerrados en un búnker era ese aroma a rosas.

Luca apenas lo escuchó. Estaba demasiado ocupado separando los pies lo suficiente para no mojarse. Con semejante urgencia no iba a poder pensar con claridad. A medida que la presión en su vejiga cedía, su mente se enfocaba.

Todavía no podía creer que Cynthia los hubiera dejado encerrados allí.

Se subió la cremallera del pantalón y se dio la vuelta, respirando hondo, para poder echar un vistazo más detallado al entorno.

—¿Qué rayos es esta habitación?

—Es una habitación del pánico —dijo Ray sin apartar la vista de los servidores, a los que había empezado a examinar en detalle —. ¿Has visto la película de Jodie Foster?

—Imagínate la respuesta.

—Joder, tío. Pues es exactamente eso. Esta es una habitación blindada. Está diseñada para que nadie pueda entrar, pero supongo que la ironía es que tampoco se puede salir si la han cerrado desde fuera. Los muros deben de ser de hormigón armado y acero.

—Una habitación blindada… —repitió Luca mientras pasaba una mano por la pared, dando unos golpecitos aquí y allá. El sonido era sordo, denso.

Además de la mesa central y las pantallas apagadas en las paredes, había una serie de armarios empotrados a un costado. Luca se dirigió a ellos y abrió las puertas.

—Madre mía —murmuró.

El interior estaba atiborrado de suministros: latas de comida en conserva para sobrevivir a un apocalipsis, garrafas de agua, botiquines de primeros auxilios, mantas térmicas y hasta máscaras de gas.

—Al parecer, los padres de Jenna esperaban el fin del mundo o una invasión zombi —dijo Luca mientras elegía una lata de melocotones en almíbar—. Lástima que no pensaran en instalar un retrete.

Cerró el armario con fuerza y se giró hacia Ray.

—¿Tienes idea de por qué Cynthia nos ha dejado encerrados?

Ray salió de la parte de atrás de los servidores.

—Iba a hacerte esa misma pregunta.

—¿Qué son esos aparatos?

—Si te soy sincero…, no tengo ni idea de qué hacen aquí, pero son equipos de gran rendimiento. He escuchado a algunos colegas hablar de una especie de dinero virtual que se crea con máquinas potentes, pero no lo sé con certeza. Eso sí, generan un calor del demonio, por eso el aire acondicionado está tan fuerte aquí dentro.

—Dinero virtual —dijo Luca mirando el rack de luces con desdén—. Lo que importa es si nos sirve para salir de aquí.

—Están conectados a la red —dijo Ray, señalando el cableado —. ¿Ves este cable azul? Hay salida a Internet.

Luca se acercó, esperanzado.

—¡Genial! ¿Podemos enviar un correo electrónico entonces? ¿Pedir ayuda?

—¡Claro! —Ray miró alrededor, y su entusiasmo se desinfló—. Sólo necesitamos un teclado o un ratón.

—Mierda.

—Tiene que haber algo —dijo Ray, empezando a abrir los cajones de la mesa central—. Nadie monta un centro de datos así sin una forma de control local para emergencias.

Entre los dos empezaron a buscar con frenesí. Luca revisó de nuevo los armarios de suministros, apartando las latas. Ray se centró en el mobiliario técnico.

—¡Bingo! —exclamó Ray.

Justo debajo de las pantallas apagadas de la pared, Ray descubrió un panel corredero que se mimetizaba con el revestimiento acústico. Al deslizarlo, quedó al descubierto una consola de control con varios botones, una pequeña pantalla LCD y un joystick.

—Es un sistema de circuito cerrado de televisión —anunció Ray.

Pulsó el botón de encendido. Los monitores de la pared cobraron vida con un zumbido estático. En cada uno de ellos aparecieron imágenes de la casa en blanco y negro, con una nitidez sorprendente.

—¿Ese joystick podría servirte para manejar el servidor? —preguntó Luca.

—No lo creo. Es un mando para mover las cámaras.

Ray acercó una de las sillas ergonómicas y se sentó delante de la consola. Tras algunas pruebas consiguió entender la lógica del sistema e ir seleccionando cada una de las cámaras disponibles. Pasaron por el jardín delantero, el camino de acceso, el salón principal, la cocina…

—¿Puedes mover las cámaras desde aquí?

Ray hizo la prueba con la cámara que tenía seleccionada, ubicada en el salón de las muñecas. Al mover el joystick, la imagen en la pantalla giró con suavidad barriendo las vitrinas llenas de muñecas inquietantes.

—Parece que sí. ¿Quieres que intente localizar a Cynthia?

—No. Quiero que encuentres a Jenna y a Mark en la habitación de la planta alta.

Ray hizo una mueca.

—No creo que las habitaciones tengan cámaras, Luca. Los ricos son paranoicos con la seguridad, pero también con su privacidad.

—Fíjate, por favor.

Ray fue probando diferentes números en el teclado numérico. Algunos canales mostraban «SIN SEÑAL». Otros saltaban a vistas del perímetro exterior.

—Te lo dije. Nada en los dormitorios.

Ray siguió pasando canales hasta que una imagen familiar apareció.

—Espera. Esa de ahí.

Parecía el pasillo de la segunda planta. Se veía la barandilla de la escalera al fondo y tres puertas cerradas a la derecha.

—Jenna y Mark deben de estar tras alguna de esas puertas.

—¿Y qué si podemos ver el pasillo? —preguntó Ray—. No podemos hablar con ellos. No hay audio bidireccional en este sistema.

—Pero podemos llamar su atención.

—¿Cómo?

—El joystick. Si movemos la cámara cuando salgan, escucharán el motor. O verán que el objetivo se mueve hacia ellos. Jenna se dará cuenta de que alguien la está operando.

—Me parece una buena idea.

Luca acercó la otra silla y se sentó al lado de Ray, cruzándose de brazos.

—¿Nos vamos a quedar a esperar sin más?

—¿Tienes una mejor idea?

—No.

Se quedaron mirando el monitor que ahora mostraba el pasillo desierto. En la otra pantalla, Ray dejó seleccionada la cámara del salón, enfocada hacia el pie de la escalera.

—En algún momento tienen que ir al baño —comentó Luca—. O bajar a por comida.

—A lo mejor les gusta orinar en los rincones.

Luca esbozó una sonrisa cansada y se lo quedó mirando.

—Me caes bien, Ray. Entiendo por qué Cynthia confía en ti.

Ray asintió, pero sin apartar la vista del monitor que mostraba el pasillo.

—Ella te respeta mucho a ti también, Luca. Más de lo que crees.

—Tiene una forma curiosa de demostrarlo —dijo Luca mirando de reojo la puerta blindada.

—No lo digo por decir. Siempre habla de ti. Dice que eres el único policía en quien confía a ciegas. Si nos ha encerrado aquí… —Ray hizo una pausa, buscando las palabras—, seguro que debe de tener una buena razón.

Luca suspiró. Sabía que el chico tenía razón en cuanto a Cynthia. Él también confiaba a ciegas en ella.

¿Por qué estas haciendo esto?

Durante los siguientes minutos lo único audible fue el zumbido constante de los ventiladores de los servidores. El silencio era demasiado pesado.

—En tu piso me dijiste que os conocíais desde hacía unos meses —dijo Luca—. Pero vi cómo te miraba en el coche. Y cómo la mirabas tú a ella cuando pensaste que estaba herida.

—Nos conocemos desde hace casi dos años.

Luca arqueó una ceja. ¿Dos años? Cynthia había mantenido en secreto esa parte de su vida.

—Pero sí es cierto que empezamos a salir y a vernos con más frecuencia hace cinco meses. Antes de eso sólo éramos amigos. O algo así. Nos veíamos de vez en cuando, hablábamos. Ella necesitaba desconectar del trabajo y yo… bueno, a mí me gustaba escucharla.

—¿Dónde la conociste?

—Te vas a reír, pero la conocí en una lavandería de autoservicio.

—¿Una lavandería?

—Sí. Un domingo por la tarde. Yo estaba allí porque mi secadora había muerto y tenía una montaña de ropa. Ella entró hecha una furia, cargando una bolsa de ropa sucia que pesaba más que ella. Al parecer, su lavadora había decidido inundar su cocina justo ese día.

Luca sonrió al recordar el incidente del que ella misma le había hablado.

—Yo empecé a mirarla con disimulo en cuanto entró. Me deslumbró, esa es la verdad. Ella metió las monedas en la máquina, seleccionó el jabón y nada. Estaba a punto de darle una patada al aparato.

—Suena a Cynthia.

—Me acerqué y le dije que, si la golpeaba en un punto específico, justo encima de la ranura, el mecanismo solía soltarse. Ella me miró con cara de pocos amigos pero lo hizo. Y el jabón cayó.

—El toque mágico —dijo Luca.

—Conectamos de inmediato. No sé explicarlo. Nos pasamos las dos horas siguientes sentados en esas sillas de plástico incómodas, viendo girar la ropa y hablando de todo menos de nuestros trabajos. Yo no sabía que era policía y ella no sabía que yo me dedicaba a… bueno, a mis cosas.

—¿Y qué pasó hace unos meses? —preguntó Luca—. ¿Por qué cambió la cosa?

—No lo sé. Un día me llamó y… cambió sin más. Dejó de ser sólo amistad. Creo que se sentía sola. Y yo también.

Luca volvió a mirar los monitores. En la pantalla de la izquierda, el pasillo de la segunda planta seguía desierto. Las puertas de las habitaciones permanecían cerradas. Ni Jenna ni Mark daban señales de vida.

—Tienen que salir —dijo Luca. Sólo intentaba convencerse a sí mismo.

Pero los minutos pasaban y en la pantalla no sucedía nada en absoluto.

Luca se puso de pie de repente.
Ray se sobresaltó.
—¡¿Qué pasa?!
—No entiendo cómo no lo hemos pensado antes…

35

La noche más larga
7:32 AM

Llevaban veinte minutos en la habitación del pánico.

Parecía muchísimo más.

Luca dio vueltas por la habitación como un león enjaulado, cuidando de no pisar el charco de su propia orina, que por cierto volvía el aire bastante irrespirable. Ray no había vuelto a quejarse de ese olor nauseabundo, pero bien podría haberlo hecho y Luca le habría respondido de la misma manera que antes, diciéndole que lo sentía realmente.

En la consola que controlaba las cámaras de la casa, Ray buscaba frenéticamente la señal del garaje. Antes la habían visto pasar durante unos segundos en el barrido general sin prestarle mayor atención, cuando su prioridad era encontrar personas, no vehículos.

—La tengo —dijo al fin Ray, deteniendo el movimiento de sus dedos sobre el panel.

Luca se acercó a la pantalla.

La cámara estaba instalada en el interior del garaje, en la pared trasera, y ofrecía una vista panorámica hacia la salida. El portón permanecía cerrado. El Crown Victoria de Luca seguía donde lo habían dejado.

—Mueve la cámara —solicitó Luca, señalando el espacio vacío a la izquierda del coche.

Esto era lo que no habían hecho antes. Y cuando Ray desvió la cámara hacia la izquierda y luego inclinó el objetivo hacia el suelo, confirmaron lo que Luca sospechaba.

—El Jeep debería estar allí… —murmuró Ray.

Movió la cámara de un lado a otro para confirmar que no había ángulos muertos. En efecto, el Grand Wagoneer que habían visto al

llegar ya no estaba en el garaje.

—¿Qué te dice tu instinto, Ray? —preguntó Luca, con la vista clavada en el espacio vacío.

Ray no esperaba la pregunta. De pronto se había convertido en el doctor Watson.

—Eh..., yo creo que Cynthia no se iría de la casa para dejarnos aquí encerrados. No tiene lógica.

—Exacto. Yo creo lo mismo. Cynthia se ha quedado.

—Sigue buscando —ordenó Luca—. Alguien debe seguir en la casa. Si el Jeep no está, significa que alguien se ha ido. Pero no todos.

—Permíteme que investigue un minuto…

Ray presionó algunos botones de la consola que todavía no había probado, buscando menús de configuración. Luca empezaba a impacientarse, tamborileando los dedos sobre la mesa, cuando de repente en las dos pantallas de la pared apareció un mosaico de imágenes reducidas mostrando cada rincón de la propiedad a la vez.

—Sabía que debía haber una forma de hacerlo —dijo Ray.

La agitación de Luca fue evidente. Se acercó a las pantallas y pasó de una imagen a la otra con avidez: pasillo, cocina, entrada, jardín…

Los dos la vieron al mismo tiempo.

Jenna.

Estaba en el despacho del ala este, el mismo lugar donde ellos habían estado hacía poco más de media hora.

—¡Allí! Agranda esa cámara, por favor.

En la versión de miniaturas cada cámara tenía un número superpuesto, por lo que para Ray resultó sencillo teclear el código y ampliarla de inmediato en el monitor.

Jenna estaba de pie frente al escritorio. Miraba en todas direcciones, con los brazos cruzados y muy asustada. Parecía hablar sola o llamar a alguien. Luego se acercó al ordenador que Ray había dejado encendido y clavó la vista en la pantalla.

—Lo último que busqué en Internet fue la filmografía de Mark —recordó Ray.

Resultaba evidente que el ordenador no había entrado en modo de hibernación, o Jenna había tocado el ratón, porque se quedó mirando la pantalla demasiado tiempo.

—Está leyendo —dijo Luca—. Es posible que no sepa por qué esa página está abierta ni qué nos ha llamado la atención.

—Es cierto, no es tan sencillo ver que Belinda Galloway participará en el nuevo proyecto de Mark.

—Me pregunto dónde está él… —Luca escrutó los bordes de la imagen—. Hasta ahora esos dos andaban siempre juntos.

—¿Quieres que ponga todas las cámaras otra vez? Quizás se hayan separado para buscarnos.

—No. El Jeep no está. Y si seguimos pensando que Cynthia no se marcharía, entonces el que lo ha hecho es Mark. El muy cabrón se ha largado y la ha dejado sola. Quédate con Jenna; ella es la que nos interesa. Mueve la cámara de un lado a otro, haz que nos vea.

Jenna se apartó del ordenador. Por uno de esos milagros divinos, levantó la vista hacia la esquina superior de la habitación, directo a la lente. Luca y Ray tuvieron la impresión de que, durante un brevísimo instante, los observaba a los ojos a través del cristal. Sin embargo, el espejismo duró muy poco; ella negó con la cabeza, confundida, y reanudó la marcha hasta salir del despacho.

Luca golpeó la mesa con la palma de la mano.

—¡Mierda!

—Espera un momento.

Ray volvió a colocar la vista general de cámaras en mosaico.

—En el salón principal hay dos cámaras —dijo señalando los recuadros once y doce.

Activó la cámara once. Ofrecía una panorámica del salón. Ray movió el joystick y amplió un poco la imagen.

—Es lo que temía —dijo Ray—. Esas cámaras no tienen movimiento mecánico. Hacen el barrido por software. Cuentan con una lente esférica de ojo de pez que capta toda la escena a la vez y luego tú recortas lo que quieres ver.

—O sea que Jenna no tiene manera de saber que estamos moviendo el encuadre porque la cámara, en realidad, está quieta.

—Exacto.

—Necesitamos llamar su atención de alguna manera.

Luca llevaba encima su arma reglamentaria. Como medida extrema podría vaciar un cargador y esperar a que Jenna escuchara los disparos. ¿Pero qué certeza tenían de que se daría cuenta de que los disparos eran una señal para buscarla y que provenían del sótano? Lo más probable era que la matasen del susto. Jenna estaba sola en la casa en ese momento, preguntándose qué demonios había sucedido con ellos.

Ray se mostró mucho más pragmático:

—Podríamos intentar gritar los dos a la vez cuando se acerque a la cocina. Está justo encima de nosotros y…

—¿Qué es eso? —lo interrumpió Luca.

No señalaba la pantalla, sino un panel gris ubicado en la pared, medio oculto por el bastidor de servidores.

Era una pregunta retórica, porque Luca sabía lo que estaba viendo.

Fue directo hacia allí, abrió la tapa metálica y confirmó su suposición con una sonrisa de triunfo.

En el interior había un cuadro eléctrico con varias filas de interruptores. Las etiquetas estaban escritas a mano con una caligrafía pulcra: Servidores A, Servidores B, AA, Iluminación General, Tomas Auxiliares…

—¿Dónde está Jenna? —preguntó Luca con la mano sobre los interruptores.

Ray la buscó en las pantallas, cambiando de cámara a toda prisa.

—Ha vuelto al despacho. Parece que no sabe adónde ir.

El despacho no tenía una etiqueta específica en el cuadro, pero había un grupo de interruptores marcados como Ala Este - Fuerza y Ala Este - Ilum.

Luca no iba a arriesgarse a ser sutil.

—Dime si pasa algo.

Empezó a bajar y subir las palancas de Iluminación como un maníaco, creando un efecto estroboscópico.

—¡Funciona! —gritó Ray—. ¡Las luces del despacho se están volviendo locas!

En la pantalla, la imagen de la cámara de seguridad pasaba de la claridad a la penumbra en un parpadeo constante, lo que saturaba el sensor. Lo importante era que el patrón resultaba demasiado regular para tratarse de un fallo en el suministro.

Luca repitió el ciclo unas cuatro veces y luego se detuvo, dejando la luz encendida.

—¿Qué hace?

Ray se inclinó hacia el monitor.

—Se ha quedado quieta. Está mirando la lámpara de techo.

—Vamos, Jenna… eres lista —susurró Luca.

Entonces Jenna bajó la vista de la lámpara y miró directamente a la cámara de seguridad de la esquina. Se acercó despacio y escrutó la lente con fijeza. Entonces asintió con la cabeza.

—¡Sí! —exclamó Luca.

—Nos ha visto.

Ray volvió a la vista de mosaico.

—Se mueve. Sale del despacho. Va hacia el salón… cruza el salón… entra en el pasillo de servicio.

—Yo estoy viendo lo mismo, Ray.

—Sí, perdón.

Jenna estaba ahora en la cocina.

Luca y Ray intercambiaron una mirada de alivio contenido. No hubo grandes celebraciones, pero sabían que habían cumplido su objetivo.

Al cabo de un minuto unos golpes suaves sonaron al otro lado de la puerta blindada.

—¿Hola? —La voz de Jenna llegó amortiguada y temblorosa—. ¿Hay alguien ahí?

—Somos nosotros, Jenna —dijo Luca, pegándose a la puerta —. Luca y Ray.

—¡Luca! —Se notó el alivio inmediato en su voz—. ¿Estáis encerrados? ¿Qué ha pasado? Os he buscado por todas partes.

—Es una historia un poco larga —respondió Luca.

En realidad, no lo era, pero Luca prefería no tener que explicar a gritos a través de una puerta de acero que Cynthia era la que los

había dejado encerrados allí.

—¿Puedes abrirnos?

Se oyó el sonido del picaporte girando en vano.

—Si tuviera la llave, lo haría… Suele estar puesta aquí en la cerradura, por fuera.

El silencio se alargó unos segundos. Cuando Jenna volvió a hablar, el miedo que sentía era evidente.

—¿Quién os ha encerrado, Luca? ¿Hay alguien más en la casa?

—No, Jenna. Tranquila. No hay nadie en la casa más que nosotros. Lo sabemos porque tenemos acceso a todas las cámaras. Estás sola.

—¿Seguro? —repitió ella.

—Escucha, tienes que encontrar la forma de sacarnos de aquí. Busca la llave. Quizás haya una copia en alguna parte.

—Luca…

La voz de Jenna se quebró.

36

La noche más larga
7:15 AM

A pesar de que eran las siete y cuarto de la mañana y el sol debía haber despuntado hacía un rato, el cielo estaba cubierto por un manto de nubes negras y densas, tan bajas que parecían rozar las copas de los pinos.

Cynthia salió de la mansión Wurth por la puerta de servicio que daba a la parte trasera. No estaba demasiado familiarizada con la topografía exacta de la finca; había estado allí sólo tres veces en el pasado: una barbacoa formal con toda la familia Wurth y un par de visitas fugaces con Jenna y otros amigos. Sin embargo, sí sabía que más allá de la línea de árboles, justo al norte y discurriendo en dirección este-oeste, había un camino en desuso que antes utilizaban los camiones para transportar material desde las viejas minas de la zona, ahora clausuradas. Se lo conocía como la ruta del Ahorcado.

Los jardines traseros de la mansión mostraban algunos signos de abandono. La hierba estaba alta y los setos ornamentales habían perdido su forma geométrica. La escasa luz, grisácea y sucia, auguraba que en cualquier momento rompería a llover con fuerza.

Cynthia se subió el cuello de la chaqueta y se internó en el bosque. El silencio era roto sólo por el crujido de las ramas secas bajo sus botas. Sabía que en esas colinas habitaban coyotes que a veces se aventuraban a beber agua de las piscinas, por lo que debía estar atenta.

Si las indicaciones de Mike eran correctas y su propia orientación no fallaba, a menos de un kilómetro hacia el norte llegaría a la intersección de la Ruta del Ahorcado con Canyon Road. Allí había un antiguo refugio de madera para senderistas que sería el punto de encuentro.

La sensación de desasosiego le oprimía el pecho con cada paso que daba. La idea de fatalidad aumentaba a medida que avanzaba, y sin embargo seguía adelante, empujada por la certeza de que el precio de echarse atrás era impagable.

Mike la había llamado por primera vez cuando ella todavía estaba en la cama del hospital, con su voz impostada y conciliadora, casi amable.

«Si haces lo que te digo, todos saldremos ganando, incluido Luca».

Cynthia había entendido a qué se refería Mike en cuanto abrió el archivo adjunto que llegó a su móvil segundos después. En la grabación se veía el salón pomposo de los Galloway. Luca estaba allí, pálido, moviéndose con urgencia. Cynthia había contenido el aliento al ver cómo su compañero cogía un adorno de cristal de la mesa —el mismo con el que ella había amenazado a Galloway— y lo limpiaba. Luego, la cámara captaba el momento exacto en el que Luca agarraba una gorra del sofá y se la metía bajo la camisa.

Cynthia cerró los ojos un instante mientras apartaba una rama baja que le bloqueaba el paso.

Aunque Mike le había recomendado con insistencia que borrara el vídeo de inmediato, ella lo había conservado. Había vuelto a verlo una vez más, encerrada en el baño de la mansión cuando ya todos estaban supuestamente a salvo, y la imagen era de una contundencia demoledora. Si ese archivo salía a la luz, la carrera de Luca quedaría destruida en un segundo, sin importar el resultado de la investigación por el asesinato de Galloway. Lo que Luca había hecho constituía obstrucción a la justicia, manipulación de pruebas y encubrimiento.

¿Por qué Luca había actuado de esa forma? Cynthia no lo sabía con certeza, pero podía reconstruir la secuencia lógica en la mente de su compañero. En el vídeo se apreciaba con claridad cómo Luca se guardaba la gorra, casi idéntica a la que ella solía llevar. Lo habían manipulado, convenciéndolo de que Cynthia corría un peligro inmediato. Luca había celebrado su cumpleaños la noche anterior; lo habían arrancado del sueño profundo, probablemente con resaca, con una historia descabellada en la que su compañera sería acusada

de asesinar a su excapitán. Si Mike tenía una grabación de Luca eliminando pruebas, también tenía una de Cynthia discutiendo con Galloway y amenazándolo. Eso habría terminado de convencer a Luca.

Luca hasta podría haber pensado que ella en efecto había matado a Galloway en defensa propia, un arrebato de furia o de forma accidental. De una u otra manera, su compañero había llegado a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era obrar rápido y deshacerse de las pruebas incriminatorias antes de que llegaran los investigadores. Él la conocía, sabía que no era una asesina, y era obvio que alguien estaba intentando tenderle una trampa.

En cualquier caso, las motivaciones exactas de Luca eran irrelevantes ahora. El hecho irrefutable era que él había cometido un delito muy peligroso y arriesgado con el único fin de salvarle el pellejo a ella. Y ahora era su turno de devolver el favor.

Mientras seguía avanzando, el bosque se cerraba sobre el camino cada vez más difuso. A ambos lados, los matorrales y los robles formaban una pared impenetrable.

Cynthia no tenía dudas de que los intereses en juego eran enormes. El hecho de que hubieran intentado acabar con su vida haciendo volar su coche por los aires era la prueba más cabal de ello. Se había salvado de milagro gracias a su propia impaciencia, y ahora se disponía a negociar con las mismas personas que no habían tenido el más mínimo reparo en firmar su sentencia de muerte. ¿Hasta qué punto podía confiar en la palabra de Mike?

El trato era el pendrive a cambio de que esos vídeos nunca vieran la luz.

Ella nunca había tenido intenciones de esperar hasta las ocho de la mañana para ir a retirar las pruebas de la caja de seguridad. Desde el momento en que citó a Luca en la gasolinera cerca del hospital, ya tenía claro que su objetivo sería recuperar el pendrive y disponer de un sitio con las características propicias para hacer la transacción, lejos de miradas indiscretas. La extensa y aislada propiedad de los Wurth cumplía con esas condiciones a la perfección.

Lo único que había tenido que hacer era coordinar la entrega con Mike y asegurarse de que el resto no fuera un problema.

Con Jenna y Mark alejándose en el Jeep y con Luca y Ray encerrados en la habitación del pánico, Cynthia podía ocuparse de hacer el intercambio y terminar con todo ese asunto de una vez por todas.

Por supuesto, no iba a ser tan estúpida de caminar directa hacia Mike con el pendrive en la mano, confiando en que él la dejaría ir así sin más. Quizás Mike sí tenía intención de cumplir su parte del trato respecto a Luca, pero ¿podía ella estar segura de que la dejarían vivir después de entregar la mercancía? Por supuesto que no. Especialmente cuando no habían tenido reparos en asesinar a Pesci, a Galloway, y habían intentado hacer lo mismo con ella hacía unas horas.

El móvil vibró en su mano. Contestó sin detener el paso.

—¿Dónde estás? —La voz de Mike sonaba impaciente.

—Llegaré en pocos minutos —respondió Cynthia, controlando su respiración para no parecer agitada.

La cita tendría lugar en el antiguo refugio.

—¿Estás sola?

—Completamente sola. Tal y como acordamos. El resto se ha quedado en la casa.

—Perfecto. No hagas ninguna tontería, Santos. Quiero ver ese pendrive en cuanto aparezcas.

Cynthia creía advertir el refugio a lo lejos.

—Hay un cambio de planes, Mike.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—¿De qué estás hablando?

—No llevo el pendrive encima.

—¡¿Cómo que no?! —El grito de Mike la obligó a separar el teléfono de su oreja—. ¡El trato era muy claro! ¡Si estás jugando conmigo te juro que…!

—Cállate y escucha —lo cortó Cynthia con frialdad—. Tú intentaste matarme anoche. No voy a acercarme a ti desarmada y con la única cosa que quieres en mi bolsillo para que me metas una bala en la cabeza y luego registres mi cadáver.

—¡Cynthia, no tengo tiempo para tus juegos!

—Si quieres el pendrive vamos a hacerlo a mi manera. Ahora las reglas las pongo yo.

Apenas iniciada la réplica furiosa de Mike, Cynthia cortó la llamada.

37

La noche más larga
7:47 AM

El aislamiento acústico de la habitación del pánico debía de ser excepcional, porque Jenna y Luca se veían obligados a levantar bastante el tono de voz para poder entenderse a través del acero.

—Voy a llamar a mi padre para que me diga si hay otra llave en alguna parte —gritó ella.

Luca no veía una salida más rápida. No estaban en condiciones de llamar a emergencias o a los bomberos; no contaban con el tiempo ni con la posibilidad de explicar el caos en el que estaban metidos.

—Tengo miedo, Luca. Mark se ha ido con el Jeep…

Un silencio denso se instaló al otro lado.

—¿Jenna?

—Sí, aquí estoy…

—¿Qué ocurre?

—He visto a Cynthia irse por la parte de atrás. Cuando estaba en la segunda planta…, la he visto adentrarse en uno de los senderos del bosque.

—Mierda —masculló Luca, llevándose la mano a la frente.

Empezaba a hacerse una idea muy clara de lo que Cynthia podía estar tramando. Por supuesto, no le gustaba nada.

—¿Hace cuánto que la has visto?

—No lo sé… hace unos veinticinco minutos. Salí para seguirla. Antes… la escuché hablar.

Luca se sintió frustrado por tener que hablarle a una puerta maciza. Jenna estaba perdiendo la compostura por momentos y él necesitaba exprimir cada segundo de aquel reloj que corría en su contra.

—Cálmate, Jenna, vayamos por partes. ¿Cuándo la escuchaste hablar?

—Cuando estaba con Mark. La seguimos a escondidas hasta el salón de las muñecas. Hablaba con alguien por teléfono y le decía que nadie iba a salir de esta casa.

Luca se giró y clavó la vista en Ray, que seguía sentado frente a la consola de seguridad, agarrándose la cabeza con ambas manos.

—¿Y dices que la has seguido hasta el bosque?

—Lo intenté, pero cuando salí a buscarla ya no la encontré. No sabía qué hacer, Luca. Volví para buscaros y no estabais por ninguna parte. ¿Debería haber seguido buscándola?

—No, Jenna, has hecho lo correcto.

Silencio.

—Jenna…, ¿me escuchas?

—Sí.

—Has hecho lo correcto —repitió él—. Ahora es vital que hables con tu padre lo más rápido posible y le preguntes por esa llave. ¿Puedes hacerlo?

Silencio de nuevo.

—¿Jenna?

—Sí, lo llamo ahora mismo.

—Excelente.

Unos segundos después, la vieron aparecer en la imagen de la cocina. Luca era plenamente consciente del peso de la mirada de Ray clavada en su nuca.

—¿Qué pasa?

El informático se encogió de hombros.

—¿Vas a confiar en mí de una vez por todas y decirme qué demonios está pasando?

Luca suspiró con pesadez. Se dejó caer en la silla vacía y señaló los monitores.

—¿Estas cosas no se pueden rebobinar?

Ray observó los servidores de reojo.

—Seguro que sí. Pero si estás pensando en escuchar esa conversación de Cynthia, ya te confirmo que estas cámaras no graban sonido.

Luca reprimió un bostezo. Fue el primer signo físico de agotamiento que afloraba a la superficie, abriéndose paso a través de la tensión acumulada durante toda la madrugada.

—Tenemos que salir de aquí… —murmuró Luca—. Jenna va a hablar con su padre. ¿Qué más podemos hacer?

—Vamos, dime qué está pasando —insistió Ray—, porque algo me dice que tú crees saber con quién ha estado hablando Cynthia a tus espaldas.

—Ray… valoro lo que has hecho. Me has ayudado esta noche. Pero este es un asunto policial; lamento si las cosas se han vuelto confusas para ti.

Ray negó con la cabeza y se inclinó hacia delante en su silla. Apoyó los codos en las rodillas y acercó el rostro al de Luca, acortando la distancia.

—Oye, tío, entiendo todo eso, pero aquí sólo estamos tú y yo. Y si no confiamos del todo el uno en el otro, vamos a guardarnos información que podría ser vital.

La última frase captó la atención de Luca de inmediato.

—¿Qué información vital? ¿Hay algo que tengas que decirme, Ray?

El joven volvió a su posición anterior, apoyando la espalda contra el respaldo.

—Sí. Pero primero quiero escuchar tus razones. ¿Por qué crees que Cynthia nos ha encerrado aquí? Convénceme.

Luca lo estudió durante cinco largos segundos. En la jerga del ajedrez —un deporte que practicaba de manera aficionada—, aquello era el equivalente a ofrecer el sacrificio de una pieza para que el rival asuma que le conviene tomarla, cuando en realidad es una trampa. Sin embargo, cuando queda poco tiempo en el reloj, puede ser la única jugada efectiva.

Ray lo había puesto entre la espada y la pared.

—Cynthia estuvo en la casa de Galloway esta noche, antes de que lo mataran.

—Mierda… por eso saltó la alerta de detención. Ella…

—¡Por supuesto que no lo mató! —lo cortó Luca con dureza.

Ray se puso a la defensiva.

—Ya sé que no lo mató sin una razón. Quizás fue un accidente… o en legítima defensa.

—Digamos que las cosas no pintaban muy bien para ella. Alguien quiso cargarle la muerte de Galloway e hicieron todo lo posible para que pareciera de esa forma.

—Dios mío.

—Yo me ocupé de limpiar la escena del crimen. Creí que de esa forma el plan de incriminarla se les iría a pique.

—¿Y qué sucedió? Sigo sin entender cómo hemos terminado aquí encerrados.

—Cometí un error —confesó Luca. Decirlo en voz alta dolía mucho más que escucharlo en sus propios pensamientos—. En el lugar había una cámara escondida y la desactivé…, pero supongo que había una segunda cámara. No lo sé con certeza; es lo que intuyo.

—O sea… que Cynthia está intentando salvarte el pellejo.

Luca asintió despacio.

—Pero hay algo que no entiendo… —empezó Ray.

La voz temblorosa de Jenna, filtrándose a través de la puerta blindada, cortó la frase a la mitad.

—He hablado con mi padre.

La alarma en su tono no auguraba nada bueno. Luca se levantó de un salto y se acercó a la puerta.

—Te escucho.

—¡Esa es la única llave! Me ha dicho que intentará hablar con la empresa que realizó la instalación para ver si hay alguna forma de abrir la puerta de seguridad sin ella.

Luca estuvo a punto de asestarle un puñetazo a la maldita puerta, pero en el último instante pensó en el pánico de Jenna al otro lado y se contuvo.

Se apartó, rodeó la mesa esquivando el charco de orina del suelo.

—Luca… —dijo Jenna—. Mi padre volverá a llamar en diez minutos. Le he dicho que era una urgencia.

—Está bien, Jenna.

Luca se giró hacia Ray.

—Vamos a tener que salir de aquí por nuestros propios medios.

Ray parecía aturdido. Se había quedado sentado en la silla, abatido por completo, con los brazos colgando a ambos lados del cuerpo y la vista clavada en el suelo.

—¿Qué te sucede ahora? —le espetó Luca.

Ray se limitó a negar con la cabeza. Se levantó con pesadez y se dirigió al rincón donde Luca había orinado nada más entrar a la habitación. Lo imitó. Otro charco amarillento empezó a crecer a sus pies, sumándose al olor a amoníaco que ya empezaba a viciar el aire acondicionado de la sala.

Cuando terminó, se subió la cremallera y empezó a girarse, quizás con intención de regresar a la silla y adoptar la misma postura derrotada. Pero no tuvo tiempo.

Luca se abalanzó sobre él hecho una furia. Le encajó el antebrazo en la garganta y lo empujó con una violencia brutal, estampándolo contra la pared insonorizada.

—¡Basta de tus putos juegos!

38

La noche más larga
7:35 AM

El amanecer sobre las montañas de San Gabriel había sido una formalidad; el sol permanecía oculto tras una cúpula de nubes negras, densas y bajas. La luz que lograba filtrarse era gris y le daba al bosque una atmósfera lúgubre que presagiaba una tormenta inminente.

Cynthia se detuvo al amparo del último cerco de árboles. A unos cincuenta metros, al borde de la antigua vía minera, se erguía el refugio para senderistas. Desde la distancia parecía un bloque oscuro de madera putrefacta devorado por la maleza.

Tomó aire y dio el primer paso fuera de la protección del bosque.

Caminó por el arcén con la certeza de que en ese instante se estaba jugando la vida. Con la espesura rodeándola por todos los flancos, suponía un blanco fácil. Un solo disparo proveniente de cualquier elevación o matorral bastaría para acabar con ella. La nuca le hormigueaba, anticipando el impacto. Era un precio altísimo para comprobar que sus advertencias por teléfono a Mike habían surtido el efecto deseado. Si a ella le pasaba algo…

Recorrer esos cincuenta metros fue como caminar descalza sobre la superficie de un lago helado, escuchando el crujido del hielo bajo cada paso, consciente de que en cualquier segundo la placa podía ceder. Pero no aceleró el ritmo. Exponerse de una forma tan flagrante, mostrándose del todo vulnerable, era su mejor baza.

Cuando por fin llegó, soltó parte del aire que había contenido sin darse cuenta. El refugio estaba a ras del suelo, elevado apenas por un único escalón de piedra desgastada. Las paredes estaban formadas por troncos gruesos, ennegrecidos por décadas de humedad, y el tejado a dos aguas presentaba un hundimiento

peligroso en su vertiente izquierda. El musgo trepaba por los cimientos.

Cruzó el umbral. Por puro instinto policial, la mano derecha se dirigió hacia la empuñadura de su arma. Sus dedos rozaron el metal pero se obligó a soltarla. Si pretendía que el intercambio se hiciera bajo sus propias reglas, necesitaba obligar a Mike a dar un paso hacia ella, y para eso debía transmitirle que confiaba en él, o al menos, que tenía el temple necesario para negociar. Un arma desenfundada no era la señal que quería darle.

El interior consistía en un único espacio que olía a humedad. El suelo combinaba tierra apelmazada con tablones sueltos que crujían al menor peso. A un lado se alzaba una enorme chimenea de piedra en cuyo hogar se acumulaban restos de basura, latas de cerveza oxidadas y cenizas de hogueras antiguas. En dos de las paredes había ventanas sin cristales.

El lugar estaba vacío.

Cynthia se quedó de pie en el centro de la estancia. Apenas un minuto después, el móvil vibró en el bolsillo de su chaqueta.

—Veo que de verdad has venido sola —dijo la voz de Mike, sólo que ahora no estaba distorsionada. Era grave, pero no impostada. Cynthia no la reconoció, pero no descartaba que la hubiera escuchado alguna vez.

Se acercó a una de las ventanas y escrutó las sombras.

—Como ya te he dicho —dijo Cynthia con firmeza—, he venido a negociar. Ahora te toca a ti salir de donde sea que estés y hablar cara a cara.

—Tienes mucho valor, Santos. O mucha desesperación. Sabes que podría matarte ahora mismo.

—No lo harás. Si lo haces, no recuperas el pendrive y la información saldrá a la luz. Y ambos sabemos que los vídeos con los que intentas chantajear a mi compañero no valen de nada si Galloway guardó pruebas directas contra ti. Sal y hablemos.

Hubo un silencio tenso al otro lado de la línea.

—Las reglas las dicto yo, Cynthia.

—Ya no —sentenció ella—. Ven aquí dentro.

Cortó la comunicación y guardó el teléfono en el bolsillo.

Un par de gotas pesadas —las primeras— repiquetearon contra el techo del refugio.

Segundos después, la lluvia empezó a caer de manera furibunda: un aguacero torrencial que ahogó el ruido del viento y levantó una cortina de agua frente a la puerta abierta de la cabaña.

A través del diluvio, una sombra se desprendió de la línea de árboles. Llevaba un impermeable negro con capucha y avanzó con paso firme bajo la tormenta, pisando los charcos que ya empezaban a formarse, hasta detenerse justo en el umbral del refugio.

En la mano sostenía una pistola.

39

La noche más larga
7:40 AM

El ruido de la lluvia contra el techo del refugio era ensordecedor.

El hombre avanzó un paso hacia el interior, dejando un rastro de agua oscura sobre los tablones podridos del suelo. Cynthia levantó las manos despacio, manteniéndolas a la altura de los hombros con las palmas abiertas.

—Baja el arma —dijo ella. Su voz sonó firme, cortando el ruido del aguacero.

El hombre se detuvo a un par de metros. Con la mano libre agarró el borde de la capucha del impermeable y se la echó hacia atrás. Debajo llevaba un pasamontañas ceñido que le cubría la cabeza por completo. Cynthia escrutó los únicos rasgos visibles: unos ojos claros e inexpresivos y unos labios finos, tensos en una línea recta. No le dijeron nada.

—Me has hecho venir hasta aquí bajo este puto diluvio —dijo Mike. Era la misma voz grave y natural que Cynthia había escuchado en su última llamada—. Más te vale que tengas lo que he venido a buscar.

—Te lo repetí por teléfono y te lo digo ahora: no llevo el pendrive encima. Para recuperarlo vas a tener que hacer lo que yo te diga, y vas a empezar por bajar esa pistola.

Mike soltó un bufido que pareció más una risa seca. Apretó el agarre sobre la empuñadura.

—Creo que te confundes, Santos. Soy yo el que tiene el arma.

—Si aprietas el gatillo, pierdes la oportunidad de conseguir la información de Galloway. La única forma de salir de este embrollo es escuchándome y negociando.

Mike ladeó la cabeza. La lluvia arreciaba a sus espaldas, levantando una cortina de bruma fría en el umbral.

—En la casa había cuatro personas conmigo —explicó Cynthia sin bajar las manos—. Dos de ellas se han marchado en coche hace un rato; no pude evitarlo, entraron en pánico. Ninguna sabe nada. No son una amenaza.

Mike entornó los ojos tras la tela del pasamontañas.

—¿Y Bruzzo?

—Está en la casa con mi novio —sentenció Cynthia—. Están encerrados en una habitación del pánico. Mi novio tiene el pendrive en su poder. Pero escúchame bien: no van a salir de allí a menos que yo lo permita. Esa habitación es inviolable, de acero y hormigón. Así que, si se te está pasando por la cabeza pegarme un tiro e ir a asaltar la casa, te vas a llevar una sorpresa muy desagradable. Para cuando logres derribar esa puerta, ellos ya habrán enviado toda la información a la prensa y a la DEA.

El silencio se instaló entre ambos. Mike sopesaba las posibilidades.

—Te estoy mostrando parte de mis cartas, Mike. Haz lo mejor para todos y baja el arma.

Despacio, Mike bajó el brazo y se guardó la pistola en el bolsillo del impermeable.

Cynthia bajó las manos, sintiendo un ligero alivio en los hombros, aunque la tensión de su cuerpo no disminuyó ni un ápice. Mientras él guardaba el arma, la mente de Cynthia trabajaba a toda velocidad, atando cabos. Observó su postura, la anchura de sus hombros, las arrugas que se adivinaban en el contorno de los ojos. Tendría poco más de cuarenta años, quizás cincuenta.

—Muy bien, Santos. Tienes mi atención. Habla.

—Quieres el pendrive para destruir las pruebas que Galloway dejó en IFD - Iron Fence Data. A cambio, ofreces dejarme en paz a mí y no publicar el vídeo de Luca limpiando la escena del crimen.

—Ese era el trato original, sí.

—Hay un problema con ese trato. No tiene ningún sentido que te pida que borres ese vídeo delante de mí. No soy gilipollas, Mike. Sé de sobra que tienes copias de seguridad en la nube o en discos

duros. Prometerme que lo vas a borrar es un insulto a mi inteligencia. Las copias de ese vídeo siempre van a existir, y durante mucho tiempo van a ser una bomba apuntando a la cabeza de mi compañero. No puedo permitirlo.

—Si tú me entregas el pendrive y zanjamos este asunto —replicó Mike imperturbable—, te aseguro que cumpliré con mi parte del trato. Me importa una mierda tu compañero.

Cynthia negó con la cabeza, manteniendo la mirada clavada en los ojos de Mike.

—Ese es el problema. A mí mi compañero me importa, y mucho. Y tu palabra no me sirve de nada.

—Entonces estamos en un callejón sin salida —dijo Mike. Su mano se dirigió al bolsillo del impermeable de manera desafiante.

—Quizás no —lo detuvo Cynthia.

Mike la escuchaba.

—¿Sabes que Iron Fence Data es propiedad de Joseph Leonardi?

Cynthia lanzó el anzuelo, atenta a cualquier reacción. Con la gruesa tela del pasamontañas ocultándole las facciones, era difícil captar algún matiz en su expresión; sin embargo, a la luz plomiza que se colaba por las ventanas sin cristales, creyó advertir un leve temblor en la comisura de su labio.

—¿Quién es Leonardi? —preguntó Mike con frialdad.

Cynthia sonrió. Si Mike quería jugar al despiste, ella no tenía ningún problema en seguirle el juego.

—Leonardi es un multimillonario tecnológico. Y, casualmente, el dueño del yate donde murió Mateo Pesci. ¿Tampoco a él lo conoces?

Mike apretó la mandíbula. El sutil movimiento de la tela negra lo delató de nuevo.

—¿A qué quieres llegar, Santos? Déjate de rodeos.

—A que Galloway guardó su seguro de vida en IFD porque, evidentemente, confiaba en Leonardi —explicó ella, midiendo cada palabra—. Piensa un segundo, *Mike*. ¿Qué sentido tendría esconder pruebas incriminatorias contra un tipo en su propia empresa? Por muchas medidas de seguridad y anonimato que venda IFD, apuesto

mi placa y mi vida a que Leonardi tiene una llave maestra de todo el sistema.

—No entiendo la mitad de lo que dices —masculló Mike, dando un paso lateral que hizo crujir la madera del suelo—. Mi pregunta sigue siendo la misma: ¿qué intentas decirme?

—Lo que intento decirte es que, si hay información que pueda salvar tu pellejo en esa caja de seguridad, debes llegar a ella cuanto antes en vez de perder el tiempo aquí conmigo. Si Leonardi se entera de la existencia de esa caja, su contenido hace puf...

Cynthia hizo un ademán mágico con las dos manos.

Mike no era capaz de disimular su frustración. La idea de ser traicionado por las esferas más altas de la organización pareció golpearlo de lleno, o eso creyó Cynthia.

—¿Y cómo sé que esas personas que se fueron de la casa en el coche no han ido a buscar la información mientras tú me distraes con tus teorías conspirativas?

Cynthia no retrocedió ni un milímetro.

—Porque yo necesito mucho más que el contenido de esa caja para garantizar que los vídeos de Luca no salgan a la luz. Te necesito a ti.

Trató de mostrarse firme, irguiendo la postura y sosteniéndole la mirada. El corazón le latía desbocado. No sabía hasta qué punto Mike se estaba tragando o no su argumento. Su teoría tenía lagunas lógicas, y si el hombre que tenía enfrente se daba cuenta de que le estaba mintiendo o le estaba lanzando un farol a la desesperada, sacaría el arma del bolsillo y le pegaría un tiro en la cabeza en ese mismo instante.

Cynthia estaba actuando como si tuviera la sartén por el mango, cuando en realidad no tenía absolutamente nada.

El pendrive era una mentira.

Todo era una mentira.

40

La noche más larga
8:02 AM

Aunque Ray era más joven y le sacaba media cabeza, debió de ver algo salvaje y primitivo en la mirada de Luca, porque se quedó completamente paralizado.

—Basta de putos juegos —repitió Luca, ahora a escasos centímetros de su rostro—. Me dices toda la verdad ahora mismo.

Desde el otro lado de la puerta la voz de Jenna llegó cargada de angustia.

—¿Estáis bien ahí dentro? ¡Luca! ¿Qué pasa?

—Vale, vale. Voy a hablar, pero suéltame ya, joder —balbuceó Ray, levantando las manos en señal de rendición.

Luca lo soltó de un empujón. Le señaló la silla ergonómica con un dedo acusador.

—Siéntate.

Ray obedeció de inmediato, frotándose el cuello. Luca se quedó de pie.

—Cuando regresé al despacho me dijiste que habías ido al baño —dijo Luca, señalando con asco el charco ambarino que se extendía por el rincón de la sala—. Es evidente que eso no fue lo que hiciste. Habla de una puta vez.

—Iba a decírtelo de todos modos, no tiene sentido que te pongas así, tío.

—¿Qué es lo que ibas a decirme? ¡Habla ya!

Ray suspiró con pesadez. Miró al techo de la habitación, como si allí estuviera escrito el guion de su confesión.

—Cuando tú estabas hablando por el teléfono fijo, Cynthia regresó al despacho. ¿Recuerdas que te dije que había encontrado la conexión entre Belinda Galloway y Mark?

—Sí, que ella iba a actuar en una película con él.

—Eso. Pero no fue lo único que encontré. Tú tardabas demasiado al teléfono, así que me puse a investigar un poco acerca de Iron Fence Data. Y encontré algo que no me esperaba… No lo pude confirmar con total certeza, pero al parecer la tecnología de acceso es bastante más compleja que un simple pendrive con una llave electrónica.

—No te sigo.

—El pendrive no es exactamente un pendrive normal. Almacena información, sí, y esa información es la llave para abrir la caja. Pero tiene una medida de seguridad activa. Si no conectas el pendrive en los servidores específicos de IFD, el dispositivo altera su propio contenido y se vuelve inútil.

Luca se quedó de piedra. Sintió que el aire de la sala, ya de por sí viciado, se volvía irrespirable.

—¿Me estás diciendo que el pendrive no sirve?

—Si lo que leí es correcto, en el momento en que lo conecté a mi ordenador, la cadena alfanumérica original fue reemplazada por otra. Es un mecanismo de autodestrucción.

—Dios mío… —susurró Luca—. ¿Y eso fue lo que le dijiste a Cynthia?

Ray asintió, tragando saliva.

La voz de Jenna llegó de nuevo, amortiguada desde el exterior.

—¿Estáis bien? ¿Qué hacemos, Luca?

Luca no lo sabía. Estaba perplejo, perdido en un laberinto de espejos. Trataba de pensar, pero procesar todas las implicaciones de lo que Ray acababa de decirle era demasiado para su mente agotada. Si el pendrive ya no servía para recuperar las pruebas de las actividades ilícitas de Galloway y su red, ¿qué cojones pretendía Cynthia yéndose al bosque? ¿Había ido a negociar con las manos vacías? Era un suicidio.

—Lo siento —dijo Ray en un murmullo—. Cynthia me pidió expresamente que no te dijera nada.

Luca negaba con la cabeza, incapaz de asimilarlo. Con un movimiento casi automático, se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta y palpó el contorno de la tarjeta de cumpleaños de Lily.

Se quedó así varios segundos, tratando de poner las cosas en perspectiva.

—¿Le dijiste algo más?

—No. Sólo eso. No se lo tomó nada bien. Se puso más o menos como tú ahora.

—¿Te dijo qué pretendía hacer?

—Me pidió ayuda. Me dijo que tenía que confiar en ella, que había algo que tenía que hacer sola. ¡Te juro que no me imaginé que se metería en el bosque! ¡Es una locura!

Luca se agarró la cabeza con ambas manos y cerró los ojos con fuerza. Empezaba a sentir una palpitación sorda y lejana en las sienes; el ibuprofeno estaba perdiendo su efecto, dejando paso al dolor martilleante de la resaca y la falta de sueño.

—¿Con qué quería que la ayudaras? —preguntó Luca cuando volvió a abrir los ojos.

—Quedándome aquí dentro contigo…

La revelación golpeó a Luca.

—¿Qué más?

Luca sabía lo que vendría a continuación. Lo sentía en el estómago. En cierta medida, fue la gota que colmó su mente, resquebrajando la poca cordura que le quedaba. Y perdió el control por completo.

Lanzó un puñetazo brutal contra el panel insonorizado de la pared, un golpe que resonó en el habitáculo.

—¡¿Qué más?! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones, presa de la desesperación.

Desde fuera se escuchó un grito ahogado de Jenna, aterrorizada por el estallido de violencia.

Luca no se abalanzó sobre Ray, que seguía encogido en la silla en estado de shock, pero poco le faltó. Empezó a moverse por el estrecho espacio como un maníaco, caminando en círculos, pisando los charcos de orina del suelo sin importarle lo más mínimo resbalar o mancharse los zapatos.

Ray bajó la cabeza. Habló en un tono apenas audible.

—Me dijo que dejaría la llave en la repisa…

Luca respiraba por la boca, con el pecho agitado, como si acabara de correr a máxima velocidad. Sintió unas ganas irrefrenables de estrangularlo. Todo este puto tiempo perdido en la habitación, desesperándose, dándole vueltas a cómo salir, y Ray había sabido en todo momento dónde estaba la salida.

—Me lo dijo por si ocurría una emergencia —dijo Ray.

Luca lo ignoró. Se acercó a la puerta de acero, apoyó la frente contra ella y tragó aire para estabilizar la voz.

—Jenna. La llave está en una de las repisas.

Esperaron.

—¿Qué querías que hiciera, tío? —se justificó Ray al cabo de un momento—. Te dije que teníamos que confiar el uno en el otro. ¡A ti ni te conozco! Cynthia me dijo que…

En el fondo, Luca sabía que la lealtad de Ray estaba con Cynthia, y hasta cierto punto lo entendía y lo respetaba. Pero el raciocinio y la empatía no tenían lugar en él en ese momento. Cynthia estaba ahí fuera, sola, y él había perdido un tiempo vital encerrado como un idiota.

Fulminó a Ray con la mirada.

—Jenna, ¿estás ahí?

—¡Sí! ¡Aquí la tengo, tengo la llave!

El pesado mecanismo metálico chasqueó y la puerta se abrió hacia fuera. El aire del sótano invadió la habitación del pánico, tan fresco y puro como el de una pradera en primavera.

Jenna, que estaba al otro lado con la llave todavía en la mano, arrugó el rostro y la nariz al ser impactada por el intenso olor a orina.

Luca no esperó ni un segundo para salir. Se plantó frente a la chica, señaló a Ray y luego el interior de la sala.

—Vosotros dos os vais a quedar aquí dentro hasta que yo os lo diga.

La expresión de Jenna fue de completo horror. Abrió la boca para protestar, aterrada ante la idea de quedarse en ese cubículo apestoso, pero la mirada inquebrantable de Luca la silenció.

El detective dio un paso atrás hacia el pasillo y les lanzó una última advertencia, dura como el acero de la puerta.

—Cerrad con llave. No quiero sorpresas. ¿Entendido?

41

La noche más larga
7:50 AM

El aguacero se había transformado en una tormenta salvaje. Las ráfagas de viento eran tan violentas que el agua entraba a través de las ventanas sin cristales y empapaba el refugio en todas direcciones.

Cynthia se mantuvo firme en el centro de la estancia. Sabía que se estaba jugando la última carta. Convencer a Mike de que el pendrive había quedado a buen recaudo, fuera de su alcance, era su mejor oportunidad —quizás la única— de forzarlo a cooperar con ella.

—Voy a sacar algo del bolsillo de mi chaqueta —anunció Cynthia, alzando un poco la voz para imponerse al estruendo de la lluvia—. Es una cámara digital. Voy a hacerlo muy despacio para que puedas verla en todo momento.

Mike, con el agua escurriendo por el tejido oscuro del pasamontañas, no dijo nada. Se limitó a indicarle con un leve y tenso movimiento de cabeza que procediera.

Cynthia introdujo la mano en el bolsillo interior derecho de su chaqueta de cuero. Sus dedos se cerraron alrededor de la cámara digital Sony que había encontrado minutos antes en la segunda planta de la mansión Wurth. La extrajo con una lentitud calculada y la exhibió frente a ella, bajo la luz grisácea de la mañana, para evidenciar que era un objeto inofensivo.

—Vamos a grabar tu confesión —dijo Cynthia como si fuera lo más normal del mundo.

Mike se quedó en silencio. Luego soltó una carcajada áspera.

—Quiero una confesión completa. Te vas a quitar ese pasamontañas y vas a contar cuál es tu relación con los implicados.

Quiero saber quién eres y cuál es tu vínculo con Galloway, con Pesci, con Leonardi o con quien sea del cártel que te esté pagando.

—Estás loca. Sin duda, has perdido la cabeza.

—Es la única salida que tenemos, Mike.

Él volvió a reír, ahora con amargura.

—Te estás equivocando, y mucho —espetó él, dando un paso al frente—. No tienes ni idea de lo que está pasando aquí.

Cynthia se mantuvo implacable.

—Puede que no tenga todas las respuestas, pero entiendo a la perfección el dilema en el que tú y yo estamos metidos. Grabarás esa confesión y yo la mantendré a buen recaudo, de la misma forma que tú guardarás los vídeos que nos incriminan a Luca y a mí.

—¿Crees que soy imbécil?

—¡Es la única forma de garantizar una convivencia pacífica! —gritó Cynthia—. Si tú intentas hundir a mi compañero con esos vídeos, tu confesión sale a la luz y te arrastra a ti y a tus jefes a una prisión federal. Los dos tendríamos razones de peso para guardar esas pruebas bajo siete llaves.

En un instante, el resorte saltó. Mike explotó. Con un movimiento enérgico sacó el arma de nuevo y apuntó directo al pecho de la detective.

El instinto de supervivencia de Cynthia impulsó su mano hacia la cintura. En una fracción de segundo desenfundó su propia arma.

Ambos se apuntaban a escasos metros de distancia, los brazos tensos, los dedos rozando los gatillos. Un solo temblor, una duda, y los dos pasarían a mejor vida.

—¡Estás loco! —le gritó Cynthia—. ¡Baja la puta pistola! ¡¿Además de todas las pruebas que hay en tu contra, vas a cargar con el asesinato de un policía?!

Mike estaba fuera de sí. El cañón de su arma empezó a temblar.

—¿¡Es que no te das cuenta!? —rugió Mike—. ¡Lo que menos quiero es matar a alguien! ¡Yo no puse la bomba en tu coche!

La revelación cayó sobre Cynthia como un jarro de agua.

—¡Entonces dime quién lo hizo! —exigió ella sin bajar el arma —. ¡Hagamos lo mejor para ambos, joder!

El pecho de Mike subía y bajaba con frenesí. Parecía acorralado, no por la pistola de Cynthia, sino por fantasmas que ella no podía ver. De pronto, con un gruñido de frustración, bajó el arma. No la guardó, pero el cañón ahora apuntaba hacia los tablones del suelo.

A continuación empezó a moverse de un lado para otro. Parecía presa de un debate interno.

Se detuvo en seco frente a ella.

Entonces, en un movimiento brusco y casi salvaje, se agarró la tela del pasamontañas desde la base del cuello y se lo arrancó de un tirón.

Cynthia contuvo el aliento, manteniendo la pistola en alto, mientras Mike la observaba con fijeza, el rostro empapado en sudor y unos ojos desencajados por completo.

42

La noche más larga
8:14 AM

—Luca, por favor. No puedo quedarme aquí dentro con este olor. Por favor.

El planteamiento de Jenna resultaba completamente surrealista dadas las circunstancias. Luca se la quedó mirando. Ella estaba de pie en el umbral de la habitación del pánico, temblando; Ray seguía detrás, todavía sentado en la silla junto a la consola que controlaba las cámaras de seguridad.

—Jenna. No tengo tiempo para esto —replicó él—. Necesito que estéis seguros y encerrados. No sé qué…

—Lo sé, lo sé… pero tengo una condición con los olores. No puedo, me volveré loca, Luca. ¡No puedo!

Jenna estaba al borde del llanto, con los ojos vidriosos y las manos apretadas sobre el pecho. No estaba siendo caprichosa; el pánico en su voz era genuino. Tampoco podía dejarla así.

Cada segundo que pasaba era una eternidad. Luca tenía que salir de allí ya mismo e ir tras Cynthia. Jenna la había visto internarse en el bosque hacía ¿cuánto?, ¿media hora? Treinta minutos era demasiado tiempo; podría haber pasado cualquier cosa con ella.

¿Podía confiar en que Jenna limpiara el suelo sola y luego se encerrara con Ray? Probablemente sí. Pero Luca no quería dejar más cosas libradas al azar. No sabía qué tipo de peligro corrían exactamente, pero estaba convencido de que Cynthia había estado hablando con Mike y que posiblemente le había revelado su ubicación en la mansión. Tenía que asegurarse de que esa puerta de acero se cerraba por dentro.

—Está bien —dijo por fin, exhalando con frustración—. Iré a la cocina a buscar una fregona y un cubo con agua.

Subió las escaleras de dos en dos. Al irrumpir en la cocina, empezó a abrir puertas y armarios a ciegas, maldiciendo. ¿Por qué demonios no le había preguntado a Jenna dónde guardaban los artículos de limpieza? Finalmente encontró un cubo de fregar y una fregona en un pequeño armario escobero. Abrió el grifo del fregadero al máximo y llenó el recipiente de agua casi hasta el borde.

Emprendió el camino de regreso al sótano. Bajar la escalera con un cubo lleno de agua oscilando en su mano era mucho más complicado y lento de lo que había previsto. El agua amenazaba con derramarse a cada paso. Entonces lo asaltó otro pensamiento exasperante: ¿acaso no había un grifo en el inmenso sótano de los Wurth? Otra cosa que podría haberle preguntado a Jenna para ahorrarse ese suplicio. Mientras descendía el último tramo de peldaños, una sonrisa amarga y lúgubre afloró en su rostro. Se preguntó qué irónico y absurdo sería recibir un disparo por la espalda justo en ese instante en que estaba preocupado por no salpicar el suelo.

Llegó de nuevo a la entrada de la habitación blindada y le tendió los objetos a Jenna. Ella cogió el cubo y la fregona con torpeza, lamentando muchísimo la situación.

—Lo siento de verdad, Luca —se disculpó—. No lo puedo controlar. Padezco una condición hereditaria que exacerba ciertos olores hasta volverlos insoportables. Lo siento tanto…

—No te preocupes —respondió Luca, con la mente ya puesta en el bosque—. Limpiadlo rápido, meteos dentro y cerrad…

Luca interrumpió la frase en seco. Se quedó de piedra.

Una sacudida eléctrica le recorrió la espina dorsal. Su cerebro acababa de encajar una pieza que había estado flotando suelta durante horas.

—¿Estás bien, Luca? —preguntó Jenna, deteniendo sus movimientos al ver la palidez repentina en el rostro del detective.

Él parecía ido. Sus ojos miraban a través de ella, perdidos en el vacío.

—Sí —balbuceó, reaccionando a duras penas—. Encerraos lo antes que podáis. Tenéis que hacerlo ahora mismo.

Sin añadir una palabra más, dio media vuelta y salió corriendo a toda velocidad.

¿Cómo no lo había visto antes?

Llegó al pasillo de la primera planta y entró como una exhalación en el despacho del ala este. Allí, sobre la inmensa mesa, seguía desplegada la lista de pasajeros del Antonia, el superyate de Joseph Leonardi, dispuesta formando un mosaico de papeles impresos.

Luca se inclinó sobre la mesa, apoyando ambas manos en la madera, y repasó los folios con frenesí. Sus ojos saltaron directos a los nombres que estaban resaltados en amarillo: Joseph Leonardi, el anfitrión; Mateo Pesci; Richard Galloway y el senador Julian Vane. El corazón le latía cada vez con más fuerza contra las costillas.

Desplazó la mirada hacia el final de la lista, hacia el resumen de condiciones especiales del servicio de catering de lujo.

¡Allí estaba! ¡Maldita sea! ¿Cómo no lo había visto?

Lo había tenido delante de sus narices desde hacía más de dos horas. Luca había estado a punto de verlo cuando hablaba con Cynthia, pero había sido gracias a Jenna —y a su oportuno comentario sobre padecer una «condición hereditaria»— como su mente había hecho el clic definitivo.

Galactosemia.

Una intolerancia grave a un componente de la leche.

Una intolerancia *hereditaria*.

Luca retrocedió tambaleándose un paso, asimilando la magnitud del descubrimiento. Tenía la certeza absoluta de haber dado en el centro de la diana. La revelación cambiaba el tablero de juego por completo.

Movido por la urgencia, salió del despacho y entró derrapando en el pequeño dormitorio de visitas contiguo, el lugar donde había utilizado el teléfono inalámbrico fijo un rato antes. Descolgó el auricular, comprobó que daba tono y marcó el número de su propia casa con dedos temblorosos.

Como esperaba, Sarah estaba al pie del cañón. Respondió al primer tono.

—¿Luca? ¿Te encuentras bien?

—Necesito pedirte algo.

Sarah captó de inmediato la urgencia en su voz. No había tiempo para preguntas.

—Dime qué necesitas…

—Algo que te va a hacer pensar que he perdido la cabeza por completo…

43

La noche más larga
8:20 AM

A Sarah le llevó apenas unos minutos constatar la información.

El año anterior, Sarah había formado parte del comité de padres encargado de organizar la comida para el festival de primavera del colegio de Lily. Uno de los aspectos había sido contemplar las alergias habituales —cacahuetes, gluten, huevo—, pero hubo un caso que requirió un protocolo especial y exhaustivo, un alumno con una restricción alimentaria severa y potencialmente mortal si se cometía el más mínimo error.

—Lo tengo, Luca —dijo Sarah a través del auricular—. Lo acabo de buscar en los correos del comité del año pasado. El niño se llama Timothy Reed.

Luca en el fondo lo esperaba, pero la noticia hizo que todas las articulaciones de su cuerpo se aflojaran al mismo tiempo. Se apoyó contra la pared del dormitorio de invitados para no perder el equilibrio.

—¿Estás seguro de que esto te sirve de algo? —preguntó Sarah.

—Sí, no te lo imaginas. Te llamo en cuanto pueda.

Luca colgó el teléfono.

A diferencia de una intolerancia a la lactosa habitual, la galactosemia era una enfermedad metabólica extremadamente rara —afectaba a una de cada cientos de miles de personas— y, lo más importante, era hereditaria. Sarah se lo había comentado en aquel momento, cuando participó en el comité. Ahora, ese detalle que había quedado almacenado en su cabeza, se convertía en una pieza fundamental: Marcus Reed era el padre de Timothy Reed.

Podía ser una gran coincidencia, pero Luca estaba seguro de que Reed, el agente de la DEA que lo había retenido contra su

voluntad en el búnker, había estado a bordo del Antonia la noche en que murió Mateo Pesci.

En la lista de pasajeros del yate de Joseph Leonardi había un menú especial con indicaciones estrictas para la galactosemia. Tal vez la razón por la que su nombre no figuraba de forma explícita en la lista del servicio de catering se debía a que no era uno de los invitados VIP. Reed era un agente de la DEA; lo más lógico, dadas las personalidades de altísimo perfil político y empresarial que viajaban en el yate, era que estuviera allí participando en un operativo encubierto o integrando el equipo de seguridad de manera clandestina, como parte de su investigación de la red de narcotráfico.

Con sus pensamientos volando en todas direcciones en un torbellino, Luca recordó la conversación con el agente Reed:

«Mi hijo va al mismo colegio que tu hija Lily. Está un curso más adelantado que ella».

Si Reed había estado allí esa noche fatídica… entonces había una pregunta inevitable: ¿Y si Marcus Reed era Mike?

Luca empezó a atar cabos a una velocidad vertiginosa.

El hombre del teléfono sabía demasiado: para empezar, tenía acceso a las cámaras ocultas en casa de Galloway, algo perfectamente razonable para el agente a cargo de la investigación de la DEA. Mike se había ganado su confianza dándole pequeñas píldoras de información real, la suficiente para que Luca mordiera el anzuelo. Reed había hecho exactamente lo mismo en el búnker, mostrándole las fotos de Pesci y hablándole de la red de narcotráfico del puerto.

Todavía sin salir de la habitación, e incapaz de moverse, una contradicción lo golpeó con dureza. Algo no cerraba: Mike lo había llamado a su móvil cuando él estaba retenido en el búnker en presencia del mismísimo Reed.

Luca cerró los ojos y se transportó a la improvisada sala de interrogatorios con la mesa de metal en el centro. Visualizó la escena con precisión: el móvil vibrando sobre el acero, Reed tensándose, Luca inventando la mentira de que era su esposa.

Y entonces, lo comprendió.

Reed no se había quedado en la sala. El agente le había dicho: «Voy a dejarte diez minutos para que le respondas a tu esposa... pero no intentes nada estúpido». Reed había salido por la puerta y lo había dejado solo. Y la llamada se había producido cuando el agente estaba de espaldas; Luca lo recordaba a la perfección porque Reed se había puesto a mirar ese cuadro horrible.

¡Joder!

Todo en aquel búnker había sido una puta farsa. La supuesta llamada del director de la DEA al teléfono satelital del agente Thorne, la humillación fingida de Reed al verse obligado a liberarlo… Todo había sido un teatro diseñado exclusivamente para que Luca sintiera que había burlado al sistema gracias al poder invisible de Mike.

Cuanto más lo recordaba, más claro lo veía. Una vez que Reed le había sacado la información que necesitaba, debía dejarlo ir y a su vez limpiarse de toda sospecha. No sólo hizo parecer que Mike lo llamaba cuando Reed estaba presente, sino que después fingió una conversación con el director de la DEA en la que supuestamente lo obligaba a soltarlo, haciendo ver a Mike como un tipo de las altas esferas.

¿Por qué tomarse tantas molestias para secuestrarlo y luego dejarlo ir?

Era una pregunta para la cual aún no tenía una respuesta.

Hasta ese momento, Mike había trabajado desde las sombras, forzándolo a limpiar la escena del crimen de Galloway para luego extorsionar a Cynthia con esas pruebas. ¿Por qué de repente exponerse?

¿Qué había cambiado?

Luca recordó que al salir del búnker encontró el Crown Victoria en el aparcamiento.

¿Le habrían instalado un rastreador en el coche?

Todo el operativo parecía un esfuerzo demasiado grande para instalar un simple rastreador. Si Reed era Mike, el secuestro constituía un cambio radical en su modus operandi. Pasar de ser un titiritero a forzar una confrontación cara a cara no parecía tener sentido.

Luca estaba dándole vueltas a todo esto cuando escuchó el primer disparo.

Cerca. Muy cerca.

Quizás incluso en el interior de la casa.

44

La noche más larga
7:55 AM

Ahora que Cynthia podía ver el rostro de Mike al descubierto, tuvo la repentina certeza de que llegarían a un acuerdo. No era sólo el hecho de que se quitara el pasamontañas como muestra de vulnerabilidad; había en sus ojos, rodeados de profundos surcos de agotamiento, algo humano que a ella le inspiró una extraña confianza. Quizás era cierto lo que él le había asegurado apenas un instante atrás respecto a no querer que nadie saliera herido.

—Sin la cámara —dijo Mike, señalando con un gesto seco el aparato que ella sostenía.

—¿Cómo que sin la cámara? ¿Qué sentido tiene una confesión si no puedo usarla como garantía?

Por primera vez desde que habían llegado al refugio, la tormenta les dio un mínimo respiro. La lluvia no había cesado, ni mucho menos, pero ya no era el estruendo ensordecedor que parecía querer hundir el techo de la cabaña.

—Mi nombre es Marcus Reed… empezó a decir Mike.

Y entonces, de pronto, unas detonaciones sacudieron las paredes de madera. Resultó imposible para ambos establecer de dónde procedía el ataque, si las balas cruzaron el umbral de la puerta entreabierta o entraron por una de las ventanas. Lo único que comprendieron al instante fue que se trataba de la ráfaga de un arma semiautomática.

En total fueron cuatro disparos.

Cynthia y Mike se tiraron al suelo en un acto reflejo. En cuanto ella se dejó caer de bruces sobre los tablones empapados, se giró sobre sí misma para indicar a Mike a gritos que se arrastrara hacia el rincón más alejado.

Fue entonces cuando lo vio.

Mike no estaba a cubierto. Tenía un hundimiento espantoso en el costado derecho del cráneo, justo por encima de la oreja. Su ojo derecho lucía inyectado en sangre, devorado por una mancha escarlata. Temblaba de forma espasmódica, sacudiéndose sin control sobre la madera mojada como si sufriera un ataque epiléptico.

Con el corazón desbocado, Cynthia se arrodilló a su lado y desenfundó su pistola.

Justo en ese momento, una nueva ráfaga de balas rasgó el aire, silbando a escasos centímetros por encima de sus cabezas y astillando la pared del fondo. Otra vez resultó imposible determinar la procedencia exacta de los disparos; el eco al rebotar en las paredes del refugio lo distorsionaba todo. Cynthia sopesó la geometría del lugar y llegó enseguida a una conclusión aterradora: no había ni un solo lugar seguro donde parapetarse. Cualquier esquina resultaba vulnerable desde alguna de las tres aberturas.

¿Quizás si cerraba la puerta…?

Mike, con los labios temblorosos y cubiertos de sangre espumosa, intentaba articular palabra.

—Tengo… tengo dos hijos —balbuceó con un hilo de voz ahogado.

—No hables. Guarda fuerzas —le ordenó Cynthia pegándose a él—. Necesito que me digas quién nos ataca.

A continuación, el hombre herido pronunció una secuencia de sonidos guturales, rotos por la sangre en su garganta, que Cynthia tuvo que adivinar.

Se desplomó de costado. Al girarse, Cynthia advirtió el segundo impacto en el lado izquierdo del pecho de Mike, un agujero oscuro del que no paraba de salir sangre, tiñendo de un rojo casi negro el jersey de lana gris que llevaba bajo el impermeable. Si el roce del proyectil en la cabeza no había sido suficiente para matarlo, aquel boquete en el pecho sin duda lo haría en cuestión de minutos.

Cynthia dejó de formular preguntas. No tenía sentido. Mike ni siquiera conservaba fuerzas para mantener los ojos abiertos. Todavía respiraba, pero lo hacía de forma espasmódica, buscando aire con desesperación.

—Aguanta, joder —le suplicó ella, apretando la herida del pecho con el pasamontañas mojado que él mismo se había quitado.

Los ojos de Mike se abrieron con un último y agónico esfuerzo, y sus labios pronunciaron una única palabra. Cynthia se aferró a ella. Deslizó dos dedos por el cuello ensangrentado de Mike. El pulso no había desaparecido por completo, pero era muy débil. Necesitaba salir de allí cuanto antes y llamar al 911.

Volvió a evaluar las posibilidades de buscar cobertura, pero eran nulas. Ni siquiera metiéndose dentro de la chimenea de piedra conseguiría eludir a su atacante si este decidía asomarse por el marco de la puerta.

Se agachó todo lo que pudo y empezó a moverse de un lado a otro, pegada a la pared frontal. Se asomó un milímetro por la arista de la ventana derecha, luego reptó hasta la puerta.

Los disparos no se repitieron. En cierto sentido, el sonido rítmico de la lluvia resultaba mucho peor, porque parecía presagiar algo terrible. El tirador debía de estar ahí fuera, acechando entre los troncos, esperando el momento oportuno para cogerla por sorpresa.

Comprendía a la perfección lo que estaba ocurriendo. El tirador jugaba con ella al gato y al ratón. Si salía en ese momento a toda carrera, quizás podría eludir los primeros tiros, pero lo más probable era que recibiera una lluvia de balas mucho peor que la que había abatido a Reed. Para ese momento, el cabrón ya tendría un cargador nuevo insertado, esperando pacientemente a que ella se delatara.

¿Y si salía por una de las ventanas traseras?

Era arriesgado. El tirador sin duda vigilaba la puerta principal, por lo que saltar por una de las ventanas y zambullirse en la maleza podría ser su única posibilidad real de salir de allí con vida. La otra consistía en resistir. Extrajo el cargador de su Glock un segundo para comprobar por el peso que estaba lleno. Quince balas, más una en la recámara. Dieciséis oportunidades. Se asomó con rapidez por el alféizar de la ventana y efectuó un disparo sorpresivo hacia la línea de árboles.

Cynthia maldijo su propia estupidez. En ese instante se sintió la persona más gilipollas del planeta por haber dejado a su compañero, el único en quien podía confiar a ciegas, encerrado en

una habitación de acero. Aunque le había dejado a Mark la llave para un caso de emergencia, pensar que él o Luca podrían escuchar los disparos desde la insonorizada mansión de los Wurth resultaba una fantasía absurda. Estaba sola.

Sin soltar la pistola con la mano derecha, sacó el móvil del bolsillo con la izquierda y marcó el 911.

—Emergencias, ¿cuál es su...

—Soy la detective Cynthia Santos, del LAPD —susurró apretando el aparato contra la oreja—. Oficial caído en la Ruta del Ahorcado, al norte de Canyon Road, en el antiguo refugio. Necesito apoyo inmediato y una ambulancia. Tirador activo.

Apenas terminó de hablar y cortó la llamada, una nueva ráfaga destrozó el marco de madera de la puerta. Cynthia se asomó milésimas de segundo y respondió con dos disparos certeros hacia el fogonazo que intuyó entre los arbustos.

Le quedaban trece balas.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. No había forma de que consiguiera resistir hasta que llegara la ayuda.

La mecánica de terror se repitió. Minutos de un silencio atroz, rotos sólo por el agua, seguidos de un tiroteo ensordecedor con los proyectiles surcando el aire del refugio.

Fue en una de esas furiosas embestidas cuando Cynthia sintió dos latigazos de fuego en la pierna derecha y el cuello. El dolor resultó tan cegador y repentino que le cortó la respiración de golpe. Perdió el equilibrio y se desplomó pesadamente contra el suelo, cayendo justo al lado del cuerpo de Mike.

Giró la cabeza, jadeando. El rostro de Mike estaba a escasos centímetros del suyo. La observaba sin pestañear. No podría ayudarla, ni a ella ni a nadie más.

Cynthia estaba indefensa. La sangre caliente le empapaba el pantalón y una punzada de dolor insoportable la paralizó en cuanto quiso arrastrarse. Clavó la mirada en la entrada, aterrorizada.

Unos pasos pesados aplastaron los charcos que se habían formado en los escalones de piedra del exterior.

Un hombre inmenso, mucho más robusto que Reed, vestido de negro y con un pasamontañas de neopreno, cruzó el umbral. Estaba

empapado de pies a cabeza y empuñaba su arma en la mano derecha. Se fijó en el amasijo de cuerpos inmóviles y ensangrentados en el centro del refugio.

Divisó una pistola y la apartó de un puntapié, mandándola contra la pared.

El gigante avanzó con paso firme y se agachó al lado de Cynthia. Con una manaza de dedos gruesos empezó a palpar el cuerpo de la detective de manera torpe e invasiva. Buscaba algo —probablemente el pendrive—.

El hombre recogió el arma de Cynthia y se la guardó en uno de los bolsillos de la cazadora. Hizo lo mismo con los móviles de ambos. Tenía prisa y no revisó las inmediaciones con detenimiento. De haberlo hecho, habría advertido el objeto brillante en una de las esquinas. También se habría dado cuenta de que el pulso de Cynthia, aunque tenue y errático, todavía no se había extinguido del todo.

45

La noche más larga
8:25 AM

Jenna enjuagaba la fregona en el cubo mientras Ray pasaba un trapo por el suelo justo en el umbral de la puerta blindada, que permanecía abierta de par en par. Suponía un riesgo, pero no demasiado grande si cada pocos segundos comprobaban la cámara de la cocina, donde se ubicaba el acceso al sótano.

En una de esas comprobaciones, Ray se incorporó para estirar la espalda y desvió la mirada hacia el monitor; el trapo se le cayó al suelo con un chasquido húmedo.

—Mierda.

Jenna se detuvo en seco y siguió la dirección de su mirada. En el mosaico de imágenes, en la correspondiente a la cámara del pasillo de servicio en la parte trasera, una figura masculina avanzaba con paso firme.

Se trataba de un hombre gigante vestido con ropa negra y un pasamontañas de neopreno que le cubría todo el rostro. Estaba empapado. Pero lo que heló la sangre de Ray no fue su tamaño, sino el arma que empuñaba con total impunidad, barriendo los ángulos del pasillo como un profesional.

—Tenemos que avisar a Luca —dijo Ray con el pulso acelerado.

Buscó desesperado en la siguiente pantalla. Luca seguía en el despacho del ala este, de espaldas a la puerta, apoyado sobre la mesa de caoba estudiando los papeles que habían impreso un rato antes. Permanecía ajeno por completo al intruso que acababa de colarse en la finca. Representaba un blanco fácil.

—Quédate aquí, Jenna. Voy a salir a alertarlo.

—¡No! —Jenna lo cogió del brazo—. Luca nos pidió que nos quedáramos aquí.

—Él no sabía que había un tirador en la casa.

Jenna temblaba de miedo.

—Escucha, Jenna. Cynthia está ahí fuera, si Luca va a ir a por ella…, tiene que…

Estar vivo.

Por supuesto.

Jenna empezó a asentir a toda velocidad, intentando recuperar la calma.

—Tienes razón. Pero déjame ir a mí. Es mi casa y sé cómo llegar.

—Ni hablar. Luca me ordenó que te quedaras aquí; no pienso incumplir esa parte. Dime cuál es la forma de llegar al despacho sin exponerme tanto…

Jenna tragó saliva.

—No puedes ir por el salón principal, Ray. Si ese tipo avanza hacia el centro de la casa, te verá en cuanto salgas al vestíbulo. Ve por el jardín de invierno; cuando subas las escaleras y llegues a la cocina, ve hacia la izquierda. Hay una galería y un invernadero lleno de plantas. Corre paralelo a las habitaciones principales y conecta directo con el pasillo del ala este. Las plantas te darán cobertura.

Ray asintió, grabando el mapa en su cabeza.

—Enciérrate ahora mismo, por favor —le rogó desde el umbral.

Ray salió al pasillo del sótano y escuchó a su espalda el pesado clac de los cerrojos de acero encajando en su sitio.

Subió las escaleras procurando no hacer el menor ruido, pisando con la punta de las zapatillas. Al asomar la cabeza en la cocina, la luz plomiza de la mañana apenas iluminaba las encimeras de mármol. Reinaba el silencio, salvo por el ruido sordo de la lluvia en el exterior.

Se dirigió enseguida al bloque de cuchillos de madera que reposaba junto a los fogones. Extrajo el más grande que encontró. Verse empuñando aquel cuchillo desproporcionado le recordó que no era un policía ni un soldado. Era un puto informático.

Se acercó a la puerta que daba al pasillo principal y se detuvo, sopesando sus opciones. Su primer impulso consistió en gritar el

nombre de Luca con todas sus fuerzas. Un solo grito bastaría para que el detective sacara su arma y se pusiera a cubierto.

Sin embargo, el sentido común lo frenó. Si gritaba, también revelaría su propia posición. Atraería al tirador hacia la cocina, donde Ray no tendría ninguna posibilidad contra un arma de fuego. Además, le quitaría a Luca el único factor que podía equilibrar la balanza a su favor: la sorpresa. Debía llegar hasta él en silencio.

Se volvió hacia la izquierda, buscando la puerta de la que le había hablado Jenna. Giró el pomo con lentitud y entró en el jardín de invierno.

El contraste resultó abrumador. La galería exterior estaba delimitada por inmensas cristaleras que daban al jardín delantero, y el sonido de la lluvia al chocar contra el vidrio resultaba ensordecedor. Por un lado, aquel estruendo suponía una bendición, ya que enmascararía los ecos de sus propios pasos; por otro, le impediría percibir si el gigante vestido de negro se acercaba.

Negó con la cabeza. Pensar en ese sujeto no ayudaba. Si el tipo había entrado en la casa, ¿qué había sucedido con Cynthia? Resultaba una pregunta demasiado perturbadora. Debía centrarse en llegar a Luca cuanto antes.

El invernadero formaba un túnel estrecho y alargado repleto de helechos gigantes, ficus y muchísimas plantas que Ray no reconoció. Avanzó agachado, pegado al muro interior que separaba la galería del salón principal. Apretó el mango del cuchillo hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

Cada relámpago que iluminaba el cielo teñía el pasillo de un blanco espectral, acentuando de forma fugaz todas las sombras. Faltaban apenas unos metros para llegar a la puerta que conectaba con el ala este.

De repente, una sombra enorme se proyectó en la galería. El tirador caminaba al otro lado del cristal, a su misma altura. Se quedó petrificado junto al marco de la puerta, conteniendo la respiración y con el cuchillo en posición de ataque.

Mientras decidía si quedarse donde estaba o lanzarse hacia el extremo de la galería, advirtió que en la esquina superior había una

cámara, por lo que cabía la posibilidad de que Jenna lo estuviera viendo en ese mismo instante.

Le dedicó un gesto suave con la cabeza por si ella lo observaba, aunque en realidad lo ejecutó para sí mismo y reunir el valor suficiente para recorrer los metros finales a toda velocidad.

46

La noche más larga
8:30 AM

Jenna aguardaba sola en la habitación del pánico. Se sentó frente a la consola y fijó la vista en el mosaico de imágenes de las cámaras de seguridad.

Siguió el avance de Ray. Lo vio entrar en la cocina, buscar en el bloque de madera y coger el cuchillo más grande que encontró. A continuación, se deslizó hacia el jardín de invierno y desapareció de su campo de visión.

Mientras tanto, en otro de los recuadros, Jenna rastreaba el avance del intruso.

El hombre del pasamontañas de neopreno entró en el inmenso salón principal. De pronto, se detuvo en seco. Giró el cuello despacio y clavó los ojos en la cámara de seguridad. Jenna contuvo la respiración. A pesar de que resultaba imposible que él la viera a través del circuito cerrado, la observaba con intensidad, ladeando un poco la cabeza como si sopesara la posibilidad real de que alguien siguiera sus movimientos en ese preciso instante.

Jenna se hallaba al borde del colapso nervioso. Ray y el intruso avanzaban casi a la par, separados sólo por una pared y las inmensas cristaleras que conectaban el salón con el jardín de invierno.

En la galería por donde avanzaba Ray, sólo había una cámara instalada en el extremo opuesto, justo hacia donde él se dirigía. Tras unos segundos de agonía, la figura del joven apareció en la pantalla. Se movía agachado. Al llegar a la altura de la cámara, Ray levantó la vista hacia la lente y esbozó un leve gesto de asentimiento; sabía que Jenna lo observaba.

En la penumbra del sótano, con las manos temblorosas sobre la boca, ella le devolvió el mismo gesto, aunque él no pudiera verla.

Ray debía esperar. Resultaba imperativo que se quedara justo donde se encontraba hasta que el hombre del pasamontañas siguiera de largo y cruzara todo el salón. Sólo entonces podría abrir la puerta y acceder al pasillo que lo llevaría hasta Luca.

Jenna desvió la mirada un instante hacia otro recuadro para comprobar la situación del detective. Luca ya no se hallaba en el despacho del ala este; se había movido a la habitación de invitados contigua. Lo veía caminar de un lado a otro con un teléfono inalámbrico pegado a la oreja, con gestos erráticos. Parecía muy inquieto, perturbado.

«Espera… por favor, sólo un minuto», le suplicaba Jenna a Ray con la mente, apretando los puños sobre las rodillas. «Quédate quieto».

Pero en el salón el gigante se detuvo. Parecía como si su instinto de depredador le hubiera advertido de una presencia cercana o poseyera visión de rayos equis para escudriñar a través de las paredes de la mansión. Giró sobre sus talones y empezó a caminar con lentitud hacia la inmensa puerta acristalada que separaba el salón del invernadero.

Jenna se tapó la boca con ambas manos para ahogar un grito. Si el tipo se acercaba un poco más y miraba a través de los cristales, todo estaría perdido.

Lo que sucedió a continuación no duró más de cinco segundos.

El hombre del pasamontañas dio un salto y se colocó en el otro extremo de la puerta acristalada, cambiando su ángulo de visión de forma drástica. Ese nuevo encuadre le permitió ver a Ray, que avanzaba agazapado entre las macetas.

Ray se quedó paralizado ante la súbita aparición del gigante al otro lado del cristal. Los ojos desorbitados del informático se encontraron con la mirada vacía del asesino. En un acto puramente reflejo y desesperado, Ray alzó el cuchillo de cocina en posición defensiva, un gesto absurdo considerando el grueso cristal que se interponía entre ambos y el arma que empuñaba su adversario.

El hombre del pasamontañas no dudó. Apuntó y apretó el gatillo.

El estruendo debió de resultar atronador en la primera planta. En las pantallas sin sonido de Jenna, el grueso cristal del salón estalló en una nube silenciosa de miles de esquirlas brillantes.

Ray fue empujado hacia atrás por la fuerza del impacto, soltó el cuchillo y cayó desplomado sobre las baldosas húmedas del jardín de invierno, hasta quedar inmóvil.

En la habitación blindada, Jenna se desgarró en un grito de terror absoluto, primitivo y ensordecedor, que chocó contra las paredes insonorizadas y que nadie en el resto de la casa sería capaz de escuchar; Luca porque se encontraba en el ala opuesta; Mark porque acababa de morir.

47

La noche más larga
8:30 AM

El teléfono inalámbrico se escurrió de los dedos de Luca y rebotó contra el suelo de madera.

Su primer pensamiento, condicionado por el ruido de los cristales rotos, fue que la amenaza provenía del exterior, quizás desde el jardín trasero.

Acababa de llegar a la conclusión de que el agente Reed había estado en el Antonia el día de la muerte de Pesci y que, en consecuencia, la captura por parte de la DEA y el interrogatorio habían sido una puesta en escena con algún propósito que todavía no terminaba de entender del todo. Si Reed había sido capaz de planificar ese montaje y, además —bajo la identidad de Mike—, manipularlo tanto a él como a Cynthia, entonces había una cosa que no encajaba: ¿Por qué ahora se presentara allí e intentaba matarlos a todos?

Desenfundó su arma reglamentaria y avanzó agazapado por el pasillo del ala este, pegado a la pared, con los sentidos alerta. Al llegar a la intersección que conectaba con la galería acristalada del jardín de invierno, se asomó con extrema precaución.

Lo que vio le heló la sangre.

El cuerpo de Ray yacía inerte sobre las baldosas, rodeado de macetas y un charco de sangre oscura que se expandía con rapidez. Luca sintió un latigazo de culpa. ¿Por qué Ray no estaba en ese momento en la habitación con Jenna? No estaba preparado para pasar del escenario de un disparo desde el exterior para intimidarlos a uno en el que Ray había muerto. Las preguntas se sucedían unas a otras. Había estado con él hacía menos de diez minutos, le había ordenado que se encerraran en la habitación…

Se obligó a tomar el control. Su entrenamiento profesional debía imponerse a su lado emocional.

La disposición de los cristales rotos proyectados hacia el interior del invernadero y la posición del cuerpo de Ray le revelaron la espantosa verdad: el asesino no había disparado desde el jardín exterior, sino desde el salón principal.

Apenas su cerebro procesó esa conclusión, el yeso de la pared estalló a pocos centímetros de su rostro: una secuencia de tres balazos que lo obligó a retroceder por instinto hacia el pasillo, ocultándose tras el marco de la arcada. El espacio era reducido y limitaba en gran medida sus movimientos, pero Luca se negó a ceder terreno.

Si perdía la concentración podía costarle una víctima más. Tenía que detener a este tipo a cualquier precio. Centró de su atención en el tirador, a quien todavía no había logrado siquiera ver. Lo único que tenía era el sonido. Repasó en su mente los tres impactos que casi le volaron la cabeza. No había sido el fuego errático y desesperado de un aficionado; había sido una cadencia rítmica controlada. Quienquiera que estuviese al otro lado manejaba esa arma semiautomática con conocimiento.

Luca se asomó apenas un segundo por el borde de la arcada para examinar el salón.

No recibió ningún disparo, pero sabía que eso no significaba en absoluto que el tirador no estuviese apuntando directo a su posición, esperando a que asomara un centímetro más de cuerpo. Al escrutar la estancia localizó un enorme y pesado sofá de cuero a unos seis metros. Era la mejor cobertura disponible.

Tomó aire, agarró su arma con ambas manos y salió corriendo.

Mientras cubría la distancia a toda velocidad, disparó dos veces hacia la zona del salón para obligar al tirador a agachar la cabeza, sacrificando dos valiosos proyectiles de su cargador.

De inmediato llegó la respuesta. Tres proyectiles silbaron en su dirección mientras Luca se deslizaba por el suelo pulido hasta quedar parapetado tras el grueso respaldo del sofá.

Ninguna bala lo alcanzó, pero el intercambio le había proporcionado la pieza de información que necesitaba: había podido

determinar la posición de su enemigo y verlo por primera vez. El tirador también se había movido, abandonando la protección de la inmensa chimenea de piedra para atrincherarse detrás de un pesado sillón.

Era un hombre gigantesco; sin duda no era Reed, que tenía más o menos su altura y complexión. Llevaba ropa negra, empapada por la lluvia, y el rostro oculto por completo bajo un pasamontañas de neopreno. Era sicario profesional, Luca no tuvo la más mínima duda; una máquina de matar por dinero sin escrúpulos ni consciencia, con el único propósito de borrar todos los cabos sueltos que quedaban en la mansión.

Se desató un cruce de fuego tenso. Ráfagas cortas cruzaban el salón, destrozando jarrones de porcelana y muebles caros.

Luca comprendió el juego de inmediato. Sabía a la perfección lo que el otro intentaba: agotar sus balas. El sicario, atrincherado y blindado, disparaba ráfagas precisas, obligando a Luca a devolver el fuego para mantenerlo a raya. Era una pelea de desgaste que a él no le convenía.

Luca expulsó su cargador un instante para comprobarlo y maldijo por lo bajo. Su reserva de proyectiles se había reducido a la mitad. Le quedaban, con suerte, ocho balas. Debía cuidarlas como si fueran oro.

Pegó la espalda contra el cuero del sofá, con la respiración agitada. Deslizó dos dedos en el bolsillo de la chaqueta y rozó por última vez la tarjeta de Lily. El cartón estaba un poco humedecido por su propio sudor. Visualizó el mar en el que flotaba con Lily, con el bañador de los peces. También la frase que ella había escrito arriba: «Te quiero, papá. Feliz cumpleaños».

De pronto, el tirador rompió la cadencia. Se levantó y emprendió una carrera rápida y fluida hacia el arco doble que conducía al recibidor de la entrada principal, perdiéndose de vista.

Luca apretó los dientes, manteniendo el cañón apuntando hacia la puerta vacía. El movimiento no parecía una huida fruto del pánico. Era un repliegue estratégico. El gigante lo estaba invitando a seguirlo hacia el vestíbulo. Y Luca sabía que, casi con seguridad, el

sicario estaría agazapado en alguna parte que había estudiado antes, esperándolo con el dedo en el gatillo.

Los movimientos del tirador confirmaron que era un profesional, que además había estudiado el terreno de batalla, algo que él no había hecho.

Luca tenía todas las de perder.

48

La noche más larga
8:32 AM

Jenna no podía apartar los ojos del cuerpo inmóvil de Ray en uno de los recuadros del monitor. Contenía la respiración, rogando por un mínimo movimiento que nunca llegaba. El único cambio en aquella pantalla era el charco de sangre oscura que no dejaba de expandirse sobre las baldosas del jardín de invierno.

La irrupción repentina de Luca en la escena la cogió por sorpresa. Al verlo aparecer en la pantalla, un nudo de angustia y esperanza se le formó en la garganta.

Conteniendo el aliento, Jenna siguió lo que sucedía en el salón principal. El sistema de circuito cerrado le proporcionaba una perspectiva completa: había una cámara posicionada de tal forma que le mostraba los movimientos desesperados de Luca, y la otra, la implacable frialdad del gigante del pasamontañas.

Vio a Luca retroceder hacia el pasillo tras la primera ráfaga. Un momento después, se lanzaba en pos del sofá para buscar donde esconderse. La diferencia entre ambos era abismal. Aunque Jenna sabía que Luca era un detective de Robos y Homicidios con muchos años de experiencia en las calles, no podía dejar de ver que en ese juego uno estaba a la defensiva y el otro tenía el armamento para ganar. El intruso se movía con una decisión que helaba la sangre.

De vez en cuando, la mirada de Jenna viajaba sin remedio hacia el cuerpo de Ray. Verlo allí tirado la empujaba hacia un abismo mental al que no quería asomarse: Cynthia. Si ella había ido a enfrentarse a este hombre al bosque... y ahora el que estaba en la casa era él...

Era un pensamiento demasiado doloroso. Debía bloquearlo con todas sus fuerzas para no desmoronarse.

En la pantalla, el tiroteo alcanzó un punto crítico. Jenna vio cómo el grandullón rompía su posición y se replegaba a toda prisa hacia el arco doble del recibidor. Al igual que Luca, Jenna creyó en un primer momento que el asesino iba a atrincherarse allí para obligar al detective a asomarse y acribillarlo. Sin embargo, la cámara del vestíbulo le mostró una realidad mucho más aterradora.

El hombre no se escondió detrás de ninguna columna para esperar. En cuanto llegó al recibidor, giró sobre sus talones, salió corriendo por uno de los pasillos laterales y se adentró en la galería trasera de la casa.

Jenna comprendió la maniobra casi antes de que el gigante la completara. Se llevó las manos a la boca para ahogar un jadeo de terror. ¡Iba a rodearlo! El tirador estaba bordeando por completo la parte trasera de la mansión para sorprender a Luca por la espalda. Era evidente que aquel monstruo conocía la propiedad; conocía la distribución de la casa muchísimo mejor que el propio Luca. En cuestión de segundos, aparecería por el otro flanco y lo ejecutaría sin darle tiempo a reaccionar.

Sin dudarlo un instante, Jenna se levantó de la silla y se dirigió hacia la pesada puerta de acero.

Una voz egoísta y primitiva en su interior le suplicó que se detuviera, que se quedara a buen resguardo dentro de la habitación del pánico, que allí estaría a salvo. Pero fue sencillo acallarla. Si se quedaba allí sentada viendo cómo mataban a Luca, jamás se lo perdonaría. No podía fallarles a Luca y a Cynthia. Tenía que intentar salvarlo, aunque aquello significara caminar por la cornisa de su propia existencia.

Giró la llave. Abrió la puerta blindada y salió al sótano para luego subir las escaleras con el corazón latiéndole en la garganta.

Al pasar por la cocina, su mirada se desvió un milisegundo hacia el bloque de madera de los cuchillos. Pensó en coger uno, exactamente igual que había hecho Ray apenas unos minutos antes. Pero descartó la idea de inmediato. Sabía que no tenía la más mínima posibilidad de ganar un enfrentamiento cuerpo a cuerpo contra un asesino profesional, bien armado y con chaleco antibalas. Un cuchillo sólo le proporcionaría una falsa sensación de seguridad

que podría volverla temeraria. Era mejor ir con las manos vacías, sabiendo que era vulnerable y que, si la descubrían, su vida estaba terminada.

Su plan era simple y rápido: ir al recibidor, gritar con todas sus fuerzas las intenciones del tirador para alertar a Luca y luego dar media vuelta y correr de regreso a la habitación del pánico tan rápido como le dieran sus piernas.

Cruzó la cocina con la casa en silencio. Llegó al otro extremo y se asomó al recibidor, pegada al marco de la puerta. El espacio estaba vacío. La arcada del salón quedaba a su izquierda y el pasillo por donde se había escurrido el asesino justo enfrente.

Jenna cerró los ojos un segundo, cogió todo el aire que sus pulmones le permitieron y se plantó en medio del recibidor para gritar con todas sus fuerzas.

—¡LUCA! ¡VA POR DETRÁS! ¡ESTÁ RODEANDO LA CASA POR LA GALERÍA!

Luca tenía que haberla oído.

Pero también el gigante.

49

La noche más larga
8:41 AM

El grito desgarrador de Jenna alertando a Luca de las intenciones del tirador actuó como un resorte en su cerebro. Si el gigante estaba intentando rodearlo, el sofá detrás del cual se había parapetado ya no era un refugio, sino una trampa mortal.

Abandonó su posición de inmediato. Manteniendo una postura baja, avanzó a toda prisa por el salón principal, esquivando los muebles y los restos de porcelana esparcidos por la alfombra. Cruzó la amplia arcada del extremo opuesto y llegó al recibidor de la entrada principal; se pegó de un salto contra el muro de mármol, con el arma en alto y el dedo en el gatillo.

A diferencia de lo que había temido antes de la advertencia de Jenna, no fue recibido por ningún ataque sorpresa. El recibidor estaba vacío y sumido en un silencio sepulcral. ¿Había dejado de llover? Parecía que sí.

Luca no sabía dónde estaba su rival, pero este, a su vez, también lo había perdido a él. Debía aprovechar esa minúscula ventaja.

Lo único que rogaba en su fuero interno era que Jenna hubiera podido volver de inmediato a las cámaras de seguridad en el sótano y ponerse a buen recaudo.

Apostado contra la pared, Luca trató de imaginar la secuencia de los últimos minutos. Sin duda, Jenna y Ray habían visto al hombre del pasamontañas a través de alguna de las cámaras de vigilancia. Ray, que por lógica no tenía ninguna experiencia en ese tipo de operaciones, había salido para advertirlo de la situación. Por desgracia, la pericia del asesino había truncado su intento. Luca era plenamente consciente del esfuerzo sobrehumano que debió de hacer Jenna para, instantes después de ver morir a Ray, salir ella

misma de la habitación del pánico, exponerse y advertirlo de las intenciones del enemigo.

Era un acto de valentía suicida que no podía ser en vano. Luca no podía seguir cometiendo errores. Era cierto que su cabeza no estaba funcionando al cien por cien; en su interior se libraba una batalla entre la adrenalina del combate y un cansancio extremo, de final incierto. Pero había una realidad objetiva que Luca no podía ignorar: el tipo del pasamontañas estaba a años luz de él en cuanto a preparación para un tiroteo de estas características. El sicario contaba con un arma que escupía balas de forma semiautomática, cargadores de repuesto, protección antibalas y, lo más peligroso de todo, una disposición absoluta para masacrarlos a todos sin titubear.

Luca levantó la cabeza y paseó la mirada por los techos altos hasta encontrar lo que buscaba: la cámara de seguridad instalada en la esquina superior del recibidor.

Necesitaba que Jenna recibiera su mensaje. Si él no tenía la certeza absoluta de que ella se quedaría allí, a salvo, lucharía en una constante inferioridad de condiciones. Sin soltar la empuñadura de la pistola, unió ambas palmas frente al pecho en señal de rezo e hizo una suave inclinación de cabeza hacia la lente.

«Gracias», articuló en silencio, exagerando el movimiento de los labios.

Luego, soltó una mano, señaló la cámara con el dedo y volvió a vocalizar: «Quédate ahí».

Habían pasado algo más de tres minutos desde el grito de advertencia de Jenna en el pasillo; un tiempo que se le había hecho eterno mientras cruzaba el salón, pero que era más que suficiente para que ella hubiera regresado corriendo a la habitación del pánico. Sin embargo, una duda razonable lo asaltó. Jenna no era tonta; podía haber supuesto que el gigante iría a cazarla en cuanto escuchara su grito. Teniendo en cuenta que era evidente que el intruso conocía la distribución de la casa a la perfección, no era una mala suposición.

Siguiendo esa línea de pensamiento, Jenna podría no haber bajado al sótano. Podría estar escondida en cualquier armario o

rincón oscuro de la primera planta y, en ese caso, Luca acababa de hablarle a una cámara vacía.

Luca se encontraba ahora frente a una encrucijada letal. Si tuviera la certeza de que Jenna estaba segura en el búnker, la opción más lógica y dictada por el manual policial sería evaluar pedir ayuda. Podía intentar llegar a la habitación de invitados para usar el teléfono fijo o escabullirse hasta el garaje y utilizar los móviles que estaban guardados en la guantera de su coche. Dos direcciones diferentes en las que podría probar suerte. Luego, sólo sería cuestión de buscar un buen sitio para atrincherarse y resistir hasta la llegada del apoyo.

Pero había un problema con ese plan: no sabía nada en absoluto de Cynthia. Su compañera estaba ahí fuera, en algún punto del bosque. Podía estar herida de gravedad en una situación donde cada segundo que pasaba dictaba la diferencia entre la vida y la muerte.

Esperar no era una opción. Debía encontrar la forma de abatir al gigante lo más rápido posible.

Y para conseguirlo debía delinear un plan. Empezaba a pensar en ello cuando una nueva ráfaga de balas perforó el silencio de la casa.

El eco de los disparos llegó acompañado por el tintineo sutil y agudo de cristales haciéndose añicos. Lo asaltó un déjà vu de la muerte de Ray. Sin embargo, en esta ocasión, el tiroteo había sonado más distante, quizá en el ala oeste.

¿Por qué había disparado el hombre del pasamontañas? ¿Habría tropezado con Jenna en alguna parte de la casa? ¿O acaso Cynthia había regresado del bosque?

Cabía la posibilidad de que fuera una táctica para sembrar dudas —algo que, de hecho, estaba funcionando—. Quizá no le había disparado a nadie y sólo buscaba confundirlo.

Apretando la empuñadura de la pistola, Luca avanzó en aquella dirección. Dejó atrás el recibidor y se adentró en una sala de estar mucho más íntima y moderna que el ceremonial salón principal donde se había ocultado antes. Esta estancia tenía menos

ventanales, por lo que estaba sumida en una oscuridad mucho más profunda.

Adentrarse a ciegas por el pasillo del ala oeste podía ser una trampa mortal, así que debía extremar las precauciones.

Al llegar a la embocadura del corredor, se asomó un brevísimo instante por el marco de la puerta, exponiendo apenas un ojo, y volvió a esconderse de inmediato tras el muro.

Fue sólo una fracción de segundo, pero lo que vio en la penumbra del pasillo se le grabó a fuego en las retinas.

Jenna estaba tirada en el suelo. Parte de su torso asomaba por el umbral de una de las puertas abiertas del corredor, inmóvil, con la inconfundible cabellera rubia desparramada sobre la madera pulida.

Luca perdió todo el sentido de la lógica. La culpa y el terror dinamitaron años de entrenamiento. Salió de golpe y volvió a asomarse, esta vez con el cuerpo entero y la pistola por delante, exponiéndose por completo a cualquier ataque cruzado.

El hombre del pasamontañas no estaba en el pasillo, pero lo que Luca había visto en el suelo no era una ilusión óptica: la cabeza de Jenna apuntaba en la dirección contraria, ocultando su rostro, pero le bastaba con ver su cabello rubio y la postura inerte de su cuerpo para comprender que había resultado un blanco muy sencillo.

«¿Por qué no volviste a la habitación?»

Pero no tenía sentido lamentarse. Ahora no.

Lo que tenía más sentido era recuperar el foco, suprimir el dolor y darle caza a ese hijo de puta. Una parte de su mente, la que se aferraba a la supervivencia, le gritaba que reaccionara. Lo instaba a pensar en Cynthia, en Sarah, en Lily. Impulsado por una furia ciega, Luca avanzó por el centro del pasillo, caminando hacia el cuerpo, completamente a merced de que el gigante apareciera de cualquier rincón y lo rematara.

Cuando su cerebro por fin logró procesar lo que estaba sucediendo, ya era demasiado tarde.

El sonido del cristal roto que había escuchado tras los disparos fue la clave que no supo ver a tiempo. Allí no había ventanas ni espejos. Comprendió de golpe que lo que sobresalía de la habitación no era el cadáver de Jenna, sino una de las inmensas y tétricas

muñecas de compañía de la vitrina hexagonal. El salón de las muñecas de Lynette Wurth estaba situado justo al final de ese pasillo.

A medida que acortó los últimos metros, la diferencia se hizo evidente: el color, el brillo y la textura de aquel cabello rubio no eran los de Jenna. El asesino había reventado la vitrina de cristal para utilizar a la muñeca de tamaño natural como un señuelo perfecto en la penumbra.

Ni siquiera tuvo tiempo de maldecir su propia estupidez.

Un impacto le destrozó el hombro por la espalda.

Cayó de bruces hacia delante con violencia. El arma salió despedida de su mano, deslizándose por la madera fuera de su alcance. Un aullido de dolor se ahogó en su garganta mientras la sangre empezaba a empaparle la camisa.

Tirado boca abajo, reuniendo hasta la última gota de sus fuerzas, Luca intentó girarse sobre sí mismo, pero el dolor lo paralizó y sólo consiguió hacerlo a medias.

Antes de que se le cerraran los ojos, alcanzó a divisar la figura gigantesca que surgía en silencio de una de las puertas contiguas y avanzaba hacia él para terminar el trabajo.

50

Unas horas antes de La noche más larga

Sarah detestaba despertarse al día siguiente de una fiesta y encontrarse la casa patas arriba. Prefería dejarlo todo impecable al término de la celebración —aunque supusiera un esfuerzo titánico— con tal de empezar el nuevo día con la mente despejada. Luca lo sabía: con la marcha del último invitado venía un esfuerzo adicional de una o dos horas. Pero no se quejaba, mucho menos cuando él había sido el centro de la reunión.

Lisa, al ser la única de las hermanas de Sarah sin niños, se ofreció a echarles una mano. Danny, aunque al día siguiente tenía una reunión a primera hora en la comisaría, también se prestó como voluntario para colaborar. Entre los cuatro podrían terminar muchísimo más rápido.

Luca y Danny se ocuparon de recoger las mesas, tanto la del jardín como la del salón, apilando platos, cubiertos, bandejas y demás enseres, e ir llevándolo todo a la cocina de la manera más ordenada posible. A continuación, se encargaron de barrer y de reunir los vasos que habían quedado desperdigados por toda la casa.

Lisa y Sarah llenaron el lavavajillas a tope y lavaron el resto a mano. La anfitriona se instaló frente al fregadero y su hermana menor secó y guardó lo que ya estaba limpio. Trabajaron en silencio. Con el chorro de agua golpeando contra el metal de la pila, la mente de Sarah se perdió por los laberintos de su propio trabajo. Planificó el día que tenía por delante. Por el momento, seguía en la etapa de exploración del caso del Coleccionista de Lazos. Había solicitado información adicional a cada uno de los departamentos de policía que habían intervenido en las distintas muertes. Leer todos los expedientes resultaba una tarea laboriosa, pero imprescindible.

El sujeto detrás de los asesinatos empezaba a tomar forma en su cabeza: un hombre muy inteligente que se había esforzado al máximo para no dejar pistas ni un patrón geográfico claro de cómo elegía a sus víctimas o la ciudad en la que atacaba. Sin embargo, el individuo sabía que tarde o temprano alguien haría la conexión entre los crímenes. El uso de los lazos antiguos resultaba demasiado peculiar. Sarah estaba convencida de que suponía un punto fuera de su control, algo que necesitaba imperiosamente para cumplir su fantasía, aun sabiendo que a la larga levantaría sospechas. Sólo este rasgo evidenciaba un altísimo nivel de planificación y organización por parte del asesino. Parecía muy probable que él ya supiera que estaban tras sus pasos, o al menos lo intuyera. En algún lugar del país, en ese momento había un hombre fantaseando con cometer el próximo crimen, quizás luchando contra la pulsión mientras seguía adelante con su rutina detrás de su máscara de cordura.

—¿No crees?

Sarah parpadeó, volviendo a la realidad. Lisa la miraba extrañada, con un trapo de cocina en la mano.

—Perdón. Estaba pensando en el trabajo.

—Te fuiste a una realidad paralela.

—La verdad es que sí.

—¿Qué tal el trabajo?

Sarah no iba a discutir con su hermana menor los horrores del Coleccionista de Lazos. A veces pensaba que si ellas supieran las atrocidades que había presenciado a lo largo de su carrera en la policía —y ahora en el FBI—, creerían que estaba loca.

—No me hagas caso —desestimó Sarah con una sonrisa cansada—. Es un caso que acabo de empezar y que me llevará muchísimo tiempo resolver, si es que alguna vez lo consigo.

—No tengo dudas de que lo resolverás.

—Yo sí tengo mis serias dudas. ¿Qué me habías preguntado?

Lisa se quedó pensativa unos segundos, frunciendo el ceño.

—¡Ya no me acuerdo!

Las dos se echaron a reír. Eran las doce de la noche y casi habían terminado con todo.

En el jardín, Luca y Danny bebían la última cerveza. La de Danny era sin alcohol, pero la de Luca no.

El detective levantó el botellín de cristal a la altura de los ojos y le dedicó una mueca.

—Creo que no debería haberme bebido esta última —le dijo al envase casi vacío.

—¿Has bebido mucho?

—Más de lo que me gustaría admitir. Suerte que mañana no nos espera un día demasiado complicado en la comisaría.

—Ha sido tu cumpleaños, Luca, puedes llegar un poco más tarde. Sé que si te lo digo como tu superior te importará un carajo, por eso te lo pido como amigo. Duerme un poco más y no te preocupes por el horario.

—Cynthia llega temprano. Lo correcto es que yo también esté allí.

—Sabía que dirías algo así.

Danny se levantó del asiento. Se desperezó, estirando la espalda.

—Ha sido una velada estupenda, pero será mejor que me marche.

Luca levantó su botellín, donde todavía quedaba un dedo de líquido. Lo apuró de un solo trago y acompañó a su amigo hasta la puerta de la calle.

51

La noche más larga
9:20 AM

Un túnel inmenso, de esos que cruzan los ríos de forma subterránea.

Las voces le llegaban desde el otro extremo, distorsionadas por un eco metálico. El último recuerdo de Luca era el gigante avanzando hacia él por el pasillo del ala oeste de la mansión Wurth, listo para rematarlo.

Intentó abrir los ojos y, por alguna extraña razón, ese simple esfuerzo despertó la consciencia del dolor abrasador en la parte posterior del hombro.

Allí había recibido el impacto; el primero, porque Luca estaba seguro de que el hombre del pasamontañas le había disparado más veces cuando estaba en el suelo; sólo que él no era capaz de recordarlo. Su mente se había apagado en algún momento.

Las voces empezaron a amplificarse y, con ellas, el dolor se volvió un latido punzante y rítmico.

Por fin consiguió despegar los párpados; apenas una ranura por la que se coló una cuchillada de luz blanca y cegadora.

—¿Luca?

Una voz conocida.

¿Danny?

Le ordenó a sus labios moverse pero fue en vano. Su cuerpo, pesado como el plomo, no le respondía. Podía sentir cómo se balanceaba de un lado para otro, con una suavidad extraña, como si reposara sobre un colchón de agua. Intentó recuperar la imagen reconfortante del túnel oscuro, pero esta se iba deshilachando a medida que volvía a ella.

Tardó varios segundos en entender que estaba tumbado sobre una camilla; fueron las ruedas metálicas girando y chirriando contra

el suelo las que le dieron la pista definitiva. Una vez que pudo conectar esa imagen mental con los sonidos a su alrededor, fue mucho más sencillo verse a sí mismo siendo trasladado a toda prisa. Una mujer hablaba, impartiendo instrucciones médicas muy cerca de su cabeza.

Y entonces, otra vez la voz de Danny.

—Luca…

Era imposible.

¿Por qué el gigante no había conseguido acabar con él? ¿Por qué no le había metido una bala en la cabeza cuando estaba completamente a su merced en el suelo del pasillo? Un milagro inexplicable.

Una sacudida seca en el avance de la camilla le confirmó que acababan de pasar por un escalón o un resalte del suelo.

Todavía no podía abrir los ojos del todo pero se concentró en su mano derecha. Consiguió mover los dedos, un leve roce contra el plástico de la camilla. No sabía si alguien podía notarlo o si tenía alguna importancia, pero ese gesto le fue devolviendo, poco a poco, la sensación de estar recuperando el control de su propia existencia.

Salieron de la casa. El aire fresco y húmedo de la mañana le golpeó el rostro y le llenó los pulmones. Ese contraste térmico le permitió reconstruir en su cabeza los últimos minutos: seguían en la mansión Wurth. Danny y los demás habían llegado en el momento justo para salvarle la vida. Recordó la llamada que había mantenido con el capitán a través de la línea fija de los Wurth y dedujo que Danny debía de haber rastreado la dirección exacta a partir de ella.

Pensar con esa claridad lógica significaba que su mente funcionaba muchísimo mejor que su cuerpo, pues seguía sin poder abrir los ojos por completo.

—Está moviendo los dedos —anunció la mujer.

Luca quiso sonreír para darles la razón, pero los músculos de la cara no le obedecieron.

—Es un buen síntoma —le respondió un hombre de voz grave.

—¿Está moviendo los dedos?

Era la voz de Danny, que hablaba de manera atropellada mientras caminaba un poco más alejado que los sanitarios.

—Luca, ¿me oyes?

Sí te oigo, maldita sea. Ojalá pudiera hacer otra cosa que mover los dedos.

Probablemente le habían inyectado algo para el dolor. Una dosis no lo suficientemente potente para apagar el fuego vivo de un balazo en el hombro. Sin embargo, el velo de la sedación se iba corriendo despacio. Lo sentía fluir por sus venas.

La camilla se detuvo, hubo un sonido mecánico y la parte delantera se elevó. Lo estaban subiendo a la ambulancia. Aún no se escuchaba la sirena, sólo el ronroneo grave y constante del motor.

—Yo viajo con él —dijo Danny con un tono que no admitía réplica.

—¿Está seguro, capitán?

—Por supuesto.

Las puertas traseras se cerraron con un golpe sordo. Recién cuando la ambulancia arrancó con una sacudida, Luca pudo volver a abrir los ojos y enfocar el interior.

La luz fluorescente del techo era implacable. A su izquierda, rodeada de armarios con suministros, la sanitaria ajustaba un suero. Un poco más allá, sentado en el asiento lateral, iba Danny Durham. Tenía el rostro desencajado, pálido y llevaba la ropa empapada.

Luca, con un esfuerzo sobrehumano, ignoró la punzada de agonía en la espalda y estiró el brazo derecho tembloroso en dirección a su amigo.

—Dann… —logró articular, en un suspiro ronco.

La sanitaria intervino de inmediato y le puso una mano suave pero firme sobre el pecho para inmovilizarlo.

—No hable, detective. Ha perdido mucha sangre. Guarde fuerzas.

No.

Luca tenía que hablar con Danny. Si no habían encontrado a Cynthia, sería ella la que habría perdido muchísima más sangre que él en ese puto bosque.

Volvió a estirar el brazo, desafiando a la sanitaria, y repitió el nombre del capitán, esta vez con más urgencia.

Danny se levantó del asiento de un salto y se acercó a la camilla.

—Capitán, por favor, apártese… —advirtió la sanitaria.

—Quiere decirme algo.

Le aferró la mano extendida con fuerza y acercó su rostro al de Luca.

—Todo está bien, amigo. Te estamos llevando al hospital.

—Cynthia...

Danny le apretó la mano, pero su mirada esquivó la de Luca por una fracción de segundo.

—Todo está bien, amigo. Llegamos a tiempo.

—Cynthia…

El pánico estalló en el pecho de Luca, más fuerte que el dolor de la herida. Empezó a tirar del brazo de Danny con una fuerza desesperada que no sabía de dónde sacaba.

—¡Capitán, apártese! —gritó la sanitaria.

Danny intentó zafarse con cuidado. Luca no se lo permitió; necesitaba tener la confirmación de que Cynthia y Jenna estaban vivas. Se agitó en la camilla, gimió de dolor y se negó a dejarse caer en la inconsciencia.

La sanitaria no tuvo más remedio que coger una jeringa y conectarla a la válvula de la vía intravenosa. Empujó el émbolo de un solo movimiento.

52

Diez días después

Sarah abrió la puerta y se encontró a Danny Durham en el porche con expresión de disculpa en el rostro. Desde el trágico incidente en la mansión Wurth, el capitán no había dejado de visitar a su amigo ni un solo día; primero en el hospital, durante las interminables cuarenta y ocho horas que Luca había permanecido ingresado, y ahora allí, en su propia casa.

—Cambia esa cara, Danny. Siempre eres bienvenido aquí —le dijo Sarah, haciéndose a un lado para dejarle paso.

—Gracias, Sarah.

Aunque visitaba esa casa con frecuencia, Danny solía quedarse plantado en el recibidor hasta que alguno de los dueños lo invitaba a pasar, casi siempre acompañado de un jocoso gesto de impaciencia por su constante e incorregible formalidad.

No hubo bromas esta vez.

—Adelante, Danny. Luca te espera en el jardín.

—Genial. Vine en cuanto pude —se justificó Danny quitándose la chaqueta ligera—. En la comisaría las cosas siguen un poco convulsas.

—Me imagino.

—¿Cómo está?

Era la misma pregunta, repetida día tras día. Y la respuesta de Sarah no variaba: se limitaba a asentir levemente con la cabeza. Prefería no traicionar la confianza de Luca y dejar que fuera él mismo el portavoz de sus sentimientos.

Al avanzar, Danny notó que no había nadie en el salón principal. La casa estaba sumida en un silencio absoluto.

—Lily está en casa de mi hermana —aclaró Sarah—. Yo estaré arriba, intentando escribir un poco.

En cualquier otro momento él le hubiera preguntado por la escritura y cómo la estaba compaginando con su nuevo trabajo en el FBI, pero no ahora. Se despidieron con una mirada de mutua comprensión.

Danny cruzó el salón y salió al jardín a través de las puertas correderas. Todavía no había oscurecido, pero faltaba poco. Las luces colgantes estaban encendidas.

Encontró a Luca sentado en el sofá de exteriores. Tenía el brazo izquierdo totalmente inmovilizado, pegado al pecho y sujeto por un aparatoso cabestrillo negro. Por suerte, la anatomía había jugado a su favor en el último milisegundo y el proyectil disparado por el sicario, que se había acercado peligrosamente a la clavícula, no había llegado a provocar daños irreversibles. Los cirujanos habían tenido que abrir para extraer la bala deformada y limpiar los fragmentos de hueso y metralla. Dolía como si le hubieran clavado un hierro al rojo vivo, pero el pronóstico era alentador; con un par de meses de estricta rehabilitación y fisioterapia Luca recuperaría la movilidad del hombro al cien por cien.

En su mano derecha Luca sostenía un botellín de cerveza sin alcohol. No hizo falta que le ofreciera una a su amigo; en materia de cerveza nunca habían existido protocolos de educación entre ellos. Danny se acercó, abrió la pequeña nevera portátil que descansaba en el suelo, sacó una cerveza fría y se sentó a su lado, ocupando la parte más larga del sofá.

El silencio se prolongó durante unos segundos.

—No puedo creer que ya no esté, Danny.

—Sé cuánto significaba Cynthia para ti.

Luca se quedó mirando el cielo encapotado.

—Tengo cuarenta y seis años. He perdido a mi madre, incluso a amigos… pero esto es diferente. No sé cómo explicarlo. Siento que es todo un puto malentendido, que me llamará en cualquier momento con su tono de siempre para decirme que ha encontrado una pista.

—Luca…

—Ya he llamado a la doctora Cook —lo cortó Luca, leyéndole el pensamiento.

—¡Eso es genial! —exclamó el capitán.

El entusiasmo de Danny era genuino. Como superior directo de Luca se encontraba en una posición muy incómoda en lo concerniente al apoyo psicológico obligatorio tras un trauma en acto de servicio. No podía aceptar que su amigo regresara al trabajo sin tener la cabeza al cien por cien, de manera que saber que él mismo también lo veía de esa forma era un peso enorme que se quitaba de encima. Aunque el proceso de recuperación física del hombro sería lento, también lo serían las secuelas emocionales.

Luca le dio un trago a la cerveza y apoyó el botellín sobre la rodilla.

—Quiero hablar de ese día, Danny, si no te molesta.

—Por supuesto que no.

No era la primera vez que Luca se lo pedía. De hecho, en mayor o menor medida, los detalles de aquella mañana habían sido un tema de conversación recurrente durante los encuentros anteriores.

Danny ya le había hablado de cómo había tomado la decisión de ir a la finca de los Wurth. El director Arson lo había forzado a emitir la alerta de captura para él y para Cynthia, por lo que Danny decidió saltarse las normas e ir por su cuenta. Le pidió a Erica Sanders que lo acompañara, pero no dieron aviso a la central ni a los SWAT, lo cual, sin duda, había sido un movimiento muy arriesgado y que le costaría muchas explicaciones. Danny se lamentaba profundamente de no haber podido salir de inmediato, pero lo había hecho tan rápido como había podido.

Supieron que algo iba terriblemente mal cuando, a unos pocos kilómetros del camino de acceso a la finca, se toparon con el Jeep clásico de la familia Wurth detenido a un lado de la carretera. Tenía las luces encendidas y el motor en marcha. En el asiento del conductor había un hombre desplomado con un disparo en la cabeza. Lo identificaron en el momento —todavía tenía la cartera con sus documentos encima: Mark Vestergaard— y se comunicaron por radio con la oficina del Sheriff para ponerlos al corriente de la situación.

Era difícil imaginar que esa ejecución no estuviera relacionada con los Wurth, puesto que casi no había otras propiedades por la zona. Fue entonces cuando la operadora les informó que acababan de recibir una llamada al 911 que alertaba de un tirador activo, y que la llamada había sido realizada por la mismísima oficial Cynthia Santos, del LAPD. Una unidad iba en camino, pero Danny y Erica llegarían primero.

Aparcaron el coche a unos cien metros de la entrada principal. El factor sorpresa era una carta demasiado importante como para desperdiciarla llegando con las sirenas encendidas.

La llamada al 911 de Cynthia había informado del incidente en un sendero boscoso ubicado detrás de la casa —la Ruta del Ahorcado—, pero ellos decidieron empezar por la mansión. Al fin y al cabo, la última llamada de Luca se había producido desde la línea fija del interior de la vivienda.

El portón del garaje estaba abierto de par en par. Había charcos de agua sucia por todas partes pero ya no llovía.

Apenas pusieron un pie en la cocina, una joven surgió de las sombras y se les echó encima haciendo señas desesperadas. Fue un auténtico milagro que la tensión del momento no hiciera que le volaran la cabeza allí mismo. Jenna los había visto llegar por las cámaras de seguridad del sótano y había salido de la habitación del pánico sin dudarlo. Fue un instante crítico, pero sin gritos. Temblando, les señaló la dirección en la que estaba Luca y los guio por el pasillo de servicio.

Fue entonces cuando escucharon el disparo.

Danny se lanzó a toda velocidad. Por el calibre y el estruendo, supo de inmediato que aquel disparo no había salido del arma de Luca, por lo que tomó una decisión sobre la marcha: empezó a disparar su propia pistola mientras corría para generar confusión en el tirador y obligarlo a replegarse.

Al asomarse al pasillo, vio a un sujeto inmenso, vestido de negro, que se ocultaba a toda prisa en una de las habitaciones del fondo. Danny volvió a disparar varias veces hacia el marco de la puerta. A su espalda, Erica hizo lo propio apuntando al techo de la mansión. Fue un movimiento brillante por parte de la detective; el

tirador sabría que no se enfrentaba a una sola persona, quizás incluso a una escuadra completa.

Cuando llegaron a la habitación para acorralarlo, descubrieron una de las cristaleras abierta de par en par. El tipo había saltado al jardín. Al asomarse, Danny vio las marcas profundas de unas botas en un charco de barro y un rastro de huellas huyendo hacia la espesura.

Volvió sobre sus pasos hasta el pasillo. Allí yacía Luca, boca abajo sobre un charco de su propia sangre. Al tomarle el pulso notó que seguía vivo, pero no se movía.

A medida que la tensión del enfrentamiento armado se disipó, Jenna se desmoronó por completo, presa de un ataque de nervios al ver el cuerpo inerte de Luca. Danny le pidió a Erica que se ocupara de la situación en la casa, manteniendo el foco absoluto en la supervivencia de Luca; los paramédicos debían llegar de un momento a otro, pero quizás tendría que practicarle maniobras de reanimación o aplicar presión en la herida.

Danny sabía que no tenía tiempo para perseguir al desgraciado que le había hecho eso a su amigo. Saltó por la misma ventana que el gigante y miró las huellas en el barro, mascullando de furia. Una parte muy primaria de su cerebro le pedía a gritos seguirlas y cazarlo como a un animal. Pero las huellas del hombre rodeaban la casa hacia el oeste, y él debía dirigirse hacia el norte para llegar a la Ruta del Ahorcado, donde estaba Cynthia.

Echó a correr. El terreno era un lodazal traicionero. Corrió por un camino embarrado que por momentos se volvía incierto, borrado por la maleza. Se topó con un par de claros que le hicieron pensar que quizás se había equivocado de ruta. Antes de llegar a la mansión, Erica había revisado a toda prisa el mapa en el móvil y le había dicho que el refugio desde el cual Cynthia había dado el aviso del tirador estaba a poco más de un kilómetro en dirección norte. Sin la posición del sol, orientarse era complicado, pero Danny utilizó los picos de las montañas como referencia y siguió avanzando con los pulmones ardiendo.

Por supuesto, su propia conciencia no ayudaba. Le pesaba el hecho de que Erica estuviera en ese momento sola lidiando con una

situación crítica en la mansión, mientras él corría como un desaforado, embarrado hasta la cintura, posiblemente perdido. ¿Qué certeza tenía de que el tirador no había dado un rodeo para volver a entrar por otra parte y terminar el trabajo? La verdad era que ninguna.

Sin embargo, confiaba plenamente en Erica Sanders. Ella era muchísimo mejor que él en trabajo de campo y táctico. Estaba sobradamente cualificada para atrincherarse y proteger a Luca y a la chica. Y, sin duda, él podría ser más útil allí, intentando salvar a Cynthia.

Aceleró el paso, sintiendo que el corazón le iba a estallar. Y entonces, justo cuando sus pensamientos empezaban a volverse insoportablemente negros, distinguió la silueta del refugio de madera a lo lejos.

Danny aminoró la marcha y desenfundó su arma reglamentaria. El silencio en aquella parte del bosque era sepulcral, roto únicamente por el goteo de las ramas.

A unos veinte metros antes de llegar a la escalinata de piedra de la cabaña, algo llamó su atención en el arcén del sendero. Era un bulto inerte, con medio cuerpo metido entre la vegetación. El torso asomaba hacia el camino, mientras que las piernas permanecían ocultas entre unas hierbas crecidas. Debajo de la figura, un charco de agua de lluvia se había teñido por completo de color rojo.

Danny se aproximó con extrema cautela, pisando con suavidad. Alguien, el propio tirador o algún cómplice, podía estar escondido en el interior del refugio, aguardando entre las sombras. Al acercarse lo suficiente para distinguir la chaqueta de cuero y el cabello empapado, la confirmación llegó.

Era Cynthia.

Se arrodilló a su lado sin bajar la guardia, escaneando el perímetro con la pistola en alto, y le tomó el pulso en el cuello. La piel estaba bastante fría, lo que le dio una idea de la cronología de los hechos.

Con la mandíbula apretada, Danny avanzó hacia el refugio. Los impactos de bala habían destrozado el marco de madera de la puerta. Entró barriendo los ángulos con el arma. El interior estaba

libre de amenazas, pero la escena era una auténtica carnicería. En el centro de la estancia, sobre la madera ennegrecida, yacía otro cuerpo rodeado de sangre. Un hombre con un boquete en el pecho y el cráneo hundido, con un pasamontañas tirado a un lado.

Al enfocar la vista en el rostro pálido y sin vida, Danny se quedó paralizado. Lo conocía. Habían coincidido en un par de reuniones interdepartamentales. Era Marcus Reed, un agente especial de la DEA. La sorpresa lo descolocó por completo; en lugar de encontrar respuestas, cada vez entendía menos qué demonios estaba pasando allí.

Ya con la zona comprobada y asegurada, regresó sobre sus pasos hacia el cuerpo de Cynthia. Fue en ese trayecto cuando, al fijarse bien en el suelo, divisó un rastro de sangre errático que conectaba el porche del refugio con el lugar donde ella descansaba.

Era evidente lo que había sucedido: Cynthia había sobrevivido al feroz ataque inicial dentro del refugio. Con una herida grave y perdiendo muchísima sangre, había logrado salir de la cabaña y arrastrarse o caminar a duras penas hacia el exterior, en un intento desesperado por huir, para caer finalmente desplomada entre la maleza.

Si el gigante del pasamontañas que había asaltado la mansión había sido el responsable de aquella masacre, la única explicación lógica era que tenía demasiada prisa por ir a la casa y ocuparse del resto de los testigos. Por esa urgencia letal, el asesino no se había detenido a rematarla ni se había cerciorado de que estaba verdaderamente muerta.

53

—Es que no lo entiendo, Danny. ¿Dónde está el pendrive?

En el jardín de la casa en Brentwood, Danny dejó caer los hombros con pesadez. Le dio un trago largo a su cerveza, alzando la vista hacia las pequeñas luces brillantes que colgaban del cable.

—No creo que tenga sentido hacerse esa pregunta a estas alturas, Luca. Cynthia jamás habría ido a ver a Reed con el pendrive en su poder. Ella sabía que estaba inutilizado; quizás lo tiró en el bosque o lo escondió en cualquier otra parte antes de llegar al refugio.

Luca negó con la cabeza.

—No paro de darle vueltas al asunto. Entiendo que no iba a llevarlo encima. Pero ¿deshacerse de él? El pendrive era su única carta de negociación con Reed. Es cierto, estaba inutilizado y ya no abría ninguna caja de seguridad, pero Reed no tenía por qué saberlo.

Danny sabía que su amigo tenía razón. Pero también sabía que no tenían todas las respuestas, mucho menos las que se habían esfumado con las cuatro personas que murieron de forma trágica esa mañana.

Era mejor centrarse en lo que tenían, por poco que fuera en comparación con la inmensa pérdida. Las muertes de Cynthia Santos, Mark Vestergaard y Ray Davies —todas ellas injustas y terribles— cobrarían más sentido si conseguían que la investigación llegara a buen puerto.

—Erica está haciendo un trabajo fenomenal con el caso —dijo Danny, en un intento de llevar la conversación en una dirección más constructiva.

—No tengo ninguna duda de ello —concedió Luca con el botellín ya vacío en la mano, apoyado sobre la rodilla.

Danny se ofreció a cambiarlo por otro y él aceptó con un leve gesto. El capitán sacó otra cerveza de la nevera portátil, la abrió y se

la tendió.

—La hipótesis principal con la que Erica está trabajando es que Reed y Galloway tenían un pacto —explicó Danny mientras volvía a sentarse—. Es un hecho que Reed era un agente ambicioso y muy bien posicionado. Desbaratar una red de narcotráfico que llevaba operando tanto tiempo en el puerto podía darle el espaldarazo definitivo para llegar a ser agente especial a cargo. A su edad, sería todo un récord llegar tan alto en la DEA.

—¿Un pacto para que Galloway declarara contra el resto de la red?

—Es posible. Por lo menos contra los responsables locales de la distribución. La gente de Galloway reconoce que Reed lo visitó varias veces en la comisaría de Harbor durante el último año, supuestamente por investigaciones en curso en las que ambas agencias tenían jurisdicción cruzada. Desde la DEA se muestran herméticos, ya sabes cómo funciona esto… Ahora intentan vender que Reed era un héroe impoluto que estaba a punto de desbaratar una banda él solo y que cayó en acto de servicio. Pero algunos agentes han hablado off the record, y sabemos que Reed preparaba un acuerdo de inmunidad. Contaba con un informante clave. Alguien que lo ayudaba desde dentro.

Esta era información nueva para Luca. Se quedó pensativo un momento, uniendo los hilos invisibles en su cabeza. Si Galloway y Reed tenían un acuerdo —información a cambio de inmunidad o de una condena reducida—, el repentino asesinato de Galloway lo había trastocado todo para la DEA.

—¿Y eso fue antes o después del asesinato de Pesci en el barco? —preguntó Luca.

—Si me lo preguntas a mí, creo que cuando Pesci muere por accidente en el yate —o lo empujan, da igual—, Galloway imagina lo que sigue: él puede ser el próximo en caer. Entra en pánico. Por eso tiene que moverse rápido. Se pone en contacto con Reed, con el que ya mantiene una buena relación, y le ofrece la oportunidad de su carrera a cambio de quedar limpio.

—Es posible.

—Erica tiene una corazonada —dijo Danny esbozando una sonrisa torcida—. Y ya sabes que cuando Sanders tiene una de esas, rara vez se equivoca. Yo no estoy tan convencido de llevarlo tan lejos, pero debo reconocer que encaja por todas partes. Ella piensa que a lo mejor el pendrive no contenía pruebas contra la red, sino algo comprometedor contra Reed.

—Cobra bastante sentido si Galloway pretendía que Reed no lo traicione y cumpla con su parte. ¿Reed también estaba manchado?

—Lo que pasó la noche en que murió Galloway todavía no lo sabemos. Si las cámaras en su casa habían sido colocadas con su consentimiento o no, quién sabe. Es evidente que Reed y Galloway sentían una profunda desconfianza el uno del otro, así que quizás Galloway no lo sabía y era la manera de Reed de mantenerlo controlado.

—Si Galloway estaba al tanto de esas cámaras, por eso le dio el pendrive a Cynthia justo allí. Para que Reed viera la transacción en directo y supiera que, si algo le pasaba, sus secretos saldrían a la luz.

El simple hecho de mencionar a Cynthia hizo que Luca se removiera en el sofá ignorando la punzada de dolor en el hombro inmovilizado. ¡La habían usado! Galloway la había metido en la boca del lobo a sabiendas, utilizándola como un simple peón de mensajería para asustar a la DEA.

—Ayer tuvimos una reunión preliminar con el fiscal del distrito —dijo Danny—. Quiere que vayamos con todo contra Anthony Dalton. El resto de los implicados conocidos están todos muertos.

—¿Dalton? ¿El jefe de la Policía Portuaria? —Luca casi escupe la cerveza—. Es el último y más patético eslabón de la cadena. Es obvio que él no está detrás del tipo que mandaron a la mansión Wurth.

—Lo sé. Pero también entiendo la postura de la fiscalía: están todos muertos, Luca. Pesci, Galloway, el propio Reed… Necesitan a alguien sentado en el banquillo de los acusados.

—¡Más a nuestro favor para seguir investigando! —replicó Luca —. ¡Alguien con mucho poder quiso quitar de en medio a todos los cabos sueltos y vaya si lo ha conseguido! Leonardi o el puto senador

Vane mandaron a ese sicario para silenciarnos. Yo estaría en esa lista de no ser por un milagro.

Danny levantó ambas manos en un gesto tranquilizador.

—Luca, han pasado sólo diez días y lo único que tenemos firme es un montón de conjeturas. Lo que ha dicho el fiscal se basa en lo que tenemos sobre la mesa ahora mismo. Vamos a seguir hasta las últimas consecuencias.

Luca asintió despacio, con la mandíbula apretada.

—La muerte de Cynthia no va a quedar impune, Danny —sentenció—. No voy a permitirlo.

—Lo sé, Luca. Te digo en qué situación estamos y te cuento lo del fiscal porque te prometí que te mantendría al tanto mientras estabas en casa recuperándote. Y pienso cumplir esa promesa, aunque en gran parte lo haya hecho para mantenerte dócil y lejos de la comisaría.

El comentario disipó un poco la tensión de la conversación.

—Gracias por venir, Danny. Sabes que lo valoro. De lo contrario me volvería loco.

—Cynthia era una de las nuestras, Luca —respondió el capitán levantando su botellín—. Y tú no eres responsable de lo que sucedió esa noche. Hiciste todo lo que tenías que hacer. Asuntos Internos puede intentar cargarte algunas insubordinaciones y faltas en el protocolo, pero tú lo hiciste en pos del bienestar de tu compañera. Eso vale mucho más.

Luca asintió en silencio y bajó la mirada. A pesar de los días transcurridos, del dolor físico y de las evidencias aplastantes, la palabra muerte en la misma frase que Cynthia le seguía resultando surrealista. No podía creer que Cynthia ya no estuviera en este mundo.

Y lo que acababa de decirle Danny no era correcto. Él tenía mucho que reprocharse, por supuesto que sí.

54

—¿Está seguro de que no quiere que lo espere? —preguntó el conductor del taxi.

Al hacerlo, se volvió y señaló con descaro el cabestrillo que inmovilizaba el brazo derecho de Luca, en una actitud que pretendió ser cortés.

—No, gracias.

Luca se bajó del vehículo.

El taxi efectuó un cambio de sentido en aquella carretera desolada. El hombre bajó la velocidad a propósito en el tramo final, sin dejar de mirarlo por la ventanilla, como si en el fondo su sabiduría omnisciente de taxista le dijera que Luca se arrepentiría en el último momento y le pediría que lo esperara.

No lo hizo. La realidad era que ni siquiera sabía cuándo iba a regresar a la ciudad.

Tampoco sabía por qué no había ido directamente a la mansión Wurth. No tenía demasiado sentido detenerse en el sitio exacto en el que había sido encontrado el vehículo de Mark Vestergaard, y sin embargo eso fue lo que hizo. Había visto las fotografías tomadas por el equipo de la policía científica —las conocía todas de memoria—, por lo que divisó de inmediato la morfología de las montañas y un árbol muy alto que le sirvieron para localizar el punto del hallazgo del coche. No había ningún rastro en el asfalto ni en la tierra que evidenciara que allí, menos de dos semanas atrás, le habían disparado a un hombre a quemarropa.

Luca nunca había oído hablar de Mark Vestergaard hasta aquella noche. Era el hijo de un reconocido director y tenía una carrera propia que nunca había llegado a despegar. La prensa había cubierto la noticia de su muerte y la del resto de las víctimas hasta la saciedad, pero para los telediarios y los periódicos eran sólo el hijo pródigo de una leyenda del cine, un hacker y su novia policía, y el héroe abatido, un agente de la DEA que buscaba desmantelar una

red de drogas. La muerte del capitán Galloway y la de su glamorosa esposa, Belinda Galloway, habían sido vinculadas a las muertes de la mansión Wurth por alguna voz indiscreta cercana a la investigación. Hasta el nombre de Jenna Wurth había sido arrastrado por el fango: la actriz en ciernes que había sobrevivido a la masacre ocurrida en su propia casa. Las especulaciones habían sido infinitas y disparatadas, y todavía no habían terminado del todo.

Luca había intentado mantenerse al margen lo máximo posible, aislándose y siguiendo las pautas telefónicas de su psicóloga, la doctora Cook, a la que todavía no había tenido el valor de visitar en su consulta.

Se quedó un momento de pie en el lugar donde había muerto Mark. Luego se sentó en un murete de piedra a un lado de la carretera hasta perder la noción del tiempo. Recordó algunas de las escasas situaciones vividas con él: cuando reía en la parte de atrás del coche al engañar al agente del sheriff, o cuando se había plantado frente a él en el despacho de la casa defendiendo su futuro.

Luca se obligó a seguir cuando las sombras empezaron a hacerse demasiado largas. A diferencia del día de la tragedia, hoy el cielo estaba despejado y hacía un poco más de calor del que Luca esperaba para caminar por la montaña.

Se detuvo en el extremo del camino privado de los Wurth justo en el momento en el que el inmenso portón del garaje se abría con un zumbido. Un Mercedes-Benz último modelo empezó a salir. Mientras el portón se cerraba, el conductor se bajó del coche y lo saludó con la mano en alto. Luca correspondió al saludo y empezó a acercarse.

No conocía a Aaron Wurth en persona y sólo habían hablado por teléfono una vez.

—Pensé que no vendría, detective.

Luca le extendió la mano y el hombre se la estrechó con firmeza. Aaron Wurth era un individuo de unos sesenta años, de mirada inteligente, que lograba conjugar en su persona dos cualidades contrapuestas: sencillez y sofisticación.

—Me he retrasado un poco, lo siento.

—No se preocupe.

Mientras hablaban junto al vehículo, la mirada de Luca se desvió por instinto hacia el interior del Mercedes. A través del cristal tintado de las plazas traseras, advirtió los rostros pálidos y los ojos fijos de varias muñecas de porcelana, dispuestas con esmero en los asientos.

Aaron siguió la dirección de su mirada y dejó escapar un suspiro cansado.

—Son algunas de las piezas más valiosas de la colección de Lynette —explicó el hombre, pasándose una mano por el pelo cano —. Significan muchísimo para ella. Por eso he decidido venir a recogerlas y llevarlas yo mismo. La empresa de mudanzas se encargará del resto de las cosas en unos días.

Ambos se giraron a la vez para contemplar la inmensa mansión, imponente y silenciosa.

—Ya le comenté por teléfono que nuestra intención es poner la propiedad en venta —continuó el señor Wurth, con la vista clavada en los ventanales cerrados—. Es una casa hermosa y, como es lógico, los ladrillos no tienen la culpa de nada de lo que ha sucedido aquí, pero es lo que corresponde hacer. Ya no podríamos volver a pisarla.

—Lo comprendo a la perfección.

—De todos modos, vamos a esperar un tiempo prudencial para sacarla al mercado. No queremos regalarla por las prisas, pero tampoco que termine en manos de algún fetichista atraído por el morbo. Hoy en día el mundo está patas arriba.

Luca le dio la razón con un movimiento de cabeza. Se acomodó un poco el cabestrillo, sintiendo una punzada sorda en el hombro, y reunió el valor para hacer la pregunta que más le pesaba.

—¿Cómo está Jenna?

El rostro de Aaron Wurth pareció envejecer diez años de golpe. Apoyó una mano sobre el techo metálico del coche, como si de pronto necesitara un asidero físico.

—El impacto ha sido devastador, detective. Está recibiendo todo el apoyo psicológico y familiar posible, pero está muy mal. Por supuesto que lo está. Perdió a su hermana, porque Cynthia era justo

eso para ella, y también a uno de sus mejores amigos. Y lo peor de todo... —la voz le tembló— es que tuvo que verlo todo en directo a través de esas malditas cámaras de seguridad.

Luca no dijo nada y bajó la mirada hacia la grava del camino. Esas cámaras le habían salvado la vida a ella, y también a él. Sin el grito de advertencia de Jenna, el sicario le habría tendido una emboscada perfecta en el salón.

—Cuando esté lista, me gustaría hablar con ella —dijo Luca en voz baja.

—Por supuesto, detective. Ella también quiere hablar con usted. Pero me temo que eso no sucederá a corto plazo.

Aaron lo miró con ojos vidriosos.

—La muerte de Cynthia nos ha golpeado con dureza a Lynette y a mí. Estuvo con nosotros casi desde su nacimiento; nuestras niñas se criaron juntas, correteando y jugando. —Aaron tragó saliva, irguiendo la postura con un deje de dignidad—. Estoy muy orgulloso de la mujer en la que se convirtió. No se merecía un final así, desde luego, pero al mismo tiempo... honró el camino que eligió, ayudando a los demás hasta el último minuto.

Luca sintió un nudo en la garganta.

—Fue una agente magnífica, señor Wurth. Su instinto, su valentía y su lealtad eran excepcionales. Era la mejor compañera posible.

Por primera vez desde su muerte, Luca pensó en lo que siempre le había dicho a Cynthia entre bromas y verdades: que estaba destinada a grandes cosas y que, algún día, ella llegaría a ser la capitana de la división.

El pensamiento sumió a Luca en esa espiral de locura en la que volvía a creer que Cynthia en realidad estaba viva, que no podía ser posible que la hubieran asesinado.

—Tenemos que ser fuertes —dijo Aaron—. Jenna nos necesita más que nunca.

—Haré cuanto esté en mi mano para que el culpable pague —prometió Luca.

—Sé que lo hará, detective Bruzzo.

Aaron asintió a modo de despedida, abrió la puerta del Mercedes y se sentó al volante. Encendió el motor, cuyo ronroneo fue apenas un murmullo, y bajó la ventanilla del conductor para dirigirle unas últimas palabras.

—Quédese todo el tiempo que necesite. Sus amigos dejaron algunas cosas patas arriba y no he tenido tiempo, ni fuerzas, para ordenarlas.

—No se preocupe por eso.

—He dejado las llaves sobre la encimera de la cocina —añadió Aaron, señalando la mansión—. Tenga cuidado al salir. Hasta hace un par de días los de la prensa han estado dando vueltas por los caminos cercanos, aunque creo que ya han tomado todas las fotografías que han podido. De todos modos, si lo descubren aquí, se frotarán las manos.

—Gracias por todo, señor Wurth. Buen viaje de regreso.

Ambos hombres se despidieron con un último gesto solemne. El Mercedes comenzó a avanzar despacio por el camino privado, dejando a Luca a solas frente a la imponente fachada de la mansión.

Nada más poner un pie en el interior de la casa, se dirigió hacia la parte de atrás. Ni siquiera giró la cabeza para ver el sitio donde había caído tras el disparo. Lo único que quería era llegar al refugio y confirmar sus sospechas.

55

En el refugio de la Ruta del Ahorcado todavía quedaban restos de sangre. No era nada en comparación con las manchas que Luca había visto en las fotografías tomadas por la policía científica, y no es que un visitante casual pudiera advertirlo a simple vista, pero sus ojos fueron capaces de encontrar rastros oscuros salpicando las tablas de madera y la base de la chimenea. En las crónicas de los telediarios y los periódicos no se había mencionado aquel refugio aislado —la policía había realizado un buen trabajo conteniendo las filtraciones en ese sentido—, lo cual significaba que, muy probablemente, nadie salvo los investigadores había pisado el lugar desde aquella mañana.

El sitio era más pequeño y claustrofóbico de lo que Luca había imaginado a partir de las decenas de fotografías del expediente. De pie en el umbral, rozando el marco astillado por las balas, prácticamente pudo recrear en su cabeza la posición exacta del cuerpo del agente Marcus Reed en el centro de la estancia. Ni siquiera sintió la necesidad de entrar. El verdadero propósito de su visita estaba a unos metros de allí: el punto exacto en el que había sido encontrada Cynthia.

A diferencia de lo que mencionaba el expediente, Luca no pudo encontrar el rastro de sangre que, supuestamente, conectaba el interior del refugio con la maleza a un lado del sendero. La lluvia torrencial de aquel día debía de haberlo lavado casi por completo.

Al igual que cuando precisó el lugar donde había sido hallado el coche con el cadáver de Mark Vestergaard, hizo lo mismo con el de su compañera. La fotografía de Cynthia tendida en el suelo había sido una tortura de ver —de hecho, la había mirado una sola vez, obligándose a memorizarla—. En la imagen, el rostro pálido de Cynthia estaba vuelto hacia la cámara y su cuerpo yacía parcialmente oculto entre unos matorrales al borde del sendero de tierra.

Lo que presuntamente había sucedido, según la hipótesis oficial que manejaba Erica Sanders, era que el tirador abatió a Reed y a Cynthia en la cabaña, luego pensó que había cumplido con su trabajo y se dirigió a la casa para eliminar al resto. Cynthia, agonizante, salió arrastrándose y dejó el rastro de sangre que los primeros agentes habían podido seguir a pesar de la lluvia, pero no llegó demasiado lejos y cayó tendida en la maleza donde finalmente fue encontrada.

Sólo había un problema. Si eso era lo que había sucedido, ¿por qué el cuerpo había sido encontrado con el torso en el sendero de grava y las piernas ocultas en la maleza? Si hubiera caído mientras salía del refugio e intentaba alejarse, ¿no debería haber caído de bruces, con el torso hundido hacia delante entre la hierba?

Luca era plenamente consciente de que existía la posibilidad de que Cynthia sólo hubiera trastabillado en su huida y, en un último espasmo, podría haber girado su cuerpo antes de caer y quedar en esa posición. Pero la otra opción era mucho más reveladora: cabía la posibilidad de que, en realidad, hubiera caído mientras salía del bosque para regresar al sendero, y no a la inversa.

¿O quizás la foto de la escena del crimen fue un montaje?

Luca deseaba con tanta fuerza que Cynthia estuviera viva, que una parte muy profunda y dañada de su cerebro no dejaba de alimentar la idea de que su muerte fuera en realidad una conspiración gigantesca que abarcaba incluso al propio Danny. Por supuesto, sabía que era una tontería nacida del dolor. El cadáver, aunque él no lo hubiera visto, estaba en la morgue a la espera de ser despedido como Cynthia se merecía.

Lo que no era ninguna tontería, sin embargo, era suponer que Cynthia había sobrevivido al ataque inicial —el rastro de sangre lo demostraba— y, en un acto de lucidez, había conseguido adentrarse en la espesura del bosque.

La casa estaba lejísimos para intentar llegar en esas condiciones. Cynthia, conociendo su propio cuerpo y la gravedad de sus heridas, sabría que no tenía fuerzas suficientes para semejante proeza. Además, si el gigante decidía regresar al refugio para limpiar

la escena de la que, a todas luces, se había marchado a toda prisa, seguir el camino principal era una sentencia de muerte.

Siguiendo esa intuición, Luca dio un paso fuera del sendero, partiendo exactamente del sitio donde había sido hallado el cuerpo, pero en dirección contraria, adentrándose en la maleza.

Sólo debió recorrer unos quince metros para darse cuenta de que quizás…

Sus pulsaciones se aceleraron cuando advirtió un tronco caído. Una certeza profunda lo invadió de golpe. Se arrodilló sobre la tierra húmeda, ignorando el pinchazo en su hombro herido, y metió la mano izquierda en el interior podrido del tronco. Sus dedos rozaron un objeto duro y frío.

Al sacarlo, el aliento se le atascó en la garganta.

Era una cámara digital Sony. Luca se emocionó hasta el punto de sentir que se ahogaba. Aferró el objeto contra su pecho, apretándolo como si fuera la propia Cynthia. Sabía con certeza que ella había sido la última persona en tocar ese aparato, que sus dedos ensangrentados habían manipulado esos botones en sus últimos instantes de vida. De alguna forma inexplicable, tener la cámara en sus manos era como volver a estar en contacto con ella.

Se sentó pesadamente en la tierra. Apoyó la espalda contra la corteza áspera del tronco y se quedó allí durante largos minutos, con la cámara pegada al pecho, aferrándola con fuerza, paralizado por el terror de enfrentarse a su contenido.

Finalmente, reunió el valor necesario. Pulsó el botón de encendido.

Para su alivio, la pequeña pantalla LCD se iluminó. Todavía le quedaba un poco de batería. Escuchó el zumbido suave del mecanismo interior y el leve pitido del altavoz antes de que el último vídeo grabado comenzara a reproducirse.

El rostro de Cynthia apareció en la pantalla.

Luca tuvo que morderse el labio inferior con fuerza para evitar un ataque de llanto que amenazaba con estallar. Nunca le había pasado algo así en su vida.

En la grabación, Cynthia estaba allí mismo, muy cerca de donde él se encontraba sentado. La imagen temblaba un poco; ella

sostenía la cámara con el brazo estirado, grabándose a sí misma. Estaba tendida en el suelo de tierra, y a sus espaldas se distinguían los helechos y los troncos desenfocados del bosque. Su rostro pálido y ensangrentado ocupaba casi toda la pantalla. Tenía el cabello pegado a la frente por la lluvia y la respiración era un estertor agónico que el micrófono captaba con fidelidad.

—El tirador… es Thorne —dijo ella, y cada sílaba pareció costarle la vida. Se quedó callada unos segundos, con el pecho subiendo y bajando, respirando con dificultad.

Luca se quedó mudo frente a la pequeña pantalla.

Thorne, el mastodonte con la cicatriz en la ceja, subordinado de Reed, que le había cruzado el coche en la calle, le había puesto una capucha en la cabeza y lo había llevado a rastras al búnker de Vernon.

En la pantalla, Cynthia tragó aire y reunió sus últimas fuerzas:

—Thorne… traicionó a Reed…

Un hilo espeso de sangre surgió de la comisura de la boca de Cynthia y se deslizó por su mentón. Luca sollozó en silencio, conmovido por el sufrimiento indecible de su amiga, pero al mismo tiempo, el pecho se le infló de un orgullo absoluto. Era una policía de los pies a la cabeza; incluso con la muerte llevándosela, no había dejado su deber de lado.

—En el Antonia… —murmuró Cynthia, cerrando los ojos por el dolor—. Fue Thorne.

La revelación lo sacudió. Luca comprendió al instante el monumental esfuerzo que estaba haciendo Cynthia para que esas palabras llegaran hasta él. Una confesión que, imaginó, quizás había sido hecha por el propio Marcus Reed en sus últimos minutos de vida.

En el vídeo, Cynthia mantuvo los ojos cerrados durante lo que pareció una eternidad. Estaba tan débil que Luca temió que aquel fuera el final de la grabación.

Pero, de repente, un segundo después, los abrió a medias.

—Oye, Luca… —susurró, y un atisbo de sonrisa cansada asomó a sus labios manchados de sangre—. Tómate muchos cafés en mi honor… de máquina.

La imagen tembló un poco más mientras el brazo de Cynthia perdía fuerza.

La grabación se interrumpió de forma abrupta.

La pantalla vacía le devolvió a Luca el reflejo de su propio rostro deformado.

56

Tres meses después

Luca empujó la pesada puerta de cristal del edificio de oficinas en pleno corazón de Westwood, no demasiado lejos de la mole moderna donde se encontraba la sede central del FBI. El edificio del que acababa de salir, por el contrario, era más bajo y elegante, con una fachada de piedra trabajada y jardines, que albergaba sobre todo bufetes de abogados y algunos consultorios médicos. La doctora Cook atendía en la octava planta.

Se detuvo un segundo en el borde de la acera y movió despacio el hombro izquierdo. El aparatoso cabestrillo había desaparecido hacía ya unas semanas, pero su ausencia le provocaba una extraña sensación de desamparo; la articulación seguía protestando con un pinchazo sordo cada vez que intentaba levantar el brazo por encima de la línea del pecho. Los cirujanos del hospital habían realizado un trabajo impecable extrayendo los fragmentos deformados de la bala, pero la cruda realidad se imponía en cada sesión de fisioterapia. Los dolorosos estiramientos a los que se sometía tres veces por semana le recordaban que la recuperación era un camino empinado. Aún estaba muy lejos de tener la movilidad necesaria para forcejear con un sospechoso o para desenfundar un arma con la rapidez que exigía la calle.

Caminó hasta el Starbucks situado en la esquina de la misma manzana; una rutina que empezaba a resultarle placentera después de desnudar sus emociones durante dos horas ante la doctora Cook.

Las visitas a la psicóloga no eran en absoluto opcionales. El protocolo del LAPD era estricto en caso de tiroteos con víctimas mortales, sobre todo cuando implicaban la pérdida de una compañera en acto de servicio. Luca sufría insomnio y convivía con una culpa que seguramente nunca se iría del todo. Hasta que la doctora no firmara el documento oficial que lo declarara «apto para el servicio» y certificara que su mente estaba libre de estrés

postraumático, Luca seguiría atrapado en el limbo burocrático de la baja administrativa.

Por supuesto, el proceso de sanación no era el único al que se había tenido que enfrentar. Mientras la doctora Cook intentaba sosegar la carga que pesaba sobre sus hombros, Asuntos Internos se había empleado a fondo para resquebrajar sus convicciones desde los cimientos con interrogatorios largos y tramposos que lo habían puesto a prueba. El proceso seguía, pero lo peor había pasado. Si había conseguido sobrevivir a ese pelotón de fusilamiento burocrático, se lo debía a Danny Durham y a Erica Sanders, que le habían cubierto las espaldas con una lealtad feroz. Juntos, habían mantenido una versión oficial hermética que justificaba su presencia en casa de Galloway la noche de su asesinato. No le costó la placa ni se enfrentó a cargos penales —algo que habría ocurrido sin duda si hubieran descubierto su alteración de la escena del crimen—, pero el departamento no perdonaba las infracciones de protocolo. Su castigo se había traducido en una suspensión disciplinaria sin sueldo de varias semanas y la retirada inmediata de su arma reglamentaria y su placa de detective.

Luca empujó la puerta del Starbucks y entró.

El choque sensorial lo envolvió al instante. El zumbido estridente de los vaporizadores de leche, el tecleo de los portátiles y el murmullo de conversaciones ajenas le proporcionaron un extraño alivio. Había algo muy reconfortante en la rutina monótona y banal del lugar.

Se acercó al mostrador.

—Un Caramel Macchiato tamaño grande, por favor.

Al intentar sacar la cartera del bolsillo trasero hizo un mal movimiento con el brazo izquierdo. Ahogó una mueca de dolor y repitió la acción con fingida naturalidad.

Se apartó hacia la barra de recogida. El percance con la cartera lo llevó a pensar en la inminente siguiente fase de su recorrido: la junta médica del departamento estaba a punto de revisar su caso esta misma semana. Si tenía suerte, le darían el alta parcial que lo habilitaría para regresar a la comisaría bajo la etiqueta de «trabajo ligero». Es decir, en el mejor escenario posible, tendría

que ir a trabajar desarmado y confinado tras un escritorio. Pasaría ocho horas al día revisando archivos de casos sin resolver que nadie quería tocar o hundido en un tedioso papeleo administrativo, un trabajo al que, por paradójico que pareciera, se había desacostumbrado porque Cynthia lo hacía con una solvencia y una velocidad asombrosas. Su regreso a la adrenalina de la calle y a la resolución activa de homicidios estaba todavía muy lejos en el horizonte.

—Caramel Macchiato para Luca —anunció el barista, golpeando con suavidad el vaso contra el mostrador.

Luca parpadeó y volvió al presente. Cogió el vaso de cartón y se sentó en una de las mesas elevadas con vistas a la calle.

Le dio un sorbo largo, dejando que el sabor dulce le quemara la garganta.

Diez o quince minutos después, a través de la inmensa cristalera, vio llegar a Sarah. Llevaba unos pantalones de pinzas de color azul marino, una blusa clara y una americana entallada. Se detuvo en el paso de cebra a la espera de que el semáforo cambiara, todavía sin reparar en él.

De repente, como si sintiera el peso de su mirada a través de los cristales, Sarah giró la cabeza en su dirección y sus ojos se encontraron. A pesar de la distancia y del tráfico que se interponía entre ellos, Luca pudo ver cómo el rostro de su mujer se iluminaba de inmediato. Le dedicó una sonrisa y él se la devolvió de forma automática y genuina. Sonreír durante los últimos meses había adquirido un significado especial para él.

El semáforo se puso en verde y Sarah cruzó la avenida con paso ágil. Llegó a la cafetería, empujó la puerta del local, y saludó a Luca a lo lejos, todavía sonriente.

Mientras la observaba en la fila, Luca se permitió un momento de profunda y silenciosa admiración; otro hábito adquirido en su nueva vida ociosa. Quizás era prematuro, pero Luca se había vuelto un individuo mucho más reflexivo. El tiempo diría si esta condición había venido para quedarse o era un cambio pasajero producto de la pérdida de su compañera. Sus pensamientos flotaban en un gran crisol que la doctora Cook se encargaba de remover para sacarlos a

la superficie. Quizás con el tiempo volvería a ser el de siempre, aunque una parte de él valoraba a este nuevo Luca que se detenía en cosas que antes daba por sentadas o no apreciaba lo suficiente.

Contempló el cabello castaño de Sarah, con ondas naturales que caían sobre sus hombros. Se quedó prendado con sus labios y sus ojos de pestañas largas. El pensamiento de sentirse el hombre más afortunado del mundo no era nuevo. Tenía a su lado a una mujer extraordinaria; su belleza era sobrecogedora, sí, pero además era resolutiva, talentosa y de una entereza inquebrantable.

Sarah había tomado la decisión de entrar en el FBI mucho antes de que la pesadilla de la mansión Wurth pusiera sus vidas patas arriba. Lo que había nacido como una forma de volver al trabajo que antes había desarrollado en la policía, mientras adquiría un poco de perspectiva frente a una carrera literaria que Sarah anhelaba desde siempre, de buenas a primeras se había convertido en la fuente de sustento de la familia. Con Luca en situación de baja administrativa, la reducción drástica de su sueldo y los incesantes gastos derivados del cuidado médico, la nómina que Sarah traía a casa se había convertido en la única arma para impedir que sus ahorros se esfumaran a una velocidad espeluznante. Necesitaban ese dinero más que nunca. Luca sabía que, si no revertía su situación en los plazos previstos, tendrían que tomar alguna medida drástica en relación a la hipoteca de la casa. Sarah también lo sabía, por supuesto, y sin embargo nunca había permitido que el miedo se colara en su día a día. Sarah era un motor de felicidad contagiosa para la familia y Luca se había aferrado a ella más que nunca.

Sarah recogió su vaso de la barra y se giró, buscando su mirada. Él levantó la mano como si se vieran por primera vez. Se acercó, dejó el bolso en la silla libre y lo besó en los labios.

—¿En qué pensabas? —preguntó ella con naturalidad mientras se quitaba la americana y la acomodaba en el respaldo de la silla.

—En nada. En todo.

Sarah le dio un sorbo a su bebida.

—¿Cómo ha ido la sesión de hoy?

—Bien. Cada vez mejor. Tengo que reconocer que estaba equivocado con la doctora Cook. Ya sabes, eso de los silencios y los

actos de adivinación no van mucho conmigo.

Sarah sonrió, recordando las quejas amargas de Luca cuando llegaba a casa tras aquellas primeras citas, despotricando contra la metodología de la psicóloga.

—Me alegra que lo vayas viendo de esa forma.

—Ya le voy cogiendo el truco. Es jodidamente buena en lo suyo.

—Es parte del proceso, Luca. Y me alegra muchísimo oír que estás empezando a confiar en ella.

—Y tú, ¿qué tal el día?

Sarah dejó escapar un suspiro.

—Intenso. Estamos hasta el cuello de trabajo revisando expedientes y cruzando perfiles —respondió ella, pasándose un mechón de pelo por detrás de la oreja—. El caso del Coleccionista de Lazos me tiene absorbida por completo, como sabes. Hoy hemos estado repasando las pruebas del último escenario y es... frustrante.

Luca asintió, consciente de esa sensación de callejón sin salida que a menudo acompañaba a las investigaciones complejas.

—¿Y el equipo?

Sarah no pudo ocultar su felicidad.

—Son geniales, Luca. Nunca me había pasado algo así en mi lugar de trabajo. Y la verdad es que nunca había tenido experiencias muy malas. Pero aquí percibo una camaradería genuina. Le debo mucho a Alyssa.

—Me alegra muchísimo.

—Alyssa juega en otra liga —dijo Sarah, dando un golpecito en la mesa para enfatizar sus palabras—. Tiene un carácter de mil demonios y una exigencia que no admite medias tintas, pero es una líder excepcional. Tú siempre me lo has dicho, pero ahora que lo veo por mí misma no dejo de sorprenderme. Es como si el trabajo la transformara en otra persona. Es desafiante y al mismo tiempo inspirador.

—No sabes cuánto me alegra verte así de motivada, cariño —dijo Luca, alargando la mano izquierda sobre la mesa para entrelazar sus dedos con los de ella—. Te mereces que así sea.

Sarah le apretó la mano.

—Gracias, Luca. Superaremos todo esto, te lo prometo.

Y fue en ese instante, sentados frente a dos vasos de plástico casi vacíos, que Luca supo con absoluta certeza que saldrían adelante.

57

La investigación por la muerte del capitán Richard Galloway y sus ramificaciones —que ahora incluían el asesinato del agente especial Marcus Reed, la detective Cynthia Santos y dos civiles más: Mark Vestergaard y Ray Davies— estaba formalmente en manos de la detective Erica Sanders, de la central de Robos y Homicidios. El capitán de la unidad, Danny Durham, trabajaba codo a codo con ella, asumiendo un rol protagónico inusual dado el perfil elevadísimo y la extrema sensibilidad del caso.

Por orden explícita del director Arson, Luca debía ser apartado por completo del círculo íntimo que estaba al tanto de los avances. Desde el punto de vista burocrático, era una medida absolutamente razonable dadas las circunstancias: Luca se encontraba de baja temporal, bajo tratamiento psicológico y recuperándose de una grave herida de bala en el hombro, además de ser una víctima directa de los tiroteos.

Danny, por supuesto, había ignorado la directiva e informaba a Luca de las pesquisas durante las visitas a su casa. Para Luca, saber que sus compañeros avanzaban sin descanso para que se hiciera justicia por la muerte de Cynthia resultaba vital; constituía, de hecho, el único motor que evitaba que la impotencia lo consumiera por completo.

La pieza que permitió poner los engranajes en movimiento en la dirección correcta fue el vídeo dejado por Cynthia en el bosque.

Aquella grabación constituía lo que en la jerga legal técnica se denomina una declaración in articulo mortis, o declaración en artículo de muerte. La jurisprudencia establecía que las palabras pronunciadas por una persona que tiene la certeza inminente de su propio fallecimiento poseen una presunción de veracidad casi incuestionable. En ese vídeo desgarrador, Cynthia, a sabiendas de que no sobreviviría, había mirado al objetivo de la cámara con su

último aliento y había pronunciado el nombre de Paul Thomas Thorne.

Esa declaración le marcó el rumbo a Erica Sanders. Una vez que la detective cruzó los movimientos del agente de la DEA Thorne con los de los demás involucrados, la verdad empezó a revelarse.

Durante algo más de un mes, Erica trabajó en la sombra con un equipo encubierto de tres detectives de su más estricta confianza. Su misión consistía en reunir pruebas físicas y circunstanciales contra Thorne mientras lo vigilaban de cerca las veinticuatro horas del día. Casi nadie en el departamento de policía, ni siquiera en los pasillos de Robos y Homicidios, conocía lo que llevaban a cabo en una sala de conferencias reservada en exclusiva para ellos. Por orden directa del capitán Durham, nadie ajeno a la investigación entraba allí.

La ventaja que tenían era crucial: Thorne y sus cómplices —si es que los tenía— debían creer que se habían salido con la suya. Para lograrlo, el equipo de Erica había mantenido desinformado al propio director Arson e incluso al fiscal del distrito, asegurándoles a ellos y a todos los que quisieran escuchar la versión oficial, que la atención del LAPD estaba centrada sólo en Anthony Dalton, el jefe de la Policía Portuaria.

Utilizaron a Dalton como el señuelo perfecto. Filtraron memorandos falsos, solicitaron órdenes de registro menores en las oficinas del puerto y permitieron que el rumor de que el jefe portuario era el cerebro detrás de todo circulara sin trabas. Mientras Arson y el fiscal dormían tranquilos pensando que pronto tendrían a un responsable inofensivo y contundente, Erica y los tres miembros del equipo estrechaban el cerco en torno a Thorne.

El trabajo de campo fue meticuloso y agotador.

El primer grupo de pruebas estaba centrado en el yate Antonia. El registro de la seguridad reveló que, además de Reed, Thorne también había estado en el barco la noche en que murió Mateo Pesci. Los detectives de Erica entrevistaron uno a uno a varios miembros de la tripulación del yate y consiguieron que uno de ellos les revelara que había seguido a Thorne hasta un área restringida, donde se había quedado bastante tiempo. Hasta ese momento, el

miembro de la seguridad no sabía que Thorne también se encontraba de servicio, protegiendo al gobernador y a otros funcionarios. El tiempo que Thorne pasó en esa zona del yate coincidió al milímetro con la muerte de Pesci.

Por otro lado, los investigadores lograron rastrear un historial de llamadas desde móviles desechables que conectaban al agente de la DEA con el capitán Galloway durante los últimos seis meses.

Por si fuera poco, el escrutinio de las cámaras de seguridad residenciales arrojó otro resultado devastador. Tras revisar horas de grabación de las cámaras de vigilancia de los vecinos de Brentwood, identificaron una furgoneta oscura, sin matrículas, circulando por las proximidades de la casa de Galloway la misma noche de su asesinato. Los registros del parque móvil de la DEA confirmaron que ese vehículo había sido asignado a Thorne esa misma semana.

Con todo esto, el caso ya resultaba sólido, pero Erica Sanders era una perfeccionista. Sabía que, en un juicio por asesinato múltiple contra un agente federal condecorado, los abogados defensores buscarían cualquier resquicio para sembrar la duda razonable. Necesitaba pruebas físicas irrefutables.

Y la verdad era que, en ese sentido, no tenían mucho. La prueba física más contundente provenía de los restos carbonizados del coche de Cynthia. Los técnicos del escuadrón de explosivos habían logrado recuperar fragmentos del detonador y trazas químicas del material utilizado. Los análisis de laboratorio determinaron que el detonador de presión era muy específico. Tras revisar bases de datos de varias agencias descubrieron que era idéntico a otro empleado por una banda de traficantes de armas en un caso en el que la DEA había intervenido hacía justo un año.

En aquella ocasión, el agente de campo había sido Thorne.

Erica logró que un juez le concediera una entrevista a puerta cerrada en la prisión estatal de Pelican Bay con uno de los miembros de aquella banda, actualmente cumpliendo condena. El recluso, a cambio de un traslado a una prisión de menor seguridad, fue tajante: aseguró que, en el momento de la detención, contaban en su arsenal con más de diez bloques de aquel explosivo plástico. Sin embargo, cuando Erica revisó los manifiestos de incautación

oficiales, la DEA sólo había declarado tres dispositivos. La conclusión obvia era que Thorne se había guardado más de la mitad y había utilizado uno de ellos para intentar asesinar a Cynthia.

En este punto llegó el momento de tomar una decisión trascendental. Una que podía cambiar el curso del caso de forma decisiva. Para bien o para mal.

Tenían una montaña de pruebas contra Thorne, pero buena parte de ellas no eran concluyentes. La acumulación podía servir para convencer a un jurado, pero no había nada a prueba de balas como un testimonio directo, una grabación cometiendo un delito o restos de ADN. De hecho, esto último era lo que más preocupaba a todos. No habían podido relacionar a Thorne con ninguna escena del crimen mediante rastros genéticos.

Tenían que tomar una decisión: seguir esperando la prueba de oro, o detener a Thorne y echarle todo lo que tenían encima para forzar un acuerdo y que revelara quién era el pez gordo que estaba detrás. De ser hallado culpable de los delitos que se le imputaban —incluidos cinco cargos de asesinato en primer grado con circunstancias especiales agravantes—, Thorne no podría eludir la pena de muerte.

Si Thorne no accedía a un acuerdo y prefería ir a juicio, existía la posibilidad de que se les escapara para siempre.

—Van a detenerlo mañana —dijo Luca.

Seguían en el Starbucks. Sarah, que estaba muy al corriente del caso, ya había manifestado sus reservas. El propio Luca las tenía.

—¿Han conseguido algo más?

—Si tienen algo más, Danny no me lo ha dicho. Y no creo que vayan a conseguirlo en las próximas horas.

Cuarenta y ocho horas era el tiempo que tenían para presentar los cargos una vez que lo detuvieran. No podían retener a Thorne más allá de ese tiempo sin acusarlo formalmente, y resultaba obvio que no tenían intenciones de hacerlo.

—No dudo de la capacidad de Cynthia —dijo Luca.

Sarah esbozó una sonrisa triste ante el evidente acto fallido.

—Erica sabe lo que hace —rectificó Luca—. Pero Thorne ha sido muy listo; no ha cometido ningún error grave. Y lo que me preocupa es que hay tipos muy poderosos detrás.

—¿Sigues creyendo que Leonardi es el que está detrás?

—Él o el senador Vane. O ambos. No lo sé. Matar a tantas personas tiene un precio altísimo. Thorne tendrá la vida resuelta para siempre con lo que sea que le han pagado por hacer el trabajo sucio. También sus hijos y nietos. No será fácil quebrarlo.

—Es lo que me preocupa. Que esos dos salgan impunes de todo esto.

Hacía bastante tiempo que habían terminado sus respectivos cafés. Si algo bueno había salido de todo esto era que podían pasar más tiempo juntos. El vínculo entre ellos siempre había sido estrecho y profundo, pero la adversidad tiene la capacidad de potenciar las relaciones: las destruye o las termina volviendo indestructibles. Con ellos estaba ocurriendo esto último.

58

Dos meses después

Era domingo y estaba a punto de oscurecer.

Luca estaba subido al tercer peldaño de la escalera de aluminio, podando la enredadera del jardín. Le seguía costando mantener los brazos en alto por demasiado tiempo, y el hombro derecho le lanzaba algún que otro pinchazo sordo de advertencia, pero cada tijeretazo que daba era firme y potente. La rehabilitación estaba dando sus frutos de manera innegable.

Sarah salió al jardín con un vaso de agua fresca en la mano. Habían tenido todo el día para ellos solos: al mediodía habían disfrutado de un almuerzo espectacular en un buen restaurante —uno que, siendo estrictos, no podían permitirse dadas las circunstancias, pero que decidieron ignorar—, y el resto de la tarde se habían quedado en casa. Luca había tenido la intención de salir a podar la enredadera mucho más temprano, pero ciertas actividades en el dormitorio lo habían mantenido gratamente ocupado.

—Acabo de hablar con Danny —anunció Sarah mientras se acercaba y le tendía el vaso.

Luca dejó las tijeras de podar sobre uno de los escalones de aluminio y cogió el agua con cuidado.

—¿Qué ha dicho?

—Que Lily se lo ha pasado genial —dijo ella—. Pero me temo que nos lo contará mañana, porque viene frita.

Hacía mucho tiempo que Danny le había prometido a su ahijada que la llevaría a pescar. Durante las últimas semanas, el capitán apenas había tenido tiempo para respirar, absorbido por completo por la titánica preparación del caso tras la acusación formal contra Thorne. Aquella salida al lago era una forma de compensar su ausencia, y por fin habían logrado concretarla.

Luca podría haber ido con ellos, por supuesto, pero la realidad era que la pesca nunca le había entusiasmado demasiado. Además,

le gustaba que su hija y su padrino tuvieran una actividad que fuera exclusivamente de ellos dos. Sarah, por su parte, que consideraba una absoluta aberración la idea de arrastrar a un animal fuera del agua clavándole un anzuelo en la boca, había aceptado la excursión con una única e innegociable condición: captura y suelta. Debían devolver todos los peces al agua de inmediato.

Durante las últimas dos semanas, Lily no había hablado de otra cosa en el colegio y con cualquiera que se cruzara en su camino. Danny le había prometido alquilar un pequeño bote, remar hasta el centro mismo del lago y lanzar las cañas desde allí. Para una niña de su edad, aquello era el equivalente a una expedición épica al medio del océano.

—No me extraña —dijo Luca, bebiéndose el vaso de agua de un solo trago—. Ayer apenas pudo pegar ojo pensando en la excursión.

Sarah cogió el vaso vacío de las manos de su marido y echó un vistazo a las ramas que todavía sobresalían de la pared.

—¿Estás seguro de que no quieres dejar el resto para mañana?

—Qué va, en un rato estará listo —aseguró él, estirando el cuello y preparándose para volver a subir a la escalera.

Sarah lo detuvo poniéndole una mano suave en el pecho.

—Mira que no tienes que demostrarme tu capacidad física, Bruzzo… Esa cuenta ya ha sido saldada hace un rato.

Luca soltó una carcajada, de esas que no abundaban últimamente sin un aguijonazo de reproche. Iba a replicar con otra broma cuando el timbre de la puerta principal resonó en el interior de la casa.

Fueron juntos hacia el recibidor. A través del cristal de la ventana que daba al frente divisaron la imponente furgoneta de Danny aparcada en la entrada. El cielo a sus espaldas ya era casi negro.

Abrieron la puerta. Danny estaba de pie en el porche, enfundado en su indumentaria de pesca: un chaleco multibolsillos de color caqui, pantalones remangados por encima de unas botas de goma salpicadas de barro y una gorra gastada. Tenía un aspecto

cansado, con los hombros un poco caídos, pero lucía una sonrisa de satisfacción.

—Se durmió cinco minutos después de subirse a la furgoneta —dijo Danny en cuanto sus amigos abrieron la puerta.

—Era una de las posibilidades —respondió Luca, saliendo al porche—. Voy a buscarla.

La puerta trasera de la furgoneta estaba abierta. Luca se acercó al vehículo mientras Danny lo seguía a un par de pasos.

—¿Necesitas ayuda? —ofreció el capitán, mirando el hombro de su amigo con un atisbo de preocupación.

—No, gracias. Puedo sin problema —dijo Luca con firmeza.

Se asomó al interior de la cabina. Lily estaba sumida en un profundo sueño, con la cabeza ladeada, bien sujeta con el cinturón de seguridad. Llevaba puesta una camiseta de manga larga y un gorro de pescador que se le había resbalado hasta taparle media cara. Desprendía un inconfundible olor a sudor y crema solar.

Con movimientos suaves, Luca desabrochó el cinturón de seguridad. Deslizó el brazo izquierdo bajo las rodillas de su hija y el derecho por detrás de su espalda. Al levantarla y atraerla hacia su pecho, sintió el peso muerto de la niña cargando de lleno sobre la articulación. El hombro aguantó sin problemas. Ni un temblor, ni un pinchazo agudo.

Subió las escaleras hacia la segunda planta sin demasiado esfuerzo. El silencio del pasillo lo envolvió mientras entraba en la habitación de Lily. La depositó con delicadeza sobre el colchón y la niña soltó un pequeño suspiro, pero no llegó a despertarse.

A la luz de la lámpara de noche —que ya no era la figura de Hello Kitty que tanto la había acompañado de pequeña—, Luca le quitó las botitas de goma y la ropa, cambiándola por su pijama de algodón. Al arroparla, se quedó unos segundos mirándola respirar. La lámpara de noche podía cambiar, pero sus preocupaciones como padre no lo harían jamás.

Bajó las escaleras diez minutos después. Sarah estaba en el vestíbulo, mirando a Danny con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

—Tu amigo dice que no va a quedarse a cenar, ¿puedes creerlo?

—De ninguna manera —dijo Luca, plantándose junto a ella—. Te quedas y no se habla más.

—Estoy hecho un estropicio —se defendió Danny, señalando su vestimenta manchada de barro.

—Eso es del todo cierto —bromeó Luca.

—Tengo unos bocadillos de atún listos para servir —terció Sarah, señalando hacia la cocina.

Danny se llevó una mano a la barbilla y habló hacia un lado, como si le contara un secreto a un asistente imaginario.

—Me pregunto cómo esos atunes han salido del agua con la norma de captura y suelta…

Sarah rio y lo golpeó de forma amistosa en el hombro.

—Todo resuelto, entonces —anunció Luca—. Nos comemos esos bocadillos de atún en el jardín, así Danny no nos arruina los sofás del salón con ropa mugrosa.

Diez minutos después, estaban sentados en el jardín, rodeados por las ramas de la enredadera que Luca había dejado diseminadas por el suelo.

Danny tenía un hambre voraz. Dio cuenta de su primer bocadillo en apenas unos bocados, casi sin pronunciar palabra. Cuando el estómago dejó de rugirle, la conversación derivó sin remedio hacia el único tema que por esos días monopolizaba las charlas entre ellos.

—¿Sabes algo más del acuerdo? —preguntó Luca.

Durante la detención en casa de Thorne, los investigadores habían encontrado una bolsa de lona con dinero en efectivo oculta en un falso techo. Era una suma imposible de justificar para un agente de la DEA.

—Mañana a primera hora lo cerramos por la vía oficial con Thorne y su abogado. De manera informal, ya han dado el visto bueno a todos los términos.

—¿Y todavía no puedes decirme nada?

—Hasta que no esté firmado los abogados pueden colar alguna cláusula de último minuto. Las generalidades ya las conoces:

Thorne va a inculpar a Joseph Leonardi. Tiene pruebas contundentes de que el multimillonario fue quien lo financió y le dio la orden expresa de no dejar ningún cabo suelto. Nos va a entregar la cabeza del rey en bandeja de plata.

Luca entrecerró los ojos.

El acuerdo era única y exclusivamente para evitar la pena de muerte. Ese era todo su premio. El tipo nunca iba a salir nunca de prisión. Lo único que ganaba era una cárcel con condiciones más benévolas, pero nunca más caminaría por las calles como un hombre libre.

—Me quedaría mucho más tranquilo viéndolo irse de este mundo con la inyección letal —dijo Luca—. Y no porque de repente me haya vuelto defensor de la pena capital, que sabes que no lo soy... pero no me gustaría que el día de mañana, con un buen bufete pagado por vete a saber quién, Thorne encuentre un resquicio legal y consiga escaparse. Un mundo donde Thorne respira y Cynthia yace bajo tierra es un mundo terriblemente injusto.

Danny estuvo de acuerdo. Sarah alargó la mano por debajo de la mesa y apretó la rodilla de su marido en un gesto de apoyo mudo. Los tres sabían que no había condena humana capaz de equilibrar esa balanza.

Se quedaron en silencio.

Hacía casi seis meses, habían estado sentados justo en ese mismo jardín, rodeados de seres queridos, riendo y celebrando el cumpleaños número cuarenta y seis de Luca. Muchas cosas habían cambiado desde entonces.

Luca se había cuestionado su estúpida regla de no invitar policías a su fiesta. Durante años había mantenido separados sus dos mundos por un absurdo sentido de la privacidad. Era una prueba más de que los seres humanos viven convencidos de que el mundo es una postal inalterable y de que las personas que amamos serán eternas.

Tragedias como la de su amiga ponían todo en entredicho: tu realidad puede cambiar de forma irreversible en un solo segundo. Luca lamentaba no haber dispuesto de más momentos felices con

Cynthia, fuera de las paredes de la comisaría o de la cinta amarilla de una escena del crimen.

Claro que su propio remordimiento era apenas una minúscula mota de polvo frente a la fatalidad de la pérdida de una vida con tanto talento y tanto futuro por delante. Luca sabía que esa herida en su alma no sanaría jamás. No había terapia ni cierre judicial que pudiera borrarla.

Tan sólo tendría que aprender a convivir con ella.

EPÍLOGO

Cuando eres una niña no importa tanto la edad que tienes, sino la que tendrás pronto.

Y Lily en poco tiempo cumpliría ocho años. A los ocho años ya es momento de guardar las muñecas en una caja, o de regalarlas. Ella tenía ahora un juego de química, dos kits de magia que eran su auténtica devoción, varios sets de maquillaje y un maletero lleno de disfraces. Sus padres le habían dicho que, si algún día quería volver a jugar con sus muñecas, siempre podía sacarlas de la caja, que crecer no significaba tener que despedirse de ellas para siempre. Pero la realidad era que sus amigas en la escuela ya no jugaban con muñecas. McKayla, por ejemplo, se las había regalado todas a su prima menor.

Con total convencimiento, Lily le había dicho a su madre que estaba lista para guardar las suyas. Sarah, intentando suavizar la transición, le había sugerido que podrían dejar la caja de cartón en la parte baja del armario, por si acaso quería sacarlas ella misma. Lily estuvo de acuerdo, aunque le aseguró que eso no iba a suceder. ¡Tenía casi ocho!

Pero aquella tarde Lily necesitaba hablar de un tema importante con su muñeca Penelope: un niño de la escuela llamado Corey Croasdell. Se permitió hacer una excepción y abrir la caja. Penelope sabía todo sobre ella y no tendría que explicarle un montón de cosas desde el principio. Además, tenía un regalo para ella. Hubiera sido muy descortés —y bastante egoísta— sacarla de su caja sólo para hablar de sus propios problemas.

Lily abrió despacio la puerta de su habitación y aguzó el oído. Escuchó a su madre en la planta baja hablando por teléfono con una amiga. No es que a Lily le preocupara que alguien subiera y la viera jugando con una muñeca, pero prefería que no ocurriera si podía evitarlo.

Cerró la puerta con sigilo y fue en busca de la caja en el fondo del armario.

Se sentó en un rincón sobre la alfombra y levantó la tapa. Entre un conglomerado de extremidades de felpa, brazos de plástico y cabellos de tonalidades brillantes, asomaba Penelope, con su eterna sonrisa radiante y esa pequeña e inconfundible manchita de tinta en la mejilla izquierda. La sacó con mucho cuidado, apartando a las demás, y le dio un abrazo apretado. Después la sentó en el suelo, apoyando su espalda contra la pata de madera de la cama.

—Hola, Penelope. Tengo un regalo para ti —le susurró.

Lily empezó a rebuscar en los múltiples bolsillos de su peto.

—Ayer fui a pescar con el padrino Danny. Estuvo genial —le fue contando mientras palpaba la tela—. Navegamos en una barca hasta el centro del lago y nos pusimos a pescar. Yo tenía una caña grandísima, muy profesional. Con carrete y todo.

Cuando al fin encontró lo que buscaba en el bolsillo del pecho, lo sacó, pero lo mantuvo escondido dentro del puño cerrado para conservar la sorpresa.

—¡Yo pesqué dos peces! —continuó con emoción—. Bueno, uno me lo dio Danny porque había picado en su caña, así que ese no cuenta mucho. Pero el otro lo pesqué yo sola. Estaba sentada esperando, con el dedo puesto en el sedal, y de pronto sentí cómo tiraba… Así: Ti... ti-ti... ¡tiii! Fue muy emocionante. Era un pez muy bonito, pero lo lanzamos al agua para que pudiera vivir. Se lo habíamos prometido a mamá.

Y entonces sí, llegó el momento de la sorpresa.

—Tengo que mostrarte algo, Penelope. Cuando lo vi, pensé enseguida en ti.

Lily, todavía con el puño cerrado, acercó la mano al rostro de plástico de Penelope.

—Lo encontré por casualidad en uno de los compartimentos de la caja de pesca del padrino, cuando él estaba ocupado devolviendo la barca.

Lily abrió los dedos y extendió la mano.

En el centro de su pequeña palma descansaba un lazo antiguo, confeccionado en una suave seda de color naranja, decorado a lo

largo del ribete con unas diminutas florecillas azules bordadas a mano.

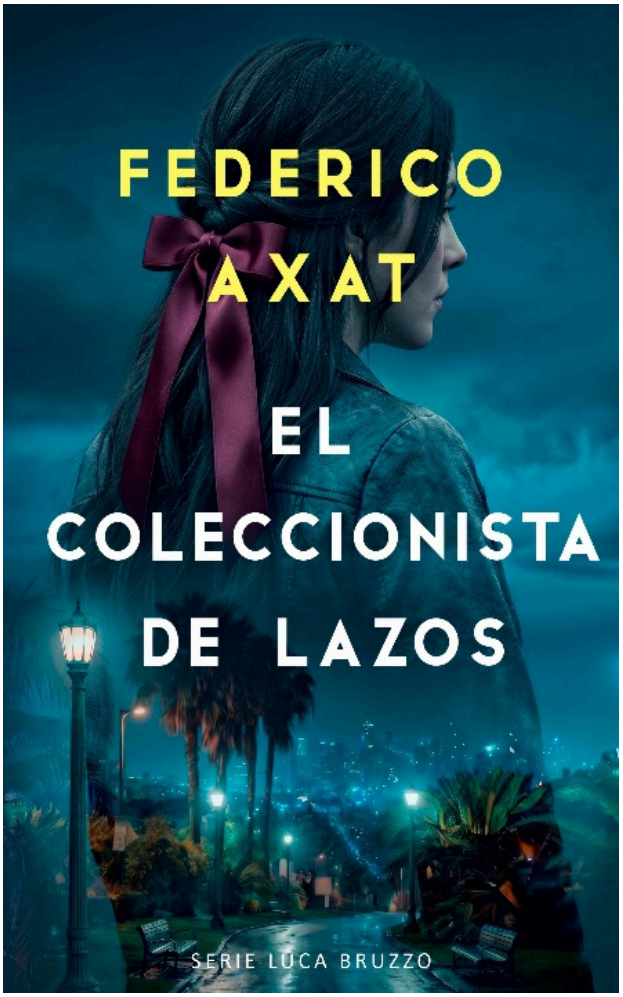
—¿A que es precioso? —dijo Lily, maravillada por el tacto de la tela—. Estoy segura de que a Danny no le importará que lo haya cogido. Él no usa lazos.

Sin esperar respuesta, Lily se arrodilló frente a la muñeca. Pasó sus deditos por la melena enmarañada de Penelope, peinándola hacia atrás con paciencia.

—Tu pelo siempre está hecho un lío, así que cuando vi este lazo tan precioso, pensé al instante en ti.

Con movimientos cuidadosos y la lengua asomando por la comisura de los labios, Lily le recogió el cabello a su muñeca y lo ató, dándole un par de vueltas al tejido antiguo hasta formar una coleta perfecta.

Siguiente libro de la serie



El coleccionista de lazos

